

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO

**PROGRAMA DE POSGRADO EN ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS. HUMANIDADES Y CIENCIAS
SOCIALES**

***CRISIS DE 1898 Y REVALORACIÓN DE LA TRADICIÓN
ESPAÑOLA EN EL PROBLEMA NACIONAL DE AMÉRICA
LATINA***

TESIS

**QUE PARA OBTENER EL GRADO ACADÉMICO DE DOCTOR EN
ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

PRESENTA

EMIGDIO AQUINO BOLAÑOS

TUTOR PRINCIPAL: DR. JOSÉ MARÍA CALDERON RODRÍGUEZ

MÉXICO D.F.

2009



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIAS

A Ondina, mi compañera. Por forjar el futuro labrando la tierra de la esperanza. Por impulsarme siempre.

A la memoria de mi maestro el Dr. Abelardo Villegas.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento especial a mis tutores principales: el Dr. Abelardo Villegas, el Dr. José Antonio Matesanz y el Dr. José María Calderón, por su valiosa orientación y significativo apoyo en las diferentes etapas de la investigación y en la culminación de este proceso.

Al Dr. Joaquín Sánchez Macgregor (†) de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y al Dr. José Luis Abellán de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, por su gran generosidad para analizar y compartir sus puntos de vista sobre mi investigación.

A los profesores que aprobaron mi tesis, además de su rigurosa lectura, y de quienes recibí oportunamente sus acertadas opiniones y observaciones puntuales con honestidad intelectual, vocación docente y calidad humana: la Dra. Eugenia Revueltas (Facultad de Filosofía y Letras), el Dr. José Luis Orozco (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales), el Dr. Ricardo Pérez Monfort (investigador del CIESAS y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras), la Dra. Margarita Moreno (Facultad de Filosofía y Letras) y el Dr. Luis Gómez (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales), a todos ellos mi profundo reconocimiento.

A Marta Hernández y Alma Lilia Roura, por su disposición generosa a contribuir siempre con mi trabajo y su excelente intervención editorial en este texto.

A mi familia oaxaqueña y a mi familia peruano mexicana, por ser base y fuente de realización; a mis amigos por compartir ideales en un ya largo caminar.

Agradezco el apoyo institucional del Instituto Tecnológico de Tlalnepantla y de la Dirección General de Educación Superior Tecnológica, para el ejercicio del año sabático, en el programa “Elaboración de tesis para obtención de grado”.

ÍNDICE

Introducción	9
I. Marco teórico	17
1. <i>La historia de las ideas como un modo de historiar y filosofar</i>	17
2. <i>Algunos elementos para el estudio de la tradición nacional</i>	22
2.1 La cultura nacional	30
2.2 Visión de futuro	33
II. El 98 en el contexto internacional	37
1. <i>Colonialismo e imperialismo</i>	37
2. <i>La guerra del 98</i>	42
3. <i>La expansión estadounidense</i>	46
3.1. Del oropel a la era progresista	46
3.2. Migración y riqueza estadounidense	48
3.3. Ideología y política estadounidense	49
4. <i>España entre dos siglos (1880-1930)</i>	51
4.1. La Restauración monárquica	51
4.1.1. La cuestión económica	53
4.1.2. La cuestión política	60
III. El “desastre del 98” y el proceso ideológico de un siglo a otro	71
1. <i>El regeneracionismo</i>	77
1.1 Francisco Giner de los Ríos	78
1.2 Joaquín Cota	79
1.3 Francisco Pi y Margall	80
2. <i>La “generación del 98”</i>	81
2.1 Ángel Ganivet	83
2.2 Miguel de Unamuno	85
2.3 Antonio Machado	88
3. <i>La generación de 1914</i>	92
3.1 José Ortega y Gasset	93
3.2 Manuel Azaña	96
4. <i>La generación del 27</i>	98

IV. La guerra del 98 y América Latina	103
1. <i>América Latina en siglo XIX</i>	104
2. <i>El 98 y el problema nacional en América Latina</i>	110
3. <i>El antiimperialismo y la cuestión nacional en el pensamiento latinoamericano</i>	116
3.1. El antiimperialismo precursor o iniciador	119
3.2 El antiimperialismo cultural	123
3.3 El antiimperialismo socialista	129
3.4 Pensamiento latinoamericano entre siglos	136
V. Las relaciones intelectuales hispano-latinoamericanas 1880-1930	139
1. <i>España y América Latina en el siglo XIX: visiones contrapuestas</i>	139
2. <i>España y América Latina en el contexto del 98</i>	143
2.1 El 98 y la cuestión colonial	146
3. <i>España en la visión latinoamericana</i>	150
3.1 Ricardo Palma y Rubén Darío. Su visión crítica de España	154
3.1.1 Ricardo Palma	157
3.1.2 Rubén Darío	161
3.1.3 Palma y Darío, iniciadores de un nuevo hispanoamericanismo	164
3.2 “La España agónica” en la obra de José Carlos Mariátegui	165
3.2.1 La “agonía” española	166
3.2.2 El fenómeno intelectual	170
3.3 Los mexicanos y su visión de España	177
3.3.1 Relaciones diplomáticas	179
3.3.2 Visión mexicana	181
3.3.3 Los intelectuales mexicanos frente a España	184
3.3.4 Contenido y eje del debate intelectual	194
4. <i>La nueva visión en España sobre América Latina</i>	196
4.1. Miguel de Unamuno	198
4.2. José Ortega y Gasset	202
4.3. Luis Araquistain	205
4.4. Nueva visión española	209
VI. Reflexiones finales	211
VII. Fuentes	219

Introducción

El año de 1898 marcó un hito en el proceso histórico de España y América Latina, sobre todo en esta última, por las repercusiones del expansionismo estadounidense en su desarrollo económico y político, y a su vez, porque fue una coyuntura que permitió revalorar la relación con España.

La guerra del 98 se inscribe dentro de la lucha entre las grandes potencias por un nuevo reparto del mundo. Estados Unidos, la potencia emergente, desplazó al viejo colonialismo español, provocando un nuevo reordenamiento económico y político que implantó otras formas de dominación colonial y semicolonial en Asia y América Latina. Su expansión por la demanda de mercados para sus finanzas y productos, así como su intervención en la Primera Guerra Mundial en condiciones de ventaja, lo ubicaron como la principal potencia capitalista en el mundo.

En esta perspectiva el 98 presenta un abanico, en cuanto a significados y consecuencias en la historia contemporánea. Es —como fue, por su trascendencia, 1492 en su momento— una fecha que condicionó el desarrollo del siglo XX en todo el mundo, pero en particular el de España y América Latina.

Esta coyuntura histórica permitió replantear y reivindicar la tradición española en América Latina, dado que al perder España la guerra con Estados Unidos, declinó de manera definitiva su política colonialista hacia América, lo que impuso nuevas condiciones para reiniciar las relaciones entre los países de América y la península.

Para España la pérdida de sus últimas colonias significó su declive como potencia colonial, ya que sólo conservó Marruecos; más aún, esto puso de manifiesto la profundidad de su crisis interna, y como contraparte, se generó una reacción intelectual, que colocó en el centro del debate “el problema de España”, en el que participaron intelectuales de distintas tendencias políticas y orientaciones ideológicas como la regeneracionista, la “generación del 98”, la generación del 14 o la generación poética de 1927, sólo por citar a los más representativos, y en el que, a decir de Manuel Tuñón de Lara, se creó un “eslabón esencial en la formación de la conciencia española” hacia el porvenir.

En cuanto a América Latina, el 98 hizo patente el fracaso de los proyectos nacionales implantados por las oligarquías a finales del siglo XIX, y que estaban alimentados ideológicamente por el positivismo. La expansión imperialista cortó cualquier otra posibilidad de desarrollo independiente por la senda liberal, dando paso a

diversas reacciones que plantearon otras opciones de cambio, como las expresadas desde una perspectiva cultural y otras con una clara orientación socialista, pero todas bajo una franca oposición al imperialismo yanqui y a contra modelo de su formación social.

A partir de estas condiciones internacionales, se inició una “reconversión histórico cultural” —término acuñado por José Luis Abellán—, proveniente de ambos lados del Atlántico, con una revisión en las formas de verse y percibirse entre la península Ibérica y los países de América Latina, en diversos ámbitos como el diplomático, el político y el intelectual.

Para los intelectuales, el replanteamiento de “el problema de España” significó al mismo tiempo una revisión de su historia y, también de la colonización en América con una renovada perspectiva hispanoamericana, favoreciendo estos vínculos con sus ex colonias; además, el antiimperialismo en Latinoamérica propició un acercamiento hacia la realidad social e histórica de España, en el que se buscaron elementos de su propia tradición a partir de la conquista y colonización.

En los países latinoamericanos, el replanteamiento del problema nacional y la renovación del ideal bolivariano de unidad continental estuvieron estrechamente vinculados a este proceso, dando impulso al debate sobre la recuperación de la tradición española en los nuevos proyectos de construcción nacional. Ello implicó revisar la tradición prehispánica e indígena, reconocer la diferencia entre lo colonial y lo español, y la tradición desarrollada a lo largo del siglo XIX, como experiencia de un siglo de vida independiente.

En estos cincuenta años de historia (1880-1930), de amplia participación y activo intercambio intelectual se sentaron las bases para la solidaridad con los republicanos en la Guerra Civil Española y los exiliados que partieron hacia América.

El propósito de la investigación parte de este análisis para:

- Estudiar la crisis del 98, ubicando los factores que propiciaron la renovación del pensamiento latinoamericano.
- Examinar la convergencia de ideas entre intelectuales españoles y latinoamericanos, en torno al papel de la tradición española en los procesos de construcción nacional, que se dio a partir del 98.

- Establecer la relación entre el antiimperialismo y el problema nacional, en la orientación ideológica de los procesos democráticos a partir de la crisis del 98.

Este estudio se hace desde el supuesto teórico de que la reacción frente al nuevo colonialismo propició una convergencia de pensadores españoles y latinoamericanos en corrientes que revaloraron la ubicación de la tradición española en la construcción nacional de los países de América Latina, y que la crisis del 98 propició una renovación del pensamiento latinoamericano, contribuyendo a reorientar el problema nacional en nuestros países.

El objeto de esta investigación histórica es la “Crisis de 1898 y revaloración de la tradición española en el problema nacional de América Latina”. Para el conocimiento de este periodo (1880-1930) se parte por establecer un marco teórico que da sustento a las hipótesis, así como el análisis de los hechos, los componentes del fenómeno analizado, el señalamiento de las causas materiales (económicas), y las contradicciones que explican las distintas perspectivas teóricas, para comprender su esencia. Esto es, la relación entre los fenómenos económicos, políticos y sociales que configuraron la crisis del 98 y su incidencia en la revaloración de lo español en el problema nacional.

El análisis de los estudios realizados y el examen de las fuentes documentales proporcionan nuevos conocimientos y elementos específicos para la comprobación de las hipótesis planteadas.

Se estudian los componentes de la tradición nacional —indígena, española y republicana— y los elementos que se combinan en relaciones recíprocas y contradictorias, atendiendo a su origen, desarrollo y estado actual. Particularmente, se hace un análisis de la trascendencia de las ideas —la relación entre el tiempo de las ideas y el tiempo de la economía y la política—, y cómo en determinadas circunstancias, aparecen diversas formas de conocer, explicar y trascender dicha realidad. Esto permite reconocer la vigencia de algunas ideas y las soluciones propuestas en torno a la cuestión nacional, el papel del componente español y la vinculación entre ambos procesos ideológicos.

Esta investigación se desarrolló desde la perspectiva de la historia de las ideas, a partir de la contextualización del periodo analizado e insistiendo en las manifestaciones ideológicas, como expresión de dicho proceso. Se esclarecen los vínculos intelectuales entre España y América, las experiencias mutuas, sus creaciones y su influencia; se

aborda tanto la imagen de España entre los latinoamericanos como la imagen de América entre los españoles; al igual que el tema de “América” entre americanos y el de “España” entre españoles. Abarca un periodo de cincuenta años (1880-1930), es decir, el paso de un siglo a otro, entendiendo la ruptura como una unidad dialéctica de cambio y continuidad, y la crisis con sus manifestaciones de hundimiento y resurgimiento. En cuanto al ámbito intelectual, se trabaja sobre los elementos más significativos en América Latina y España por su representatividad en las orientaciones en torno al problema nacional, aplicando un rigor en el análisis que permite hacer generalizaciones.

En la identificación del problema planteado y en las partes que la conforman se parte de una orientación general, en el entendido de que todo problema viene del examen de lo que ya se conoce, y presupone un cuerpo de conocimientos previos. Cuanto más se conoce un problema más interrogantes pueden plantearse y, por tanto, puede profundizarse en el objeto de estudio. De la visión general como totalidad, se llega a aspectos particulares que establecen un nivel sistémico, la relación entre lo general, lo particular y lo singular. Se trata, en suma, de ir develando el objeto, mostrando el movimiento del pensamiento en su relación con el movimiento de la realidad.

La estructura de esta investigación se presenta en cinco capítulos, las reflexiones finales, la bibliografía y una cronología comparativa. El primer capítulo se refiere al marco teórico, precisando los postulados básicos de la orientación en que se inscribe esta investigación, a saber, la historia de las ideas, delimitando categorías y conceptos como tradición nacional, cultura nacional y visión de futuro. Asimismo, en este apartado se establece el marco general.

En el segundo capítulo se aborda el contexto internacional: colonialismo e imperialismo, la guerra del 98 y la expansión estadounidense; el fenómeno español entre dos siglos (1880-1930), para demostrar cómo la restauración monárquica con sus componentes económico, político y el desastre del 98, significó un fuerte retroceso en la modernización española. Este capítulo da la pauta para comprender esta coyuntura histórica, que desencadenó determinadas circunstancias históricas, reflejadas en el pensamiento latinoamericano.

En el tercer capítulo se analiza el proceso ideológico español de un siglo a otro (regeneracionismo, la generación del 98, la generación del 14 y la generación poética del 27), y cómo se generó un movimiento cultural e intelectual que renovó el pensamiento español y amplió sus horizontes, en busca de soluciones para modernizar a

su país y sacarlo del atraso material y espiritual en que se encontraba. El aspecto fundamental de este capítulo es el análisis del esfuerzo realizado por diversos sectores de la sociedad española por darle una nueva dimensión al “problema de España”, para insertarla en un mundo moderno y en las modernas corrientes del pensamiento europeo contemporáneo.

En el cuarto capítulo se aborda la guerra del 98 y América Latina, específicamente el pensamiento latinoamericano, el cual a partir de esta coyuntura establece una ruptura en cuanto a la visión prevaleciente del problema nacional, porque adoptó un contenido básicamente antiimperialista y permitió una visión más amplia, en cuanto a los distintos componentes de la tradición e identidad nacional.

Finalmente, en el capítulo quinto se tratan las relaciones intelectuales entre España y Latinoamérica. Esta dinámica y activa comunicación esclareció conceptos, categorías y formas de concebir la realidad, desarrolladas de manera paralela, sobre todo a lo largo del siglo XIX y de manera más orgánica en las primeras décadas del XX.

El centenario de la guerra hispano-estadounidense en 1998 puso de manifiesto la importancia del tema y la necesidad de realizar estudios para profundizar en su conocimiento y comprender este fenómeno en todas sus manifestaciones

El proceso de formación nacional en América Latina tiene como punto de partida la independencia. En su historia contemporánea se anota la ubicación en la que quedaron los países de la región dentro de esta nueva configuración internacional con la expansión imperialista, precisamente a partir del 98; y como contraparte, la renovación del pensamiento latinoamericano, en respuesta a la penetración económica y política, y a las invasiones militares de los Estados Unidos.

El análisis de los factores que determinaron la crisis de España y su relación con el proceso de desarrollo del capital monopólico, en el periodo de 1898 a 1914, permite comprender el actual contexto internacional y la ubicación de los países latinoamericanos en este orden mundial, donde los pueblos siguen reclamando independencia y autodeterminación. Así, la contradicción entre las potencias imperialistas y la inmensa mayoría de los países de América Latina, Asia y África no se ha resuelto porque persiste el colonialismo y la explotación bajo nuevas formas de dominio y control.

Frente a la globalización actual que en el campo de la cultura atenta contra la identidad de los pueblos, como una nueva forma de colonización, es necesario confrontar el proceso histórico de la conformación de la identidad y tradición nacional,

para defender sus raíces. La velocidad de imágenes e ideas reduce nuestra visión del mundo a un mero cúmulo de piezas intercambiables, evitando la reflexión sobre la construcción de la cultura. Por ello, el estudio e investigación de la tradición nacional y latinoamericana debe hacerse tomando en cuenta los elementos que la configuran: la tradición indígena, la tradición española y la tradición republicana (reforma y revolución). Especialmente el debate sobre la tradición española en América Latina permitirá ubicar los distintos componentes de las tradiciones nacionales, sobre todo en lo referente a la cuestión indígena, tan actual y presente en este momento de nuestra historia.

Esta investigación se realizó en México, Madrid y Lima en bibliotecas y centros de documentación, contando con la orientación de académicos distinguidos como el Dr. Abelardo Villegas primero, y posteriormente el Dr. José Antonio Matesanz en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y el Dr. José Luis Abellán en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid; algunos resultados parciales de esta investigación fueron publicados en revistas nacionales e internacionales, presentados en eventos académicos, además de ser contrastados en el debate e intercambio de ideas con investigadores de distintas instituciones de México, España y Perú. El centenario de la guerra del 98 dio como resultado numerosas investigaciones, que abordaron distintos aspectos de dicho fenómeno histórico desde diversas perspectivas y que han proseguido en esta primera década del siglo XXI. A ese esfuerzo se suma esta investigación que plantea el tema desde variables que permiten investigar aspectos no tratados o poco desarrollados.

Esta investigación “Crisis de 1898 y revaloración de la tradición española en el problema nacional de América Latina”, se desarrolló desde la perspectiva de la historia de las ideas, a partir de la contextualización del periodo analizado e insistiendo en las manifestaciones ideológicas, como expresión de dicho proceso. Se esclarecen los vínculos intelectuales entre España y América, las experiencias mutuas, sus creaciones y su influencia; se aborda tanto la imagen de España entre los latinoamericanos como la imagen de América entre los españoles; al igual que el tema de “América” entre americanos y el de “España” entre españoles. Abarca un periodo de cincuenta años (1880-1930), es decir, el paso de un siglo a otro, entendiendo la ruptura como una unidad dialéctica de cambio y continuidad, y la crisis con sus manifestaciones de hundimiento y resurgimiento. En cuanto al ámbito intelectual, se trabaja sobre los elementos más significativos en América Latina y España por su representatividad en las orientaciones en torno al problema nacional, aplicando un rigor en el análisis que permite hacer generalizaciones.

This research, “The 1898 Crisis and the Revaluation of the Spanish tradition in Latin American National Problem”, was carried out from the perspective of the History of Ideas, in the context of the analyzed period and emphasizing ideological manifestations as the expression of this process. The intellectual links between Spain and America are elucidated, as well as their mutual experiences, creations and influences. Other approaches are: on the one hand, the image that Latin-Americans have of Spain and the image the Spaniards have of America; on the other, the theme of “America” among Americans and “Spain” among Spaniards. The research spans a period of fifty years (1880-1930), that is to say the turning of one century to another with its manifestations of downfall and revival. As to the intellectual realm work has been done on the more significant elements in Latin America and Spain that are representative in the orientations regarding the national problem; in all cases with a rigorous analysis that allows the possibility of generalizations.

I. Marco teórico

1. *La historia de las ideas como un modo de historiar y filosofar*

Para abordar el estudio del pensamiento latinoamericano, y específicamente del que se desarrolló, con las relaciones intelectuales entre España y América Latina a finales del siglo XIX y principios del XX, se requiere precisar el objeto de estudio y establecer las categorías fundamentales que permitan ese conocimiento.

En la perspectiva de la historia de las ideas (visión adoptada en este trabajo), diversos autores han insistido en la utilidad de este enfoque en cuanto al estudio de la cuestión nacional, en aspectos que la configuran como el pensamiento, la cultura y la identidad nacional, entre otros.¹ Se señalan brevemente algunos elementos que la caracterizan.

Toda historia del pensamiento conlleva una toma de conciencia de la importancia de determinadas ideas en el devenir histórico y cultural de los pueblos, mismas que han propiciado movimientos culturales de renovación o han generado rupturas estructurales. En el caso latinoamericano, desde fines del siglo XIX hasta principios del XX, se tuvo conciencia del fracaso del positivismo como doctrina que pudiera orientar los procesos de construcción nacional y, por tanto, surgió la necesidad de nuevas ideas y concepciones para la transformación social y la liberación nacional.

En esta orientación, el estudio e investigación de estas ideas debe darse en el contexto histórico, material y social en que surgieron; hacer una investigación detallada de sus condiciones de existencia, de los factores que la determinaron en su proceso de elaboración (estructura del pensamiento) y del impacto social en su “tiempo y época”. La coyuntura del 98 como hito y parte de un nuevo reordenamiento económico

¹ Al respecto véase sobre todo a José Luis Abellán, *Historia Crítica del Pensamiento Español* (6 t.), Madrid, Espasa-Calpe, t. 1, 1988. Este tomo está dividido en dos partes: Metodología e Introducción histórica; en la primera parte hace una amplia exposición sobre la metodología de la Historia de las Ideas. Otra obra importante en esta perspectiva es el libro de Abelardo Villegas, *Reformismo y Revolución en el pensamiento latinoamericano*, México, Siglo XXI Editores, 1972. En él se hacen algunas precisiones metodológicas, pero es, sobre todo, un modelo de aplicación de esta perspectiva metodológica. De igual manera es de consulta obligada el libro de Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, México, Ariel, 1976, en el que se aborda la historia del pensamiento latinoamericano.

internacional que dio impulso al imperialismo, fenómeno que modificó las condiciones de desarrollo de las repúblicas latinoamericanas y sus perspectivas de desarrollo.²

Así, es evidente que la producción material propicia cambios en la creación intelectual, que la conciencia de los hombres como el conjunto de ideas y representaciones es un producto histórico y social.³

Por ello merece especial atención analizar los elementos intelectuales e ideológicos del periodo de 1880 a 1930 de la historia social de América Latina, las ideas que surgieron, cómo se difundieron y su repercusión en determinados sectores o clases sociales a las que iban dirigidas; las vías y perspectivas de transformación que señalaron, y si estas ideas propiciaron una acción directa en el curso de las luchas históricas. Esto es “[...] la historia intelectual en cuanto análisis de las ideas y creencias conforme a las que se conduce una determinada sociedad en un periodo igualmente preciso de tiempo.”⁴ Y también, la función que estas ideas tuvieron y cumplieron, como lo estableció Antonio Gramsci:

Las ideas son grandes en tanto son realizables, en tanto aclaran una relación real que es inmanente a la situación, en tanto muestran concretamente el proceso de actos a través de los cuales, una voluntad colectiva organizada esclarece esa relación (creándola), una vez esclarecida, la destruye sustituyéndola.⁵

Así, las concepciones y enfoques teóricos constituyen un instrumento, no sólo para interpretar la realidad, sino a su vez, para establecer tácticas o perspectivas de transformación. Este proceso se da a partir del conocimiento de la realidad nacional y mundial, de la conciencia de la crisis material y espiritual de la sociedad, lo que conlleva la necesidad y la posibilidad del cambio. En este caso, la relación entre la

² El imperialismo, que tuvo un fuerte impulso a finales del siglo XIX, constituye una fase del desarrollo del sistema capitalista, donde los monopolios controlaron las principales ramas de la economía, ampliando las relaciones a nivel mundial, sobre todo con el establecimiento de un nuevo sistema colonial.

³ La conciencia social no es un reflejo mecánico de las estructuras económicas; aquí básicamente se hace referencia a la situación histórico social en que surge, pero la relación entre pensamiento y sociedad tiene formas específicas que van cambiando históricamente. Al respecto se puede consultar a Karl Mannheim, *Ideología y utopía*, Madrid, Aguilar, 1966; también la obra de Stark Werner, *Sociología del conocimiento*, Madrid, Ediciones Morata, 1963.

⁴ Vicente Cacho Viu, *Repensar el noventa y ocho*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1977, p. 37.

⁵ Antonio Gramsci, *Pasado y presente*, México, Juan Pablos Editor, 1977, p. 13.

guerra del 98 de España y Estados Unidos y el nuevo contexto mundial; el declive del viejo colonialismo y la crisis española con el ascenso del imperialismo y, desde luego, la inserción latinoamericana, en condiciones de dependencia, en el nuevo escenario mundial; cuestiones que modificaron la visión y los nuevos proyectos de construcción nacional.

La vida histórica supone innumerables y entrecruzadas relaciones. Hay un juego entre la realidad y las ideas; pero también hay un juego entre las ideas teóricas preexistentes y las ideas que nacen espontáneamente de cierta imprecisa interpretación de la realidad, vigorosas estas últimas, a pesar de su endeblez conceptual, a causa de la vital experiencia que la nutre.⁶

Por ello, el análisis del pensamiento de los intelectuales y su función social (como expresión de intereses de clase en la construcción nacional), se establece a partir del proceso de evolución, de continuidad y de rupturas. En general, dicho pensamiento obedece a factores económicos, políticos, sociales, culturales y psicológicos, y recoge la interacción permanente entre el medio y el individuo, cuestión que se refleja como una lucha o contradicción entre nuevas y viejas ideas. Se alude a esto cuando se señala que las condiciones materiales permiten su desarrollo y su expresión o manifestaciones, así como su manera de confrontarse con la realidad (crítica y transformación o defensa y justificación del estado de cosas existente).

Aquí se revela la verdad de un criterio de investigación histórico-política; no existe una clase independiente de intelectuales, sino que cada clase tiene sus intelectuales; pero los intelectuales de la clase históricamente progresista ejercen tal poder de atracción que acaban, en último análisis, por convertir en sus subordinados a los intelectuales de las otras clases y por crear el ambiente de una solidaridad de todos los intelectuales con vínculos de carácter psicológico (vanidad, etcétera) y a menudo de casta (técnico-jurídicos, corporativos).⁷

Además, el enfoque de la historia de las ideas constituye un instrumento eficaz para desarrollar una historia intelectual y social del periodo que aquí se analiza, es decir,

⁶ José Luis Romero, *Situaciones e ideologías en América Latina*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2001, p. 5.

⁷ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la Cárcel*, México, t. I., Era, 1975, pp. 107 y 108.

establecer el alcance y la trascendencia de las ideas en la sociedad española y latinoamericana, aquellas que fungieron como “ideas fuerza”, generadoras de cambio o transformación social. En estas manifestaciones intelectuales pueden apreciarse las tendencias generales del pensamiento de este momento o coyuntura histórica del 98 y permite “encontrar la identidad real bajo la aparente diferenciación y contradicción y hallar la diversidad sustancial bajo la aparente identidad, he ahí la cualidad más esencial del crítico de las ideas o del historiador del desarrollo social”.⁸

En general, se acepta que históricamente un factor importante de la crisis de las civilizaciones y de los sistemas sociales ha sido el ideológico, y en este caso, como resultado de la crisis material y espiritual de esta fase de la historia. Dicho factor muestra el grado de descomposición y crisis a que habían llegado España y América Latina, lo mismo que sus posibilidades de renovación y los nuevos proyectos de transformación.

Y si a cada época le corresponde una determinada concepción y visión del mundo, que como regla es la ideología de las clases dominantes, en la medida que las contradicciones se agudizan y antagonizan, la vieja sociedad va incubando nuevas ideas y contenidos culturales que constituyen “gérmenes de renovación”,⁹ el fermento que puede orientar el cambio social. Aquí se da la contradicción entre la ideología dominante y la utopía o los proyectos de renovación con una nueva visión y que sirve como instrumento de transformación.

Finalmente, la conciencia que cada pueblo logre de sus grandes momentos históricos le da un sentido de pertenencia, y su recuperación permite conformar parte de la esencia de su ser y de su conciencia nacional, que es lo que ocurre precisamente en este periodo histórico hispanoamericano. Esto se da mediante un doble proceso: el reconocimiento de sí mismo y su relación con los demás. Así, la filosofía cobra su sentido de “máxima conciencia intelectual de reconocimiento de sí mismo de un pueblo, de una nación o de un hombre.” Como expresión de esa conciencia nacional, sus

⁸ *Ibid.*, p. 99.

⁹ Véase José Carlos Mariátegui, “El 1o. de mayo y el frente único” en *Ideología y Política*, Lima, Amauta, 1978, pp. 107-110. Aquí habla de los deberes históricos, deberes elementales hacia los trabajadores, entre los que se encuentran el de “sembrar gérmenes de renovación y de difundir ideas clasistas”, así como el “de defender la tribuna, la prensa y la organización proletaria.”

elementos se estructuran y transforman en una determinada orientación, a partir de condiciones históricas determinadas.¹⁰

Sobre estos elementos que sintetizan el contenido de la historia de las ideas, José Luis Abellán señala que “la historia de las ideas es un modo de filosofar e historiar”, aseveración que permite a ambas disciplinas traspasar sus límites para formar una nueva unidad, dando cuenta de una realidad histórica compleja. Permitiendo atender siempre al sentido de la evolución intelectual de un pueblo y prestando atención a movimientos o tendencias representativas cuando éstas conforman una actitud manifiesta en el ámbito histórico y social. Esto es así porque la historia de las ideas centra su atención en elementos intelectuales e ideológicos y otros factores vinculados a los movimientos culturales en una determinada sociedad y los individuos que la componen.

Sin duda, la conformación de la nación, lo mismo que los proyectos de construcción nacional aseguran la continuidad histórica de los pueblos y de los individuos; el nacionalismo o las ideas en torno a esta cuestión le dan sentido y orientación a estas propuestas. El replanteamiento de la cuestión nacional a partir del 98, en el marco del surgimiento y expansión imperialista, permite abordarla en cuanto a la cultura y el sentido que ésta tiene como una visión del mundo y como un modo de percibir la realidad.

Para precisar los rasgos de la identidad nacional y latinoamericana hay que retomar el estudio del legado intelectual como aspecto medular en la continuidad histórica, así como la visión de futuro en cuanto a la superación de las grandes desigualdades sociales y construcción de sociedades más equitativas y democráticas. El concepto de tradición es clave en esta cuestión.

2. Algunos elementos para el estudio de la tradición nacional

Los miembros de un país o de una nación crean y comparten elementos comunes, valores y símbolos que nutren permanentemente la tradición y las identidades nacionales. Así, en todo proceso la tradición histórica de los pueblos desempeña un

¹⁰ Ya desde 1895, Miguel de Unamuno había señalado: “Así como la doctrina que forja o abraza un hombre suele ser la teoría justificativa de su conducta, así la filosofía de un pueblo suele serlo de su modo de ser, reflejo del ideal que de sí mismo tiene.” *En torno al casticismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 109; en 1892 insistió en que “[...] la filosofía es la ciencia que nos dice de dónde venimos, adónde vamos y quiénes somos, pues es sabido que sin saber esto no se puede vivir.” *Epistolario Americano: (1890-1936)*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1996, p. 37.

papel importante, ya sea a favor o en contra del cambio y la transformación social. Por esto es necesario comprender sus elementos y distinguir sus factores tanto positivos como los que desempeñan un papel negativo. Esto significa no ocultar los errores, identificar claramente los problemas no resueltos, las experiencias que resultaron fallidas, las prácticas que constituyeron un lastre en el progreso latinoamericano, todo ello para someterlos a revisión y para establecer criterios abiertos a estas experiencias críticas de nuestra historia.

La reflexión sobre la tradición nacional y su nexos con las propuestas teóricas de construcción nacional en América Latina constituyen el eje de esta investigación. En primer término se aborda el tratamiento de la tradición en las diferentes corrientes del pensamiento latinoamericano, y de cómo se ubica en este marco el planteamiento de recuperar la tradición española.

Pero precisamente por ello, a través de la comprensión histórica se efectúa a la vez la prosecución de la tradición que el historiador hace suya. Desde ese punto de vista el acontecer histórico cobra un núcleo de validez que antecede a toda reflexión. Una tradición obtiene su fuerza vinculante sobre todo de la autoridad espiritual de obras que se afirman en su rango de clásicas contra el remolino que representan la crítica y el olvido.¹¹

Por ello, es conveniente comenzar por esclarecer, aunque sea en líneas generales, el concepto de tradición nacional, para analizar las distintas visiones de construcción nacional y unidad latinoamericana a lo largo de cincuenta años (1880-1930).

Menéndez Pidal, en su obra *Historia de España*, afirma que la tradición es lo perdurablemente histórico, lo siempre readmisibile y fecundo en todos los tiempos. En esa orientación, para Unamuno la intrahistoria “[...] silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentida que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y monumentos y piedras.”¹² Pero esta tradición debe tener una base social o de lo contrario es cosa muerta; ésta es la única que puede proyectarse hacia el porvenir en forma de ideal, que sirva de fundamento de un nuevo proyecto social y cultural. O como

¹¹ Jürgen Habermas, *Más allá del Estado Nacional*, Madrid, Editorial Trotta, 2001, pp. 43 y 44.

¹² Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo*, p. 42.

también expresaría Azorín, son las pequeñas historias, las historias cotidianas las que conforman la tradición que permite arribar a la constitución ideal a la que aludía Ángel Ganivet.¹³

En el estudio de este periodo (1880-1930), como en otro cualquiera, los elementos de la tradición no se encuentran en los grandes personajes históricos (que en todo caso representan y resumen estos procesos de los pueblos), ni en los grandes acontecimientos (que expresan los momentos de maduración y de rupturas de los procesos), sino en el trabajo cotidiano de construcción de los pueblos; estos hechos que se repiten infinitamente y que a través del tiempo van moldeando el carácter y la cultura de un pueblo, y que generalmente se manifiestan a través de imaginarios colectivos creados en procesos históricos prolongados que trascienden fases o etapas históricas.

Estos elementos se van configurando en torno a dos cuestiones fundamentales: por un lado, la ascendencia o herencia, que tiene que ver con el origen y cimiento de una nacionalidad; por el otro, el sentido de pertenencia al colectivo. Por ello cuando se hace referencia a lo latinoamericano o a lo mexicano, se habla fundamentalmente de identidades colectivas, vinculadas muy estrecha a su origen e historia, a la relación del presente con el pasado y el futuro. Estos elementos definen y dan sentido a la personalidad e identidad de los pueblos. Esto es, el conocimiento que cada pueblo tiene de sí mismo y la toma de conciencia de su devenir.

En esta relación se ubica la conciencia de identidad nacional, referida también a estos sentimientos de pertenencia a la colectividad, a un fondo emocional a veces primario, pero presente en todas las sociedades. Desde esta perspectiva, la conciencia de identidad nacional, es la de pertenencia a una nación, es la creencia colectiva de los individuos que componen la nación y es fundamentalmente un problema de imágenes mentales, de afinidades colectivas que se construyen en momentos históricos concretos y fruto de condiciones históricas determinadas.¹⁴

Por ello, el conocimiento profundo y firme del pasado constituye la base y fermento para la creación y surgimiento de un pensamiento original y creativo.

¹³ Ángel Ganivet se refirió a este aspecto sobre todo en obras como *El porvenir de España* y en *Idearium Español*, donde llegó a afirmar que “Cuando España se construya con carácter nacional, debe estar sustentado sobre los sillares de la tradición”. Véase *Selección de obras*, Madrid, SAPE, 1986.

¹⁴ Un libro que aborda parte de esta cuestión es el de Tomás Pérez Vejo, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Oviedo, Ediciones Nobel, 1999.

Una nación sólo puede ser al precio de buscarse ella misma sin cesar, de transformarse en el sentido de su evolución lógica, de oponerse a los demás sin desfallecimientos, de identificarse con lo mejor, con lo esencial de sí misma, y en consecuencia de reconocerse a la vista de imágenes propias, de contraseñas conocidas por los iniciados (ya sean estos una elite, ya sea la masa entera del país, lo que no siempre es el caso). Reconocerse en mil pruebas, creencias, discursos, coartadas, vasto inconsciente sin riberas, oscuras confluencias, ideologías, mitos, fantasías [...]. Además, toda identidad nacional implica forzosamente cierta unidad nacional que es como su reflejo, su transposición, su condición.¹⁵

Ya se ha señalado que la tradición nacional tiene, como todo fenómeno, elementos positivos y negativos que hay que distinguir. Mientras que los primeros constituyen elementos dinámicos y revolucionarios dentro de la sociedad, los segundos constituyen el lado conservador, retardatario del progreso y desarrollo social y cultural. “Porque la tradición es, contra lo que desean los tradicionalistas, viva y móvil. La crean los que la niegan para renovarla y enriquecerla. La matan los que la quieren muerta y fija, prolongación de un pasado en un presente sin fuerzas, para incorporar en ella su espíritu y meter en ella su sangre.”¹⁶

José Carlos Mariátegui hizo una distinción entre los tradicionalistas o tradicionistas, como les denominó, y los que están empeñados en reivindicar la verdadera tradición nacional, que es “viva y móvil” y es la única fecunda en la medida en que se renueva y se enriquece, este es el tipo de tradición que hay que reivindicar: aquella que constituye “una energía creadora de cosas e ideas [...]” y que, por tanto, acrecienta dicha tradición. Sin embargo, ésta —la tradición— aparece heterodoxa y contradictoria, por eso es necesario captarla en su esencia, “separando la paja del grano”.

Para Mariátegui toda doctrina revolucionaria actúa sobre la realidad por medio de negaciones intransigentes, lo que no supone negar la tradición, sino superarla, tener conciencia del pasado y su continuidad. Afirma que para los revolucionarios la historia no comienza con ellos, sino que más bien, ellos representan fuerzas históricas. “Marx

¹⁵ Fernand Braudel, *La Identidad de Francia*, Barcelona, Gedisa, t. I, 1993, p. 21

¹⁶ José Carlos Mariátegui, *Peruanicemos al Perú*, Lima, Amauta, 1978, p. 117.

extrajo del estudio completo de la economía burguesa sus principios de política socialista.”¹⁷

En cambio el tradicionalismo o tradicionismo defiende reliquias inertes y símbolos extintos, cual si fueran piezas de museos. Esta tendencia se ubicaba en la línea conservadora, que reducía la tradición nacional a la española, identificada con una mentalidad colonialista y que tomaba como punto de partida la conquista, como si el pasado mexica o incaico no hubieran existido jamás. De aquí surge la necesidad de hacer una distinción fundamental, la relativa a la procedencia, al origen, que en el debate latinoamericano sigue siendo un asunto polémico.

Sin embargo, hay que impulsar la polémica para conjurar el peligro de que los elementos de “modernidad” atenten contra esta rica herencia, porque además de la dominación económica y política, existe la dominación e imposición cultural. En este caso la tendencia a uniformar modos y estilos de vida, que no nacen de nuestras culturas y que se pretende justificar con la “ley omnipresente del mercado”; tendencia sustentada en teorías como el supuesto “fin de la historia”, con lo cual se intenta romper barreras culturales que faciliten la imposición de todos los designios del capital financiero internacional. “Las potencias que dominan económica y políticamente a los países débiles intentan consolidar tal dominio mediante la aplicación de un proceso de colonización cultural. Por medio del cine, de la televisión, de la radiodifusión, de millones de publicaciones, se trata de condicionar la mentalidad del pueblo latinoamericano.”¹⁸ En este caso hay que recurrir a la memoria e impedir el olvido que a fin de cuentas es un arma del poder y de la injusticia.

Ahora bien, se debe dar respuesta a los elementos que componen esta tradición; dicho de otro modo: ¿la tradición nacional y latinoamericana es una sola o en ella están contenidas “varias” tradiciones? Mariátegui establece que en la cuestión nacional están contenidas tres tradiciones: la indígena, la española y la republicana. La recuperación de esta triple tradición permitirá superarlas mediante un proceso integral en el que se tome lo mejor de cada una, no en sentido lineal y mecánico o integracionista. Desde luego, no se trata de dejar de lado otras aportaciones o tradiciones culturales como la negra o la china en el caso del Perú, simplemente la expresión orgánica de estas minorías se

¹⁷ *Ibid.*, p. 118.

¹⁸ José María Arguedas, *Formación de una cultura nacional indoamericana*, México, Siglo XXI Editores, 1975, p. 186.

incorporó a estos países como elementos subalternos, que no definieron sus procesos. En esta etapa hay que distinguir lo sustancial y la contradicción principal de otros elementos que forman parte del fenómeno, pero que aparecen como secundarios.

Es cierto que reminiscencias africanas en el folklore, en la música y en la religión son palpables en las áreas donde la afluencia negra fue mayor. Su persistencia sólo se explica, con todo, por las condiciones de marginalidad de esas poblaciones y en ningún caso constituyen quistes inasimilables y aspirantes a la autonomía.¹⁹

En cambio en países como Perú, México, Guatemala, Bolivia, Ecuador, el factor indígena ha sido fundamental en su origen y desarrollo, por ello su historia no se puede entender sin el indio; y en su proceso de formación nacional, en la base de estas naciones, el fermento y la raíz indígena son insustituibles; ello explica la demanda que hoy día se da en algunos países de América Latina de “refundación de la nación” pues hasta ahora se ha pretendido ver al indio como pieza de museo o como parte del folclore, ignorando su capacidad como fuerza viva de la sociedad y de la historia. Este legado cobra mayor vigencia cuando los pueblos indígenas aparecen con sus propias voces en el continente.²⁰ Aún se requiere del estudio y la profundización de este legado; de su devenir en la colonia, en la independencia y en la época actual, por la fuerza y presencia que el indígena ha tenido y tiene en el devenir de estos pueblos.²¹

La tradición española con aspectos centrales como el idioma y la religión, piezas claves para la articulación de los pueblos americanos a la civilización occidental, se impuso con la conquista. Su adecuación y aclimatación generó un desarrollo con

¹⁹ Darcy Ribeyro, “La cultura latinoamericana”, en *Ideas en torno de Latinoamérica*, México, UNAM/UDUAL, t. 1, 1986, p. 104.

²⁰ El libro de Rodrigo Montoya Rojas, *Voces de la tierra*, Lima, Universidad Mayor de San Marcos, 2008, da cuenta de los movimientos indígenas en Bolivia, Ecuador, México y Perú, y resalta la importancia no sólo de sus reivindicaciones, sino además de su reclamo de ser protagonistas en el nuevo periodo histórico de América Latina.

²¹ Una importante contribución de este legado está en las aportaciones de la Antropología, que tendrá que renovarse en visión y métodos a partir de las aportaciones de los movimientos de los pueblos indios latinoamericanos, sobre todo en Chiapas, Ecuador y Bolivia, sólo por mencionar algunos. Un modelo de investigación de cómo se transforman y trascienden los mitos y las tradiciones indígenas lo ofrece la obra de Alfredo López Austin, *Los mitos del Tlacuache*, México, Akal, 1990. Aquí el autor hace un recorrido de “viejos” mitos y creencias y demuestra cómo a través del tiempo se transforman y constituyen un factor de cohesión social. El mito del tlacuache tiene su origen en el México mesoamericano y aun bajo condiciones de colonización en los siglos de dominación española trasciende, llegando hasta nuestros días. La fuerza de este mito está en su relación fundacional y el resurgimiento de los pueblos indios mexicanos.

características y matices propios, que hay que resaltar, esto es, lo que resulta típicamente latinoamericano, pero también lo que nos une y nos es común con respecto a España.

Con la colonización entraron en contradicción y antagonismo elementos traídos por los españoles: por un lado la herencia colonial, que con la conquista asienta en tierras americanas la encomienda, la “fiebre de oro”, el exterminio de los pueblos autóctonos, sólo por citar algunos; pero como contraparte está también el humanismo (el erasmismo) demostrado en la decisiva defensa de los pueblos indígenas por el padre Las Casas, la obra de don Vasco de Quiroga en Michoacán, con la creación de hospitales, acorde con las posturas utopistas y renacentistas, donde el hombre ocupa un lugar privilegiado. De allí es posible rastrear esa tradición española positiva, con una esencia de construcción histórica; la misma que aparece de nuevo en las Cortes de Cádiz con su planteamiento autonómico, o ya en pleno 98, en intelectuales como Unamuno cuando se comienza a estructurar un pensamiento hispanoamericano y, más claramente con la generación poética del 27 tan cercana a los intelectuales latinoamericanos.

La tradición republicana en América Latina en cambio, le dio una nueva orientación a la modernidad, porque la ruptura con España puso —a los latinoamericanos— ante el imperativo de definir su identidad.²² La disyuntiva de generar una propia historia dio inicio al largo proceso de construcción nacional y, como expresión de resistencia intelectual, se impuso la negación de lo español en bloque y la reivindicación del pasado indígena. Sin embargo, como se señala en la obra de Mariátegui, el “pecado original” de esta tradición es haber creado las nuevas repúblicas “sin el indio y contra el indio”, en flagrante contradicción con su condena a lo español; esta tendencia ocultó que en realidad se estaba negando la raíz indígena y su sitio en la incipiente nación, con lo cual se creó un problema de origen que aún espera solución. Cuestión que otro ilustre peruano había advertido desde finales del siglo XIX, don Manuel González Prada.²³

²² Como afirma Abelardo Villegas en su obra *Arar en el Mar: La Democracia en América Latina*, México, Miguel Ángel Porrúa/CCYDEL, 1995, la modernidad latinoamericana estaba identificada, al triunfo de la independencia, con el desarrollo capitalista, sobre todo en el proceso de industrialización y con la democracia en su aspecto político.

²³ Véase sobre todo “Nuestros Indios” en *Páginas Libres, Horas de Lucha*, Caracas, Edit. Ayacucho, 1976, pp. 332-342.

Aquí el problema se presenta a partir de la instauración de las nuevas repúblicas y la creación de nuevos estados, lo que conllevó la necesidad de una nueva cultura, con características propias, problema inexistente en la América precolombina y colonial.

Este esbozo de la tradición nacional, precisa mayor profundización e impone nuevas tareas bajo una nueva orientación, tal como lo establece Eloy Terrón:

Se trata de presentar la tradición nacional bajo una nueva luz, de destacar los aspectos valiosos y continuos de todo el esfuerzo de las generaciones que nos han precedido; llamar la atención sobre el valor fecundador de la tradición como agente modelador y potenciador del pensamiento individual. La tradición puede hacer esto porque es un todo orgánico, sistemático, una totalidad en que sus partes son solidarias entre sí, una totalidad en la cual no cabe destacar unas partes en detrimento de otras sin atentar, al mismo tiempo, contra su naturaleza; en realidad considerada así, la tradición es el conjunto de la cultura material y espiritual elaborado por una colectividad determinada: el pueblo español. Por este motivo, de esa totalidad orgánica no se puede negar nada sino los abscesos necrosados; ella es la que responde de todas las cualidades positivas de nuestro carácter, y sin ella caemos en su cosmopolitismo híbrido e indiferenciado.²⁴

En esta perspectiva es posible explicar la triple relación de: pasado, presente y futuro, donde el concepto de tradición permite conectarlas en una relación dialéctica, siendo el presente la conexión que contiene uno y otro extremo de dicha relación.

La facultad de pensar la historia y la facultad de hacerla o crearla, se identifican. El revolucionario, tiene del pasado una imagen un poco subjetiva acaso, pero animada y viviente, mientras que el pasadista es incapaz de representárselo en su inquietud y su fluencia. Quien no puede imaginar el futuro, tampoco puede, por lo general, imaginar el pasado.²⁵

En este contexto se ubica la relación entre utopía y tradición, conceptos aparentemente contrapuestos, pero bien se puede afirmar que la utopía está contenida

²⁴ Eloy Terrón, *Sociedad e ideología en los orígenes de la España contemporánea*, Barcelona, Ediciones Península, 1969, p. 255.

²⁵ José Carlos Mariátegui, *op. cit.*, p. 119.

dentro de la tradición revolucionaria y es un elemento vital del cambio y la transformación social. No hay que olvidar que la utopía es un aspecto esencial de la condición humana.

2.1 La cultura nacional

El concepto de tradición está íntimamente ligado al de cultura y constituye un elemento primordial para el análisis e interpretación de la realidad histórica social. En la cultura se comparte una visión del mundo, un modo de percibir la realidad, que se construye colectivamente y que se vive y desarrolla a través de ciertas representaciones sociales, con determinados significados con los cuales comprendemos, percibimos, vivimos, interpretamos y actuamos en el mundo.

El concepto de cultura designó en un primer momento los productos del intelecto y de la imaginación humana en su desarrollo universal, pero era un atributo individual de formación y perfeccionamiento humanos; en seguida pasó a denotar ese espíritu propio de un pueblo, en el que se incluyen los sentimientos que lo caracterizan, esto sobre todo a partir de la Ilustración en el siglo XVIII, pues se pretendía difundirla y hacerla universal, por tanto, que los hombres se reconocieran como parte de ella; finalmente, el concepto se amplió para designar el estilo integral de vida propia de una sociedad.²⁶

Este modo de vida, este “sentido común” de los pueblos se enriquece cotidianamente, porque pese a su apariencia estática, es un fenómeno dinámico, que se transforma con aportaciones científicas o nociones filosóficas introducidas en las costumbres y asimiladas socialmente. La mentalidad popular puede expresar un “profundo sentido de la vida” en sus vivencias o contener un gran sentido filosófico en su relación con la naturaleza y con su entorno.

Así en el proceso de construcción nacional, no basta un cambio revolucionario, o la elaboración y aprobación de una constitución política, o el establecimiento de un Estado y un gobierno; para que una nación pueda definirse como tal tiene que configurar su perfil, sus signos de identidad, formados y reconocidos en múltiples elementos, imágenes y símbolos que conforman su cultura.

²⁶ Para Edgar Morín “La cultura está constituida por el conjunto de los saberes, saber-hacer, reglas, normas, interdicciones, estrategias, creencias, ideas, valores, mitos, que se transmiten de generación en generación, se reproduce en cada individuo, controla la existencia de la sociedad y mantiene la complejidad psicológica y social. No hay sociedad humana, arcaica o moderna que no tenga cultura, pero cada cultura es singular.” *Los Siete Saberes necesarios para la educación del futuro*, México, UNESCO/Correo de la UNESCO, 2001, p. 54.

En la polémica sobre la cultura latinoamericana, más allá de sostener si es producto de la imitación, copia o en última instancia una cultura dependiente (temas en los que existe abundante bibliografía), ésta se debe presentar en su proceso de construcción tanto en el nivel general como en el específico en los diferentes países que la conforman, en cuyo caso se hace referencia a lo argentino, lo chileno, lo colombiano, etcétera. Esta trayectoria histórica lleva más de cinco siglos, pues su punto de partida son las culturas nativas en México, Centro y Sudamérica.

Así, en todo proceso nacional se halla un conjunto de creaciones culturales, de significados colectivos como representaciones simbólicas que un grupo social o pueblo crea, organiza, interpreta y que le sirve de base para definir su propia identidad. Estas transformaciones son generalmente lentas en el tiempo, tanto en la conformación y aparición de un fenómeno nuevo como en la desaparición de elementos que dejan de tener vigencia y “utilidad” dentro de un proceso de interacción social por su desfase histórico o por ser un factor negativo y decadente de dicha cultura. “Los cambios en los modos de pensar, en las creencias y en las opiniones no suceden por “explosiones” rápidas y generalizadas, suceden comúnmente por “combinaciones sucesivas” según “fórmulas” sumamente variadas”.²⁷

La cultura nacional no es un fenómeno unitario, por más que caudillos, intelectuales y políticos representantes de las clases y grupos dominantes hayan pretendido a lo largo de la historia asimilarla a la cultura hegemónica (“modernidad” le denominan) y destruir las culturas de los pueblos dominados. Se ha pretendido negar su lengua, sus usos y costumbres, sus territorios y en general su cosmovisión. El compartir valores universales y nacionales no significa la exclusión de otros de carácter regional o local que le dan cohesión a un pueblo o comunidad.

Un aspecto importante dentro de este fenómeno de identidad nacional es que siempre se define con relación al otro; es decir, se parte por hacer una distinción con respecto a los demás, lo que se acentúa si ese otro es un elemento negativo, considerado como una amenaza para su propia integridad y esto tiene que ver con cuestiones económicas, políticas, sociales y culturales. Por ello, América Latina empezó por diferenciarse de España y posteriormente de Estados Unidos por considerarlos a ambos factores negativos en su proceso de desarrollo, además de constituirse en modelos de lo

²⁷ Antonio Gramsci, *op. cit.*, p. 100.

que no se quería ser. Desde luego, que su relación con el otro puede ser también de imitación, con la pretensión de copiar modelos e implantarlos por considerar que es la ruta o el camino a seguir.

La oposición a España proviene de la conquista y la colonización que trajo consigo la destrucción de los procesos autóctonos de desarrollo de los pueblos que ya contaban con elevado nivel en su evolución social; la conquista, además, implantó una profunda división entre conquistados y conquistadores. La oposición a Estados Unidos comenzó a darse desde mediados del siglo XIX, por su política expansionista y por las continuas agresiones hacia los países latinoamericanos, entre las que se cuentan el despojo de territorios, las invasiones militares, la interferencia directa en sus asuntos internos y el manejo descarado de sus asuntos económicos y políticos en una violación flagrante a su soberanía.

Finalmente, dado que la cultura tiene que ver con la producción de significados colectivos, hay que advertir que éstos se construyen en la relación cotidiana entre los individuos, potenciándose en determinadas coyunturas históricas en las cuales es posible revalorar un conjunto de elementos que consolidan la identidad. Pero también hay que anotar que sus elementos se superponen unos a otros, compartiendo terrenos comunes, resaltando algunas ideas o autores que legitiman determinadas perspectivas históricas.

Esto lo podemos encontrar en los procesos revolucionarios y de transformación social. La independencia de los países latinoamericanos pudo establecer un proceso latinoamericanista y de construcción nacional porque estuvo alimentado por un proceso ideológico anterior que provenía desde el siglo XVII, en que se buscaban elementos de identidad a partir del criollismo, que es una de las primeras expresiones de este nacionalismo que antecedió a los estados nacionales y a las nuevas repúblicas.

Internamente, y en el ámbito de cada país, también se dio un proceso de diferenciación; por un lado, se ubicaron las clases dominantes ligadas a la antigua clase latifundista, que propiciaron nuevas formas de colonización y expansión del moderno capital financiero internacional, convirtiéndose en instrumentos de la penetración imperialista; por el otro, estaban amplios sectores de la sociedad que lucharon en contra de estas clases dominantes y que constituyen el factor determinante de la lucha nacional, lo que define el proceso de creación cultural y sus valores.

Sin embargo, la mundialización de la economía y la revolución tecnológica, constituyen palancas fundamentales para el proyecto político supranacional impulsado

por los organismos internacionales, que pretende eliminar los confines nacionales y con ello el Estado y los gobiernos nacionales; en contraposición, estos elementos pueden crear condiciones de solidaridad para el proyecto continental planteado por Bolívar y retomado en el periodo de nuestro estudio por Martí y Mariátegui, entre otros.

2.2 Visión del futuro

Todas las generaciones miran el pasado desde el presente; lo mismo imaginan y proyectan una idea realizable en un futuro determinado, en donde el pasado sirve para justificar esas posibilidades del futuro, por tanto, el eje de esta triple relación es el presente, lo cual permite una visión más realista y crítica del mundo en que vivimos.²⁸

Como el presente es una crítica del pasado, además de (porque es) su “superación”. ¿Pero hay por ello que hacer un lado al pasado? Lo que hay que descartar es lo que el presente ha criticado “intrínsecamente” y aquella parte de nosotros mismos que a ello corresponde. ¿Qué significa esto? Que nosotros debemos tener conciencia de esta crítica real y darle una expresión no solo teórica, sino *política*. O sea que debemos estar más apegados al presente, que nosotros mismos hemos contribuido a crear, teniendo conciencia del pasado y de su continuarse (y revivir).²⁹

Desde luego, el presente es un resultado del pasado y, por tanto, un producto histórico, por eso no puede soslayarse, porque la energía creadora de un pueblo le viene de lo que a lo largo de su historia ha creado y construido. “[...] sólo el conocimiento de todo un proceso histórico puede explicar el presente y conferir una cierta veracidad a la realidad de que nuestras previsiones políticas son concretas”.³⁰

Así, el pasado es un elemento del presente y del futuro, una construcción de la memoria histórica que es necesaria en cuanto es lenguaje y elemento de unidad e integración, soporte fundamental para la creación de las identidades colectivas, y este es el sentido de la expresión africana “si no sabes a dónde vas, regresa para saber de dónde

²⁸ José Ortega y Gasset decía que: “El ideal de una cosa, o dicho de otro modo, lo que una cosa *debe ser*, no puede consistir en la suplantación de su contextura real, sino, por el contrario, en el perfeccionamiento de ésta. Toda recta sentencia sobre cómo deben ser las cosas presupone la devota observación de su realidad.” *España Invertebrada*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 84 y 85.

²⁹ Antonio Gramsci, *Ibid.*, p. 193.

³⁰ Antonio Gramsci, *Pasado y Presente*, p. 217.

vienes”, es decir, reelaboración del pasado. Pero el pasado sólo cumple esta función cuando está sometido a la crítica, que tiene como objetivo modificar la conciencia de los hombres y provocar rupturas conceptuales, y en este sentido es un proceso selectivo que oculta y devela, que resalta y rechaza, de ahí la expresión de Mariátegui de que creamos y recreamos un pasado un tanto fantástico que sirva al futuro.

Lo que hace real la historia es su capacidad de influencia sobre la vida actual; su capacidad de hacer del relato de un hecho pasado una narración con significado simbólico, de convertir cada hecho histórico en punto de encuentro entre el arquetipo y la coyuntura, entre un legado de imágenes y unos individuos y acontecimientos concretos.³¹

En cuanto al presente, siguiendo a Fernando Braudel, este sólo tiene consistencia en la medida que pueda prolongarse hacia el mañana. De esta manera, el hombre a lo largo de la historia ha proyectado su vida hacia metas utópicas que ayuden a mejorarla, superando los lastres del presente.

Por ello aunque las ideas tienen una autonomía relativa, son un producto histórico que tienen una eficacia específica y desempeñan un papel importante en el desenvolvimiento de la totalidad social.

El fondo de esta cuestión reside en el tipo o modelo de sociedad que se quería construir, esto es, las distintas propuestas planteadas entre 1880 y 1930, como formas ideales o utópicas de vida y que garantizaran un desarrollo integral e independiente de los distintos países latinoamericanos.³² En estas perspectivas se incluían los caminos o las estrategias para arribar a estos determinados modelos deseables. Lo que en principio estaba claro —en algunos intelectuales de la época— era la necesaria ruptura de la

³¹ Tomás Pérez Vejo, *op. cit.* p. 119.

³² Aunque este tema requiere de un desarrollo independiente, habría que recordar que para Eugenio Imaz “utopía es República y no tecnocracia, razón, más que de república, de Estado” y que la utopía, cuyo significado, “no hay lugar tal”, puede tener su realización en un ahora concreto y que este factor contribuye al cambio social. Para José Luis Abellán “La tarea histórica del hombre en el mundo se caracteriza, en gran medida, por la persecución de las utopías, ya se sitúen en el espacio como ocurría entre los antiguos, ya en el tiempo, como ocurre entre los modernos. La utopía es, en ese sentido, el motor de la dinámica histórica, que nos incita hacia el futuro, y proyecta al hombre hacia una meta trascendente: la realización del objetivo utópico.” Y Abelardo Villegas afirma: “Pero tienen razón los marxistas cuando sostienen que el diseño de una utopía lo es de una sociedad cualitativamente distinta a la que existe.”

herencia colonial, de la sociedad tradicional, para crear naciones modernas que eliminaran el atraso y la miseria en que vivía la población.

Esta ruptura presentaba una disyuntiva: la implantación de la modernidad capitalista o el establecimiento de la sociedad socialista; aunque por la debilidad de la burguesía y la dependencia económica hacia el capitalismo internacional era poco viable la vía capitalista, por ello se pensó que el socialismo podría significar la superación de ambas (la sociedad tradicional y la modernidad capitalista). En este sentido Abelardo Villegas, señaló:

Sin embargo, la instauración de la modernidad no se dio nunca del todo porque el espíritu tradicional no desapareció del todo. El historiador Luis González ha dicho que la concepción del mundo heredada de los siglos XVI y XVII penetró muy profundamente en la conciencia de los habitantes de América Latina e incluso se mezcló con supervivencias prehispánicas, pero la modernidad resultó ser un ligero barniz superficial que no pudo tener la hondura de la teocracia. Una y otra vez fracasó el intento de crear una clase burguesa vigorosa cuya misión sería la de fundar la prosperidad latinoamericana, a cambio de ella se creó una amplia clase burocrática muy parecida a la que era característica del imperio español. Desde el punto de vista político, se llegó a la república, pero no a la democracia. Lo más abundante fueron los gobiernos autoritarios y la sociedad vertical.³³

En torno a estas cuestiones se estableció el debate: cómo sustituir la sociedad tradicional y aun a la incipiente burguesía, cuya incapacidad histórica se daba por su carácter dependiente y subordinado al capitalismo internacional, asimismo entre los nuevos proyectos nacionales, de qué manera se podría recuperar la tradición española, si es que era factible y posible.

La construcción del proyecto nacional ha sido un proceso particular en el que cada país ha ensayado diversas propuestas de transformación. Sin embargo, desde la aparición misma de las repúblicas latinoamericanas se comprendió, sobre todo a partir de Bolívar y después, a través de una amplia gama de pensadores, que el camino debía darse de manera conjunta, oponiendo un frente latinoamericano en contra de la penetración económica internacional del imperialismo. Esta estructuración debía abarcar primero los niveles regionales para luego Latinoamérica entera.

³³ Abelardo Villegas Maldonado, *op. cit.*, pp. 100 y 101.

Conviene terminar el marco teórico citando a José Ortega y Gasset, que apuntaba “[...] las naciones se forman y viven de tener un programa para mañana”, cuestión que para Latinoamérica aún queda pendiente por la desarticulación en la que se ha desarrollado a lo largo de su historia, particularmente desde su independencia.

II. El 98 en el contexto internacional

1. Colonialismo e imperialismo

La guerra de 1898 entre España y Estados Unidos fue parte del proceso de reorganización de la economía mundial. El capitalismo, al entrar en una nueva fase de desarrollo —el imperialista— generó una situación de profundas repercusiones en América Latina, entabando su desarrollo independiente.¹

Se pasó así del capital de libre concurrencia al dominio del monopolio, rasgo económico fundamental del imperialismo. Las grandes asociaciones como los cárteles y *trusts* concentraron las diversas ramas de la producción, dando impulso al capital financiero, controlado por grandes bancos que operaban a escala mundial en la exportación de capitales, fenómeno íntimamente ligado al reparto económico y territorial del mundo.

La apropiación de las fuentes de materias primas convirtió a los países coloniales y semicoloniales en monoexportadores de productos del suelo y del subsuelo, dándose un nuevo reparto del mundo entre las grandes potencias. Este fenómeno propició la formación de un nuevo sistema colonial. El petróleo, el caucho, el cobre, el hierro, el carbón fueron elementos vitales para la nueva era del vapor, de la electricidad, del automóvil, etcétera. Y las potencias imperialistas fueron en su búsqueda, para su extracción y explotación; la disputa se dio en torno a los pozos petroleros, las minas y las estaciones de carbón. Este nuevo sistema colonial se extendió en la mayor parte del mundo, propiciando toda suerte de mecanismos de opresión nacional.

A finales del siglo XIX y principio del XX, aumentaron el intercambio y la producción en gran escala, se internacionalizaron las relaciones económicas y del capital, y se estableció la preponderancia del capital financiero, concentrando la riqueza en unas cuantas manos, lo que determinó una completa separación entre un puñado de ricos multimillonarios y los pobres que formaban la inmensa mayoría de la población a escala mundial.

¹ Antes del inicio de la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos aparecía como la primera potencia industrial del mundo; entre 1900 y 1912 sus inversiones en el extranjero se triplicaron y en América Latina era ya el principal acreedor con una balanza comercial favorable.

Lenin contribuyó al análisis de este fenómeno, estableciendo los hitos de este proceso de formación del imperialismo a finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

El imperialismo como etapa superior del capitalismo en Norteamérica y en Europa y después en Asia, se formó plenamente en el periodo de 1898-1914. La guerra hispanoamericana (1898), la guerra anglo-boer (1899-1902), la guerra ruso-japonesa y la crisis económica en Europa en 1900 son los principales jalones históricos de esta nueva etapa mundial.²

El ascenso del militarismo, las disputas y guerras interimperialistas, la creciente reacción en contra de todo lo que significaba oposición a esta política, la opresión nacional y toda clase de saqueo y rapiña colonial caracterizaron este periodo.

Desde finales del siglo XIX, las grandes potencias europeas —las antiguas como Inglaterra y Francia y las emergentes como Alemania— habían ya iniciado este nuevo reparto del mundo, especialmente en África, pero también en Asia y América Latina:

Entre 1880 y 1914 [...] la mayor parte del mundo ajeno a Europa y al continente americano fue dividida formalmente en territorios que quedaron bajo el gobierno formal o bajo el dominio político informal de uno u otro de una serie de estados, fundamentalmente el Reino Unido, Francia, Alemania, Italia, los Países Bajos, Bélgica, los Estados Unidos y Japón.³

En esta situación, Inglaterra, en tanto principal potencia mundial desde el siglo XVIII, desarrolló una continua expansión económica y militar. A finales del siglo XIX, Sudáfrica estaba dentro de sus planes; con esa finalidad creó Rhodesia en 1889 y la convirtió en centro de sus operaciones en la región; la cuestión Boer en 1896 (resistencia de colonos holandeses a ser desplazados por los ingleses) constituyó un pretexto para provocar la guerra y apoderarse de Sudáfrica, convirtiendo a Johannesburgo en un centro económico e industrial, gracias a la explotación de las minas de oro y diamantes.

Francia también estaba interesada en África, hecho que provocó un nuevo reparto de este continente a costa de Alemania y Portugal. Con el “Tratado de Sudán”, África Occidental y los dominios portugueses pasaron a Francia, mientras que Egipto y

² V.I. Lenin, *Obras Completas*, Madrid, Akal Editor, t. XXIV, 1977, p. 115.

³ Eric Hobsbawm, *La era del imperio 1875-1914*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1998, p. 66.

Sudán entraron en la órbita de Inglaterra. Hacia 1914, la totalidad de África estaba en manos de potencias europeas como Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica, Portugal y de manera marginal, España. Sólo Etiopía, Liberia y una parte de Marruecos se resistieron a este nuevo reparto.

Asia fue la zona que mayores posibilidades tuvo de refrendar su independencia, pero no estuvo exenta de esta disputa. Inglaterra, desde la India, extendió su dominio a Birmania, Persia y el Tíbet; Rusia avanzó hacia el Asia central, por Siberia; en tanto Francia lo hacía hacia Indochina mientras que Japón consolidó su posición en Corea y Taiwán.

En 1900 intervinieron en China prácticamente todas las potencias en busca de nuevos espacios por conquistar; Inglaterra, Francia, Japón, Rusia, Alemania, Estados Unidos, Italia y Austria ocuparon el país. Debido a la resistencia del pueblo, no lograron su objetivo de repartirse todo el territorio, pero mantuvieron el control del ingreso fiscal y la ocupación militar. China, además tuvo que pagar indemnizaciones.⁴

Desde luego, la disputa entre las potencias era una constante, y la Guerra ruso-japonesa (1904-1905) fue parte esencial en la expansión del Japón, que estaba técnicamente mejor armado y preparado por occidente, derrotando con facilidad a la armada rusa. La zona en disputa era Manchuria y Corea.

Manchuria representaba para el Japón una importante reserva de minerales y productos alimenticios, y también un mercado de exportación, un espacio económico casi nuevo. Antes de que el gobierno de San Petersburgo concentre sus fuerzas en el extremo oriente, Japón ataca Port Arthur el 8 de febrero de 1904; hunde tres barcos rusos, y a pesar de la respuesta de la flota de Vladivostok, desembarca en Manchuria y en Corea, rechaza a los rusos, numéricamente inferiores, hacia Mukden, donde se librará una batalla decisiva (febrero-marzo de 1905). Será necesario el desastre naval de Tsushima (mayo de 1905) para que Rusia, debilitada por la Revolución, acepte la mediación de Estados Unidos.⁵

El resultado fue que Corea quedó como protectorado japonés en 1905, aunque cinco años después (1910) fue anexada directamente; en Manchuria se creó en 1906 la

⁴ *Breve historia moderna de China*, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1980. Especialmente el capítulo VIII: El movimiento Yijetuan.

⁵ Maurice Moreau, *La economía del Japón*, Buenos Aires, Eudeba, 1964, p. 15.

South Manchuria Railways Co., instrumento activo de dominación del Japón; así este país se sumó al conjunto de potencias imperialistas, esbozándose desde entonces la disputa con Estados Unidos en el Pacífico. En la Primera Guerra Mundial Japón resultó beneficiado, ya que fue abastecedor de productos a los países europeos y, al ser aliado de Inglaterra, pudo establecer algunas posesiones en China y el Pacífico sur.

Con este reordenamiento territorial y económico, la mayor parte el mundo quedó bajo la dominación de un puñado de naciones, gobernadas por los intereses de los grandes consorcios que dictaban las políticas más allá de las fronteras nacionales.

Entre 1876 y 1915, aproximadamente una cuarta parte de la superficie del planeta fue distribuida o redistribuida en forma de colonias entre media docena de estados. El Reino Unido incrementó sus posesiones en unos diez millones de kilómetros cuadrados, Francia en nueve millones, Alemania adquirió más de dos millones y medio y Bélgica e Italia algo menos. Los Estados Unidos obtuvieron unos 250 000 km. (cuadrados) de nuevos territorios, fundamentalmente a costa de España, extensión similar a la que consiguió Japón con sus anexiones a costa de China, Rusia y Corea. Las antiguas colonias africanas de Portugal se ampliaron en unos 750, 000 km. (cuadrados); por su parte España que resultó un claro perdedor (ante los Estados Unidos), consiguió, sin embargo, algunos territorios áridos en Marruecos y en el Sahara occidental.⁶

Inglaterra consolidó su posición preponderante a escala mundial; el centro financiero internacional y comercial tenía su sede en Londres, la diplomacia británica prevalecía en todos los conflictos mundiales y gran parte de América Latina se encontraba bajo su control. Estados Unidos estaba todavía lejos de ser un peligro; sólo Alemania buscaba revancha ante su fracaso expansionista en la primera década del siglo XX. Finalmente, esta disputa propició el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Entre 1876 y 1914 seis “grandes” potencias (Inglaterra, Rusia, Francia, Alemania, Japón y Estados Unidos) se apoderaron a sangre y fuego de 25 millones de kilómetros cuadrados, ¡es decir, una superficie dos veces y media mayor que la de toda Europa! Seis potencias subyugaban a una población de más de quinientos millones de habitantes en las colonias. Por cada cuatro habitantes de las “grandes” potencias hay cinco habitantes en “sus” colonias. Y es notorio que las colonias han sido conquistadas a

⁶ Eric Hobsbawm, *op. cit.* p. 68

sangre y fuego, que el trato a sus pobladores es brutal, que se los explota de mil maneras (mediante la explotación de capitales, concesiones, etc.; el engaño en la venta de mercancías, el sometimiento a las autoridades de la nación “dominante”, etcétera y otras cosas por el estilo).⁷

Éste era el panorama al iniciar la Primera Guerra Mundial y explica al mismo tiempo las causas de esta guerra, que culminó con la destrucción de Europa y con una aguda crisis económica. El país más favorecido fue Estados Unidos que desde entonces se convirtió en la principal potencia mundial, con una notable supremacía desde el punto vista económico, político y militar. No sólo financió la Primera Guerra Mundial, lo que puso a los países europeos bajo su dominio, sino que además financió la reconstrucción de estos países, situación que lo colocó como la principal potencia imperialista en el nivel mundial. Woodrow Wilson entró a la guerra bajo un programa de reorganización mundial. Y desde entonces la constante estadounidense ha sido una política pragmática para lograr sus fines.

Convenientemente marginal hasta finales del siglo previo, jamás aislada del juego europeo del poder como lo pregona su historia oficial, la hegemonía de los Estados Unidos posee, sí, modalidades propias que permitirán su gradual inserción en el orden económico y político internacional dominado y codificado por Europa hasta la Primera Guerra Mundial. Sin entorpecer sus maniobras de poder y de dinero con las grandes armazones europeas del Estado, la soberanía, el equilibrio del orden internacional o el doctrinarismo político, la urdimbre del poderío norteamericano se teje en medio de contactos y deslindes, de despliegues y repliegues, de intromisiones y neutralidades que raras veces cobran un perfil estatal definido y, por lo general, asumen las modalidades (y ventajas) de lo privado y lo informal.⁸

Así, mediante un proceso gradual que viene desde finales del siglo XIX y con una política pragmática, los intereses económicos y políticos de Europa quedaron bajo el control de esta potencia, generando un profundo resentimiento en los países que fueron desplazados y la exacerbación de nacionalismos reaccionarios que en la década de los veinte dieron origen al fascismo italiano y en los treinta, al nazismo alemán, que desencadenaron la Segunda Guerra Mundial.

⁷ V.I. Lenin, *op. cit.* t. XXI, pp. 407 y 408.

⁸ José Luis Orozco, *El siglo del pragmatismo político*, México, Fontamara/UNAM, 2004, p. 10.

2. La guerra del 98

A partir de la Guerra de Secesión (1861-1865), Estados Unidos se fue conformando como potencia, por el impulso de su producción y el acelerado proceso de industrialización; para 1895 ya se colocaba entre las principales potencias del mundo, aunque fue con la guerra del 98 que adquirió su verdadera naturaleza imperialista.⁹

Su expansión territorial se dio a lo largo del siglo XIX, con el continuo avance colonizador hacia el Pacífico y la apropiación de más de la mitad de territorio mexicano a mediados del siglo. En todo este proceso la base de esta política expansionista fue el “Destino Manifiesto”, fundamento ideológico en el que ha sustentado su política imperialista.

Conceder a la categoría del destino manifiesto el carácter de modalidad ideológica permanente facilita trazar los elementos de continuidad y agregación, si no es que de propósito nacional invariable, que son comunes a 1847 y 1898. Al nivel de masas, la idea del destino manifiesto contribuye a que la historiografía oficial norteamericana documente los “impulsos imperialistas” como los productos de un “entusiasmo patriótico” un “estilo paranoico” en buena medida transitorios y, sobre todo, replegables (y hasta reprobables) una vez que trascurren.¹⁰

La estrategia expansionista estadounidense visualizaba al Pacífico como ruta de penetración a Oriente, al Caribe como ruta comercial y al resto de América Latina como zona exclusiva de dominación. Para conseguirlo era necesario establecer una vasta red de estaciones carboneras y posesiones insulares que devinieron bases vitales para su expansión mundial.

La ubicación estratégica de Cuba y el creciente interés económico de los empresarios estadounidenses fueron las razones que propiciaron la guerra; el

⁹ La expansión territorial en el siglo XIX y la ultramarina en el siglo XX fueron elementos importantes en la formación imperial de Estados Unidos, pero lo que definió su naturaleza imperialista fue su acelerado desarrollo industrial, la formación de los grandes monopolios y, por ende, su expansión económica.

¹⁰ José Luis Orozco, *De teólogos, pragmáticos y geopolíticos*, Barcelona, Gedisa/UNAM, 2001, p.85.

hundimiento del *Maine*, anclado en aguas cubanas, fue un mero pretexto y dio pauta para que Estados Unidos declarara la guerra a España. El enfrentamiento militar fue relativamente corto, poco más de tres meses.

Cuba siempre había sido codiciada por Estados Unidos desde principios del siglo XIX, debido a su extensión, su posición de entrada al Caribe, y porque protegía el paso al Golfo de México y el sur del Mississippi; Thomas Jefferson consideraba que debía formar parte de la Unión. Los intentos de anexión comenzaron por querer comprársela a España; el ofrecimiento inicial empezó con 50 millones de dólares, luego cien millones, llegando a ofrecer hasta 130 millones de dólares.¹¹ La fundamentación de esta política se encuentra en la obra de Carlos Pereyra, quien señala que entre sus objetivos estaban:

1.º Impedir que España enajenase su dominio a favor de otra potencia, especialmente Inglaterra; 2.º, oponerse, hasta por la fuerza de las armas, a que otra potencia se apoderase de la Isla aprovechando algún conflicto internacional en que España fuese parte; 3.º, estorbar todo proyecto de auxilio para favorecer la independencia cubana con elementos de otra nación de América, como Méjico y Colombia; 4.º, aprovechar el descontento de los cubanos para fines propios de los Estados Unidos, favoreciendo los movimientos revolucionarios cubanos ú oponiéndose a ellos, según las circunstancias; 5.º, tratar de que Cuba entrase en el dominio de los Estados Unidos por medio de una compraventa mercantil o de cualquier otro modo en que no quedase comprometido el gobierno de los Estados Unidos a hacer de la isla un miembro político de la Unión.¹²

Los intereses estadounidenses en la isla crecieron de manera significativa a finales del siglo XIX. Sus exportaciones e importaciones eran superiores a casi todos los países de América Latina, exceptuando Brasil y Argentina. Esta realidad demuestra que:

La verdadera conquista de Cuba por los Estados Unidos se hizo algunos años antes de Mac Kinley, y el agente que consumó las profecías históricas de Adams, fue el azúcar. La vida económica de Cuba depende del azúcar, y casi la totalidad del azúcar cubana se vende en los Estados Unidos. Así, pues, cuando los Estados Unidos abren sus puertas al azúcar de Cuba, ésta se enriquece; cuando las cierran la aniquilan.¹³

¹¹ Véase Donald Barr Chidsey, *La guerra Hispano-americana 1896-1898*, Barcelona, Grijalbo, 1973.

¹² Carlos Pereyra, *El Mito de Monroe*, Madrid, Ed. América, 1914, pp. 253 y 254.

¹³ *Ibid.*, p. 282.

La razón y causa de la intervención estadounidense estaba en sus propios intereses económicos en la isla, en sus afanes expansionistas, contrarios y antagónicos a las aspiraciones de la lucha democrática y nacional; tenían, por tanto, el propósito de impedir el triunfo de la Revolución y la independencia plena conforme lo habían establecido Martí, Gómez, Maceo y Calixto García. La crisis económica y social que internamente enfrentaba España, la guerra de liberación emprendida por los filipinos, pero sobre todo, la fortaleza de los revolucionarios cubanos, habrían terminado con la derrota definitiva de los españoles y la independencia de la isla.

Con la conquista de Filipinas, los Estados Unidos se hicieron de puntos estratégicos en el Pacífico, con lo cual incrementaron su comercio con el lejano oriente que hasta entonces era tan solo del 5 por ciento. Aunque al final de la guerra con España sólo habían tomado militarmente Manila, pronto emprendieron acciones en contra de los patriotas que luchaban contra España y por la independencia de Filipinas, los cuales tuvieron que enfrentar al nuevo invasor. Esta lucha se prolongó por más de cuatro décadas durante el siglo XX. Sin embargo, en el contexto de la nueva redistribución geográfica y económica internacional, los estadounidenses tenían abierto el camino de Asia.

En las islas Guam —de escasa importancia para España— no hubo combate, pues la guardia no contaba ni siquiera con pólvora para responder un saludo militar, que creyeron era el que pedían las dos salvas disparadas por la flota estadounidense. Sin embargo, su importancia residía en su ubicación entre Hawai y las Filipinas. El interés de Estados Unidos se debió a su posición geográfica, puesto que le permitió establecer en estos territorios bases de abastecimiento y después puntos estratégicos para el comercio transpacífico. Por ello, la Micronesia —donde están las islas Guam— fue un punto vital en la estrategia estadounidense que además buscaba contener la expansión de Alemania en esta zona.

Por lo que respecta a Hawai, en 1898, contaba con una población de 90 mil habitantes, de los cuales, 2 mil eran estadounidenses, dueños de todas las plantaciones de azúcar. Este producto constituía toda la riqueza del lugar, dado que no había depósitos minerales, ni tampoco una industria turística. Los intentos de anexión de Hawai habían comenzado cinco años atrás, en 1893, en que los colonos estadounidenses

utilizaron a los “marines” para destronar a la reina Liliukalani —que gobernaba la isla— e imponer a un blanco como cabeza de gobierno, que desde luego estaría a su servicio. Para ello, presionaron al gobierno de Cleveland a fin de que la anexara abiertamente. Si bien este asunto fue pospuesto por la negativa presidencial y del Congreso, Hawai permaneció en el programa expansionista de Estados Unidos.

Con el Tratado de París en 1898, España perdió sus últimos “Reinos de Indias”; redujo su territorio a la mitad y después de la guerra, su población (que era de 29 millones) se redujo a 19 millones. Su miopía política y su visión trascendental, reflejadas en la creencia de la invencibilidad de la armada española gracias a la ayuda divina, mostraron hasta qué punto se actuó con una mentalidad propia del siglo XVI, proveniente de las cruzadas. La enorme superioridad técnica y militar de Estados Unidos fue evidente. España renunció a toda reclamación de soberanía sobre Cuba y cedió Puerto Rico, Guam y Filipinas a los Estados Unidos. A cambio, sólo recibió 20 millones de dólares por las Filipinas, suma insignificante y vergonzosa con la que selló su derrota.

España enfrentó la guerra como una cuestión de honor, lo que era incompatible con las condiciones económicas y políticas de un país empobrecido y atrasado, además contaba con una sociedad emergente que reclamaba su derecho a fijar su destino nacional enfrentada a una monarquía incapaz de modernizarla y ponerla a la altura de las nuevas circunstancias de países como Inglaterra y Francia.

Durante la guerra, la utilización del vapor en la navegación estuvo ligada al ascenso del imperialismo; de ahí los cambios geopolíticos con la mira de poseer las estaciones carboneras para sostener su expansionismo.

Cuba fue sojuzgada por el dominio colonial de Estados Unidos, situación que se proyectó a gran parte de América Latina, con una evidente intervención en los asuntos internos de los gobiernos de estos países; Puerto Rico, en cambio, quedó anexado desde entonces.

3. La expansión estadounidense

3.1. Del oropel a la era progresista

En el periodo de 1880 a 1930 Estados Unidos se caracterizó por ser un “país acelerado por los monopolios, contenido por las crisis y vuelto a acelerar por la guerra”¹⁴ que cierra definitivamente un ciclo con la recesión económica de 1929.

El enorme progreso que acusó, sobre todo a finales del siglo XIX y principios del XX, se debió fundamentalmente a que era un país libre de trabas feudales y con un proceso continuo de expansión territorial, sobre todo hacia el oeste, con tierras que reclamaban una mayor colonización, además de la creciente migración que proporcionó la mano de obra necesaria.

El norte y el sur tienen aproximadamente la misma superficie, mientras que el oeste es casi el 50% más extenso que los dos anteriores. Pero la población del norte es 8 veces mayor que la del oeste. Puede decirse que el oeste está casi despoblado. La rapidez con que se va poblando es evidenciada por el hecho de que en 10 años, de 1900 a 1910, la población del norte aumentó en un 18%, la del sur en un 20% y la del oeste ¡en un 67%! En el norte casi no se aumenta la cantidad de *farms*: 2 874 000 en 1900 y 2 891 000 en 1910 (+ 6%); en el sur aumentó en un 18%, de 2 600 000 a 3 100 000; mientras que en el oeste aumentó en un 54%, o sea, en más de la mitad, de 243 000 a 373 000.¹⁵

La Guerra de Secesión barrió con una de las pocas barreras que el capitalismo estadounidense había tenido, la esclavitud, pero además sentó las bases para transformarlo de una economía agrícola a una manufacturera. A principios del siglo XX se había convertido en un país vigoroso y próspero, con instituciones vitales; además de este progreso, había alcanzado gran libertad política, convirtiéndose en el ideal de la sociedad burguesa (deslumbrando a más de un intelectual latinoamericano).

Efectivamente, lo que ocurrió a finales del siglo XIX y principios del XX fue un incremento productivo y consecuentemente una tasa de crecimiento sin precedentes, la duplicación del producto nacional bruto y la acelerada formación de capital, así como la presencia de los bancos y ferrocarriles a lo largo de su territorio. Hacia 1912, el nivel de concentración monopólica se expresaba en el hecho de que su riqueza nacional se

¹⁴ José Luis Orozco, *Henry Adams y la tragedia del poder norteamericano*, México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios), 1985, p. 16.

¹⁵ V. I. Lenin, *op. cit.* t. XXIII, p. 96.

calculaba en 120 millones de dólares, pero un tercio estaba en manos de dos consorcios: Rockefeller y Morgan, mostrando desde entonces el dominio pleno del monopolio.

Esta gran revolución económica, preparó a Estados Unidos para una mayor expansión imperial y sobre todo para su intervención en la Primera Guerra Mundial en condiciones sumamente favorables, frente al resto de las potencias.

En 1890, el capitán Alfred Mahan empezó su campaña por una armada adecuada para soportar y justificar “una vigorosa política exterior”. Mahan argumentaba que “quieran o no, los americanos tienen que empezar a mirar hacia fuera”. Un mercado exterior en expansión era vital para la prosperidad nacional. La creciente producción del país necesitaba el control de los mercados extranjeros que, a su vez, hacían necesaria una armada poderosa, una marina mercante fuerte con bases seguras y apostaderos de carbón desde los que se pudiera operar. Tanto estratégicamente como desde el punto de vista del mercado, el área del Caribe era crucial; desde luego que bastaría, nada menos, que la supremacía americana en el Caribe.¹⁶

Las previsiones de Mahan se cumplieron, pues como se sabe el expansionismo que Estados Unidos desarrolló con la guerra del 98 y se consolidó en la Primera Guerra Mundial; a mediados de los años veinte ya era la principal potencia capitalista a nivel mundial y Nueva York se convirtió en la capital de las finanzas internacionales.

3.2. Migración y riqueza estadounidense

En el desarrollo histórico de Estados Unidos han contribuido millones de personas procedentes de diversas partes del mundo, pero especialmente de Europa. Las corrientes migratorias se intensificaron desde la segunda década del siglo XIX y las primeras del XX. En 1900 eran ya más de 10 millones de extranjeros y entre 1880 y 1930 llegaron al país alrededor de 27 600 000 personas, aunque es interesante destacar que a partir de la recesión económica, en 1929, esta cifra descendió de manera significativa.

Su expansión económica, la ampliación de su infraestructura (redes ferroviarias y líneas marítimas de vapor), la escasa mano de obra, los altos salarios que, en algunos

¹⁶ Philip S. Foner, *La guerra hispano/cubano/americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*, Madrid, Akal Editor, t. I, 1975, p. 30.

casos, como en el sector industrial, eran superiores al 60% con respecto a Inglaterra, fueron algunos de los factores que atrajeron a millones de europeos a establecerse en Estados Unidos. A esto se sumaron otros factores como crisis económica, guerras, crecimiento demográfico (sobre todo en las ciudades), etc., en sus respectivos países de origen.

Durante el decenio de 1891 a 1900, Europa envió allí 3 700 000 personas, y durante los nueve años comprendidos entre 1901 y 1909, 7 200 000 personas. El censo de 1900 registra más de diez millones de extranjeros. El Estado de Nueva York —en el cual, según ese mismo censo, había más de 78 000 austriacos, 136 000 ingleses, 20 000 franceses, 480 000 alemanes, 37, 000 húngaros, 425 000 irlandeses, 182 000 italianos, 70 000 polacos, 166 000 personas procedentes de Rusia (en su mayoría judíos), 43, 000 suecos, etc.— parece un molino en que se trituran las diferencias nacionales.¹⁷

La mayor cantidad de inmigrantes hacia Estados Unidos provenía de Alemania, Irlanda, Austria-Hungría, Rusia, Italia, Gran Bretaña, entre otros, aunque a finales del siglo XIX y principios del XX se dio una fuerte migración china y japonesa, además de los latinoamericanos (especialmente mexicanos). Si bien es cierto que muchos de éstos eran inmigrantes temporales, la mayoría llegaba para quedarse.

La contribución de los inmigrantes a los Estados Unidos de América fue significativa, no sólo en el aspecto económico sino porque cada grupo aportó su propia cultura; estas diversas vertientes formaron una suerte de mosaico, aunque asumiendo los cánones del modo de vida estadounidense.

3.3. Ideología y política estadounidense

La Guerra de Secesión consolidó un sistema político de gran vitalidad, entre cuyas características destacan: instituciones democráticas de fuerte desarrollo, libertad política y un sistema republicano. En general, los gobiernos pusieron énfasis en una buena administración pública, sobre todo, en cuanto al control del gasto federal y la modernización de sus ejércitos marítimos y terrestres. La guerra del 98, así como la

¹⁷ V. I. Lenin, *op. cit.*, t. XX, p. 357.

Primera Guerra Mundial, permitió a Estados Unidos consolidar su poder y colocarse como la primera potencia mundial en los ámbitos económico, político y militar.

Entre 1880 y 1930, Estados Unidos impulsó una política expansionista basada en un nacionalismo reaccionario que postuló la defensa de sus límites territoriales e implicó el dominio de áreas adyacentes, incrementando su dominio continental y mundial. A partir del interés y seguridad nacional, Estados Unidos justificó —y lo sigue haciendo— toda clase de atrocidades e intervenciones en asuntos internos de otros países. En particular, la doctrina Monroe y su corolario, el panamericanismo, sirvieron de base para su hegemonía en Latinoamérica y para proyectar su esfera de influencia en otros continentes. Entre los más connotados teóricos de esta teoría imperialista estaba el capitán de la Marina Alfred Mahan.¹⁸ Al respecto podrían señalarse algunas características de la actualizada versión de la doctrina Monroe:

- Ningún territorio de América puede considerarse abierto a la colonización por parte de alguna potencia europea.
- Estados Unidos adquiere derechos sobre América Latina, como parte de su seguridad nacional.
- Estados Unidos adquiere la supremacía política y se convierte en defensor natural de América Latina.

McKinley, Roosevelt, Taft y Wilson fueron los ejecutores prácticos de esta política intervencionista.

Desde luego esta política imperialista estuvo en relación directa a los intereses de los grandes monopolios que buscaban nuevas zonas de influencia y que imponían los derroteros de la política de Estados Unidos.

Este esbozo histórico del contexto internacional y, en particular del desarrollo de Estados Unidos como potencia, pretende establecer las bases históricas concretas que dieron sustento material para la nueva visión antiimperialista en Latinoamérica, en

¹⁸ José Luis Orozco ofrece un amplio panorama de este pensamiento expansionista estadounidense, que explica los fundamentos políticos y económicos que justifican su poder imperial. “La prolongación continental, y luego global, de aquella hegemonía se sustentará entonces, alimentándose recíprocamente, en la teología del dinero, la fe, los negocios y el poder que anima todo el proceso y explica, en última instancia emotiva e ideativa, la política exterior de los Estados Unidos.” *De teólogos, pragmáticos y geopolíticos*, p. 35.

especial desde la guerra del 98, y que incidió de manera directa en las nuevas propuestas de construcción nacional.

4. España entre dos siglos (1880-1930)

4.1. La Restauración monárquica

La derrota de España frente a Estados Unidos en la guerra de 1898 fue consecuencia de su atraso y debilidad frente a su enemigo. Habiendo sido un gran imperio, España no supo aprovechar las riquezas extraídas de sus colonias para modernizar sus estructuras económicas y políticas; esto se puede apreciar en todo su desarrollo histórico, desde el momento de la unificación nacional con los reyes católicos en el siglo XV hasta el XIX. El carácter feudal de la sociedad española determinó el tipo de evolución y desarrollo que tuvo a lo largo de cuatro siglos, y por eso, la crisis de finales del siglo XIX y que abarcó gran parte del XX, tuvo un carácter estructural y un profundo sentido histórico.

La decadencia española tenía como antecedente el estancamiento en varios siglos de su historia, por ello algunos autores afirmaban que la monarquía supo crear un imperio mundial, pero no “supo hacer España”. Desde el siglo XV otras naciones europeas habían tenido hondas transformaciones culturales, políticas, religiosas y económicas como el Renacimiento en Italia, la Reforma luterana en Alemania, la Revolución económica en el siglo XVII y la revolución industrial en el XVIII en Inglaterra y, por supuesto, la gran Revolución democrático burguesa en Francia en el siglo XVIII, pero en España no hubo cambios profundos y significativos.

El descubrimiento de América y la edificación de un imperio inmenso sobre el nuevo continente llevaban en sí los gérmenes de la decadencia. Mientras que los metales preciosos que traían los galeones del rey vivificaban a Europa Occidental, la metrópoli parecía estar atacada de parálisis y se volvía, a la vez, esa “fuente de gloria” y ese “valle de miseria” que han sabido describir los historiadores del siglo XVI. España pierde en el siglo XIX, sus últimas posiciones mundiales y, finalmente, sólo la rozará la revolución industrial y liberal que acaba de transformar a la vieja Europa.¹⁹

¹⁹ Emile Broué Pierre y Témime, *La Revolución y la Guerra de España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, p. 22.

España, a principios del siglo XX, presentaba una situación de atraso general; su desarrollo económico, político y social era precario en comparación al que habían alcanzado otros países del mundo occidental, mostrando la incapacidad de las clases dominantes para lograr la modernización y colocarse a la altura de las nuevas circunstancias. Por ello, al analizar la situación española, Mariátegui se refirió a su desarrollo como el de un industrialismo, liberalismo y capitalismo exigüos.²⁰

Este periodo histórico de España es singularmente importante: corresponde a la restauración monárquica, que va desde el fin de la I República en 1875 al inicio de la II República en 1930. El país fue gobernado por una monarquía constitucional con características muy particulares, donde la Corona resolvía las posibles incompatibilidades entre el gobierno y las cortes; este gobierno se estableció sobre la base de una alianza entre las clases tradicionales (grandes terratenientes) y la incipiente burguesía, en la que se dio una alternancia del poder entre liberales y conservadores; prevalecieron los intereses de los grandes propietarios, además de persistir la política de mantener el estatus colonial en el Caribe y Filipinas, territorios que finalmente les arrebató Estados Unidos. “La gran propiedad y su ‘techo ideológico’” aristocrático-tradicional son la fuerza dominante dentro de esta alianza; es más, la fuerza hegemónica, puesto que sus ideas, sus concepciones, sus valores son los que inspiran fundamentalmente al poder.”²¹

Entre los fenómenos internos que fueron significativos para España se cuentan: la exacerbación de los nacionalismos, sobre todo el vasco y el catalán,²² la revolución en las artes y las letras, los proyectos regeneracionistas, la crisis de la restauración y la dictadura de Primo de Rivera. Destacó además, en este periodo, la acción del movimiento obrero y campesino junto con la difusión de ideologías como el socialismo, el comunismo o el anarquismo que eran expresión de nuevas fuerzas sociales y nuevos actores dentro del espectro político español y que, en conjunto, configuraron un periodo decisivo de su historia.

²⁰ Mariátegui hace numerosas referencias a este periodo de la Restauración Española, sobre todo en artículos reunidos en *Figuras y Aspectos de la Vida Mundial*, Lima, Amauta, 1978 (t. 16, 17 y 18 de sus obras completas).

²¹ Manuel Tuñón de Lara, *Estudios sobre el siglo XIX español*, Madrid, Siglo XXI, 1974, p. 213.

²² El desastre del 98 radicalizó las posturas nacionalistas y a finales del siglo XIX “El nacionalismo presentaba las innegables diferencias estructurales y las diversidades culturales de España como diferencias naturales, biológicas y absolutas.” Albert Balcells, *Cataluña Contemporánea*, Siglo XXI, Madrid, 1977, p. 77.

Un breve esbozo histórico permitirá contextualizar y comprender la crisis del poder y la efervescencia ideológica y cultural que caracterizó a este periodo estudiado, en el que se dio un debate y el replanteamiento de “España como problema”. Esto permitió también repensar y renovar las relaciones intelectuales con América Latina, lo que contribuyó a retomar —en este lado del Atlántico— la tradición española como uno de los ejes en los proyectos nacionales, planteados por algunos núcleos de intelectuales.²³

4.1.1. La cuestión económica

El replanteamiento del problema nacional en España a partir de la guerra del 98 estuvo vinculado (como en su momento en el resto de los países europeos) al desarrollo del capitalismo y a la existencia de una burguesía que, como clase, tuviera el poder suficiente para dirigir este proceso.

Pero la situación que presentaba España era la de una economía rezagada en todos los órdenes: una agricultura de tipo feudal, una industria de bienes de consumo, una gran industria limitada y embrionaria apenas desarrollada en la minería y el comercio, muy por debajo del nivel medio de los países europeos. A pesar de las transformaciones económicas favorables, en la segunda década del siglo XX —por la coyuntura de la Primera Guerra Mundial—, siguió predominando el sector agrario, no sólo por la preponderancia de la gran propiedad terrateniente, sino además, porque buena parte de la población económicamente activa se ocupaba en labores del campo. Así, en 1877, 70% de la población se ubicaba en el campo, y en 1900, era de 66.33%, porcentajes que variaron muy poco hasta 1930.²⁴

²³ Para esta parte del trabajo, los estudios de Manuel Tuñón de Lara acerca de la España de los siglos XIX y XX, así como su obra *Medio Siglo de la cultura Española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 1984 son importantes. Es uno de los autores fundamentales para el conocimiento de esta etapa de la historia española, no sólo por las obras que escribió, sino por la relevancia de los coloquios que dirigió en la Universidad de Pau, Francia, realizados anualmente y de manera ininterrumpida de 1970 a 1979. Existe además una amplia bibliografía sobre la evolución social de España, pero para los fines de este esbozo, se tomarán en cuenta las obras aquí consignadas.

²⁴ Véase Manuel Tuñón de Lara, *Estudios sobre el siglo XIX español*, especialmente el cap. IV, donde se analiza el dominio económico y político de la alianza entre la aristocracia y la burguesía en un periodo que va del fin del sexenio revolucionario (I República) a 1930 con la derrota de la dictadura de Primo de Rivera y la instauración de la II República.

La evolución económica de España estuvo condicionada por el carácter agrario de su economía y la crisis social padecida en las últimas décadas del siglo XIX (a partir de 1885) y la primera del siglo XX. Fue el resultado natural del paso lento de formas feudales a formas capitalistas de producción, cuya manifestación más palpable era la inexistencia de sectores económicos capitalistas consolidados que aceleraran este proceso. En todo caso, el proceso de modernización en la agricultura entre 1880 y 1930, resultó insuficiente e inacabado.

La economía estaba en manos de una clase feudal terrateniente que detentaba el poder del Estado. Según datos consignados sobre ese periodo, en 12 provincias se presentaba la siguiente situación: en Sevilla, Cádiz, Málaga, Granada, Ciudad Real, Salamanca, Cáceres, Badajoz, Jaén, Toledo, Almería y Córdoba, la extensión de tierras de los grandes propietarios (248 en promedio) era de 2 995 hectáreas contra tres hectáreas en promedio para el resto de la población. Otros datos significativos son:

Cuando en 1932 Pascual Carrión publica su gran trabajo sobre los latifundios en España, utilizando como fuente el Catastro Agrícola de 1926 sobre el 51% de la superficie de España, así como las Memorias de los Ingenieros Agrónomos y de Montes en 1919, parecen todavía agravadas las cifras y precisiones de Barthe y Barthe publicadas en 1912.

En las provincias de las regiones de La Mancha, Extremadura y Andalucía, 896 084 propietarios poseen 15 512 816 hectáreas. Las fincas mayores de 250 hectáreas suman 6 388 441 hectáreas, o sea, algo menos de la mitad total de la superficie en estudio, pero pertenecen a sólo 7 266 propietarios.²⁵

En el sur de España prevalecía la gran propiedad: en Sevilla, 1168 familias eran dueñas de 59% de la superficie cultivable y en Cádiz, sólo 655 latifundistas poseían 68% de la tierra; mientras tanto, 2 millones de personas no tenían tierras y las de 1 250 000 campesinos eran insuficientes para sobrevivir. Aun en pleno siglo XX varios pueblos desaparecieron para dar paso a la formación de nuevos latifundios.²⁶

²⁵ Carlos Rama A., *La crisis española del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 38.

²⁶ Antonio Bernal encontró que de los “[...] 138 pleitos sustanciados en el Tribunal Supremo entre 1880-1929, todavía a principios de este siglo antiguos pueblos señoriales como Campocerrado, Anaya de Huelva, Casasola, etc., desaparecieron como tales convirtiéndose en latifundios, en particular en zonas cacereña, salmantina del Bajo Aragón, etc. [...]”, véase “Resistencias al cambio desde el sector agrícola” en *España entre dos siglos (1875-1931) continuidad y cambio*, Madrid, Siglo XXI, 1991, p. 143.

España era un país agrario y pobre, la mayor parte de su población económicamente activa estaba vinculada a la agricultura; los medios de producción eran arcaicos, sobresaliendo el arado romano como herramienta de labranza, y su suelo agrícola era el de más bajo rendimiento en relación con otros países europeos, lo que sólo permitía desarrollar un cultivo básicamente extensivo con escasa productividad, “[...] siguió primando el monocultivo del cereal sin apenas cambios en los sistemas de cultivo, con predominio del barbecho, y con utillaje agrícola extremadamente rudimentario.”²⁷ Es decir prevalecieron los factores arcaicos sobre otros más modernos, que realmente eran insignificantes en el agro español.

La crisis que sobrevino a finales del siglo XIX fue provocada, en parte, por los cambios en las condiciones de la agricultura europea y por la creación del mercado mundial de la producción de cereales en la que España quedó al margen; esto ocasionó la pérdida de mercados externos y la penetración de trigos foráneos, lo que puso de manifiesto la insuficiencia del sistema agrario español que, por su atraso y tradicionalismo, limitaba al máximo las exportaciones en este renglón. Para evitar la caída de los precios en sus productos, España adoptó medidas proteccionistas de carácter arancelario, que momentáneamente dieron un respiro a la situación pero que no la resolvieron de raíz.

A partir de 1882 aumentaron las importaciones de trigo y cesaron completamente las exportaciones. El cereal de los Estados Unidos llegaba a puertos españoles con un costo menor al 30% en pesetas del precio en el mercado del trigo español. En estas condiciones de evidente falta de competitividad, era improbable sostener su nivel de producción, lo que provocó la caída de los precios en los cereales, afectando gravemente los cultivos destinados a la comercialización. “La situación influyó directamente sobre la formación de los precios interiores, provocando su drástica baja, con las consiguientes repercusiones sobre los cultivos y sobre su comercialización.”²⁸

Las bases económicas tradicionales, la escasa productividad y los altos costos provocaron graves dificultades en el mantenimiento de las exportaciones agrarias, sobre todo en aquellas pequeñas y medianas propiedades, pero también en la disminución de la renta de los grandes propietarios y terratenientes. Éstas son algunas de las razones

²⁷ Antonio Gómez Mendoza, “Depresión agrícola y renovación industrial”, *op. cit.*, p. 129.

²⁸ Julio Arostegui, *Miseria y conciencia del campesino castellano*, Madrid, Narcea, 1977, p. 57.

que explican la situación del agro español a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, que afectó especialmente la vida de los trabajadores del campo, en particular a los braceros (asalariados).

Se puede afirmar que durante el periodo de la Restauración, la gran propiedad se incrementó debido a que no hubo fraccionamiento agrario, y por el contrario, hubo numerosos casos de expropiación de tierras de los pueblos por parte de los latifundistas, aprovechando la falta de títulos de propiedad. Todo esto benefició al sistema caciquil, que detentaba el poder local y regional, y propició que los funcionarios locales y provinciales actuaran en su favor.

[...] el proceso de concentración de la tierra se acentuó durante la Restauración pero “el principal afán fue convertirse en propietario más que en cultivador” porque la posesión de tierras siguió siendo una inversión segura y de poco riesgo en el medio plazo. Con ello floreció el absentismo entre unos propietarios que colocaron sus tierras al cuidado de intermediarios.²⁹

El propio Antonio M. Bernal, en el artículo citado, resume la situación del agro español de finales del siglo XIX y las tres primeras décadas del siglo XX, donde da cuenta de la falta de dinamismo y modernización requeridos para estar a la altura de las economías de otros países de la Europa Occidental. Además de la gran propiedad, otro rasgo característico del agro español en este periodo fue la preeminencia de minifundios, opuestos a cualquier intento de transformación y modernización y cuyo rendimiento era de los más bajos en toda Europa.

La situación en la industria no era diferente; se encontraba en condiciones de atraso, especialmente el ramo textil, que era el más grande en el país; sólo la metalurgia presentaba un panorama distinto, pero estaba en manos de capitales extranjeros. Este estancamiento económico se notaba sobre todo en el nivel internacional y frente a los parámetros de otros países capitalistas, pues en términos comerciales, España sólo aportaba 1.2% a pesar de sus 400 kilómetros de costas en el Mediterráneo y el Atlántico. Este aspecto predominante es el que permite hablar de que en este periodo hubo estancamiento e inmovilismo en la industria española, sin negar la existencia de renglones más modernos y dinámicos, aunque vinculados a capitales extranjeros.

²⁹ Antonio Gómez Mendoza, *op. cit.* p. 131.

Estudios de corte más microeconómico han revelado la existencia de dos realidades en la industria de la España de finales del siglo XIX —que no cambió en las tres primeras décadas del siglo XX. Por un lado, una industria arcaica, propia de la sociedad tradicional, cuyos rasgos más llamativos eran el atraso técnico, la reducida escala de operaciones, la utilización de fuentes de energía tradicional y el consumo de materias primas preindustriales. [...] Por otro lado, empresas modernas que destacaban del resto por las técnicas y materiales que utilizaban, por la generalización del vapor, por su tamaño y por estar mucho más abiertas a las potencialidades que brindaba el mercado exterior. Perseguían una elevación en la productividad, mejorar la calidad de sus productos y, por tanto, conseguir una mayor competitividad para éstos.³⁰

Así, la situación de España era, en muchos sentidos, muy similar a las de sus ex colonias y semicolonias; y más específicamente a la de algunos países latinoamericanos, que a cambio de productos del suelo y subsuelo recibían productos manufactureros de la industria extranjera.

Los renglones más importantes de la producción industrial estaban en manos de capitales extranjeros: belgas en ferrocarriles y tranvías; franceses en electricidad, yacimientos minerales, textiles y químicos, además de que en 1912, 60% de títulos y fondos negociables estaban en sus manos; los capitales canadienses controlaban las centrales hidroeléctricas de Cataluña y Levante y los ingleses, la metalurgia del País Vasco, y los astilleros y minas de cobre en Río Tinto.

A pesar de la industrialización de algunas regiones, sobre todo al norte del país, principalmente por los capitales provenientes de Inglaterra y Francia, el desarrollo capitalista del país era escaso y desigual, fenómeno que permite señalar que, de 1900 a 1910 la estructura económica no varió. España seguía siendo un país esencialmente agrario y exportador de productos agrícolas y materias primas.

Las clases populares estaban en una situación difícil: salarios bajos, condiciones de vida y de trabajo precarias e inadecuadas; distaban mucho de las condiciones laborales y sociales de las clases trabajadoras de los países europeos. Dos millones de obreros agrícolas, braseros, trabajadores de la gran industria, de la construcción y textiles, mineros, ferroviarios, transportistas y de servicios urbanos vivían en un mundo de pobreza y marginación social, a lo que se sumaba la servidumbre en la prestación de

³⁰ *Ibidem*, pp. 135 y 136.

servicios personales y el servicio doméstico empleados por la aristocracia y los nuevos ricos, además de los sin trabajo y los desheredados:

A principios del siglo XX el nivel de vida de los trabajadores era muy bajo. En Madrid el salario diario medio era de 2,90 ptas. en la industria textil y 3,50 en la construcción, con jornadas de entre diez y catorce horas. Los productos básicos como el pan, el garbanzo, la carne de vaca, el aceite tenían un costo aproximado de 292 ptas. mensuales para vivir, sin incluir aspectos de esparcimiento y recreativos. Desde luego que el salario de un obrero no cubría estas necesidades.

En el campo la situación era peor. Los braceros eran trabajadores temporales y en general sólo trabajaban 200 días al año, con un sueldo de entre dos y tres pesetas diarias, con lo cual tampoco podían cubrir sus necesidades básicas y a duras penas sobrevivían.³¹

La Primera Guerra Mundial impulsó las exportaciones en España. Ésta incrementó su comercio con las naciones beligerantes en sectores económicos como el siderúrgico, el minero, el papeler, el textil y el naviero estimulando la industria local; el sector agrícola tuvo un ligero incremento, todo lo cual favoreció un incipiente desarrollo de la banca. España tuvo, por un breve periodo, participación en el mercado mundial al amparo de la guerra en su condición de país neutral.

No obstante, este ascenso de la burguesía no se sostuvo. En 1921, la balanza comercial se desplomó; los viejos imperios triunfantes se lanzaron a la reconquista de sus mercados, en detrimento de España y otros países de segundo orden. De nuevo se incrementó el número de desempleados, lo que agudizó la problemática social que había prevalecido durante la guerra, cuando el pueblo vio disminuidas todavía más sus condiciones de vida, al elevarse el costo de los productos de primera necesidad por encima del salario en más de 100 por ciento.

Con el establecimiento de la dictadura de Primo de Rivera, el problema económico se agudizó aún más. Los productos agrícolas volvieron a constituir las dos terceras partes de la exportación, e incluso dichos productos —el trigo de Castilla, el aceite de Andalucía y las frutas del Levante— no fueron favorecidos. Por ello, en términos generales, los cambios no fueron sustanciales, situación que prevaleció hasta

³¹ Véase sobre todo los trabajos de Manuel Tuñón de Lara, *La España del siglo XIX*, y *Variaciones del nivel de vida en España*, Madrid, Ediciones Península, 1965; y sus estudios sobre las luchas obreras y campesinas en la Andalucía del siglo XX.

1930. “En 1930, el promedio de salarios industriales era de 44.6 ptas. por semana; el jornal medio de un asalariado agrícola de 2,80 ptas., calculando que trabajaba unas 250 jornadas al año.”

Esta situación repercutió en las pésimas condiciones de vida y de trabajo del pueblo, donde a la miseria se sumaba la ignorancia. Frente a un sistema educativo caduco, confesional, alejado de las conquistas académicas y científicas de los países capitalistas desarrollados, fue excepcional la propuesta y acción de la Institución Libre de Enseñanza, en respuesta a la necesidad de reformas educativas para impulsar el progreso.

Las consecuencias de este régimen latifundista repiten aquellas que ya conociera Roma en la época de la decadencia de la República. Despoblación, bajísimo estándar de vida, emigración al extranjero, quiebra de las costumbres útiles de trabajo, deficiente explotación del suelo, jornales bajos, paro forzoso, concentración de la población en escasos centros poblados, alto número de nacimientos ilegítimos, delincuencia, etc.³²

En estas condiciones se edificó un sistema político que pretendió mantener un régimen monárquico que antepuso los intereses de los grandes propietarios, comerciantes y de la nueva burguesía, manteniendo a España en el atraso. “Latifundistas, clero, ejército y burocracia, formaban en conjunto el edificio enorme que se mantenía casi por entero del trabajo campesino.”³³

4.1.2. La cuestión política

La crisis del 98 se inserta en el marco histórico del periodo de la Restauración, que va de 1875 a 1930, es decir, de la derrota de la I República al inicio de la II República. Aunque de 1923 a 1930 España estuvo gobernada por una junta militar, encabezada por Primo de Rivera, la monarquía mantuvo el poder, pues Alfonso XIII siguió siendo el rey. Este periodo abarca más de 50 años, tiempo en el que se edificó el sistema político de la Restauración monárquica.

³² Carlos Rama A., *op. cit.*, pp. 36 y 37.

³³ Aníbal Ponce, “El viento en el mundo” en *Obras completas*, Buenos Aires, Ed. Cartago, t. IV, 1974, p. 242.

José Luis Aranguren establece las características de este sistema político, en el periodo de la Restauración:³⁴

Primero. Una constitución moderada, cuyo fundamento es la identificación de la tradición con la historia, la constitución interna, el eterno retorno.

Segundo. El bipartidismo y la participación alterna en el gobierno por parte del partido liberal y el partido conservador.

Tercero. El establecimiento de un sistema electoral sobre la base del caciquismo cuyo fundamento es esencialmente la España rural. Una organización vertical y corporativa que partía del ministro de gobierno, pasaba por los gobernadores para llegar en los pueblos a los terratenientes locales y los secretarios de los ayuntamientos.

Cuarto. La influencia del positivismo (de derecha) en dos sentidos: doctrinal en cuanto a la idea de la defensa social y práctico en el fomento al desarrollo económico y la industrialización.

Este sistema fue montado por la monarquía con el apoyo de los latifundistas, la iglesia, el ejército, la burocracia y por un grupo de políticos conservadores e intelectuales que a partir del positivismo vieron la manera de justificarlo.

Pedro Laín Entralgo apunta que la Restauración española se dio a partir de tres piezas:

[...] los partidos políticos turnantes —se hace del “turno” un sucedáneo de la “unidad”; un sufragio universal canalizado con habilidad y campechanía por medio del “pucherazo” y por la institución del cacicato rural —¡qué envilecimiento, hasta desde un punto de vista lingüístico, depender históricamente de algo llamado pucherazo! —; y, una laxa libertad para la expresión literaria y política, a fin de que la gente española “se desahogue por el pico”, como ella misma dice.³⁵

El caciquismo limitaba la expresión popular y era una traba para el libre ejercicio democrático, puesto que el proceso electoral estaba controlado y el voto de la

³⁴ José Luis Aranguren, *Moral y Sociedad. La moral Española en el Siglo XIX*, Madrid, Ed. Taurus, 1982.

³⁵ Pedro Laín Entralgo, *La Generación del noventa y ocho*, México, Espasa Calpe, 1993, p. 48.

población era inducido y manipulado; sobre esta base se daba el ejercicio alterno del poder de los dos grandes partidos (el conservador y el liberal).

En 1875, a partir del reinado de Alfonso XII y hasta 1885, Antonio Cánovas del Castillo (conservador) fue el político más importante, pues sentó las bases del edificio político de la Restauración, a partir del pacto y la transacción entre las fuerzas políticas opuestas, poniendo como condición el respeto y fortalecimiento de la institución monárquica; con ello pretendió “continuar la historia de España”, al incorporar al sistema monárquico las aportaciones de la Revolución liberal, específicamente el modelo del sistema inglés, de rotación de los dos partidos en el gobierno. La adopción del liberalismo en forma de monarquía constitucional y el reconocimiento incondicional de la autoridad del rey como símbolo de equilibrio y herencia de la tradición histórica, constituían los dos principios canovistas de la Restauración.

Consecuente con esta orientación, a partir de 1885 con la Regencia de María Cristina de Habsburgo (por la muerte del rey), el liberal Práxedes Mateo Sagasta pasó a ser la figura política central de este proceso; era el representante de la fuerza política turnante. A este personaje le correspondió sostener y continuar la Restauración tras la muerte de Alfonso XII; pretendió impulsar una mayor “democratización” de la monarquía, cuestión que se tradujo, sobre todo, en la labor legislativa; sin embargo fue durante su gestión que sobrevino la crisis de ultramar y la derrota española, que mostró al mismo tiempo la falta de representatividad y el agotamiento de este sistema “turnista”.

Este sistema oligárquico y caciquil funciona con relativa regularidad durante un cuarto de siglo. La derrota fulminante y vergonzosa ante los Estados Unidos en 1898 no sólo es importante por la pérdida del mercado colonial, sino sobre todo por la pérdida de legitimidad y la oleada de protestas que suscita contra un régimen corrupto e ineficaz.³⁶

Entre 1902 y 1917, ya bajo el reinado de Alfonso XIII (1902-1931) nuevamente el centro político recayó en un conservador, Antonio Maura, acompañado de liberales como Canalejas, que bajo la necesidad de renovar el sistema y darle un nuevo sentido,

³⁶ Jordi Solé Tura y Eliseo Aja, *Constituciones y períodos constituyentes en España*, Madrid, Siglo XXI, 1978, p. 78.

emprendieron una “revolución desde arriba” a fin de regenerar a España. Tanto el gobierno de Maura como el de Canalejas emprendieron reformas legislativas orientadas al impulso de la economía y a la implantación de algunas reformas sociales. Sin embargo, con esto se desarrolló la segunda etapa de la crisis española, debido a que sus políticas y reformas ahondaron más los problemas estructurales, acrecentados desde el desastre del 98.

Si se consideran los dos primeros periodos, dominados por Cánovas y Sagasta, entre 1875 y 1902, esta alternancia se dio también en el parlamento, en el que cada partido tenía la mayoría de manera intercalada por 10 años.

Los partidos tradicional y conservador representaban los intereses rurales de los grandes terratenientes, mientras que el partido progresista y liberal los de la incipiente burguesía, que no tuvo un papel de dirección en el proceso político del país, por la incipiente industrialización y porque la penetración del capital financiero provenía esencialmente del extranjero.

El sistema electoral, dominado por el caciquismo, funcionaba de manera, donde el ejecutivo determinaba la composición de las cortes (parlamento). El centro de operación era el ministerio de gobernación que, antes de cualquier elección, daba instrucciones a los gobernadores civiles, que a su vez, las trasladaban a los alcaldes; éstos, en su calidad de presidentes de las mesas electorales, permitían el triunfo del partido en cuestión, dando algunos escaños a la oposición. La democracia electoral no existía, y las elecciones eran fraudulentas, pactadas con antelación entre liberales y conservadores y a conveniencia de la monarquía.

En los procesos electorales, para elegir a los diputados a las Cortes, participaban todas las “fuerzas vivas” en los ámbitos regional y local, esto es, la Iglesia, los comerciantes, los profesionales y sobre todo los grandes terratenientes, a quienes las elecciones les aseguraban no sólo el poder económico, sino además el político, ya que eran juez y parte en los posibles conflictos con la población. De esta manera, el sistema clientelar estaba en manos de los caciques, terratenientes, industriales y burócratas que se apropiaban de los recursos del Estado y tenían en sus manos los mecanismos políticos del sistema y el gobierno, aunque en el marco de una constitución que establecía en la letra, elecciones libres y democráticas. No obstante, como parte de una oposición tolerada, existían otros partidos que participaban activamente, cumpliendo una función de contrapeso de este bipartidismo y con cierta presencia en el parlamento,

entre los que se pueden señalar los republicanos, los carlistas y los conservadores de Romero Robledo.

De esto se deduce que el Estado español estuvo bajo la hegemonía de una oligarquía cerrada, centralista y burocrática, cuyo sistema electoral controlado y manipulado, impidió la existencia de un sistema de partidos modernos, basado en la competencia real, que pusiera en el centro la democracia política como un medio de modernizar al país y sacarlo del atraso en que se encontraba.

El 98 puso, además, en evidencia la debilidad del Estado español, que en este periodo mostró gran incapacidad para impulsar el desarrollo de una economía capitalista, basado en el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Lo que había, en cambio, era un régimen rentista parasitario con un fiscalismo exagerado, y una fuerte recaudación tributaria y fiscal, que recurría en forma desmedida a los empréstitos públicos, a la venta de cargos a la burocracia y a favorecer a la nobleza terrateniente.

La existencia de un aparato burocrático fue otro componente importante de este Estado parasitario; su anquilosamiento se observaba, sobre todo en Madrid; de una población de 600 mil habitantes, 50 mil eran empleados de la administración central y regional además de la guarnición militar, la fuerza policial, así como el clero regular y secular; esta situación mostraba a una sociedad improductiva y parasitaria que vivía a expensas del agro y del trabajo de los campesinos.

Pese a todo, se dieron algunas medidas en favor del capitalismo, manifestadas en algunos privilegios industriales, en el impulso de una instrucción en todos los niveles, en la acción estatal como empresario capitalista, en la libertad industrial en las relaciones internacionales, especialmente durante la Primera Guerra Mundial, y en la administración militar y financiera relacionada con tareas comerciales.

El Estado, sin embargo, asumió tres direcciones cardinales que definieron su naturaleza: una estricta unidad interna que aplastaba todo intento de regionalismo y reforzaba la centralización administrativa; una política exterior agresiva y colonialista (fundamentalmente hacia Marruecos) y la adscripción absoluta del Estado a la Iglesia.

En España, el poder político estaba en manos de una minoría privilegiada ligada estrechamente a la monarquía, que con el apoyo del ejército y del clero, apuntalaron los pilares de este poder. De hecho, en los grandes momentos de la historia española de este periodo, estos sectores serán elementos protagónicos en la defensa del viejo poder, impidiendo cualquier cambio o transformación social, de la que estaba urgida España.

La estructura burocrática de los cuerpos de funcionarios, el centralismo a ultranza (que combina el centralismo tradicional de los Austrias y los Borbones con el centralismo del liberalismo doctrinario francés), el primordial protagonismo del ejército, la carencia absoluta de controles democráticos, la desorganización violenta de las clases populares, el escaso papel de los partidos políticos, el desplazamiento sistemático del centro de gravedad constitucional hacia la persona del monarca y hacia el poder ejecutivo, en detrimento de las cortes, etc., son otros tantos elementos configuradores del Estado español.³⁷

El ejército fue una institución que se vio fortalecida desde la Guerra de Independencia en América y con las sucesivas guerras coloniales llevadas a cabo por España. Tenía, además, gran preeminencia en los asuntos públicos; muchos nobles y burgueses veían en la carrera militar un canal de ascenso social. Era un grupo privilegiado, ligado a la defensa del régimen y sus instituciones.

A finales de 1898 había 80 mil soldados en servicio: un oficial por cada tres hombres y un general por cada 160, además de 142 almirantes para dos buques de guerra. Para 1923 la cantidad disminuyó en más de 50% pues integraban el ejército 28 mil soldados y por cada 13 de éstos, había un oficial, sin embargo su papel protagónico en los asuntos del Estado se acentuó, sobre todo con la dictadura de Primo de Rivera. Con privilegios y fueros especiales, los militares constituían un grupo separado del resto de la sociedad y de los intereses nacionales, además de contar con una jurisdicción propia. Así, como base del poder del Estado, el ejército tuvo una actuación central en las Juntas de Defensa, lo mismo que en el golpe de Estado en 1923.

Precisamente éstos fueron los elementos que configuraban la crisis de España y que había que superar para asegurar el desarrollo nacional; para salir de esta difícil situación se plantearon dos posturas: la modernización en todos los órdenes de la vida española, tomando como modelo a los países avanzados de Europa occidental; y una actitud antieuropea (castiza y tradicional) a partir de un fundamento nacionalista, reaccionario y militarista.

Sin embargo, los hechos y la presencia de nuevos actores contribuyeron a la búsqueda y planteamiento de otras soluciones, que en tanto expresión de una incipiente “opinión pública” establecieron nuevos derroteros en los momentos decisivos de la historia española: las derrotas en Cuba y Puerto Rico en 1898, las de Marruecos (1909 y 1921-23), los sucesos de las juntas de 1917, la participación de Cataluña (especialmente

³⁷ *Ibidem*, p. 141.

de Barcelona) en todos estos hechos (1909, 1917, y 1921-1923.), la crisis del principado en 1905 (Ley de Jurisdicción Militar) y las elecciones de 1916. El año de 1917 marcó un hito decisivo en este proceso de crisis política y social.

Los cimientos de la Restauración, sustancialmente alterados desde 1909, como subrayó el Duque de Maura, dejan ver desde ese año claramente su cuarteamiento. La formación del bloque republicano-socialista, las presiones legitimadas al poder, la agitación laboral animada por las fuerzas de oposición al sistema, el asesinato de Canalejas y el alejamiento de Maura, seguido todo ello por la conmoción que supone en el país la guerra europea, abre las puertas a un momento verdaderamente crítico. El vacío de la política oficial se enfrenta ahora con la irrupción de las nuevas fuerzas sociales. La atmósfera adquiere una tensión, que se refleja en el estado de la opinión pública y en las frecuentes alteraciones de la normalidad.³⁸

En este periodo se aceleró la crisis con la descomposición del viejo régimen, la liquidación de los viejos partidos (carlistas y absolutistas) y la ineficacia del sistema parlamentario, lo que agudizó los problemas de un “sistema democrático” que nunca pudo desarrollarse. Este fenómeno no fue exclusivamente español; en el ámbito internacional había expresiones políticas donde lo dominante era, por un lado, la revolución (el bolchevismo) y, por el otro, la reacción (el fascismo), ambos opuestos a la democracia liberal, aunque esto fue especialmente agudo en España, porque en su historia y específicamente en la Restauración, en el país no funcionó un sistema democrático.

Hubo intentos de superar esta crisis con programas de gobierno como el del liberal Canalejas (1910-1912) que planteaba la solución de la cuestión marroquí, la limitación del poder al clero, además de ofrecer márgenes al reclamo regionalista como la “mancomunitat”, como un órgano de autonomía parcial de los catalanes. El gobierno del liberal García Prieto —coalición parlamentaria liberal y reformista— constituyó la última tentativa por revalorar el parlamento y salvar al régimen.

Lejos de emprender una reforma constitucional que liquidara el fraude que era la Restauración, en tanto sistema político, la monarquía optó por el golpe militar llevado a

³⁸ Ma. Dolores Gómez Mollada, *Guerra de ideas y lucha social en Machado*, Madrid, Narcea, 1977, p. 59.

cabo en 1923 por Primo de Rivera, donde se plantearon los mismos problemas presentes a lo largo de las dos primeras décadas del siglo: la cuestión marroquí, los problemas económicos y fiscales, la reafirmación de la unidad española y la extirpación de las tendencias regionales, la liquidación de los viejos partidos políticos (ideas y hombres), el aplastamiento de la agitación revolucionaria, sobre todo del proletariado y la formación de nuevas organizaciones que asumieran el control del Estado. Pero tampoco el golpe militar resolvió estos problemas y el saldo de este proceso no fue nada favorable para España, porque ahondó la crisis política y demostró la incapacidad de los grupos que conformaban el bloque del poder en la búsqueda de una salida política, que finalmente condujo al establecimiento de un régimen autoritario.

Otro aspecto de la cuestión política fue la acción de la clase obrera, influida por el anarquismo y el socialismo. Era ya un sector de consideración que había incrementado su número a raíz de la industrialización en la parte norte del país. En buena medida, su desarrollo político se concretó con la creación del Partido Socialista (en 1879), dirigido por Pablo Iglesias, la reaparición de la Federación de Trabajadores de la Región Española en 1881 y de la Unión General de Trabajadores en 1887, que fueron la expresión orgánica de esta clase en organizaciones de masas, y constituyeron fenómenos fundamentales en la vida política del país.

Las demandas de la clase obrera tenían una doble característica: eran reivindicaciones de tipo económico, pero también políticas. Sus reclamos económicos se orientaban a la exigencia del aumento de puestos de trabajo, aumento salarial y baja en los precios de los productos de primera necesidad; estas demandas estaban en relación directa con el elevado número de desempleados, el alza en el costo de vida y a la crisis económica generalizada. Las demandas políticas pedían el fin de la guerra de Marruecos y exigían la amnistía para los presos y perseguidos políticos, así como mayores libertades.

En la medida que las organizaciones obreras lograron mayor conciencia de clase, sus demandas pasaron de inmediatistas a tener un carácter estratégico, sobre todo con la exigencia de la socialización de los medios de producción y el control sindical en la dirección de las empresas. Pero a lo largo de estos 50 años sus movilizaciones giraron en torno a demandas de carácter económico, político y social. En esta orientación, el movimiento obrero alcanzó un gran desarrollo, constituyéndose en una fuerza fundamental dentro los movimientos políticos que desempeñaron un papel importante en el quiebre definitivo de los gobiernos monárquicos de la Restauración.

El movimiento campesino tuvo también un papel relevante. Desde finales del siglo XIX en todo el campo español se desarrolló un conjunto de movilizaciones campesinas, sobre todo en Andalucía (1892-1902), que se extendió de manera ininterrumpida hasta 1932. Otra manifestación fue la agitación de los trabajadores agrícolas de la región castellano leonesa entre febrero y julio de 1904, que afectó más a las provincias de León, Palencia, Valladolid, Zamora, Ávila y más al sur, hacia Toledo,³⁹ en protesta por sus condiciones de trabajo y la demanda de aumento salarial, sobre todo entre los braceros.

Ya se ha señalado que el latifundio creció incluso a expensas de los propios pueblos, de ahí que uno de los móviles en la lucha del movimiento campesino fuera la defensa de sus tierras, así como la demanda de mayores salarios (en el caso de los braceros), etcétera. Estas acciones se dieron desde el ámbito jurídico, al entablar demandas en contra de los terratenientes, pero también mediante movilizaciones y huelgas.

A finales del siglo XIX, comenzó el fortalecimiento de los nacionalismos catalán y vasco, no sólo desde el punto de vista doctrinario sino además como un fenómeno organizativo, social y popular. La derrota del federalismo y el acentuado centralismo de Madrid constituyeron dos fenómenos que estimularon el desarrollo de estos regionalismos que fueron tanto expresión de diferencias estructurales como de la diversidad cultural de España, negada o no reconocida por el poder monárquico.

Si bien estos nacionalismos no fueron unitarios, debido a que, por un lado, adoptaron políticas conservadoras, como Prat de la Riva en Cataluña y Sabido de Arana, quien fue un caso extremo en el nacionalismo vasco, por su integrismo religioso y su extremado racismo; por el otro, se desarrolló un nacionalismo popular y democrático representado por Almirall en Cataluña que trabajó por el renacimiento de la vida cultural, con una orientación democrática y al margen de la oficialidad.

Ambos nacionalismos tuvieron una fuerte influencia en los ámbitos local y regional, así como graves repercusiones políticas, económicas, sociales y culturales para toda España. En gran parte, este nacionalismo conservador fue impulsado por los empresarios, burgueses y políticos que habían quedado al margen del poder restauracionista monárquico.

³⁹ Véase especialmente Julio Arostegui. *Miseria y conciencia del campesinado español*. En esta obra se reproduce el informe de octubre de 1904 sobre la situación agraria en Castilla y la ola de agitación campesina en los primeros meses de ese año.

Al revés de lo que ocurrió con las otras burguesías industriales de la Europa occidental ochocentista, la burguesía industrial catalana quedó marginada del gobierno y de la administración del Estado al que pertenecía, que siguió en manos de una oligarquía agraria y financiera de signo pre-industrial. Durante los sesenta y ocho años que transcurren entre 1833 y 1901 hubo 902 ministros, contando los presidentes de gobierno, y del total sólo 24 fueron catalanes, como señaló Guillermo Graell en 1902. La burguesía industrial catalana se acostumbró a actuar dentro del Estado español como un grupo de presión y no como una clase social ascendente y moderna.⁴⁰

La conciencia regional, la formación de partidos regionales y sobre todo la demanda de un autonomismo democrático y regionalista fueron el resultado natural de las diferencias estructurales y culturales en el territorio español, contraviniendo la existencia de un centralismo absolutista que negaba la posibilidad de un desarrollo regional y local con características propias.

⁴⁰ Alberto Balcells, *op. cit.*, p. 84.

III. El “desastre del 98” y el proceso ideológico de un siglo a otro

La guerra del 98 y la derrota frente a Estados Unidos pusieron de manifiesto la debilidad estructural del sistema económico, político y social español, pero además, evidenciaron una profunda crisis de poder, expresada, en parte, por la falta de representatividad de los grupos dominantes, por su incapacidad de proponer desde el gobierno un proyecto nacional incluyente y, sobre todo, de no iniciar reformas que requería el país.

Así, el 98 marcó el punto culminante de esta crisis, que fue interpretada desde sendos puntos de vista: por un lado, diversos intelectuales hablaron de una situación agónica del país, atribuida a un largo proceso social de degeneración de la raza que, en consecuencia, requería de un programa regeneracionista que rompiera con el pasado e iniciara una nueva etapa; por el otro, los propios políticos dinásticos reconocieron este fenómeno; en ambos casos se pretendía enfrentar la crisis, impulsando el cambio desde arriba, desde los grupos de poder y desde las elites.

También España ha experimentado tragedias, terribles intimaciones. En 1898 la guerra injusta contra Estados Unidos la golpeó con una violencia excesiva: esa guerra le quitaba de golpe lo que le quedaba de un viejo corazón imperial, la despojaba de su idea de grandeza, de una pantalla, de una excusa. En esas circunstancias hay que situar la reacción apasionada de los intelectuales llamados de la “generación de 1898”, bruscamente enfrentados con el destino de su país. La respuesta de Miguel de Unamuno en su libro [*sic*] *La esencia de España*, Ángel Ganivet se refugió en la torre de marfil de su *Idearium*, Ortega y Gasset mucho después verá a España como un cuerpo invertebrado, imagen pesimista, insostenible.”¹

La compleja situación de atraso económico, de caciquismo político, de crisis del sistema colonial tuvo como contraparte el ascenso y fortalecimiento del movimiento obrero, la ampliación de la agitación campesina, la presencia de nuevas corrientes ideológicas como el anarquismo y el socialismo y de los nacionalismos y regionalismos, contradicciones que llevaron al replanteamiento del “problema nacional”, que al mismo tiempo significó una revisión de la cuestión hispanoamericana que se abordará más adelante. “Revolución desde arriba, cirugía de hierro, nacionalismo, intrahistoria, espíritu del pueblo, europeización, ciencia, fueron algunas de las líneas de acción y

¹ Fernand Braudel, *op. cit.*, p. 23

pensamiento propuestas para detener la agonía de España, evitar su muerte y emprender el camino de la regeneración si todavía le quedaba un resto de vida.”²

El problema central de este periodo fue “España misma”. Madariaga sostuvo que la crisis española no sólo era una crisis de sus instituciones, sino de la incapacidad de afirmarse y organizarse como nación; Altamira se preguntaba si en España existía una conciencia y sentimiento de unidad nacional por la dualidad que se advertía: de una parte, intereses comunes, ideas, aficiones, aptitudes y defectos; de otra, disociaciones espirituales que negaban la unidad nacional y representaban un rompimiento. El poeta Antonio Machado, estableciendo la diferencia entre los cambios que percibía como expresión del despertar de un nuevo espíritu y la política imperante, afirmó:

Es innegable el resurgimiento de la vida española, la mayor actividad para las ciencias, para las artes, para la industria, el nuevo afán de la cultura, la afición a la crítica, a la investigación, al método, a la disciplina espiritual. Como si despertase de un sueño malo y tenebroso, el hombre de la pobre tierra de España ha sentido sed de luz, de conciencia. Esta aspiración ha provocado un esfuerzo, y este esfuerzo ha creado una energía. No es la España de hoy la España anémica y visionaria que marchó a un desastre sin grandeza al son de una charanga bullanguera. En las aulas, en los ateneos, en el periódico, en la clínica del médico, en el taller del artesano, en la plaza pública, aun en el seno de la masa rural, echaréis de ver este incremento de fuerza, de salud, de vitalidad. Sólo en una esfera de la actividad española lo buscaréis en vano: en la política.³

En 1926, Fernando de los Ríos afirmó que el 98 permitió un renacimiento intelectual de España; más tarde Manuel Tuñón de Lara estableció que entre finales del siglo XIX y principios del XX se dio un fenómeno cultural que denominó la “edad de plata” de las letras españolas, comparable al Siglo de Oro español. Por su parte, Vicente Cacho Viu estableció la existencia de un movimiento intelectual de entre siglos, donde se podía apreciar una interrelación creciente entre la literatura, la filosofía y las ciencias sociales.⁴

² Julia Santos, “Recuperar la Memoria”, *En Memoria del 98*, Madrid, El País, 1998, p.3.

³ Antonio Machado, *Prosas dispersas (1893-1936)*, Madrid, Páginas de espuma, 2002, pp. 289-291.

⁴ Vicente Cacho Viu, *op. cit.*

La renovación y la creación de un “nuevo orden intelectual” tuvieron como base la afinidad de ideas y un lenguaje común sobre la situación por la que atravesaba España. El eje fue el problema nacional abordado desde el diagnóstico, pronóstico y las posibles soluciones a los problemas detectados, es decir, la reflexión sobre el ser, el sentido y la historia de España. Una amplia gama de científicos, intelectuales y académicos participaron en este debate; destacan Menéndez Pidal, Manuel Azaña, José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Giner de los Ríos, entre otros muchos.⁵

Como antecedente de este problema se había vivido una primera etapa, que antecedió al 98, en la que José Luis Aranguren establece dos dimensiones: una política constitucional y otra ideológico-histórica.⁶ La primera se refería al efímero y voluble sufragio, debido a la debilidad de la democracia y al pacto entre los partidos, sin tomar en cuenta el proceso real institucional y político del pueblo español, tanto en sus tradiciones históricas como en su protagonismo social.

Así, se pretendió justificar la Restauración, equiparando la historia de la monarquía con la tradición española como si fuera la verdadera voluntad nacional, lo que excluía toda concepción abierta, creadora y progresista de la historia, negando con ello la posibilidad del sufragio efectivo. El problema se presentó porque, contraria a la visión oficial, había otra expresión: la existencia de otras tradiciones y diferentes líneas históricas, plasmadas en propuestas de reconstrucción nacional con perspectivas diferentes.

En cuanto a la dimensión ideológico-histórica, el debate tuvo como antecedente la discusión sobre la existencia de la “ciencia española”. Esta dimensión enfrentó a los dos absolutismos presentes en el periodo de la Restauración: el catolicismo intransigente, enemigo de la ciencia y el positivismo decimonónico, que no admitía nada fuera de la ciencia. Pero el problema planteado exigía la demostración de la existencia de esta ciencia y filosofía españolas, tarea que asumió Menéndez y Pelayo, y que en la filosofía empezó por reivindicar a autores como Juan Luis Vives, Gómez Pereyra, Francisco Sánchez, Pedro de Valencia y Sebastián Fox Morcillo, lo mismo que

⁵ Manuel Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*. En esta obra se aprecia la riqueza y complejidad del movimiento intelectual del periodo señalado, por lo que se tomaron sólo las líneas que orientaron este gran movimiento cultural.

⁶ José Luis Aranguren, *op. cit.* Es interesante el análisis sobre la restauración y el planteamiento del “Problema de España”, de donde se tomaron sus ideas esenciales para desarrollar esta parte del trabajo.

a Séneca, Averroes, Maimónides y, desde luego, al escolástico Suárez, muchos de ellos muy discutibles en cuanto a su “hispanidad”.

En esta polémica ideológico-histórica, el “problema de España” se vinculó con el “desastre del 98”⁷ porque a partir de esta dramática experiencia se puso de manifiesto que el país se encontraba en declive, que su signo era la decadencia. Esta situación provocó diferentes planteamientos de los regeneracionistas y de los casticistas que constituyeron una importante reacción ideológica desde finales del siglo XIX hasta buena parte del XX.

En torno a la cuestión nacional se plantearon dos posiciones con propósitos diferentes: las clases dominantes, con la monarquía a la cabeza, buscaban la reconquista imperial con el fin de restaurar el prestigio nacional y resolver las tensiones internas; mientras que diversos intelectuales y grupos políticos establecieron que el cambio debía partir de su dimensión interna, es decir, reflexionar sobre “España misma” para luego proyectarla internacionalmente.

Esta crisis material y espiritual tuvo como premisa la necesidad de delimitar lo nacional, definir lo español, para darle sustento al ideario y acción política. Entre los intelectuales se advertía la duda de su propio papel, que de alguna manera era consecuencia directa de la crisis moral padecida por la sociedad; pero al mismo tiempo, dicha manifestación no fue una duda estéril, porque constituyó una reacción contra la decadencia. En sus análisis empezaron por establecer los rasgos de la decadencia española, y se expresaron contra el Estado absolutista, confesionalmente católico, centralista, burocrático y manejado por una minoría oligárquica; y contra las posturas casi medievales de la Iglesia, que había monopolizado la enseñanza primaria y secundaria, situación que los llevó a insistir en la necesidad de la reforma de la educación. Para confrontar esta realidad, los intelectuales plantearon la necesidad de establecer un Estado liberal y democrático burgués, apuntando su crítica a la sustitución de la vieja concepción tradicional por nuevas bases doctrinarias para el Estado. Su postura percibió con nitidez la contradicción entre el lastre del tradicionalismo y el deseo de una renovación con sello nacional. Por ello, dentro de la cuestión ideológica, la instrucción pública devino cuestión vital, dado que en su mayoría, los colegios eran privados y confesionales.

⁷ Véase especialmente a José Luis Aranguren en el texto citado.

El debate fue amplio y se dio en diversos medios e instituciones a través de conferencias, publicación de libros, tertulias, pero sobre todo en periódicos y revistas que registraron un inusitado crecimiento numérico; diversos grupos y tendencias crearon sus propias publicaciones para difundir su postura sobre los aspectos medulares del debate. Así hubo periódicos como *La Vanguardia* en Barcelona o *El ABC* y *El País* en Madrid que salieron a la luz a principios del siglo XX. En particular, dos revistas marcaron toda una época por la calidad de los artículos de sus redactores y por el tratamiento que dieron a los problemas centrales de ese momento, la *Revista España* (1915-1924) y la *Revista de Occidente* que apareció por primera vez en 1923, bajo la dirección de José Ortega y Gasset.⁸

En este debate ideológico se abordaron temas muy diversos, entre otros: la función del ejército, pilar de la Restauración y de la monarquía española, criticando la imposición y la acción militar en la vida política; y la repatriación del clero, después del desastre colonial, que exacerbó el clericalismo y anticlericalismo en diversos ámbitos de la sociedad española, motivando enconadas discusiones. Con la aparición del proletariado y su creciente radicalización, surgieron nuevos planteamientos políticos, se reactivaron los movimientos campesinos en Castilla y Andalucía, y los nacionalismos catalán y vasco cobraron nuevos bríos. Todos estos fenómenos configuraron un nuevo escenario político e ideológico que influyó decisivamente en el debate en torno a “España y su porvenir”.

Entre las manifestaciones ideológicas de los nacionalismos en la península, el catalán era el más vigoroso y con mayor desarrollo, pero ya habían comenzado fuertes manifestaciones del gallego y del vascuense. El centralismo de Madrid, la configuración geográfica y sus fronteras interiores, el castellano como idioma oficial frente a la existencia de diversos idiomas locales, la cuestión del regionalismo, entre otros, fueron factores que, combinados con el atraso económico y la falta de vías de comunicación para enlazar al país, agudizaron las contradicciones.

⁸ Pueden consultarse dos obras al respecto: Jean-Michel Desvois, *La Prensa en España* (1900-1931), que aporta un conjunto de datos sobre la evolución de los periódicos y revistas, así como de los grupos y tendencias existentes; y *Metodología de la historia de la prensa española*, Madrid, Siglo XXI, 1982, que incluye los trabajos de distintos autores, producto del seminario de metodología de la historia de la prensa, celebrada en la Universidad de Pau, Francia en 1979. De sumo interés es el libro de José Ortega Spottorno, *Los Ortega*, Madrid, Taurus, 2002, donde se explica la vinculación que tuvo esta familia con la prensa española, desde el siglo XIX, hasta don José Ortega y Gasset, como creador de importantes publicaciones.

En este proceso ideológico y cultural se encuentran los intelectuales de tres “generaciones” sucesivas que dan cuenta de la continuidad histórica y evolución del pensamiento español en torno al problema nacional: la “generación del 98”; la “generación del 14”, y la “generación del 27”. La discutida denominación de “generación”, se toma aquí como referente para demostrar el camino recorrido en su tiempo por los intelectuales, en torno al “problema de España”. Casi en ningún caso, en las llamadas “generaciones” existió homogeneidad en sus planteamientos y perspectivas, pero expresaron las inquietudes y el “espíritu” del momento, lo que denota una actitud ante la problemática social e histórica.⁹

En este contexto histórico se produjo una vasta literatura sobre “España como problema”. En la perspectiva de la historia de las ideas esta cuestión se dio a partir de los *Estudios Jurídicos y Políticos* en 1868 de Francisco Giner de los Ríos y se prolonga hasta la *España Invertebrada* de José Ortega y Gasset en 1922. Destacan, además, Francisco Pi y Margall y su obra *Las nacionalidades* (1876-1878); Ángel Ganivet y su *Idearium español*; Joaquín Costa con su obra *Oligarquía y Caciquismo* en 1901, lo mismo que Manuel Azaña con *El problema español* en 1911. También hay connotados intelectuales como Miguel de Unamuno, Benito Pérez Galdós, Vicente Blasco Ibáñez, Pío Baroja, Ramón del Valle-Inclán, Ramón Pérez de Ayala, Antonio Machado, Azorín y Ramón Gómez de la Serna, por mencionar algunos que, en un extenso inventario, son los más representativos de las ideas que se debatían en ese momento.

En la historiografía contemporánea, el tema de la decadencia y la crisis española de entre siglos (XIX y XX) ha sido tratado desde diversas perspectivas. En el centenario de la guerra hispano norteamericana (1998) se dio un impulso significativo al estudio e investigación de este periodo decisivo de la historia española. En países como España, Estados Unidos, Cuba, Puerto Rico y México se obtuvieron importantes resultados en el

⁹ Se puede afirmar que con Ortega y Gasset, la categoría de generación adquiere un profundo significado histórico, al respecto afirma: “Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro, con una minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzada sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada. La generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia, y, por decirlo así, el gozne sobre que el éste ejecuta sus movimientos.” *El Tema de Nuestro Tiempo*, Madrid, Espasa Calpe, 1975, pp. 14 y 15. Obra escrita en la década de los años veinte del siglo XX.

análisis de aspectos económicos, políticos, sociales, culturales, militares e ideológicos, entre otros.¹⁰

Y es a partir de esta vasta producción, que se puede explicar el ambiente intelectual que propició la “reconversión histórico cultural” entre españoles y latinoamericanos.¹¹ Para ello, se hará un breve recorrido del proceso intelectual español que hizo posible este cambio con respecto a América Latina.

1. El regeneracionismo

A finales del siglo XIX, los positivistas españoles hablaron de “España como problema”, caracterizando la situación como el padecimiento de una enfermedad, como un proceso degenerativo; el remedio propuesto consistía en la ejecución de un programa de regeneración para restablecer la salud de la patria. Esta línea fue trazada por la Institución Libre de Enseñanza desde el comienzo de la Restauración, lo que constituyó la expresión más orgánica del pensamiento español en torno a esta problemática. Destacaron en esta orientación principalmente Francisco Giner de los Ríos (1840-1915) y Joaquín Costa (1847-1911).

1.1 Francisco Giner de los Ríos

Giner de los Ríos se adhirió al krausismo (por el alemán Wolfgang Krause, 1781-1830) que surgió como la posibilidad de superar la metafísica poskantiana al adoptar una postura panteísta en la religión, compatibilizando la adopción de una concepción científica y una posición ética de los hechos en la convivencia humana. Dicha postura se plasmó en sus obras de filosofía política: *Estudios Jurídicos y Políticos* (1868-75), *Principios de Derecho natural* (1875); *Resumen de Filosofía del Derecho* (1898);

¹⁰ Como ya se señaló en páginas anteriores, un papel fundamental dentro de la historiografía española contemporánea y, especialmente sobre la España de los siglos XIX y XX, fueron los coloquios realizados entre 1970 y 1979 (10 en total), en la Universidad de Pau, Francia a través del Centro de Investigaciones Hispánicas, bajo la dirección de Manuel Tuñón de Lara. La diversidad de temas abordados y la calidad y número de participantes provenientes de dentro y fuera de España, hicieron que estos coloquios fueran excepcionales.

¹¹ Para el caso del 98 en América, véase especialmente el artículo de Consuelo Naranjo y Antonio Santamaría: “El 98 en América. Últimos resultados y tendencias recientes de la investigación”, en *Revista de Indias*, vol. LIX, núm. 215, enero-abril, 1999, pp. 203-274.

Estudios y Fragmentos sobre la teoría de la persona social (1899). Estos trabajos corresponden a la Primera República del 68 y la primera etapa de la Restauración; ambas experiencias replantearon el papel del Estado, al señalar como males de España la corrupción, la decadencia y el entumecimiento del espíritu nacional.

Giner fundó en 1876 la Institución Libre de Enseñanza, bajo la perspectiva de la regeneración moral e intelectual de España. Empezó por renovar la pedagogía y la metodología de la investigación. Sus resultados fueron importantes: aquí se formaron los mejores intelectuales a principios de siglo, con lo que se dotó a España de hombres preocupados por dar al país una ideología de expresión nacional, una filosofía política positiva que establecía la necesidad de un reordenamiento sobre nuevas bases, distintas de las tradiciones inorgánicas, imperiales y religiosas. Giner resumía de esta manera su experiencia:

Así, la *Institución*, orientándose primero —en medio de los tanteos irremisibles de todo aprendizaje— en los progresos obtenidos por otras naciones y enviando a sus profesores para estudiarlos de cerca; procurando después adaptarlos a nuestro genio y circunstancias; completándolos por último con el fruto de nuestra experiencia propia, ha podido tal vez, en medio de su poquedad y sus límites, iniciar un nuevo camino, enteramente acorde, sin embargo, con el movimiento actual de la cultura pedagógica.¹²

Giner introdujo la extensión universitaria con cursos para obreros, relacionados con materias y áreas de su competencia. En 1907 se creó la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas que posteriormente daría vida a dos instituciones fundamentales en la vida cultural española: la Residencia de Estudiantes en Madrid, creada por Real Decreto el 6 de mayo de 1910 e inaugurada el 10 de octubre del mismo año y el Centro de Estudios Históricos. Ambos, hijos espirituales de la Institución Libre de Enseñanza, apoyaron la idea de Giner de los Ríos de que el progreso material y espiritual de España sólo era posible con la creación de una minoría selecta de hombres y mujeres consagrados a las mejores causas del país.

1.2 Joaquín Costa

¹² Francisco Giner de los Ríos, *Ensayos*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, p. 111.

Por su parte, Joaquín Costa, en este periodo, estableció que sólo era posible salir de la crisis orientando los fines del Estado a un programa de construcción nacional. Sus obras fundamentales en las que hace un análisis de la problemática son: *Colectivismo agrario en España* (1898), *Reorganización y europeización de España* (1900), *Oligarquía y caciquismo* (1901). Planteó que España vivía la culminación de una etapa de decadencia, que la colocaba a la zaga de las naciones cultas. Atribuía estos males a la existencia de un espíritu militar y continental, contrarios a la necesidad de un desarrollo comercial y marítimo. Evidenció enfáticamente la falta de una elite gobernante eficaz; en su opinión todo esto era producto del dominio de la oligarquía, y de un acusado espíritu ultraconservador. En su análisis del régimen parlamentario, denunció la falta de representatividad, la farsa electoral y la falta de la “opinión pública”, que ponía de manifiesto la existencia de un feudalismo inorgánico con una minoría de privilegiados (oligarcas en Madrid, caciques de pueblos y gobernadores civiles) contra una masa de 18 millones que vivían a principios del siglo XX bajo un régimen de servidumbre que correspondía a la Edad Media.

Costa sostuvo que para cambiar a un Estado social enfermo que no favorecía a la integración nacional, el camino era la europeización. Esta perspectiva reclamaba un vasto y total reordenamiento del Estado para “fundar una España nueva, rica que coma, culta que piense, libre que gobierne, fuerte que venza, contemporánea de la humanidad. Esta tarea estaba reservada para hombres representantes de la agricultura, el comercio y la industria (burgueses).”¹³ Después del desastre reclamó una revolución desde el poder para tener patria, que equivalía a una España viva, digna de ser vivida y deseada.

1.3 Francisco Pi y Margall

Aunque no se inscribe en el regeneracionismo, vale la pena destacar brevemente la obra política de Francisco Pi y Margall (1824-1901), principal exponente del federalismo español; su obra pertenece a la Primera República del 68, y sus tesis acerca del establecimiento de un sistema federal fueron un antecedente fundamental en los proyectos de reorganización de la sociedad hispana.

¹³ Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1973.

Político e intelectual (diputado, ministro y presidente en 1873), Pi y Margall enunció su teoría federalista, típicamente española porque utilizó elementos históricos, como la incorporación de la tradición colectivista derivada de la historia de la comunidad campesina, y partió de un análisis de la situación concreta. Se adhirió a un socialismo tipo prudhoniano, visión con la que expuso la decadencia. En su obra fundamental, *Las Nacionalidades* (1877),¹⁴ planteó un programa de restauración republicana, entre cuyos elementos se encuentran:

- Autonomía del pueblo, de la provincia y la nación dentro del ámbito de sus intereses.
- Unidad de los pueblos en las provincias, y de las provincias en la nación por medio de la constitución (pacto federal).
- Tribunales provinciales, nacionales y en el senado.
- Competencia nacional en los intereses que afectan a toda la nación o a más de dos provincias; competencia de las provincias en cuanto afecte a toda la provincia o a más de dos pueblos.

Con estas líneas estableció una base contractual y planteó la redistribución del poder. Propugnó el federalismo en cuanto al Estado en su relación con el individuo, y desde una orientación democrática reclamó la participación popular en la vida política nacional. Apoyó la autonomía de Cuba y Puerto Rico y se opuso a la intervención francesa en México, cuestión que le valió respeto y simpatía de los intelectuales latinoamericanos.

Como puede apreciarse, el debate en torno a la crisis y decadencia de la sociedad española había iniciado a finales del siglo XIX, especialmente con la derrota de la Primera República y la instauración de la Restauración monárquica, que no era otra cosa que la recuperación del poder por parte de las clases tradicionales y la derrota de los sectores de la burguesía que pretendían orientar el desarrollo hacia la modernidad capitalista.

¹⁴ Francisco Pi i Margall, *Las Nacionalidades*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973.

2. La “generación del 98”

Los intelectuales de la “generación del 98” —también conocida como la generación del desastre, en alusión a la derrota de España en la guerra— continuaron con el análisis de este problema y sus posibles soluciones. Precisamente Machado hablaba de un resurgimiento en la literatura que ponía a los españoles en contacto con la realidad, contribuyendo a formar una nueva visión de España. Así, respecto al problema nacional, esta generación buscó romper con el sistema monárquico, como expresión de esta decadencia, y abrir nuevos horizontes, dándole un nuevo sentido a la historia de España, retomando la tradición con una nueva orientación. Los miembros de esta generación abordaron este problema desde diferentes ángulos: el esteticista, el literario, el metafísico, el poético y el político. Diversos autores han señalado las características distintivas de este grupo de intelectuales, que es importante precisar:¹⁵

- La generación del 98 como movimiento intelectual constituyó una reacción política y social frente al desastre.
- Los intelectuales que la conforman nacieron en la periferia española, viajaron luego a Madrid y desde ahí, descubrieron Castilla, en dos aspectos: geográfico e histórico.
- El surgimiento de esta generación se produce entre 1898 y 1913, periodo de cruce de sus biografías y cuyo centro es precisamente el “Problema de España.”

Estos intelectuales centraron el problema nacional en la búsqueda de la identidad nacional, a través del espíritu del pueblo, en la que se expresa la personalidad española, toda vez que cada nación posee un espíritu propio. “España se convirtió así en una entidad metafísica, y la pregunta privilegiada es qué es España y qué es lo español”.¹⁶

¹⁵ Desde luego, la obra de Pedro Laín Entralgo es fundamental: *La Generación del noventa y ocho*. Sin embargo, en el debate de la última década son importantes los trabajos de José Luis Abellán, sobre todo *El 98 cien años después*, Madrid, Alderabán, 2000, aunque este autor inició sus investigaciones desde los años sesenta con la publicación de la *Antología Visión de España en la Generación del 98*, Madrid, Editorial Magisterio Español, 1968 y *Sociología del 98*, Barcelona, Ediciones Península, 1973. La producción sobre este tema en los años noventa fue muy amplia y excede los alcances de la presente investigación.

¹⁶ José Luis Abellán, *El 98 cien años después*, p. 14.

Se buscaban las causas de los males que aquejaban a la nación, la raíz de las mismas y las posibles soluciones a tan dramática situación.

A fin de responder a esta gran interrogante, se propusieron en primer orden el conocimiento de España y especialmente de Castilla; en esta línea construyeron una interpretación de la historia española en dos vertientes: el descubrimiento geográfico (las inmensas llanuras que moldean el espíritu español) y la búsqueda de la tradición en textos y monumentos históricos, para localizar en el pasado elementos que sirvieran de base para una reconstrucción nacional. En este proceso cobraron dimensión tres grandes mitos: la visión castellanista de la historia española, El Quijote como arquetipo humano y la España Ideal proyectada hacia el futuro.

Es preciso aclarar que si bien la conciencia política y social de esta generación provenía de un mismo problema (España), no todos sus integrantes reaccionaron de igual manera, hecho que los colocó en buena parte de su camino en posturas distintas y hasta diametralmente opuestas.

De esta generación, destacaron en el debate sobre el problema nacional: Ángel Ganivet (1862-1898), Miguel de Unamuno (1864-1936), Pío Baroja (1872-1956), José Martínez Ruiz Azorín (1873-1967), Antonio Machado (1875-1939), Ramón del Valle-Inclán (1866-1936), en una larga lista. Es importante hacer una breve mención de los planteamientos en torno al problema nacional de Ganivet, Unamuno y Machado.¹⁷

2.1 Ángel Ganivet

El precursor de esta generación fue el granadino Ángel Ganivet, uno de los más grandes representantes del pensamiento finisecular español del siglo XIX, de tendencia romántica y esteticista. Su actividad diplomática lo llevó a varios países, permitiéndole hacer una comparación de la situación de España con las de otras naciones europeas. En su análisis resalta el hecho de que a pesar de sus críticas sobre la situación que prevalecía en España, el balance que hace de su país es positivo¹⁸. Su obra fundamental es el

¹⁷ En la orientación de esta investigación, en estos autores —además de ser fundamentales—, se puede ubicar con mayor claridad los planteamientos respecto a la cuestión nacional en España.

¹⁸ Para Ortega y Gasset, fueron Ganivet y Unamuno, quienes hicieron universal el horizonte de la cultura española, por tanto insertan a España dentro de la cultura occidental. Para Unamuno, fue Ganivet lo más grande que produjo España a finales del siglo XIX.

Idearum español (1897),¹⁹ donde realiza “un diagnóstico, un pronóstico y una terapéutica de los males patrios [...]”; destacan además *El Porvenir de España* (correspondencia con Unamuno del que fue amigo) y sus dos novelas: *La conquista del reino Maya por el último conquistador español Pío Cid* (1897) y *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898).²⁰

Ganivet sentó las bases teóricas a las que se adhirió el resto de intelectuales identificados con esta generación. Al explicar la problemática y naturaleza de la cuestión española, consideró diversos factores, entre los cuales el territorio tiene una importancia especial; por ello se puede afirmar que el núcleo de su teoría es el determinismo geográfico, porque atribuye al territorio ser el factor permanente que define el perfil de una nación y moldea el carácter de un pueblo. En su *Idearium Español* afirmó: “La síntesis espiritual de un país es su arte. Pudiera decirse que el espíritu territorial es la médula; la religión, el cerebro; el espíritu guerrero, el corazón; el espíritu jurídico, la musculatura, y el espíritu artístico como una red nerviosa que todo lo enlaza y lo unifica y lo mueve.”²¹

A partir de este esquema, explicó las características de España en sus diferentes aspectos: su historia, su religión, la tradición, el espíritu; para este pensador el conocimiento en conjunto permitiría plantear las bases de la regeneración. Esto lo llevó a establecer la necesidad de concentrar todas las energías dentro del territorio español, cerrando toda posibilidad de fuga del espíritu, porque sólo esto posibilitaría la salvación. Atribuyó gran valor a las ideas, e insistió en que se debía “pensar antes de obrar” para restituir el espíritu nacional.

En cuanto al problema del ser de España, señaló la gravedad de la problemática pública en las circunstancias de la época y la ineficiencia de los cambios de gobierno o las medidas parciales; abordó la presencia de una “ruina espiritual”, de un padecimiento de abulia, de falta de voluntad, de un “no querer” y la estupidez de los hombres ocupados de los “negocios públicos”, rematando “La mayor parte de nuestra historia

¹⁹ Ángel Ganivet, *op. cit.*

²⁰ Véase la obra de Antonio Espina, *Ganivet*, Madrid, Espasa-Calpe, 1972.

²¹ Ángel Ganivet, *op. cit.*, p. 62.

moderna es un contrasentido político, por el que hemos venido a caer por donde ahora nos vemos.”²²

Ganivet tipificó la política española como agresiva, militarista y expansionista hacia el exterior, mientras que hacia adentro persistían el formalismo y la centralización autoritaria. Éstas eran las bases de la decadencia material y espiritual que condenaba al país al atraso frente al resto de Europa. Su concepción demo-liberal clamaba por una participación social en la restauración nacional; pese a que reconoció que la Restauración monárquica trajo un periodo de paz, con agudeza política, criticó el fracaso e incapacidad que mostró este régimen para resolver los problemas que aquejaban a la sociedad. Puso énfasis en el espíritu nacional a partir de la necesidad de desentrañar la tradición española y plasmarla en política nacional. Para Ganivet, el valor de la tradición está en el espíritu y sólo a través de éste se podría encontrar la salida a la decadencia española.

2.2 Miguel de Unamuno

En la llamada “generación del 98” la participación de Miguel de Unamuno en el ámbito ideológico y político es un caso excepcional, por la amplitud de su obra y su trayectoria intelectual. Buscó ante todo la renovación intelectual de España, convencido de su pobreza espiritual, por eso Giner de los Ríos le llamó “agitador de espíritus” y el poeta Antonio Machado habló de él como “inquietador de espíritus, este gran flagelador de la modorra nacional [...]”.²³ Y a propósito de la aparición del libro de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, en 1905, Machado escribió:

Es Unamuno admirablemente sincero en sus escritos y oraciones; pruébalo el que se atreve a exteriorizar esos momentos de profunda depresión de espíritu, en que el hombre autoinspectivo llega casi hasta a negarse a sí mismo. Pero las notas en él dominante son: el impulso acometedor, la ambición de gloria, y la afirmación constante y decidida de su personalidad. Él es también un caballero andante, bueno, al fin, para amar y comprender a Don Quijote. Sabe de

²² *Ibid.*, p. 114.

²³ El propio Unamuno insistió de manera reiterada que su misión consistía en “sacudir las almas”, “inquietar espíritus”. Al respecto véase su *Epistolario Americano*.

Quijoterías. En el ambiente de triste paz en que vivimos sólo Unamuno y unos cuantos guerrean —que no hemos de llamar guerras a disputas de comadres y pedreas de golfos.²⁴

Don Miguel de Unamuno además se preocupó por el paisaje español y las creaciones no intelectuales, analizando y redescubriendo las costumbres, lo mismo que el lenguaje vivo del pueblo.

La trayectoria de su obra en torno al problema español comienza con *En torno al Casticismo* (1895), su novela *Paz en la guerra* (1897), *Vida y obra de don Quijote y Sancho* (1905), *Del sentimiento trágico de la vida* (1912) y *La Agonía del Cristianismo* (1924), entre otras muchas más.

En cuanto a su análisis de la decadencia española, la obra que presenta una radiografía de esta problemática es *En torno al casticismo*, especialmente el capítulo V. “Sobre el marasmo actual de España”, donde establece los síntomas de la honda crisis que producía ese “desesperante marasmo”, decía: “Vivimos en un país pobre, y donde no hay harina todo es mohína. La pobreza económica explica nuestra anemia mental; las fuerzas más frescas y juveniles se agotan en establecerse, en la lucha por el destino.”²⁵

La crisis y decadencia para Unamuno tenían sus componentes materiales y espirituales, porque España al finalizar el siglo XIX era un país no sólo atrasado y pobre, sino además con una población analfabeta, hecho que la alejaba de las conquistas de la cultura occidental. Por ello, hablaba de descubrir a España, por los propios españoles pero europeizados.

Quisiera sugerir con toda la fuerza al lector la idea de que el despertar de la vida de la muchedumbre difusa y de las regiones tiene que ir de par y enlazado con el abrir de par en par las ventanas al campo europeo para que se oree la patria. Tenemos que europeizarnos y chapuzarnos en el pueblo. El pueblo, el hondo pueblo, el que vive bajo la historia, es la masa común a todas las castas, es su materia protoplasmática, lo diferente y excluyente son las clases e instituciones históricas. Y éstas sólo se remozan zambulléndose en aquél.²⁶

²⁴ Antonio Machado, *op. cit.*, p. 206.

²⁵ Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo*, p. 138.

²⁶ *Ibid.*, p. 148.

En 1912 escribió *Del sentimiento trágico de la vida* donde vuelve nuevamente a la tradición viva, aquélla en que se transmiten los sentimientos e ideas que constituyen el fermento de lo que España ha de ser.

Unamuno fue un incansable propagador de ideas, porque creía que era el único medio de emprender una renovación espiritual, que sacudiera la conciencia de los españoles para salir del marasmo en que se encontraba; esta lucha la llevó también en el terreno político, particularmente en su oposición a la dictadura de Primo de Rivera. Y precisamente en plena dictadura escribió *La agonía del cristianismo* (1924), donde habló de una España desgarrada y agonizante, pero ya en una perspectiva más amplia, pues el problema español formaba parte de la agonía del cristianismo y de la civilización occidental. Esta agonía demandaba luchar para vivir, contra la vida misma y contra la muerte. Este espíritu agónico alimentó su lucha por España y contra la dictadura, hecho que lo colocaba también en la lucha en contra de la decadencia histórica que padecía su país desde el siglo XVI.

Su correspondencia con intelectuales americanos permite ver la evolución de sus ideas con respecto a España, pues en 1892, tres años antes de su obra *En torno al casticismo* establece su compromiso y deber de trabajar por la cultura de España, “[...] víctima del dogmatismo y de la vaciedad pedantesca [...]”; en 1899 vuelve sobre esta misma idea, ubicando como el principal problema la falta de espiritualidad. En una carta dirigida a Pedro Emilio Coll (residente en Caracas, Venezuela) dice lo siguiente:

Figúrese usted la labor en un pueblo como éste, endurecido por un dogmatismo secular, donde el espíritu católico, lógico, formal, esquemático, exterior, ha ahogado el espíritu cristiano, a la fe libre que consume y transforma al dogma mismo que engendró. Es una espiritualidad lamentable; resulta el pueblo más incientífico y más irreligioso que conozco.

Para Unamuno el estancamiento español se debía a la falta de una reforma, como la que impulsó Lutero en Alemania, y esto porque la inquisición ahogó el germen de la reforma religiosa, una reforma castiza a la que apuntaba el movimiento de los místicos, por ello era necesario, desde una perspectiva moderna, volver a San Juan de la Cruz, a Santa Teresa.

Con la elección de San Juan de la Cruz, Unamuno quiere expresar su consideración del misticismo como rasgo esencial a la tradición hispánica, que no debe perderse en contacto con la cultura europea. Por eso, cambia su lema de europeización de España por la de hispanización de Europa; su misma admiración por el pueblo, fuente de las corrientes intrahistóricas, origen de los más espontáneos sentimientos de la raza, creador de historia, tiene la última razón de ser en su religiosidad.²⁷

Por ello insistía que el problema de España era moral y espiritual, cuestión que no excluía, como era evidente, la crisis política y social. Consecuente con esta visión, que no abandonó nunca, empeñó todos sus esfuerzos por una renovación española, que fuera producto de un proceso interno, para recuperar la “verdadera tradición” española, emanada de la lucha de su propio pueblo:

Espero que de esto surja la España de más dentro, la España entrañada y entrañable, la que hermana con las demás naciones de la misma sangre espiritual, de la misma lengua. Y que en vez de decir que no hay un pedazo de tierra sin una tumba española podamos decir que no hay un pedazo de cielo sin una idea en castellano.

Por ello resolvió que el dilema de europeizar España, era lo mismo que españolizar Europa, es decir, insertar a España en Europa y el mundo para modernizarla y hacerla partícipe de la cultura universal, sin perder su propia personalidad. Este planteamiento le valió ser considerado como el más universal de los españoles de su época.

2.3 Antonio Machado

Machado es el poeta, por excelencia, de esta generación. Su poesía expresó la problemática de su tiempo y su compromiso con el pueblo y, a partir de estos elementos, enfrentó “El problema de España”, con una pregunta siempre recurrente, expresión de las ansias nacionales del momento.

²⁷ José Luis Abellán, *op. cit.* p. 278.

Por fin, el poeta se ha pasado la vida golpeando sobre el duro misterio de la patria, queriendo hacer hablar a la hosca esfinge con una desesperación cifrada de esperanzas sin límites; el poeta que ha temblado como una hoja ante la mirada del campesino castellano en la expectativa anhelante de lo grande y lo terrible, cuando ya escucha acercarse las graves pisadas y necesita consuelo de

*ésta, que pesa en mí, carne de muerte,
siente, de improviso, despertar su corazón
entre olores de pólvora y romero.”²⁸*

En la obra de Machado se distinguen claramente dos etapas;²⁹ la primera va hasta 1917, sobre todo en su obra *Campos de Castilla*, donde plasma su visión sobre las dos Españas: “una España que muere y otra España que bosteza”. Esto se puede ver en su poema “El mañana efímero”:

La España de charanga y pandereta,
cerrada y sacristía,
devota de Frascuelo y de María
de espíritu burlón y de alma quieta,
ha de tener su mármol y su día,
su infalible mañana y su poeta.

[...]

Más otra España nace,
La España del cincel y de la maza
Con esa eterna juventud que se hace
Del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora
España de la rabia y de la idea.³⁰

Su punto de vista de la España, la de “charanga y pandereta” no distaba mucho de la apreciación que tenía el resto de intelectuales, por ello criticaba la vida parasitaria imperante en la vida española, donde se vivía más de un pasado que no resolvía los

²⁸ Francisco Ayala, *El escritor y su imagen*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1975, pp. 95 y 96.

²⁹ Véase María Dolores Gómez Mollado, *op. cit.*

³⁰ Antonio Machado, “El mañana efímero” *Poesía*, Barcelona, Bruguera, 1981, p. 108.

problemas acuciantes y que, por el contrario, los agudizaba. Sobre todo critica la falta de esfuerzo y de trabajo productivo.

Así, cuando se refiere a la miseria material y espiritual, producto del atraso económico y social, señala:

En una nación pobre e ignorante —mi patriotismo, señores, me impide adular a mis compatriotas— donde la mayoría de los hombres no tiene otra actividad que la necesaria para ganar el pan, o alguna más para conspirar contra el pan de su prójimo; en una nación casi analfabeta, donde la ciencia, la filosofía y el arte se desempeñan por superfluos, cuando no se persiguen por corruptores; en un pueblo sin ansias de renovarse ni respeto a la tradición de sus mayores; en esta España, tan querida y tan desdichada, que frunce el hosco ceño o vuelve la espalda desdeñosa a los frutos de la cultura, decidme: el hombre que eleva su mente y su corazón a un ideal cualquiera, ¿no es un Hércules de alientos gigantescos cuyos hombros de atlante podrían sustentar montañas?³¹

Ya para 1912 Machado advertía un resurgimiento en la vida española, en los distintos ámbitos de economía, ciencia y cultura; sobre todo en un despertar con nuevas energías y vitalidad, pero donde no percibe ningún cambio fue precisamente en la política, que seguía siendo un pesado lastre para el desarrollo nacional.

El poeta hablaba de políticos insensibles, con una gran incapacidad de renovación, lo cual provocaba indiferencia y desprecio hacia la política. Sin embargo creía que el remedio era la creación de una clase directora que abordara en nuevos términos la política y, para ello, el único camino era la cultura.

La política ha permanecido estacionaria, insensible al rudo golpe que puso al resto del organismo social en contacto con su conciencia. La política es hoy lo que fue ayer; momificada y empedernida, incapaz de renovarse, perecerá por ley imperativa.³²

Por el contrario, en la segunda España cifra sus expectativas en la juventud y en la renovación espiritual. Para Machado esta renovación se daría a través de la España del trabajo y de la idea, del pensamiento y de la reflexión. Sin embargo, era preciso

³¹ Antonio Machado, *Prosas dispersas*, pp. 240 y 421.

³² *Ibid.*, p. 291.

comenzar por estudiar la vida campesina, la vida del pueblo, para plantear el problema en términos precisos.

En la segunda etapa de su obra, de 1917 a 1936, resolvió este dilema: El eje de su poesía es el protagonismo social de las masas, y plantea que la revolución social sólo será posible desde abajo y no desde las élites como lo habían sugerido los primeros regeneracionistas. Por ello prefirió lo popular a lo aristocrático.

Amplía además su crítica a la Iglesia, proclamando el derecho del pueblo a la conciencia para que asuma su papel y función dentro del proceso histórico español. Se suma abiertamente al proceso republicano, como quedó manifiesto al adherirse en 1927 al llamado de Manuel Azaña, en contra de la dictadura de Primo de Rivera, pero sobre todo en su afirmación de que había que “[...] resucitar el republicanismo, sacando las ascuas de la ceniza y hacer hoguera con leña nueva.”³³

En las obras de otros escritores del 98, también se da cuenta de esta problemática.³⁴ Pío Baroja escribió más de sesenta novelas, cuentos y narraciones breves; sus personajes son pesimistas y amargados, acuciosos, alegres y libertinos. Hombres de una crisis eterna, devorados entre sí y cuya única opción es la acción para sentirse vivo, a pesar de no eso no sea una solución definitiva, pero es la única posible: marchar, marchar siempre para poder vivir. José Martínez Ruiz Azorín estuvo al lado de Pío Baroja y Maeztu, los más próximos entre sí de la generación del 98; su obra, *La ruta de Don Quijote*, recogió el paisaje manchego. Por su parte, Ramón del Valle-Inclán renovó el estilo literario y su novela *Tirano Banderas* (1926) es una descripción ambiental y crónica de acción y aventura.

La producción y acción de estos intelectuales españoles lleva a plantear que la “generación del 98” fue un movimiento de renovación intelectual y cultural en España, entre los siglos XIX y XX; constituye un hito fundamental en el análisis y construcción teórica sobre el problema nacional; pero en tanto que abordaron este fenómeno fundamentalmente desde el punto de vista estético, literario, no plantearon un programa político de cambio y transformación social. Esta falta de ideario propició que tuvieran una perspectiva ambigua en el plano social y que sus integrantes asumieran distintas posturas ideológicas y políticas, que van desde un abierto reaccionarismo como el de

³³ *Ibid.*, p. 466.

³⁴ Tanto Laín Entralgo como José Luis Abellán establecen los distintos aspectos de la visión de España que tuvieron los intelectuales de la “generación” del 98.

Maeztu, de manera totalmente opuesta al compromiso social de Machado y Valle-Inclán, o a la posición a veces vacilante de Unamuno.

Los caminos diversos que siguieron en la escena política cada uno de estos intelectuales no aminoran su importancia histórica, sobre todo por su aportación en el campo de las letras y la cultura española de fines del siglo XIX y principios del XX.

3. La generación de 1914

La Primera Guerra Mundial provocó un fuerte impacto en la economía de España, pese al impulso que significó la comercialización de los productos; los problemas se agravaron más, por el proceso desequilibrado de industrialización que seguía el país. Esta situación provocó más tensiones que sacudieron profundamente la conciencia de los hombres, sobre todo porque este fenómeno estaba acompañado de una intensa conmoción social, por la crisis y fragmentación de los partidos políticos en turno y el ascenso del movimiento obrero.

Esta es la “circunstancia” en que emerge una nueva generación de intelectuales entre los que destacan José Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Gregorio Marañón, Jiménez de Asúa, Fernando de los Ríos, Salvador de Madariaga, Américo Castro, Luis Araquistain, Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez.

Los rasgos que caracterizaron a esta generación, tocante al “problema de España”, y lo que adelantó respecto a los del 98 son: “el ser europea, racionalista y en política republicana, valorando por encima de todo la inteligencia como fautora del dominio técnico en el saber profesional.”³⁵ Retomaron del 98, el estudio y análisis de los problemas nacionales, pero bajo la perspectiva de la modernidad y, por lo tanto, su acercamiento a Europa, punto de vista y posición de clase que se ubicó en la contienda del momento político: era el reclamo de la burguesía por transitar hacia la modernidad demo-liberal, opuesta al viejo régimen y su afán de romper con la oligarquía, buscando en las clases medias, los intelectuales y estudiantes sus bases para orientar al país en una nueva dirección.

3.1 José Ortega y Gasset

³⁵ José Luis Abellán, *op. cit.*, p. 153.

El intelectual más destacado de esta generación fue José Ortega y Gasset (1883-1955), quien desarrolló una extensa obra de filosofía política. Dentro de este ámbito representó una actitud nueva, “un gesto nuevo”. Mostró preocupación especial por la decadencia de España, por la crisis social, pero también por el porvenir nacional. Este análisis lo realizó en sus obras: *Meditaciones del Quijote* (1914), *Vieja y nueva política* (1914), *Personas, obras, cosas* (1916), *España invertebrada* (1921), *El tema de nuestro tiempo* (1923) y para el periodo abarcado podemos incluir *Rectificaciones de la República*, artículos que datan de 1932.

En su obra *Meditaciones del Quijote* se pregunta sobre el ser y el destino histórico de España; fue escrita en 1914, momento en el que como parte del reordenamiento económico y político mundial que cerraba con la Primera Guerra Mundial, quedaba atrás la grandeza española, y se acentuaba la incertidumbre del porvenir. Ese momento exigía una redefinición del “problema de España”:

Dios mío ¿qué es España? En la anchura del orbe, en medio de las razas innumerables, perdida en el ayer ilimitado y el mañana sin fin, bajo la frialdad inmensa y cósmica del parpadeo astral, ¿qué es esta España, este promontorio espiritual de Europa, ésta como proa del alma continental?

¿Dónde está —decidme— una palabra clara, una sola palabra radiante que pueda satisfacer a un corazón honrado y a una mente delicada, una palabra que alumbre el destino de España?³⁶

Para Ortega la enfermedad nacional no era otra cosa que la decadencia de un Estado que ponía en peligro la existencia misma de la nación, cuestión que estaba íntimamente ligada a la desintegración nacional; por el contrario, superar la crisis y la decadencia podría enlazar la nacionalidad y darle un fin a la comunidad.

Planteaba la reorientación del Estado hacia los fines de la modernidad; el aparato estatal debía suscitar la formación de la nación y la integración de pueblos diferentes, es decir, reclamaba la función que había cumplido el Estado absolutista en los siglos XVII y XVIII. Para suprimir el viejo Estado por uno nuevo, bajo una orientación liberal, su

³⁶ José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Espasa-Calpe, 1964, pp. 92 y 93.

fórmula era: “Una nación es fundamentalmente el resultado de una finalidad, de un programa de futuro, es decir, del fin propuesto por un Estado a la opinión”.³⁷

Su tesis de construir una “España vital” para resolver el problema nacional estuvo orientada por la postura “republicanista y europeizante” que mantuvo congruente con su postura liberal, en un momento en que la crisis de la restauración se ponía de manifiesto por su incapacidad de sacar al país del atraso en que se encontraba, lo que constituía un reto para la inteligencia. La tarea que Ortega estableció para su generación, fue la de vertebrar una cultura española que supliera la falta de ideas y la carencia de virtudes públicas, esto hacía necesaria una reforma intelectual y moral.

Parte medular de su análisis sobre la crisis española es su libro *La España Invertebrada*, publicado en 1922. Como señala José Luis Abellán, Ortega desarrolla dos ideas centrales respecto del tema histórico de España: la existencia de un extremado particularismo y tribalismo en la vida española, y el imperio de las masas a falta de verdaderas elites que puedan dirigir los destinos del país.³⁸

Así, uno de los elementos de esta crisis era la aparición de regionalismos, separatismos, secesión étnica y territorial; para Ortega esto provenía del hecho de que España fuera un producto castellano y de que la unión española fue realizada para lanzarse a los cuatro vientos, para crear un imperio lo más ancho posible.

Para quien tiene buen oído histórico, no es dudoso que la unidad española fue, ante todo y sobre todo, la unificación de las dos grandes políticas internacionales que a la sazón había en la península: la de Castilla, hacia África y el centro de Europa; la de Aragón hacia el Mediterráneo. El resultado fue que, por primera vez en la historia, se idea una Weltpolitik: la unidad española fue hecha para intentarla.³⁹

Sin embargo, después de un proceso de incorporación que llegó hasta 1580, bajo el reinado de Felipe II, comenzó la decadencia y la desintegración. A este fenómeno Ortega lo tipifica como particularismo y cuya esencia es que diversos grupos dejan de sentirse parte de España, alejándose de un sentimiento nacional, otra de las manifestaciones de la crisis española de principios del siglo XX. A esto se sumó el hecho

³⁷ José Ortega y Gasset, *op.cit.*, p. 93.

³⁸ José Luis Abellán, *Sociología del 98*.

³⁹ José Ortega y Gasset, *España Invertebrada*, p. 41.

de que la monarquía y la iglesia se habían empeñado en establecer que sus destinos eran los de la nación, cuestión que dividía aún más a sus componentes. Por ello, señalaba con agudeza:

Pues bien: la vida española ofrece en nuestros días un extremado ejemplo de ese atroz particularismo. Hoy es España, más bien que una nación, una serie de compartimientos estancos.⁴⁰

Con la derrota militar del 98, el ejército quedó deprimido, moralmente desarticulado; su evolución posterior se orientó hacia la recuperación de su sentido de gremio, de casta, cerrado y aislado del resto de la sociedad. Ortega también se refiere a la incapacidad de los políticos para plantear una salida a esta problemática que enfrentaba España y como consecuencia la repugnancia de la sociedad hacia los partidos políticos.

Respecto a la falta de minorías egregias, para Ortega ésta se daba por la existencia de una aristofobia (odio a los mejores). Pero era conveniente contar con esta “individualidad selecta”, porque era la única manera de evitar esta disociación, ya que esta minoría podría actuar sobre la colectividad dirigiéndola; faltaban hombres directores que entusiasmaran a las masas hacia el bien y que pudieran sacar a España de la crisis y conducirla a la modernidad, a través de la “[...] necesidad de interpretar dinámicamente la convivencia nacional, de comprender que sólo la acción, la empresa, el proyecto de ejecutar un día grandes cosas son capaces de dar regulación, estructura y cohesión al cuerpo colectivo.”⁴¹

Sin embargo en su tesis del predominio o rebelión de las masas que aquejaba a Europa (de manera transitoria) y a España (de manera permanente), Abellán advierte una contradicción:

No quiero dejar pasar este punto sin aludir a la interna contradicción que late bajo el libro de Ortega: por un lado se habla de la indocilidad de las masas españolas como un efecto constitutivo que tiene su origen en los tiempos de la formación del carácter español y por tanto como si fuese un rango de índole permanente; por otro lado, Ortega cree que esto puede cambiar cuando las masas

⁴⁰ *Ibid*, p. 54.

⁴¹ *Ibid*, p. 56.

españolas hagan la experiencia de la inanidad y vuelvan los ojos hacia los redentores hombres ejemplares.⁴²

Lo cierto es que en este esquema, Ortega tuvo como ideal de sociedad aquélla gobernada por una minoría selecta, con atribuciones sobre el pueblo, sin tomar en cuenta sus impulsos o deseos.

3.2 Manuel Azaña

Si Ortega fue el intelectual indiscutible de esta generación (mas no el único) Manuel Azaña fue el político por excelencia; su relevancia como republicano cubrió todo un periodo en la historia de España, siendo especialmente significativa en la Segunda República, pues encarnó las características propias del nuevo régimen, es decir, la instauración de una república democrática, laica y controlada fundamentalmente por civiles.

República quería decir elecciones limpias, eliminación de la corrupción en la función civil y de favoritismos en los tribunales; eliminación de caciquismo y de brutalidad policial. Quería decir igualdad legal y la necesaria legislación social para hacer de esa igualdad un hecho vital más que una abstracción plausible. La República no era simplemente un “mal menor”, una necesaria alternativa a la monarquía desacreditada y a la tiranía de la dictadura de Primo de Rivera. Era el régimen que fomentaría el desarrollo cultural y económico de todos los pueblos de España y de todos los españoles como individuos.⁴³

Desde la primera década del siglo XX, haciendo eco de la problemática del momento, Azaña estableció su punto de vista sobre el “El problema Español”,⁴⁴ señalando que la cultura ocupaba un lugar privilegiado, como elemento indispensable para la convivencia democrática; puso especial énfasis en la cuestión de la democracia y su carácter municipal e identificó los padecimientos de España a partir de tres aspectos: el económico como “anemia secular”; el moral, por el “[...] desconocimiento de los

⁴² José Luis Abellán, *op cit.*, p. 272.

⁴³ Gabriel Jackson, “Sobre la trayectoria política de don Manuel Azaña” en Alberto Serrano y San Luciano, José María, *Azaña*, Alcalá de Henares Fundación del Rey, 1991, p. 284.

⁴⁴ Manuel Azaña, “El problema español”, en Alberto Serrano y San Luciano, José María, *op. cit.*

deberes de cada uno para consigo mismo y los demás”; y la ignorancia e incultura, que alcanzaba a todos los españoles. En su tesis central del problema español establece:

[...] estamos ante un conflicto producido por la ineducación e incultura nacionales; que esto es una herencia del pasado, fruto del estancamiento secular de España y de su divorcio de la corriente general del pensamiento europeo, que durante nuestro sueño, las demás naciones han inventado una civilización, de la cual no participamos, cuyo rechazo sufrimos, y a la que hemos de incorporar nos o dejar de existir.⁴⁵

Para Azaña la solución era una mejor y equitativa redistribución de la riqueza y explotación de los recursos naturales, pasando por un cambio y profunda reforma en los sistemas educativos y por la reforma del Estado, que contribuyera a restaurar el alma del pueblo. La instrucción y la cultura eran palancas fundamentales del cambio y la reforma, pero lo que existía en España era crisis educativa que abarcaba no sólo los niveles básicos (en manos del clero), sino también la universidad, alejada de las tendencias modernas de la ciencia y la cultura, por ello llamaba a suplir estas deficiencias; así desde el Ateneo de Madrid, planteó la necesidad de reorientar la cultura: “El rigor científico, la precisión en los métodos, el aprendizaje de la técnica, los procedimientos de investigación es lo que deberá buscarse y aprender en nuestra casa.”⁴⁶

Al igual que el resto de su generación, representaba una tendencia que establecía el futuro de España a partir de su europeización, la instauración de una democracia representativa y una profunda reforma educativa, sobre todo atacando su base confesional y ampliando la cultura a todo el pueblo.

Para Tuñón de Lara, Azaña era representativo de un reformismo demo-liberal, propio de las clases medias españolas, de ahí que defendía la instauración de una democracia pero bajo la directriz de una minoría directora, que emanara del poderío

⁴⁵ *Ibid.*, p. 16.

⁴⁶ Manuel Azaña, “Junta General Ateneísta. Memoria, noviembre de 1913” , *op. cit.*, p. 432.

espiritual del pueblo español, hecho que lo alejaba de una visión de la democracia como un ejercicio de poder y sólo en su base de la representatividad.

4. La generación del 27

Los miembros de esta generación tomaron como punto de partida de su creación intelectual la savia popular, comprometiéndose con su afán revolucionario en las luchas en pro de la justicia, esto sobre todo con la Segunda República Española, que era la posibilidad real de solución del “viejo problema de España.” Rompieron con la visión centralista de los del 98 y exploraron otros ámbitos regionales, como el caso de Federico García Lorca, en cuya obra se sienten las raíces profundas de la región de Andalucía, básicamente a partir de su cultura y en estrecha relación con su geografía y su tradición.

Esta fue luego la generación del exilio y de la “reconquista” americana, sólo que en un plano espiritual, alejados del imperialismo cultural y en condiciones de igualdad y de reconocimiento mutuo, reivindicando íntegramente la tradición hispanoamericana.

Esta “generación” logró identidad y significado a partir de un acto de celebración que los conjuntó, la conmemoración de un hecho histórico ocurrido trescientos años antes: la muerte de Góngora en 1627; reunidos en Sevilla participaron en este evento a través de lecturas y conferencias. En este núcleo de intelectuales se encontraban: Pedro Salinas, Jorge Guillén, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre y Federico García Lorca, entre otros, como en los anteriores casos, la lista es muy amplia.

Su producción intelectual cubrió gran parte de la década de los 20, pero su verdadera relevancia se dio a partir de los 30. Julián Marías en el análisis de la producción de la generación del 27, expresa:

Si nos fijamos en los autores que se suelen considerar de la “generación del 27”, Pedro Salinas ha comenzado en 1923 (*Presagios*), su narración en 1926 (*Vísperas del gozo*). Jorge Guillén no empezará hasta 1928 sus ediciones crecientes de *Cántico*. Ya en 1924 ha aparecido *Marinero en Tierra* de Rafael Alberti, y sus libros de poesía se suceden hasta Sobre los

ángeles en 1929. Vicente Aleixandre publicará *Ámbito* en 1928; del mismo año es el *Romancero gitano*, que hará famoso a Federico García Lorca.⁴⁷

Federico García Lorca, en textos como “El cante jondo” y “Teoría y juego del duende” mostró el palpitar de su época, y cómo se fue construyendo una línea de pensamiento y posición sobre el problema de España, donde al igual que otros intelectuales que se agruparon en esta generación, pasaron de lo simplemente declarativo al conocimiento profundo del alma del pueblo, al rescate de las tradiciones populares y su incorporación a la cultura nacional.

Para García Lorca el amor a la creación popular era la única fuente de todo arte, fundamento verdadero y característico de la cultura nacional; por ello puso énfasis en que se debía abordar el estudio y comprensión de las cosas populares, como medio para renovar el ambiente espiritual e intelectual del país. En su producción está presente su propósito de explicar la historia y la raíz del folclore popular español, que en el caso del “cante jondo” era una de las expresiones más genuinas del “alma de nuestra alma [...]” o también los “[...] cauces líricos por donde se escapan todos los dolores y los gestos rituarios de la raza.”⁴⁸

Explicó la forma en que el arte popular puede ser fuente de las grandes creaciones, como en el caso de la influencia del cante jondo en músicos de la talla de Debussy, hecho trascendental, porque demostró la influencia de la cultura popular española en la cultura europea, especialmente de Andalucía y, desde luego, en los propios artistas españoles como Manuel de Falla y otros. El impacto y trascendencia de espacio y tiempo permitió a García Lorca indicar que por la fuerza de sus raíces el cante jondo: “Es hondo, verdaderamente hondo, más que todos los pozos y todos los mares que rodean al mundo, mucho más hondo que el corazón actual que lo crea y la voz que lo canta, porque es casi infinito. Viene de razas lejanas, atravesando el cementerio de los años y las frondas de los vientos marchitos. Viene del primer llanto y el primer beso.”⁴⁹

⁴⁷ Julián Marías, “¿Generación de 1927?” en Gregorio Prieto, *Federico García Lorca y la Generación del 27*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1977, p. 176.

⁴⁸ Federico García Lorca, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1963, p. 41.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 45.

Este poeta desarrolló y presentó el rescate del sentimiento y la cultura popular como un verdadero manifiesto de la “juventud espiritual de España” y como un proyecto patriótico del porvenir. Así, remarcó al final de su conferencia sobre el “Cante jondo.”:

A todos los que a través de su vida se han emocionado con la copla lejana que viene por el camino, a todos los que la paloma blanca del amor haya picado en su corazón maduro, a todos los amantes de la tradición engarzada con el porvenir, al que estudia en el libro como al que ara la tierra, les suplico respetuosamente que no dejen morir las apreciables joyas vivas de la raza, el inmenso tesoro milenario que cubre la superficie espiritual de Andalucía y que permiten bajo la noche de Granada la trascendencia patriótica del proyecto que unos artistas españoles presentamos.⁵⁰

En “Teoría y juego del duende” volvió a establecer la necesidad de reconocer “el espíritu oculto de la dolorida España,” cuya expresión se manifestaba en la creación, sustentada en la savia popular.

Desde luego, los poemas de García Lorca constituyen la expresión más acabada de cómo la incorporación de los elementos populares renovó la poesía española en cuanto a forma, estilo, frescura y calidad; la búsqueda de estos elementos fue una constante en esta generación poética del 27, que constituyó el elemento cumbre de este proceso de renovación de la cultura española.

Los jóvenes creadores, con Federico García Lorca a la cabeza, comprometieron toda su capacidad en la defensa de las causas del pueblo, por lo cual esta generación asumió el “problema de España” como un proceso de creación, de edificación del país, planteándose el porvenir como una cuestión que requería de una responsabilidad del y con el presente.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 56.

IV. La guerra del 98 y América Latina

Los pueblos de la América española se mueven en una misma dirección. La solidaridad de sus destinos históricos no es una ilusión de la literatura americanista. Estos pueblos, realmente, no son hermanos en la retórica, sino también en la historia, proceden de una matriz única.

José Carlos Mariátegui

Al abordar el análisis de la guerra del 98 y el problema nacional en América Latina, hay que partir de la premisa apuntada por Mariátegui: “la historia es siempre una continuación y un comienzo”¹

El 98 marcó un hito histórico en la construcción nacional de los países de América Latina: las características de este periodo y sus resultados, establecieron nuevas condiciones de desarrollo, y un replanteamiento de la cuestión nacional y de la unidad latinoamericana.

No obstante que la condición semicolonial y semifeudal de Latinoamérica no cambió, se reforzó la penetración económica y política del capitalismo (en su fase imperialista), estableciéndose así la continuación del viejo orden en sus aspectos substanciales. En contraposición la guerra del 98, la decadencia del viejo colonialismo español y el ascenso del imperialismo (sobre todo el de Estados Unidos) significaron “un comienzo” porque evidenciaron la relación de los intereses de las clases dominantes (oligarquía terrateniente) con el imperialismo, ajenas a un sentimiento nacional. La presencia de nuevos actores sociales en esta lucha de liberación (sobre todo los obreros, campesinos, indígenas y una incipiente clase media), propició la aparición en la escena política de una nueva ideología antiimperialista, posición desde la que se opusieron al expansionismo estadounidense, y plantearon la necesidad de la construcción nacional autónoma y democrática en los países de América Latina, así como la renovación del planteamiento de unidad continental latinoamericana.

En esta orientación es conveniente hacer un esbozo histórico de América Latina para establecer los antecedentes más importantes en relación con este estudio, a fin de ubicar la continuidad y lo nuevo que apareció a partir de la “Guerra hispano-

¹ José Carlos Mariátegui, *Temas de nuestra América*, Lima, Amauta, 1978, p. 82.

norteamericana”, y saber de qué manera se inscribieron nuestros países en la “órbita imperial” establecida a partir de esta guerra del 98.

1. América Latina en siglo XIX

La Revolución de Independencia fue un movimiento continental, con reivindicaciones comunes a todos los pueblos, tales como la separación de España y el establecimiento de repúblicas independientes. Esta unidad orgánica y espiritual sentó las bases para el planteamiento de la unidad continental. Para Mariátegui éste fue un frente único continental, con un ideal americanista. Bolívar, San Martín, O’Higgins fueron caudillos de toda Sudamérica y no sólo de un pueblo o un país. “Esta actitud correspondía a una necesidad histórica. Además no podía haber nacionalismo donde no había aún nacionalidades”.² La independencia de América Latina fue un movimiento encabezado por la población criolla, con ideales tomados de las revoluciones francesa y estadounidense. Hostos explica la significación de la guerra de Ayacucho que puso fin a la dominación española:

Ayacucho no es el esfuerzo de un solo pueblo; es el esfuerzo de todos los pueblos meridionales del continente; no es el resultado de una lucha parcial, es el resultado de una lucha general; no es la victoria de un solo ejército, es la victoria de todos los ejércitos sudamericanos; no es el triunfo militar de un solo capitán, es el triunfo intelectual de todos los grandes capitanes, desde la fantasía fascinadora que se llamó Bolívar hasta la conciencia impasible que se llamó San Martín; no es el campo de batalla de peruanos y españoles, es el campo de batalla de América y España, no es la colisión de dos contrarios, es la última colisión de un porvenir contra otro porvenir, no es la batalla de una guerra, es la batalla decisiva de una lucha secular.³

² *Ibid.*, p. 13.

³ Eugenio María de Hostos, “Ayacucho” en *Filosofía política latinoamericana*, Bogotá, El Búho, pp. 101 y 102.

Una vez terminada la guerra, el esfuerzo se orientó a la construcción y organización de la nación; internamente se abrieron distintas perspectivas en torno a esta cuestión y a la unidad del continente. Pese a ello, la América Ibérica se fraccionó en diversos países; muchos surgieron rompiendo la unidad política, demográfica y cultural que tenían. Este fue el caso de la zona andina: Perú, Ecuador y Bolivia, o la zona maya en el sur de México y Guatemala sólo por mencionar dos casos entre muchos más.

La primera generación de los caudillos revolucionarios agotó todas sus energías en la contienda armada, intento en el que algunos murieron (Hidalgo y Morelos en México, etc.). Las ideas liberales que alimentaron los movimientos independentistas tuvieron el objetivo de instaurar estados burgueses con sistemas políticos acordes con un modelo capitalista de desarrollo. La existencia de una clase feudal terrateniente, el poder económico del clero y de los caudillos militares obstaculizaron este proceso liberal, porque eran la manifestación patente de la inexistencia de una burguesía estructurada orgánicamente como clase dirigente. Estos factores fundamentales impidieron el desarrollo de este proceso capitalista y nacional.

La construcción y organización de las nuevas naciones estuvieron íntimamente ligadas al problema agrario, que esperaba solución mediante la desarticulación de los grandes latifundios, y el reparto de la tierra, así como con el impulso de un mercado interno nacional, además de iniciar un proceso de industrialización para sentar las bases de la nueva economía. No obstante, la producción orientada a los mercados internacionales estuvo estrechamente vinculada a los viejos latifundios, permitiendo que la clase terrateniente mantuviera el control político y económico en los ámbitos regional y nacional.

Por ende, se propició una situación opuesta al proyecto de crear una nación hispanoamericana, en especial en cuanto a la solidaridad y cooperación entre países con incipiente desarrollo; dicho planteamiento fue plasmado en el ideario de Bolívar, quien precisó que sin la integración y unión de los pueblos no podía triunfar ningún proyecto político y que el fraccionamiento en diversos países los dejaba a merced de las potencias extranjeras.

Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América por obtener el sistema de garantías que, en paz y guerra, sea el estado de nuestro destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las

repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos.⁴

Las clases privilegiadas, herederas del poder colonial, adoptaron una política antinacional; se ligaron a las nuevas potencias emergentes, especialmente Inglaterra y Francia, y establecieron gobiernos oligárquicos, apoyados en una ideología conservadora con lo que reforzaron su dominio y, cuando se sintieron amenazadas, implantaron dictaduras militares apoyadas en caudillos que pronto se pusieron a su servicio.

La diferenciación entre los países se acentuó; en el terreno económico algunos avanzaron más que otros, basados en el incremento de su comercio con el capitalismo europeo y por las corrientes migratorias provenientes del viejo continente; en lo político, adoptaron el ideario liberal y de modelos como el francés o el estadounidense les permitió sentar bases incipientes para la organización republicana. El destino de otros países estuvo en manos de dictadores vinculados a los sectores más tradicionales, conservadores y reaccionarios de la sociedad; su desarrollo se estancó, con la consecuente agudización del atraso económico, político y social.

Los vínculos económicos de las nacientes repúblicas fueron con países capitalistas como Inglaterra, Francia o Estados Unidos que sustituyeron a España y sometieron a América Latina a nuevas formas de colonialismo; esto dio a los países de la zona una ubicación dentro del sistema capitalista mundial como productores y exportadores de materias primas y, por lo tanto, como fuentes de abastecimiento de la industria y las finanzas del capitalismo. Este hecho no sólo los distanció, sino que los hizo competir entre sí, para colocar sus productos del suelo y subsuelo en el mercado mundial. Así, el exiguo desarrollo económico producto de su nueva condición dependiente, la inexistencia de un mercado interno nacional y la falta de intercambio económico y comercial, los alejó cada vez del proyecto de nación latinoamericana. Rotos los vínculos políticos establecidos por la independencia, también se alejó la comunicación y articulación entre los pueblos latinoamericanos.

⁴ Acosta Saignes, Miguel, *Antología de Simón Bolívar*, México, UNAM, 1981. p. 213. Tanto en su Pensamiento sobre el Congreso de Panamá, como en la Convocatoria a la misma, Bolívar insistió en la necesidad de formar una liga de estas naciones o algún sistema político que uniera y consolidara los lazos de las nuevas repúblicas americanas.

Pero lo que separa y aísla a los países hispano-americanos, no es esta diversidad de horario político. Es la imposibilidad de que entre naciones incompletamente formadas, entre naciones apenas bosquejadas en su mayoría, se concierte y articule un sistema o un conglomerado internacional. En la historia, la comuna precede a la nación. La nación precede a toda la sociedad de las naciones.⁵

En el siglo XIX, los países latinoamericanos no resolvieron el problema nacional en su esencia, por su nueva condición semifeudal y semicolonial; en general, prevalecía la dominación de los terratenientes, el clero y los caudillos que habían hecho fortuna a partir de su carrera militar, pero sobre todo por su alianza con las clases oligárquicas que habían mantenido su poder y dominio en las nuevas repúblicas. Todo esto impidió avanzar en el proceso de unión o confederación planteada por Bolívar, idea que, sin embargo, nunca fue abandonada y que se encuentra plasmada en el ideario de muchos intelectuales latinoamericanos de todos los países, a lo largo del siglo XIX y principios del XX. Alberdi, Bilbao, Arozamena, Samper, Hostos, Martí, Sandino son sólo algunos de los ilustres latinoamericanistas que marcaron un itinerario del desarrollo de esta idea de solidaridad y unidad continental.

Al lado de la clase feudal terrateniente, se desarrolló lentamente una burguesía comercial y mercantil, que cumplió el papel de intermediaria del capital extranjero y fue favorecida con estas transacciones internacionales; apareció también una pequeña burguesía agraria y urbana, junto con una población mayoritariamente campesina, con la peculiaridad de que estaba formada por amplios sectores y comunidades indígenas en Perú, Bolivia, Ecuador, México, Guatemala, entre los más importantes.

De este modo, la construcción nacional fue impulsada por la pequeña burguesía urbana, al lado de la incipiente burguesía nacional y las reivindicaciones agrarias del campesinado. Se pretendía la constitución de un Estado moderno, pero con un desarrollo independiente y autónomo, pero la clase feudal terrateniente (hacendados, caudillos militares, clero) que detentaba el poder, buscó afianzar su dominio y mantener este estado de cosas, ligada y enfeudada a los intereses del capital internacional y con una orientación pro imperialista.

Sin duda, las contradicciones en los niveles político e ideológico expresadas en la contraposición centralismo/federalismo y liberales/conservadores obedecían a

⁵ José Carlos Mariátegui, *op. cit.*, p. 14.

intereses de clase, aunque su demarcación y connotación ideológica no es clara en la medida en que eran utilizadas según las circunstancias y condiciones específicas. A menudo quienes enarbolaron ideas conservadoras en algunos casos prácticos resultaron ser más liberales, como en el caso del proyecto económico del conservador mexicano Lucas Alamán, y a la inversa, algunos personajes y caudillos sólo utilizaron un discurso liberal para mantenerse en el poder o como simples banderas de agitación.

Hacia finales del siglo, la liquidación del feudalismo, el lento desarrollo del capitalismo, la formación de una clase burguesa y el expansionismo estadounidense propiciaron nuevos análisis, propuestas y proyectos nacionales y continentales que renovaron el viejo proyecto bolivariano de federar a las naciones iberoamericanas en una gran nación, incluyendo a Brasil.⁶

Sin embargo, el fracaso de la revolución democrático burguesa y la imposibilidad de un desarrollo nacional autónomo fortalecieron el poder de la clase terrateniente (Argentina con la oligarquía vacuna y México con el peonaje producto del sistema hacendario). Sumado a esto, la expansión imperialista a finales del siglo XIX hizo fracasar todo proyecto modernizador, lo que determinó un nuevo reordenamiento económico y político en el continente.

El panorama latinoamericano de finales del siglo XIX no era nada alentador. En lo interno, en la estructura económica se mantenía el atraso feudal, coexistiendo con la creciente penetración económica de los países capitalistas como Inglaterra, Francia y Estados Unidos. El orden político y jurídico estaba determinado por la adopción formal de repúblicas, división geopolítica que no correspondía con la realidad que se vivía. Este marco constituía únicamente el escenario que ocultaba una realidad, caracterizada por la condición miserable y servil de la población indígena y campesina; pero sobre todo, en este periodo existió un desfase entre el hecho y el derecho. Estas condiciones

⁶ Especialmente a partir de este capítulo se emplean categorías como Hispanoamérica, Iberoamérica, Indoamérica, América y desde luego Latinoamérica o América Latina. Su utilización no es arbitraria porque se refieren a perspectivas que expresan determinadas realidades históricas, pero su delimitación excede al presente trabajo. Existe una abundante bibliografía al respecto, por lo que remito a los interesados en este debate a la obra de Arturo Ardao, *América Latina y la latinidad*, México CCYDEL/UNAM, 1993 y al magnífico ensayo de Ramón García, "Mariátegui y el descubrimiento" en *José Carlos Mariátegui y Europa*, Lima, Amauta, 1993, donde establece lo siguiente: "Desde 1492 todos los apellidos de América, que han predominado en una u otra etapa de su desarrollo tienen por características ser exclusivos y excluyentes. Para España sólo contaba Hispanoamérica. Y como Sur América fue repartida entre España y Portugal, países de la península ibérica, su única concesión fue usar indistintamente el apellido Hispano o Ibero."

dificultaron la existencia de una comunidad nacional e impidieron elevarla a la categoría de nación.⁷

La trama de relaciones económicas, políticas, territoriales, culturales y demográficas en cada país estaba desarticulada, fracturada y, con frecuencia, presentaba un carácter antagónico, debido al control hegemónico de las clases dominantes, cuyo interés estaba orientado hacia el exterior.

Así, en los países latinoamericanos el papel del Estado no fue semejante al de las grandes monarquías europeas que dieron paso a los modernos estados nacionales, ya que representaba a clases que negaban el progreso nacional. La praxis histórica de la burguesía está inseparablemente ligada con la formación y consolidación de la nación, pero en América Latina, por su desarrollo incipiente e inorgánico —de la burguesía—, el Estado estuvo al servicio de una clase feudal terrateniente ajena a la solución del problema nacional. El papel del Estado en la creación de una nacionalidad como fuerza activa que condiciona la colectividad a sus propósitos, fiel a sus normas de carácter público estuvo ausente en este proceso histórico.

2. El 98 y el problema nacional en América Latina

El proceso histórico iniciado a partir de la independencia, en cuanto a la “formación nacional”, dio un viraje a finales del siglo XIX. La guerra hispano-norteamericana del 98 afectó profundamente la realidad económica, política y social, y modificó las condiciones de su desarrollo, además de replantear el problema nacional y la cuestión latinoamericana.

Entre los cambios fundamentales que constituyen hitos en el desarrollo histórico de este periodo, están:

- Con la guerra del 98, declinó el viejo colonialismo español, que con el Tratado de París perdió sus últimos “reinos de indias”, para el caso latinoamericano, Cuba y Puerto Rico.

⁷ Desde la independencia, en las constituciones liberales latinoamericanas no existe una legislación que contemple la condición de los indígenas y que atienda sus formas de vida comunitarias, con lo cual se crearon las condiciones para una sistemática expropiación de sus tierras, mismas que han tenido que defender a costa de su vida.

- Con su triunfo en la guerra, Estados Unidos impulsó su carrera expansionista en el nivel mundial, pero especialmente en América Latina; su dominio abarcó lo económico, político y militar.
- La expansión estadounidense en el continente se dio en abierta disputa con Inglaterra, aprovechando los conflictos regionales para capturar los sectores claves de la economía. A principios de siglo, los monopolios estadounidenses comenzaron sus inversiones en la minería peruana y veinte años después tenían el control total; en este mismo periodo se inició la construcción y puesta en operación del Canal transoceánico de Panamá, que favoreció enormemente a los estadounidenses con su administración y explotación exclusiva. Lo mismo ocurría con México, que en la primera década del siglo XX tenía grandes inversiones en la minería y los ferrocarriles, mediante capitales provenientes de financieros e industriales como el grupo de Rockefeller, Greene, etc., muy cercanos al presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt.
- El carácter semicolonial y semifeudal de Latinoamérica se acentuó a consecuencia de la penetración imperialista, que como estrategia de dominación permitía una cierta autonomía política, que combinaba con una política de garrote cuando peligraban los intereses de sus grandes monopolios.
- Se generaron nuevas visiones del problema nacional, un pensamiento antiimperialista y latinoamericanista que produjo cambios importantes en relación con el discurso decimonónico previo.

Este fue el marco del reordenamiento económico y político mundial que tuvo profundas repercusiones en América Latina e influyó en la formación de un nuevo pensamiento y una nueva filosofía de liberación.

Si bien el desarrollo industrial, económico y militar de Estados Unidos había iniciado de manera intensiva en 1860, para después incrementarse a finales del siglo, el inicio de la Primera Guerra Mundial concluyó su proceso de formación plena como nación imperialista y, una vez concluida la conflagración mundial, se colocó a la cabeza del mundo capitalista. Su penetración imperialista en el continente americano, pone de manifiesto su política de agresión y expansión.

Un antecedente de esta política expansionista fue la convocatoria hecha por Estados Unidos a la Primera Conferencia Internacional de Estados Americanos, que se realizó en Washington en octubre de 1889, a fin de establecer convenios económicos y

sentar las bases para la creación de la Unión Panamericana; esta propuesta no prosperó por la oposición de los países latinoamericanos, con Argentina a la cabeza, que estaba fuertemente ligada al imperio británico.

Por su posición estratégica para acceder a la zona del Caribe, Cuba era, desde tiempo atrás, un objetivo de la política de Estados Unidos. Las inversiones de capitales estadounidenses controlaban buena parte de la economía de la isla, cuestión que les permitió ejercer presión para que el “Maine” anclara en las costas de Cuba; con esto buscaban proteger sus intereses que peligraban por la revolución de independencia isleña; el “misterioso hundimiento” del buque fue el pretexto para declarar la guerra a España y arrebatarle Cuba y Puerto Rico. Al iniciar la década de los veinte del siglo pasado, Estados Unidos controlaba tres cuartas partes de la producción total del azúcar,⁸ pero sobre todo, tenía resuelto el control del tráfico comercial del futuro canal de Panamá, planeado ya desde mediados del siglo XIX, por el Congreso de Estados Unidos.

La doctrina Monroe, establecida desde la independencia hispanoamericana, fue un instrumento práctico de la política exterior de Estados Unidos que le permitió entrar de lleno a disputarle a Inglaterra su predominio en tierras americanas. Esta doctrina creó falsas expectativas sobre el apoyo estadounidense a los países que fueran objeto de agresiones por parte de las potencias europeas. La realidad mostró claramente su naturaleza: en 1889 Londres otorgó el derecho a Estados Unidos de intervenir privilegiadamente en los asuntos y conflictos del continente y en 1895 Richard Olney, Secretario de Estado, declaró a Estados Unidos prácticamente como el soberano del continente americano.

Esta doctrina se reforzó en 1904 cuando Theodore Roosevelt estableció que Estados Unidos podía intervenir por la fuerza y rectificar “errores crónicos” de los gobiernos sudamericanos; a su vez, el Congreso aprobó en 1912 el Corolario Lodge, que estableció el derecho de veto de Estados Unidos sobre la venta de tierras latinoamericanas consideradas “estratégicas” y que pudieran ser utilizadas por potencias extranjeras. “Desde la mitad del siglo XIX, América Latina pudo hacer la engañosa constatación que, si la doctrina de Monroe protegía su integridad contra las ambiciones

⁸ De hecho, la inversión económica estadounidense en Cuba se acentuó desde mediados del siglo XIX a pesar del dominio español.

coloniales de Europa, esta doctrina no le daba ninguna garantía contra las empresas expansionistas e imperialistas de la república anglo-sajona que la había proclamado”.⁹

La “protección estadounidense” a los países latinoamericanos —que padecían la presión de pagar deudas contraídas con otras potencias extranjeras—, se daba a cambio de que éstos le otorgaran la administración de sus aduanas e impuestos; buen ejemplo de ello es lo que ocurrió con República Dominicana en 1904, asediada por Alemania, España e Italia; o bien los casos de Nicaragua y Honduras entre 1908-1913, aunque no son los únicos. Estos hechos ilustran cómo se instrumentó esta política de Estados Unidos.

Las posesiones que Estados Unidos logró con la guerra en Asia y el Pacífico, aceleraron la necesidad de la construcción de un canal interoceánico. Una vez elegido el lugar de construcción, solicitaron a Colombia parte del territorio de Panamá, que el congreso colombiano, en pleno uso de su soberanía, le rechazó. Ante esta negativa, Estados Unidos propició la revuelta de sectores que reclamaban la separación e independencia, y se apresuró a darle el reconocimiento inmediato a Panamá como país independiente de Colombia; con ello garantizó la construcción, propiedad y administración del canal interoceánico, que se abrió a la navegación mundial en 1914, dando, desde luego, el “paso libre” a los barcos estadounidenses.

Su expansión territorial coincidió con las grandes empresas y monopolios, que participaron en un nuevo desarrollo del comercio mundial, de los ferrocarriles, las minas, el petróleo, la electricidad, las plantaciones y las finanzas. En la región del Caribe los conglomerados norteamericanos no sólo se apropiaron de grandes extensiones de tierra, sino que impusieron el monocultivo para un mercado de trabajo colonial y un mercado imperial de mercancías.¹⁰

Las continuas agresiones e intervenciones militares constituyeron otro rasgo de la política imperialista hacia América Latina:

⁹ Louis Guilaine, *América Latina y el imperialismo americano*, París, Librería de la Vda. De C. Bouret., 1928, p. 15.

¹⁰ Pablo González Casanova, *Imperialismo y liberación*, México, Siglo XXI Editores, 1986, p. 16.

- México fue invadido por tropas estadounidenses en 1914 en el Puerto de Veracruz y de nuevo en 1916 y 1917 con el pretexto de la persecución a Francisco Villa en el norte del país.
- República Dominicana sufrió la intervención de sus aduanas en 1905, y en 1916 fue invadida ante el estallido de la revolución, ocupación que se mantuvo por seis años.
- Nicaragua fue invadida en 1909 para derrocar al gobierno liberal de José Santos Zelaya que se opuso a la inversión extranjera; en 1911 otra intervención militar sirvió para afirmar en el poder a un gobierno conservador; y nuevamente en 1912 hubo otra invasión que se prolongó hasta 1932. El gobierno de Nicaragua cedió la administración del Banco Nacional, el ferrocarril y la supervisión de la recaudación aduanal a cambio de un préstamo de los bancos estadounidenses.
- Honduras tuvo la misma suerte en 1907 y 1912 a fin de proteger a la United Fruit Co, en las plantaciones bananeras.
- Finalmente, Cuba en 1905 y Haití en 1915 enfrentaron esta misma situación. Todas estas acciones fueron denominadas intervenciones bananeras y azucareras en Centroamérica y el Caribe.

Al final de este periodo, el imperialismo británico había sido desplazado, con lo cual América Latina se convirtió en el área de dominio exclusivo estadounidense. El control de sectores estratégicos de la producción y las finanzas, las intervenciones militares, la dependencia y el establecimiento de un orden jurídico continental bajo la dirección de Washington formaron parte de esta estrategia expansionista. Todas estas acciones alertaron hondamente a los grupos de trabajadores e intelectuales latinoamericanos.

Este reordenamiento económico y político iniciado a finales del siglo XIX se prolongó hasta la década de los veinte cuando Estados Unidos, como producto de la Primera Guerra Mundial, afirmó plenamente su dominio en el mundo y desplazó de manera definitiva al imperialismo inglés de tierras americanas. Este factor estuvo íntimamente ligado al papel de la burguesía de América Latina.

La condición económica de estas repúblicas es, sin duda, semicolonial y, a medida que crezca su capitalismo y, en consecuencia la penetración imperialista, tiene que acentuarse este carácter de su economía. Pero las burguesías nacionales, que ven en la cooperación con el imperialismo la mejor fuente de provechos, se sienten lo bastante dueñas del poder político

para no preocuparse seriamente de la soberanía nacional [...]. El Estado, o mejor la clase dominante, no echa de menos un grado más amplio y cierto de autonomía nacional.¹¹

Puede afirmarse que en general la región tuvo un desarrollo económico, producto de la intensa penetración de capitales, especialmente en la minería, y en sectores de la producción como el petróleo, los ferrocarriles, el azúcar, etc. que incorporaron a Latinoamérica al comercio mundial como abastecedora de materias primas para los países industrializados. La producción se estructuró en función del mercado internacional y a partir de los intereses de las grandes compañías monopólicas, lo que acentuó la dependencia económica y dejó de lado el mercado interno. Este fenómeno permitió la existencia y el mantenimiento de la gran propiedad terrateniente, con sus relaciones de explotación y servidumbre, lo que canceló toda posibilidad de progreso. Naturalmente, en zonas y enclaves capitalistas toda oposición a este desarrollo era aplastado.

Por el contrario, en la medida en que los rezagos de feudalidad entraban el desenvolvimiento de una economía capitalista, ese movimiento de liquidación de la feudalidad, coincide con las exigencias del crecimiento capitalista, promovido por las inversiones y los técnicos del imperialismo; que desaparezcan los grandes latifundios, que en su lugar se constituya una economía agraria basada en lo que la demagogia burguesa llama la “democratización” de la propiedad del suelo, que las viejas aristocracias se vean desplazadas por una burguesía y una pequeña burguesía más poderosa e influyente —y por lo mismo más apta para garantizar la paz social—, nada de esto es contrario a los intereses del imperialismo.¹²

En América Latina el sistema capitalista afirmó su dominación sobre modos precapitalistas de producción sin eliminarlos, es decir, utilizó a la vieja aristocracia como su instrumento de dominación, pero también eliminó a algunos cuando así convino a sus intereses, con lo cual se generaron núcleos capitalistas periféricos. Así, se estableció una división internacional de trabajo con base en un acelerado desarrollo de los centros industriales y la existencia de extensas zonas periféricas que alimentaban a esta creciente acumulación capitalista de los países desarrollados.

¹¹ José Carlos Mariátegui, *Ideología y Política*, p. 87.

¹² *Ibid.*, p. 93.

3. El antiimperialismo y la cuestión nacional en el pensamiento latinoamericano

La lucha de los pueblos en torno a sus reivindicaciones inmediatas y a sus aspiraciones históricas fue un factor fundamental que replanteó el problema nacional y acentuó el antiimperialismo. Aunque aquí sólo se hace referencia a movimientos con repercusión continental, se puede afirmar que este fue un periodo que puso en escena a distintos actores y proyectos. Obreros, campesinos, indígenas, estudiantes y núcleos intelectuales desarrollaron movimientos con tendencias liberales, anarquistas, socialistas y comunistas, dándole una nueva orientación ideológica al problema nacional.

El punto de partida fue la conflagración del 98, paralela a la última insurrección del pueblo cubano en contra de la dominación española (1895-1898), que tenía como objetivo lograr su liberación y fundar una república independiente. La intervención armada estadounidense y el establecimiento de un protectorado impidieron la realización de este proyecto independentista, sin embargo, la lucha persistió y el ideal no fue abandonado a lo largo del siglo XX, hasta su consecución con la Revolución Cubana en 1959. Este proceso legó uno de los pensamientos universales latinoamericanos, el de José Martí.

Por su parte, la Revolución mexicana fue un acontecimiento relevante por su connotación social y significación histórica, por sus actores y proyectos y, sobre todo, por lo que representaba para América Latina: la perspectiva del establecimiento de un nuevo proyecto de construcción nacional y continental. Esta revolución tuvo hondas repercusiones en la juventud e intelectualidad latinoamericana, ya que propició un profundo debate sobre su carácter, que era al mismo tiempo el camino posible por el que podrían transitar los pueblos continentales —falta explorar más a fondo este interesante tema.

Otro suceso de repercusión continental fue el movimiento estudiantil por la reforma universitaria que se inició en Córdoba, Argentina, en 1918, pero que pronto se extendió a otros países como México, Chile, Uruguay y Perú; representaba para el continente la posibilidad de una renovación espiritual y el nacimiento de una nueva generación intelectual. Mostró que la educación universitaria padecía una crisis estructural, espiritual e ideológica como decía Mariátegui, por ello atacó directamente el carácter escolástico de la educación imperante en las universidades latinoamericanas, al

plantear la renovación de contenidos y métodos en la enseñanza, y vincularse con las necesidades sociales de la población, visión que puso en práctica al unirse al movimiento obrero y popular de sus respectivos países. Muchos de los líderes de estos movimientos fueron figuras políticas o intelectuales relevantes del continente. Este gran movimiento por la reforma universitaria contribuyó a la renovación intelectual en toda la región, y dotó a los estudiantes y maestros de ideas nuevas y de un renovado espíritu emprendedor.

A partir de 1910, la lucha de los obreros cobró un fuerte impulso, sobre todo entre los metalúrgicos, mineros, portuarios y ferrocarrileros que protagonizaron desde movilizaciones aisladas hasta huelgas generales, en las que plantearon demandas comunes como la implantación de una jornada de trabajo de ocho horas, mejores condiciones de vida y de trabajo, entre otras. Este movimiento fue propicio para la difusión y el desarrollo de ideas anarquistas y socialistas, que hacia la tercera década del siglo XX tuvieron amplia influencia entre los trabajadores.

Las revueltas indígenas y campesinas en su lucha por la recuperación de sus tierras y por sacudirse del yugo feudal completaron este nuevo contexto político. La influencia política y la solidaridad entre estos movimiento sociales proyectaron nuevas ideas y planteamientos para un nuevo proyecto de nación.

Además en el siglo XIX, el pensamiento latinoamericano había mostrado gran inquietud, expresada en diversas propuestas para combatir el atraso en el que se encontraba gran parte del continente; al mismo tiempo, se estructuraron respuestas a las agresiones de las potencias europeas, desde las tentativas restauradoras de España hasta las intervenciones armadas de Francia e Inglaterra y, desde luego, a la expansión estadounidense, sobre todo a partir de la Guerra del 48 en que despojó a México de más de la mitad de su territorio. En esta orientación se buscó en el pasado el origen de la tradición nacional, a partir de la existencia de pueblos y culturas anteriores a la conquista, pero también a partir de la reflexión sobre sí mismos, hecho iniciado con la emancipación de España y el comienzo del proceso de construcción nacional.

La articulación de esta tradición surgió en la Independencia cuando se unificaron pueblos y caudillos en la lucha por emanciparse; este movimiento una dimensión continental, alimentada por la ideología liberal inspirada en una vertiente de la tradición española,¹³ pero principalmente del ejemplo de la revolución francesa y estadounidense.

¹³ Las cortes de Cádiz alimentaron las ideas autonomistas e independentistas en América Latina.

La formación de ejércitos comunes y la colaboración desinteresada de hombres notables (como el ecuatoriano Vicente Rocafuerte, que sirvió a la causa mexicana y ecuatoriana), consolidaron estos lazos de solidaridad y materializaron esta aspiración común.

Con el “desastre español del 98”, en América Latina se renovaron las tendencias americanistas, se presentaron nuevos enfoques y se planteó la cuestión nacional desde distintas perspectivas, que van desde la contraposición al modo de vida “americano” hasta las que buscaban en la historia y la tradición los elementos de su proyecto nacional, pero con una visión moderna. Desde el punto de vista ideológico, el antiespañolismo predominante en el siglo XIX dio paso a una oposición contra Estados Unidos que, de ser el modelo por imitar y desarrollar (Sarmiento, Andrés Bello, Justo Sierra) se convirtió en lo contrario de lo que debía ser la construcción nacional.

El fracaso de los proyectos “civilizatorios” en la segunda mitad del siglo XIX y el declive del positivismo como sustento ideológico, la expansión imperialista y las luchas políticas de los pueblos latinoamericanos sentaron las bases materiales y espirituales sobre las que se replanteó el problema nacional y la unidad e identidad latinoamericana, configurando una nueva “filosofía de liberación”. Al respecto, el filósofo mexicano Leopoldo Zea establece lo siguiente:

[...] al término del siglo XIX e inicio del XX, se hace expreso el fracaso de los civilizadores y positivistas latinoamericanos, y se escucharon nuevas voces. Voces que se replantean el problema de la identidad latinoamericana, pero ya desde otros ángulos, en otros horizontes, los cuales se apartarán del servilismo impuesto por la postura eurocentrista. El punto de vista asuntivo, asuntivo como expresión de un gran esfuerzo por asumir, asimilar, un pasado, una historia y sus expresiones culturales que no pueden ser eludidos por el hombre de esta América.¹⁴

Diversas reacciones antipositivistas e idealistas, nuevas posturas nacionalistas, la aparición del anarquismo, del socialismo y del indigenismo constituyeron los ingredientes de este nuevo discurso ideológico. La naturaleza de este nuevo pensamiento era fundamentalmente nacionalista con una marcada orientación antiimperialista que dio como resultado nuevas propuestas de construcción nacional. En este movimiento ideológico con una amplia gama de posiciones, es posible distinguir

¹⁴ Leopoldo Zea, “Búsqueda de la identidad latinoamericana” en *El problema de la identidad latinoamericana*, México, CCYDEL, UNAM, 1985, pp. 28 y 29.

algunos elementos comunes que lo configuran y que lo hacen distinto de las demás propuestas del siglo XIX.

3.1 El antiimperialismo precursor o iniciador

El periodo en el que sentaron las bases de la acción antiimperialista, al que Oscar Terán denominó “el primer antiimperialismo latinoamericano”¹⁵ se inició a finales del siglo XIX. La lucha contra el colonialismo español y el notorio avance de Estados Unidos impulsaron en las Antillas el surgimiento de un nacionalismo que planteó simultáneamente la independencia, la construcción de un estado nacional y la oposición al imperialismo estadounidense, además de renovar bajo otras condiciones la idea bolivariana de unidad continental. En Cuba y Puerto Rico ésta fue la orientación de la lucha de liberación nacional.

El pensamiento de Martí representó, en su tiempo, la tendencia más radical, por el espíritu democrático que lo animó, por plantear su posición a partir del reconocimiento de la realidad para entender la condición del hombre latinoamericano y por la demanda de incorporar nuevos actores en la lucha de liberación como las clases medias, los obreros, los campesinos y los intelectuales, muchos de los cuales formaron parte de los núcleos de dirección de este proceso. Con esta visión planteó un proyecto continental para contener al expansionismo estadounidense, propugnando la unidad de América. Así, la nación particular y la nación latinoamericana formaron parte de este ideario antillano.

Martí reclamaba a los intelectuales latinoamericanos conocer objetivamente la realidad de los Estados Unidos, reconociendo sus virtudes, pero sobre todo sus propósitos y su naturaleza económica y política. El conocimiento que adquirió de Estados Unidos se dio en contacto directo con esa realidad (vivió allí muchos años y gran parte de su actividad revolucionaria la preparó en ese país), lo que le permitió plantear sus puntos de vista sobre los más diversos aspectos económicos, políticos,

¹⁵ Oscar Terán, “El primer antiimperialismo latinoamericano” en *El problema de la identidad latinoamericana*, pp. 89-110.

sociales y culturales.¹⁶ Martí admiraba la enorme capacidad de trabajo de su pueblo, el progreso económico y su potencial industrial, las raíces de su régimen político —basado en la libre concurrencia con su correspondiente expresión política— asentadas en la libertad y la democracia; especial admiración le merecía Lincoln. También le valieron comentarios elogiosos a sus grandes creadores como Walt Whitman, Edgar Allan Poe, entre otros.

De manera insistente criticó las grandes diferencias que existían entre capitalistas y obreros; el contraste entre la vida en los barrios miserables en Nueva York y la opulencia de los grandes dueños del capital que dominaban ramas enteras de la producción; así como el racismo, sobre todo respecto a la discriminación de los negros y la exclusión de los migrantes.

Sus observaciones adquieren especial relevancia cuando analiza la realidad de Estados Unidos en su perspectiva histórica, en aspectos que tienen que ver con la problemática de la humanidad, frente al desarrollo del mundo capitalista y la descomposición que traía consigo desde sus entrañas. Esto se aprecia cuando plantea:

Pero no augura, sino certifica, el que observa cómo en los Estados Unidos, en vez de apretarse las causas de la unión, se aflojan; en vez de resolverse los problemas de la humanidad, se reproducen; en vez de amalgamarse en la política nacional las localidades, la dividen y la enconan; en vez de robustecerse la democracia y salvarse del odio y miseria de las monarquías, se corrompe y aminora la democracia y renacen, amenazantes, el odio y la miseria.¹⁷

Así, Martí alertó sobre las ilusiones que provocaba Estados Unidos entre los latinoamericanos, sobre todo en aquellos que, sin tener una visión objetiva, padecían de un “excesivo amor al norte” u otros que eran paladines de una yanquimanía mal comprendida; o también a los “póstumos enclenques del dandismo literario del Segundo Imperio, o escépticos postizos, bajo cuya máscara de indiferencia suele latir un corazón

¹⁶ Martí escribió acerca de Estados Unidos, teniendo siempre en mente a Cuba y Latinoamérica; muchos de sus artículos fueron publicados en *La Nación* de Buenos Aires, y *El Liberal* de México, entre otros. Los temas abarcan cuestiones del movimiento social, conflictos religiosos, las características de los políticos, los desastres naturales, la cultura yanqui y, desde luego, el significado de Estados Unidos hacia Cuba y el resto del continente.

¹⁷ José Martí, “La verdad sobre los Estados Unidos”, en *Antología Mínima*, La Habana, Ciencias Sociales, t. 1, 1972, pp. 408 y 409.

de oro, la moda es el desdén, y más de lo nativo”¹⁸. Y finalmente, criticó a aquellos que un intento por encubrir su origen mestizo se esforzaban por presentar lo rubio como propio.

En lo que respecta a la independencia de Cuba y Puerto Rico, Martí las ubicó dentro del contexto latinoamericano. Para él, la independencia antillana, ante la amenaza del capitalismo mundial, aseguraba la independencia americana; desde luego, no perdía de vista que el objetivo de la independencia era la “fundación de la nacionalidad cubana”, a través de la instauración de la república. El Manifiesto de Montecristi constituyó una base programática de la Revolución:

Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, conocedor celoso de su derecho y del ajeno; o de cultura mucho mayor, en lo más humilde de él, que las masas llaneras o indias con que, a la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de América; y en el crucero del mundo, y al servicio de la guerra, y a la fundación de la nacionalidad le vienen a Cuba del trabajo creador y conservador en los pueblos más hábiles del orbe, y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lúcidos, magnates o siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida, entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron a preparar, o en la misma Isla continuaron preparando, con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad a que concurren hoy con su firmeza de personas laboriosas, y el seguro de su educación republicana.¹⁹

Martí, pensador atento a los acontecimientos de su época, sentó en su obra las bases de los nuevos elementos del pensamiento latinoamericano: su conocimiento de Estados Unidos, su perspectiva americanista en la lucha y en las aspiraciones comunes de Latinoamérica y su compromiso con la solución del problema nacional en Cuba, que pasaba también por la liberación de la tiranía. Estos elementos sentaron las bases de este primer antiimperialismo en el que se inscribió Eugenio María de Hostos en su lucha de liberación de los pueblos antillanos. Por ello al hablar de Martí no puede olvidarse la importancia que tuvo en su momento el pensamiento y la obra de ese gran intelectual de Puerto Rico, para quien el rompimiento de América con España era una necesidad y, al

¹⁸ *Ibid*, pp. 409 y 410.

¹⁹ *Ibid.*, p. 181.

mismo tiempo, una forma de afirmar la dignidad que conlleva el planteamiento de independencia.²⁰

Aunque al principio Hostos se adhirió y defendió las ideas autonomistas impulsadas desde España, a partir de la Guerra de los Diez Años en Cuba rompió con ellas y se unió a Betances y luego a Martí en la lucha por la independencia antillana. A partir de ese momento afirmó que el destino de Puerto Rico y Cuba estaba ligado a las Antillas y a toda Latinoamérica, por lo que defendió la identidad americana, producto de su lucha por liberarse y sacudirse del yugo colonial español, y posteriormente de Estados Unidos, que después del 98 convertiría a Puerto Rico en una colonia y a Cuba en un protectorado.

Para Hostos era imprescindible una organización nacional que diera a Puerto Rico no sólo independencia, sino además progreso. Desde su perspectiva, era preciso erradicar las formas precapitalistas de propiedad, y reorientar la economía mediante una profunda política de liberalización. Rechazó el anexionismo impulsado por Estados Unidos, porque evidentemente, subordinaría la riqueza e independencia económica de la isla. Alentó siempre la integración antillana en un enfoque de liberación común y contrario a la anexión.

En esta corriente de pensamiento destacó también Ramón Emeterio Betances (1818- 1898), quien igualmente luchó por la independencia de Puerto Rico y simpatizó con la causa de Martí. Refutó el autonomismo o el reformismo como opciones para Cuba y Puerto Rico, y se opuso también al expansionismo estadounidense. Su latinoamericanismo estuvo fundamentado en la solidaridad de los pueblos del resto del continente con la lucha antillana; como estrategia propuso una federación que incluyera a Cuba, Puerto Rico, República Dominicana e incluso a Haití a fin consolidar la independencia frente a España y Estados Unidos.

En los últimos treinta y ocho años de su vida, exiliado en París (1860-1898), todas las actividades de Betances se orientaron a crear vínculos con los independentistas de las Antillas, y a fomentar proyectos intelectuales y culturales entre los que destacó la Unión Latinoamericana en la que se insertaron otros destacados intelectuales.

²⁰ Este planteamiento lo estableció en su artículo “Ayacucho” publicado *El Nacional*, Lima, Perú, 9 de diciembre de 1870. Véase *Filosofía Política Latinoamericana*, pp. 99-107.

Este *antiimperialismo iniciador* marcó la pauta que impulsó propuestas renovadas, en un nuevo contexto internacional, donde se evidenció la naturaleza expansionista de los Estados Unidos, sobre todo a partir de la guerra del 98.

3.2 El antiimperialismo cultural

El puente entre el antiimperialismo iniciador y el antiimperialismo socialista es el que aquí se ubica como cultural.²¹ Éste alcanzó gran relevancia, sobre todo en las dos primeras décadas del siglo XX, aunque tuvo sus primeras manifestaciones en el periodo que abarcó el conflicto hispano-norteamericano, y centró su discurso en la denuncia del materialismo yanqui, oponiéndole formas más idealistas y espirituales de vida.

Los modernistas, con Darío y Rodó como los elementos más representativos de esta tendencia, fueron también los paladines de este antiimperialismo cultural, lo cual no era contradictorio y sí perfectamente coherente con la orientación de este movimiento intelectual. Al respecto, José Luis Abellán afirma que las claves del modernismo deben verse como una triple rebeldía:

- Rebeldía estética, contra el naturalismo y el realismo de la novela decimonónica, con su exceso de sociologismo.
- Rebeldía social, contra el conformismo burgués y el ideal de utilidad y pragmatismo que había impuesto la industrialización y su correlativo proceso de urbanización.
- Rebeldía filosófica, contra el positivismo filosófico y la ciencia positiva derivada de éste, que había entronizado como único criterio de verdad, el de la verificación empírica. Los modernistas reivindican los misterios de la vida humana y el ropaje estético con que se reviste frecuentemente.²²

El gran poeta Rubén Darío publicó en 1898 “El Triunfo de Calibán”, y luego, “Salutación del optimismo”, en 1905. Es significativo que escribiera en el momento en que se desarrollaba la guerra del 98, asumiendo una postura de defensa abierta de España y juzgando a Estados Unidos como el agresor, aun cuando había manifestado su

²¹ Autores como Carlos Rama y Oscar Terán introducen esta categoría, que expresa la oposición a la dominación a través de la cultura.

²² José Luis Abellán, *El 98 cien años después*, p. 24.

simpatía por la independencia de Cuba.²³ En su ensayo “El Triunfo del Calibán” criticó a Estados Unidos por su materialismo, su apetito por el dinero, su barbarie y su deshumanización.

Y los he visto a esos *yankees*, en sus abrumadoras ciudades de hierro y piedras y las horas que entre ellos he vivido las he pasado con una vaga angustia, parecíame sentir la opresión de una montaña, sentía respirar en un país de cíclopes, comedores de carne cruda, herreros bestiales, habitantes de casas de mastodontes. Colorados, pesados, groseros, van por sus calles empujándose y rozándose animalmente, a la caza del *dollar*. El ideal de esos calibanes está circunscrito a la bolsa y a la fábrica. Comen, comen, calculan, beben *whisky* y hacen millones. Cantan ¡*Home, sweet home!* Y su hogar es una cuenta corriente, un banjo, un negro y una pipa. Enemigos de toda idealidad, son en su progreso apoplético, perpetuos espejos de aumento; pero su Emerson bien calificado está como luna de Carlyle; su Whitman con sus versículos a hacha, es un profeta demócrata, al uso de Tío Sam; y su Poe, su gran Poe, pobre cisne borracho de pena y de alcohol, fue el mártir de su sueño en un país donde jamás será comprendido. En cuanto a Lanier, se salva de ser un poeta para pastores protestantes y *cowboys*, por la gota latina que brilla en su nombre.²⁴

Darío asumió el conflicto del 98 desde una contraposición de razas y de espíritus, por ello, le entusiasmó la defensa que hicieron Argentina, Francia e Italia de España, lo cual era una manifestación de unidad del espíritu latino y llamó a la defensa de la raza para oponerse a la agresión que Estados Unidos desplegaba en todo el continente.

En el prefacio de *Cantos de Vida y Esperanza*, el poeta protestó ante la posibilidad de ser dominados por los yanquis y en su poema “A Roosevelt” (incluido en este libro) volvió a repetir la misma idea de denuncia y oposición a la cultura y política expansionista de Estados Unidos hacia América Latina:

“Eres los Estados Unidos,

²³ Al conocer la noticia de la muerte de Martí, Rubén Darío publicó un artículo en *La Nación* de Buenos Aires, donde elogió la obra del mártir cubano y manifestó abiertamente sus simpatías por la causa de la isla: “Cuba quizá tarde en cumplir contigo como debe. La juventud americana te saluda y te llora, pero ¡oh Maestro, qué has hecho! [...]”.

²⁴ Rubén Darío, “El triunfo del Calibán” *Revista Iberoamericana*, núms. 184-185 (número especial), Madrid, 1998, p. 441.

eres el futuro invasor de la América ingenua que tiene sangre indígena, que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.”

Por el contrario, en *Salutación del Optimismo*, leído en el Ateneo de Madrid, en 1902, Darío proclamó el destino de la hispanoamericanidad, con un enorme entusiasmo por el nuevo reino que aparecería en la “faz del orbe”:

“Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos”.

En este campo de la cultura, la obra clásica fue *Ariel* (1900) del uruguayo José Enrique Rodó, dada su enorme repercusión en la intelectualidad latinoamericana. De la contraposición entre Latinoamérica/EUA derivó otras como la de espíritu/materia; Ariel era la parte noble y alada del espíritu en tanto que Calibán era el símbolo de la sensualidad y torpeza. Rodó reivindicó la tradición hispano-cristiana, el idealismo y la renovación espiritual como deber (ética del devenir), en oposición al laicismo del liberalismo y positivismo propios de este periodo.

Lo paradójico es que los elementos simbólicos de este discurso fueron tomados de un anglosajón universal como Shakespeare, precisamente para criticar la cultura anglosajona, aunque se tratara de Estados Unidos: *La Tempestad*, escrita por Shakespeare en el siglo XVII, tiene como personajes principales precisamente a Ariel, Próspero y Calibán. Y en el siglo XIX, Renan reactualizó estos símbolos con los mismos elementos en su obra *Calibán*. A finales del siglo XIX y principios del XX, los autores latinoamericanos retomaron estos personajes y los recrearon en su situación histórica concreta y a partir de una contraposición de culturas.²⁵

La importancia de la obra de Rodó fue su irrupción en un momento en que aún prevalecía el positivismo como filosofía dominante y en que la sociedad estadounidense exhibía todo su potencial basado en principios pragmáticos; de ahí que la propuesta

²⁵ De Calibán, Ariel y Próspero, como iconos dentro de la cultura latinoamericana, se han ocupado diversos autores latinoamericanos como Aníbal Ponce, en su obra *Humanismo Burgués y humanismo proletario*, en su capítulo III. *Ariel o la agonía de una obstinada ilusión*, trata precisamente de esta cuestión; los estudian también Leopoldo Zea, Roberto Fernández Retamar y el español Carlos Jáuregui, entre otros. Por la diversidad de enfoques, esto podría ser tema de un interesante trabajo sobre cultura latinoamericana.

espiritual, estética y religiosa constituyera una ruptura dentro del proceso cultural latinoamericano.

El de Rodó es un libro clásico en nuestra América y sus ideas tuvieron gran eco y enorme trascendencia: constituían un programa para la cultura latinoamericana del siglo XX. Ante la vigencia del positivismo y el éxito de la sociedad norteamericana fundada en valores pragmáticos y utilitarios Rodó propone que la América hispánica ponga el acento en valores espirituales, estéticos y religiosos y sugiere que sea Ariel el símbolo de este proyecto.²⁶

Sin embargo, en la medida en que el ensayo *Ariel* careció de una propuesta programática y política, no ofreció una orientación para enfrentar y detener el avance del imperialismo estadounidense, porque como representante del espíritu Ariel tenía — y tiene ante sí— el dilema de servir a Próspero, símbolo de poder y dominación, o a Calibán, su contraparte que puede representar la imagen de los pueblos originarios a quienes se había arrebatado no sólo sus tierras, sino su pasado y su porvenir.²⁷

En 1913, Rodó publicó *El Mirador de Próspero*, donde estableció su punto de vista sobre la patria hispanoamericana, fundada en la idea de unidad política —el sueño bolivariano— que consagraría la unidad moral. Basó esto en la “[...] comunidad de origen, del idioma, de la tradición, de las costumbres, de las instituciones, de los intereses, de los destinos históricos; y la contigüidad geográfica [...]”²⁸ plasmando con ello su visión a contrapelo contra modelo de la sociedad yanqui, y afirmando los vínculos con España, lo que le llevó a la siguiente exaltación:

Soñemos, alma, soñemos un porvenir en que a la plenitud de la grandeza de América corresponda un milagroso avatar de la grandeza española, y que en el genio de la raza se despliegue así, en simultáneas magnificencias, a éste y a aquél lado del mar, como dos enredaderas, florecidas de una misma especie de

²⁶ Abelardo Villegas, “Prlogo” a la obra de *Ariel* de José Enrique Rodó y *Calibán* de Roberto Fernández Retamar, México, SEP/UNAM, 1982, p. 1’.

²⁷ La obra de Fernández Retamar, *Calibán*, es sugerente porque replantea el simbolismo de Ariel y Calibán, vinculándolos directamente con la función de los grupos y clases sociales dentro de la cultura de América Latina.

²⁸ José Enrique Rodó, *Páginas Escogidas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1917, p. 53.

flor, que entonasen su triunfal acorde de púrpuras del uno al otro de dos balcones fronteros.²⁹

Este planteamiento de contraposición de culturas y formas de vida no se dio solamente en contra de Estados Unidos, también se criticó a quienes, tomando el modelo anglosajón, pretendían implantarlo como el mejor de los destinos históricos.

Otros intelectuales que se ubicaron en esta misma línea fueron: Francisco García Calderón con obras como *La democracia latina en América* (1912), y *La creación de un continente* (1913); José Santos Chocano con *Alma América*; Enrique Larreta con *La gloria de don Ramiro*, y Manuel Gálvez con *El diario de Gabriel Quiroga*.

Algunos reivindicaron lo hispánico como el elemento esencial de tradición latinoamericana, punto de vista unilateral, porque la realidad de esta vasta región había sufrido transformaciones fundamentales que exigían una visión más integral de la tradición nacional y continental.

En México, esta visión, basada en la relevancia de la cultura, fue enarbolada por José Vasconcelos, quien defendió la latinidad a partir de una vocación universalista y antirracista, y ubicó al mestizaje como encarnación del espíritu de la nueva civilización. Al respecto, la obra central de Vasconcelos es, *La raza cósmica*, fundada en la creencia de una nueva civilización, producto del cruce de razas y donde Iberoamérica constituye la concreción de una raza cósmica. Sostuvo que, para arribar a tal estado, la humanidad debería desechar los elementos que habían causado males a los hombres como el industrialismo que sólo había beneficiado a una minoría privilegiada; lo conveniente era dar paso a la industrialización técnica del Estado para así poner las conquistas de la técnica en beneficio del bien común. Este pensador mexicano hizo un llamado a no desestimar el progreso industrial y científico, sino ponerlos al servicio de la humanidad.³⁰

Algunos rasgos de esta postura antiimperialista fueron: el moralismo, el espiritualismo, el latinismo, el elitismo, el subjetivismo y la solidaridad continental. Esta tendencia, que reivindicó nuevamente lo español, fue una respuesta a la agresión y

²⁹ *Ibidem*, p. 21.

³⁰ En un artículo publicado en *Amauta* en sus números 4 y 5 en diciembre de 1925 y enero de 1926, Vasconcelos se refirió al nacionalismo en América Latina y sus aportes a la cultura universal. Allí establecía que “[...] la creación de un gran Estado libre de América de origen hispánico es una empresa que afecta a la humanidad entera y que por lo mismo, debe recibir apoyo leal de todas las gentes.”

el expansionismo del imperialismo estadounidense, pero en tanto parte de los proyectos nacionales en América Latina, en muchos casos (no en todos) se ubicó entre las posiciones más conservadoras y reaccionarias de la intelectualidad, porque además entrañaba una visión aristocratizante de la historia y de la realidad social. Sin duda, esta tendencia culturalista fue una enérgica reacción en contra de un positivismo mediocre y del culto a la escolástica que a finales del siglo aún imperaba en América Latina, pero reavivó el debate en torno a la herencia española, al sentido universal y particular de la cultura y a la cuestión de la identidad latinoamericana.

3.3 El antiimperialismo socialista

El anarquismo fue la expresión política e ideológica de la clase obrera cuando históricamente aún no había adquirido una clara conciencia de clase; sin embargo, en América Latina sus representantes sí advirtieron el avance y la agresión imperialistas hacia el continente. Ricardo Flores Magón, uno de sus mejores representantes, escribió en 1910, que el imperialismo estadounidense constituía una grave amenaza para el desarrollo autónomo de América Latina, y que por tal motivo algunos sectores de la sociedad expresaban un sentimiento de hostilidad hacia los yanquis. Frente a esta realidad estableció que la oposición y el repudio a la plutocracia de ese país, no incluía al pueblo estadounidense.³¹

En su recuento de los ataques del imperialismo contra los pueblos latinoamericanos, Flores Magón denunció la agresión a la soberanía de Colombia y la independencia de Venezuela y, a propósito de estas intervenciones, sostuvo que el imperialismo era el sostén de dictadores como Cabrera Estrada en Guatemala y Porfirio Díaz en México; denunció también las expediciones de los filibusteros en Nicaragua para derrocar al gobierno liberal de José Santos Zelaya.

Al analizar el sentimiento antiimperialista prevaleciente en México, este luchador social sostuvo que la causa fundamental se debía al trato de opresión y discriminación hacia los mexicanos residentes en Estados Unidos, así como por las facilidades y el pleno consentimiento que les había otorgado el gobierno mexicano a los capitalistas del país vecino para que explotasen las riquezas de las tierras y mares nacionales.

³¹ Ricardo Flores Magón escribió diversos textos sobre el peligro yanqui, publicados en el periódico que fundó y dirigió: *Regeneración*.

Flores Magón tuvo una visión de conjunto sobre lo que representaba el “peligro yanqui” en América Latina. Resaltó que el sentimiento antiimperialista en diversos círculos de la sociedad mexicana, llevaba a plantear la necesidad insoslayable de oponer una barrera a tal expansión y a buscar nuevos caminos para construir independientemente un nuevo proyecto de nación. La razón histórica de la Revolución mexicana se dio precisamente en este derrotero, porque expresó la búsqueda de un sistema social más justo que incorporara las reivindicaciones del pueblo.

En esta misma época, otra postura en torno a la cuestión nacional fue la indigenista. Uno de sus precursores fue el boliviano Franz Tamayo que en su obra escrita en 1910, *La creación de una pedagogía nacional*, planteó como metodología de análisis de la sociedad la búsqueda del carácter nacional en las peculiaridades propias, como la tradición y la cultura y, en este contexto, ubicar al indio como “depositario de la energía nacional”.³²

Aunque asumió posturas de un liberalismo radical y luego se adhirió al anarquismo, Enrique González Prada fue uno de los primeros pensadores latinoamericanos en advertir que la base de la nación no estaba en los terratenientes, caudillos y demás clases dominantes, incapaces de defender al país, sino que había que buscarla en los indios.³³ De especial importancia fueron sus planteamientos respecto a la situación de miseria y opresión que padeció el indio en la Colonia y posteriormente en la República, pero más significativo aún fue el hecho de afirmar que el problema del indio, era ante todo, un problema económico y social y que su emancipación debería ser impulsada por los propios indios.

A diferencia del anarquismo y del indigenismo, que tuvieron limitaciones en la visión histórica del imperialismo, la posición de los círculos socialistas fue la de establecer su carácter y naturaleza como fase final del capitalismo; esta visión les permitió identificar las raíces de la política de opresión y expansionismo de este fenómeno, y muy pronto esclarecieron que su carácter no sólo era militar, sino además económico y político. La visualización de este peligro los llevó a convocar a la unificación y la acción concertada en contra de Estados Unidos, mediante la estrategia de enfrentar el nuevo imperialismo con la participación de todos los grupos sociales, sin

³² Franz Tamayo, *Creación de una pedagogía nacional*, 1901.

³³ De González Prada revisten particular interés sus textos “Nuestros Indios”, “La cuestión indígena” entre otros, en *Textos*, México, SEP/UNAM, 1982.

perder de vista sus intereses de clase; los círculos socialistas partían de la concepción de que el artífice de la lucha antiimperialista debía ser el pueblo. Esta posición fue contraria a las alianzas que muchos de los gobiernos de los países latinoamericanos habían propiciado con el imperialismo, atendiendo a los intereses económicos y políticos de las clases que detentaban el poder.

A principios del siglo XX, comenzó el surgimiento de esta base primigenia a cargo del socialista argentino Manuel Ugarte, quien alertó sobre el peligro estadounidense en sus obras *El Peligro Yanqui* (escrita en 1901) y *El porvenir de América Latina* (1910).

Muchos intelectuales que se adhirieron al socialismo, provenían del positivismo y del anarquismo. En la amplia gama de pensadores antiimperialistas, algunos procedían de las vertientes neopositivistas, como el cubano Enrique José Varona que en su obra *El imperialismo a la luz de la sociología* (escrita en 1905), advirtió los peligros de la dominación imperialista. En su análisis, señaló que el imperialismo era producto de la formación y crecimiento de un determinado grupo humano, cuyo poder se expresaba en forma de dominación política sobre grupos distintos o diversos. Aunque dicho análisis se centró fundamentalmente en el caso británico, en su ensayo expuso la idea de que el peligro real para Latinoamérica era Estados Unidos, porque este país reunía las condiciones para expandirse y construir un imperio, en virtud de su acelerado desarrollo económico, su crecimiento demográfico y su creencia de ser una cultura superior (cuestión de mentalidad).

Igual que Martí, Varona planteó la necesidad de conocer a fondo el fenómeno imperialista y a fin de definir la magnitud del problema, sería imprescindible analizarlo a la luz de la experiencia cubana, demostración palpable del expansionismo estadounidense. Sin embargo, hay que anotar que este autor enfocó su atención en el significado de la doctrina Monroe para Latinoamérica:

[...] no se puede dejar de ver, y es bien fácil verlo, teniendo en cuenta lo que significa el desenvolvimiento de la Doctrina Monroe, que los Estados Unidos ha trazado una inmensa esfera de influencia en torno suyo, en que están comprendidos todos los países tropicales de América. Y no es lo más grave, ni lo más importante que los Estados Unidos haya trazado esa

inmensa esfera de influencia en torno suyo; lo más importante es que Europa reconoce plenamente el hecho.³⁴

Varona afirmó que era imprescindible mantener la unidad política y étnica para enfrentarlo, asegurando el desarrollo y crecimiento de Cuba y Latinoamérica, formando un pueblo fuerte, numeroso y culto. Para conseguirlo, propuso como estrategia tres frentes: incrementar la población pero mediante migrantes, sino por el crecimiento demográfico interno; organizar la economía de Cuba, dejando el comercio en manos nacionales y no extranjeras; y por último, impulsar una cultura superior. Todo esto, a condición de que fuera el pueblo quien forjara su destino con sus propias manos.

En Sudamérica, Argentina era un centro político y cultural importante, que creó vínculos con el resto de América Latina, a partir de la formación de núcleos intelectuales en los que participaron personalidades como José Ingenieros, quien en la década de los veinte y a partir de su adhesión a la Revolución soviética, realizó una crítica al imperialismo estadounidense. En su oposición al panamericanismo, planteó que la doctrina Monroe era un instrumento para la intervención, contrario al principio de las “nacionalidades latinoamericanas”, y advirtió que esta injerencia se daba en función de la explotación de las riquezas naturales que alimentaban a la industria y capital de Estados Unidos. “El peligro, en su primera fase, comienza en la hipoteca progresiva de la independencia nacional mediante empréstitos destinados a renovarse y aumentarse sin cesar, en condiciones cada vez más deprimidas para la soberanía de los aceptantes”.³⁵

En este análisis señaló que los países de América Latina sólo tenían dos caminos: el de la sumisión frente a la opresión y control por parte de Estados Unidos o el de la unión latinoamericana para la defensa de sus intereses comunes; bajo esta premisa fijó las bases para la futura unión, sin desconocer las dificultades de este planteamiento, sobre todo porque había que enfrentar los intereses de las burguesías y clases dominantes cobijados a la sombra de los grandes monopolios estadounidenses.

El viejo plan, esencialmente político, de confederar directamente a los gobiernos, parece actualmente irrealizable, pues la mayoría de ellos está subordinada a la voluntad de los norteamericanos, que son sus prestamistas. Hay que dirigirse primero a los pueblos y formar en ellos una nueva conciencia nacional,

³⁴ José Enrique Varona, *Antología*, México, Secretaría de Educación Pública, 1943, pp. 118 y 119.

³⁵ José Ingenieros, *Antiimperialismo y Nación*, México, Siglo XXI, 1979, p. 440.

ensanchando el concepto y sentimiento de patria, haciéndolo continental, pues así como el municipio se extendió a la provincia, y de la provincia al Estado político, legítimo sería que alentado por necesidades vitales se extendiera a una confederación de pueblos en que cada uno pudiera acentuar y desenvolver sus características propias, dentro de la cooperación y la solidaridad comunes.³⁶

En esta perspectiva antiimperialista, Ingenieros estableció una distinción entre los gobiernos y las clases dominantes como instrumentos del imperialismo y las clases populares (obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales en general) que eran las verdaderas portadoras de los gérmenes de la lucha nacional.

Con José Carlos Mariátegui este pensamiento socialista logró un desarrollo orgánico, con un sistema de ideas y una orientación definida. A partir de estas bases teóricas analizó la naturaleza y el carácter del imperialismo y, sobre todo, las implicaciones de su acción económica y política en los procesos de formación nacional de América Latina. Para Mariátegui si bien Estados Unidos “era una gran democracia, era ante todo un gran imperio”, y esto último definía con claridad su naturaleza expansionista y militarista, ya que en la década de los veinte era la principal potencia hegemónica en América Latina, habiendo desplazado a Inglaterra.

Estados Unidos cerró su ciclo de formación imperialista con el inicio de la Primera Guerra Mundial; con su intervención en ésta, sobre todo financiera, consolidó su posición en la esfera internacional y, posteriormente, devino el acreedor principal de la reconstrucción europea, lo que sin duda impulsó su carácter de imperio y primera potencia mundial. Mariátegui planteó que la enorme concentración de oro y la sobrevalorización de ciertas acciones y títulos en el mercado de valores provocaron el *crack* financiero de 1929; sin embargo, en esta crisis financiera no advertía un riesgo mortal para el sistema capitalista, porque en el caso estadounidense, seguía siendo joven y robusto, dado que conservaba todos sus atributos políticos y económicos. “La concentración de oro en Estados Unidos que, de un lado, empuja al capitalismo yanqui a la exportación del capital, esto es, los préstamos o intervenciones en la industria extranjera, de preferencia en los países coloniales, de otro lado aporta, necesariamente,

³⁶ *Ibid.*, p. 443.

la tendencia a supervalorizar las acciones y los títulos en el mercado.”³⁷ Este hecho no lo ponía a salvo de las crisis cíclicas industriales y financieras, inherentes al sistema capitalista. Otros fenómenos como la inflación y la especulación como parte de la naturaleza de este sistema productivo, se reflejaban en la economía estadounidense.

Los Estados Unidos son la principal potencia capitalista. La democracia individualista conserva en ese país sus antiguos atributos. El poder está en manos del partido que representa los intereses y el espíritu de la gran burguesía. Nada anuncia ahí todavía un gran movimiento socialista. Sin embargo nada de esto preserva a la economía yanqui de pruebas como la de la caída de los valores en la bolsa neoyorquina. El oro y sus símbolos bursátiles no viven en tranquilo equilibrio; su juego incidía irreparablemente en la salud del más joven y robusto capitalismo.³⁸

También llamó la atención de Mariátegui el proceso electoral estadounidense y lo analizó como un fenómeno de interés internacional, advirtiendo que la vuelta al bipartidismo en la elección presidencial de 1928 había roto la ilusión de una mayor participación política con la incorporación de otros partidos, tal y como había ocurrido en 1912.

Para este ideólogo, la manera de impedir el dominio imperialista en América Latina era lograr la unidad de todo el continente, pero sobre todo, luchar por la instauración de un socialismo indoamericano. Desde su visión, ya no se trataba de una contraposición de culturas o formas de vida, ni siquiera de razas o de una síntesis cósmica de una nueva humanidad universal. Se trataba de contraponer el socialismo al capitalismo y garantizar en América Latina un desarrollo autónomo y democrático, que ya no podía dirigir la burguesía en la fase del monopolio. En su opinión, el dominio ejercido por el imperialismo determinaba la condición semicolonial de los países latinoamericanos, que se acentuaba con la penetración capitalista y crecía con la explotación de las riquezas naturales y de su población, ampliándose con la extensión y modernización de las vías de comunicación, sobre todo con la puesta en marcha del Canal de Panamá. El imperialismo utilizaba el poder de los terratenientes y las clases dominantes nativas para penetrar, sin embargo estos grupos tradicionales poco a poco

³⁷ José Carlos Mariátegui, *Figuras y Aspectos de la vida Mundial*, t. 18, p. 116.

³⁸ *Ibid.*, p.117.

fueron desplazados o eliminados cuando no coincidían con sus intereses, dando paso a la formación de una burguesía intermediaria y burocrática.

Mariátegui señaló problemas vitales que era necesario enfrentar y solucionar para culminar el proceso de formación nacional y, para que cada país transitara hacia una modernidad socialista, base de la futura cooperación continental. Al sistematizar sus propuestas se encuentra que para él:

- La condición semifeudal y semicolonial impidió el desarrollo capitalista con una burguesía nacional fuerte y orgánica capaz de orientar el proceso de modernidad en América Latina.
- La perspectiva antiimperialista estaba ligada al socialismo, como nuevo sistema económico y social para resolver en primer orden el problema democrático nacional y frenar el avance de los Estados Unidos.
- La unidad latinoamericana debería darse desde los intereses de los pueblos, en abierta oposición al imperialismo y basada en una tradición intelectual que los unificaría “en el porvenir”.
- La solución al problema nacional tenía que efectuarse mediante la liquidación del latifundio y su complemento, la servidumbre indígena y campesina y el despojo de tierras. El reconocimiento pleno de las comunidades indígenas y de su aporte a la nacionalidad era la condición fundamental para resolver el problema histórico que desvirtuaba la razón de ser de muchas repúblicas latinoamericanas.
- El análisis de la cuestión nacional en América Latina debía hacerse en su relación con el mundo y el desarrollo interno, en el marco de las relaciones internacionales, tomando en cuenta la vía colonial y semicolonial de su proceso histórico.
- El Perú, como la mayoría de los países latinoamericanos, era una nación en formación. Las características de su economía y desarrollo eran comunes y tenía como centro la cuestión agraria y campesina.
- En el Perú y otros países de la región se presentaba, además, una dualidad histórica, porque dentro de la tradición nacional se habían desarrollado de manera paralela la tradición indígena y la occidental.
- En su análisis de la realidad peruana, Mariátegui resaltó la importancia de la “creación heroica”, producto de la lucha y trabajo del pueblo peruano, reivindicando un socialismo indoamericano, con características propias, basado en la tradición y la historia. Aquí recuperó la tradición indígena, no sólo la incaica,

sino fundamentalmente la actual, que en sus formas colectivistas de vida podría dar paso a modernas relaciones sociales de tipo socialista.

En todo este análisis, constató la falta de vinculación entre los pueblos latinoamericanos, hecho que no permitía lograr un carácter orgánico de su cultura; sin embargo, señaló que las bases para esta unidad estaban dadas y a la nueva generación le correspondía, entre otras cosas, la tarea de unificar al continente.

3.4 Pensamiento latinoamericano entre siglos

En este periodo de cincuenta años (1880-1930), el proceso de formación nacional sólo pudo configurarse en los países latinoamericanos con mayor desarrollo económico y político, el resto quedó a la zaga y en condiciones de atraso. El declive del viejo colonialismo español, el ascenso del imperialismo estadounidense, la nueva ubicación de América Latina en el contexto mundial como región sometida a un nuevo tipo de colonialismo, así como la falta de proyectos ligados al interés nacional por parte de las clases y grupos dominantes resumen una situación que exigía respuestas como condición para culminar el proceso de formación nacional, y como factor indispensable para participar en el concierto mundial en condiciones de igualdad y a partir de un desarrollo autónomo e independiente.

Cuando la opresión ejercida por España durante más de tres siglos fue reemplazada por Estados Unidos, la lucha se orientó contra esta nueva forma de subordinación. No obstante, la visión e imagen que algunos intelectuales tenían de Estados Unidos no era totalmente negativa: apreciaban sus aportes a la cultura, a la ciencia y a la política, en particular la obra de sus grandes creadores como Walt Whitman, Emerson, Thoreau, Waldo Frank, Edgar Allan Poe, entre otros; y resaltaban la proeza que significó el establecimiento de la primera república con una constitución de la misma naturaleza, admiraban la obra y acción de Abraham Lincoln por su lucha contra la esclavitud y admiraban el desarrollo y potencial industrial que habían hecho de Estados Unidos un país moderno y dinámico.

En torno a la “nación latinoamericana”, algunos intelectuales buscaron y estudiaron las raíces históricas profundas de sus pueblos, toma de conciencia que se dio partir de la Independencia. Además el desarrollo de las comunicaciones y la creciente

relación económica por la nueva estructuración del mercado mundial, alentó en ellos la idea de que podría materializarse este proyecto continental.

Debido a que la mayoría de las clases dominantes, en cada país, era instrumento del imperialismo, plantearon impulsar la lucha de clases en el nivel nacional para enfrentar también los problemas en el ámbito externo. Con ello se pretendió dar una nueva orientación a la economía y a la política en función de instaurar nuevos regímenes y nuevos Estados democráticos.

Los intereses imperialistas no eran antagónicos con los de la clase feudal terrateniente en América Latina, por ello la lucha contra la opresión interna era al mismo tiempo antiimperialista. Asegurar un proceso democrático con autodeterminación era la aspiración de amplios sectores en Latinoamérica.

El análisis y la denuncia de la política estadounidense no obnubilaron la mirada hacia el interior de Latinoamérica o de cada país en particular, por el contrario, fueron un parámetro en el conocimiento de la situación interna y en el rescate y afirmación de la tradición nacional.

V. Las relaciones intelectuales hispano-latinoamericanas 1880-1930

1. España y América Latina en el siglo XIX: visiones contrapuestas

Con la independencia latinoamericana (1810-1824), se dio la ruptura y negación de España, y la lucha por cambiar el régimen monárquico, absolutista y católico por uno republicano, democrático y liberal; esto acentuó el declive de uno de los mayores imperios coloniales que han existido en la historia, situación que se correspondía con los primeros movimientos económicos en el ámbito internacional que alimentó al capitalismo de libre competencia. En cambio, con los movimientos de independencia, México, Centro y Sudamérica ingresaron a un nuevo orden internacional burgués.

La reacción contraria a España dominó todo el siglo XIX, y se manifestó en un clima de hostilidad, crítica y desencuentro. En el periodo de 1810 a 1898 empezó a forjarse en Latinoamérica una cultura autónoma, de búsqueda de sí misma y de construcción de su nueva identidad, marcando distancias y diferencias con la metrópoli. Francisco Bilbao afirmaba que para América había llegado la hora de pensar en su destino, de conservar su independencia, de dejar de ser católica, de buscar el triunfo del republicanismo sobre la monarquía y la teocracia.¹

En esta perspectiva, España representaba el contra modelo, el “contravalor” de lo que se orientaba a ser Latinoamérica; era la imagen negativa de un mundo con el que se había roto, encarnaba el origen y causa de todos los males padecidos por las jóvenes repúblicas. Además, se dio otra circunstancia: en Latinoamérica, durante el siglo XIX, a pesar de la inestabilidad política y de la existencia de gobiernos conservadores y dictatoriales, en general prevalecieron los liberales como grupo dominante y tuvieron en sus manos el poder político durante largos periodos, lo cual los llevó a establecer que la hispanofilia o que el españolismo era sinónimo de tradicionalismo, casticismo, reaccionarismo y conservadurismo. Los liberales latinoamericanos se consideraban representantes de un anti-españolismo que tenía como centro una perspectiva distinta a la península.

Así, la visión sobre España fue negativa, no sólo de su herencia hacia América, sino de la situación que vivía la península; tales fueron los casos de Esteban Echeverría (1805-1851), Juan Bautista Alberdi (1810-1884), Domingo Faustino Sarmiento (1811-

¹ Francisco Bilbao, *La América en peligro*, Puebla, José María Cajica, 1972.

1888), Bartolomé Mitre (1821-1906), Francisco Bilbao (1823-1865), José Victoriano Lastarria (1817-1888), Benjamín Vicuña Mackena (1831-1886), Andrés Lamas (1820-1851), Pedro José Varela (1845-1879), Alejandro Magariños Cervantes (1825-1893); cuatro argentinos, tres chilenos y tres uruguayos, quienes pese al origen español de sus padres, fueron agudos críticos de la situación prevaleciente en España.²

La generación argentina del 37 y los liberales chilenos (Bilbao, Lastarria, Arcos, etc.) criticaron y combatieron al catolicismo; su pensamiento y acción propiciaron el logro de la hegemonía liberal en los años de 1853 a 1885, época en que alcanzó su mayor apogeo el liberalismo en Latinoamérica. La historiografía registra en este periodo la tendencia a robustecer la unidad nacional, con una producción política, patriótica y cívica que criticó a la España y al régimen colonial.

Como contraparte, existieron núcleos conservadores que se opusieron al cambio para mantener sus privilegios, asumiendo una defensa de todo lo español y reivindicando principalmente lo colonial. Estos grupos estuvieron ligados a las políticas restauracionistas, cuyo fundamento era la defensa de las instituciones tradicionales hispanas y la vigencia de gobiernos monárquicos; éste fue el caso del dictador ecuatoriano Juan José Flores, quien ofreció a España el establecimiento de monarquías borbónicas, no sólo para Ecuador sino para otros países de la región.

En este sector conservador de América Latina, la nostalgia del pasado estuvo siempre ligada a lo colonial y a la recuperación de los privilegios perdidos, posición vinculada a la corriente restauradora representada, entre otros, por Diego Portales en Chile, Juan Manuel Rosas en Argentina y Gabriel García Moreno en Ecuador. Su visión y programa reivindicaban invariablemente las instituciones tradicionales españolas: monarquía, Iglesia y ejército.

En América Latina la lucha contra el pasado colonial se prolongó a lo largo de todo el siglo XIX, por un lado en contra de quienes representaban estas tendencias y, por el otro, por la imagen negativa que tenían de España; los liberales emprendieron la búsqueda de un camino propio, que les permitiera insertarse en el mundo con una fisonomía también propia.

² Algunos elementos negativos de esta herencia española a los que se referían estos intelectuales eran: la incapacidad para entender el sentido moderno de lo nacional; los hábitos, formas de gobierno y la legislación heredada; la incapacidad y la atrofia del pensamiento; el espíritu feudal y el catolicismo, y la falta de actitud del español por el trabajo productivo. Este era un pesado lastre que debía ser superado, a través de la emancipación cultural e ideológica, que implicaba necesariamente la adopción de una personalidad y un perfil propio.

Por otra parte, frente a la independencia americana, las clases dominantes de España reaccionaron de manera negativa y desdeñaron su justificación histórica, formándose una imagen peyorativa de las gestas que libraron estos pueblos. Carlos Rama sintetiza la visión española imperante hacia los países latinoamericanos:

- 1º Habría una inferioridad congénita, natural, en América, que la colocaba por debajo de Europa. En el siglo XVIII no dejaron de tener prejuicios antiamericanos autores como Buffon, Reynal, Paw y otros, pero en el siglo XIX sobreviven en forma de lugares comunes populares. En particular, los españoles medios ven a los hispanoamericanos, dado que son sus antiguos súbditos, como más ignorantes, dotados de mayores vicios o defectos, incluso infantiles.
- 2º América “es ingrata”, por cuanto España, “había derramado su mejor sangre y riqueza en sus reinos de ultramar” y por tanto sus ex colonias “estaban moralmente en deuda con su madre patria”. Esto se repetirá en ocasión de la guerra de liberación de las Antillas, a finales del siglo XIX, incluso en boca de conocidos intelectuales.
- 3º Privadas del paternal benéfico gobierno monárquico católico español, las “repúblicas” viven una vida de caos y desorden, muy inferior al nivel que tenían en la época colonial, y no es imposible que renuncien a su falaz independencia para volver a someterse a las instituciones españolas, capaces de restaurar el orden, etc. [...].
- 4º La presencia y dominio español en Cuba y Puerto Rico favorecen a los hispanoamericanos, porque los defiende del amenazante avance norteamericano. En verdad, desde España se alienta el nacionalismo latinoamericano antiyanqui, especialmente desde 1848, cuyos peligros se anuncian y se destacan.³

Así, en el ámbito oficial, España se refería a sus ex colonias con profundo menosprecio, especialmente hacia las culturas indígenas, adhiriéndose a las teorías de la inferioridad de razas tan en boga en la época y enalteciendo en cambio la conquista y la colonización. Asimismo, tacharon de extranjerizantes a las ideas del siglo XVIII que propiciaron la independencia, sobre todo en lo que se refiere a la “leyenda negra”. Incluso ya en plena independencia desconocieron el ulterior desarrollo latinoamericano, en particular el de su construcción nacional y, por ende, su cultura. De hecho, España no abandonó sus pretensiones de reconquistar América por la vía militar y política. Esto se

³ Carlos Rama A., *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, pp. 90 y 91.

evidencia desde la batalla de Ayacucho en 1824 hasta 1866, periodo en que la política española se expresó mediante relaciones hostiles y a menudo antagónicas.

Entre las acciones de hostilidad contra México se pueden señalar: la intervención armada en Veracruz, en 1829 que fracasó; la pretensión de instaurar una monarquía con un príncipe Borbón a la cabeza en la década de los 40 y el posterior intento de invasión militar junto con Inglaterra y Francia en 1862. Entre 1862 y 1865 España ocupó militarmente Santo Domingo y el 2 de mayo de 1866 bombardeó el Puerto del Callao en el Perú. El fracaso de estas acciones puso fin a todo sueño de reconquista y restauración monárquica.

La España oficial del siglo XIX fue además fundamentalmente conservadora, por tanto, la expresión del pensamiento liberal fue débil y no tuvo eco en América, porque además los liberales hispanos se negaron a reconocer los abusos y arbitrariedades de la conquista y del sistema colonial. Los intelectuales americanos les reprocharon la tibieza de sus planteamientos, al no admitir el hecho definitivo que implicaba la independencia americana. En sentido opuesto a esta corriente hubo españoles que no sólo la reconocieron, sino que además lucharon por ella como Francisco Javier Mina en la independencia de México y Pedro Pruneda en la intervención francesa,⁴ cuya contribución fue decisiva en estos dos momentos de la historia de México.

Una vez terminada esta tentativa imperial española, se dieron pasos en el campo diplomático para normalizar las relaciones, aunque éstas no estuvieron exentas de conflicto, debido a que algunos países del Pacífico apoyaron abiertamente la insurrección cubana en su lucha por la independencia. Por ello, sólo se avanzó realmente en el reconocimiento y normalización de nuevas relaciones con América Latina hasta principios del siglo XX, cuando España perdió la guerra del 98; en este sentido es válida la afirmación de que entre España y América “hubo guerra hasta el último año del siglo XIX”. No obstante, las relaciones entre intelectuales españoles y latinoamericanos comenzaron a establecer vínculos, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo, situación que les permitió revalorar el intercambio de experiencias y creaciones; de encuentros y desencuentros y, finalmente, de su aportación a la cultura universal. Fueron especialmente los españoles quienes difundieron su pensamiento en la prensa de diversos países de América latina como Argentina, México, Chile, etc., países

⁴ Pedro Pruneda, *Historia de la guerra de Méjico desde 1861 a 1867*, México, Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán, 1994.

adonde llegaba la literatura española o donde publicaron artículos personajes de la talla de Emilio Castelar y Benito Pérez Galdós, entre otros.

2. España y América Latina en el contexto del 98

A finales del siglo XIX y principios del XX, un conjunto de factores propició el establecimiento de nuevas relaciones entre Latinoamérica y España: las relaciones diplomáticas, la migración española hacia América, los actos conmemorativos del IV centenario, el fin del imperio colonial en América, la solidaridad política con España en contra de la dictadura de Primo de Rivera y los movimientos culturales e intelectuales en ambos lados del Atlántico que permitieron el intercambio activo de ideas en torno a la cuestión hispanoamericana. Todo esto propició un nuevo ambiente político e intelectual y una “reconversión histórico cultural”, como ya se ha señalado.

A partir de 1880, las relaciones diplomáticas entre España y los países hispanoamericanos avanzaron notablemente, lo que se plasmó en acuerdos como el de la propiedad intelectual. En 1884 se estableció el primer acuerdo con El Salvador, en 1885 con México, Colombia, Venezuela y Ecuador, finalmente en 1893 con Guatemala y Costa Rica sobre la propiedad artística, científica y literaria.

Por otra parte, en los últimos años del siglo XIX comenzó la migración española hacia América que renovó y reforzó los lazos de España con Argentina, Chile, Uruguay, Cuba, México, etcétera. La población provenía de la periferia de España: gallegos, vascos, catalanes y canarios. Ya en pleno siglo XX, en tan sólo una década (1920-1930) llegaron a Argentina alrededor de 300 mil europeos, provenientes principalmente de España e Italia.

La celebración del IV Centenario del descubrimiento de América propició también nuevos intercambios. Entre los acontecimientos de 1892, se pueden mencionar el Congreso Internacional de Americanistas y el Congreso Pedagógico, este último con 2 500 participantes. Cabe resaltar la importante adhesión de maestros y docentes y la repercusión en el medio cultural de intelectuales como Salmerón, Pi y Margall, Canalejas y otros.

En estas relaciones de intercambio político y cultural el centro de la discusión fue precisamente el carácter y contenido de la herencia española en América Latina y su potestad respecto a aspectos fundamentales contenida en la religión y el idioma. Por

primera vez, se confrontaron las realidades en fenómenos como la religión, donde salieron a relucir diferencias de suma importancia entre el catolicismo español y el latinoamericano, en cuanto a su expresión, sus instituciones, su presencia en la vida política y como manifestación espiritual en el pueblo. En contraposición a la cultura religiosa tradicional y autoritaria proveniente de España, en América se había desarrollado paralelamente una cultura popular, democrática y no eclesiástica. La Iglesia como institución persistió en sus prácticas tradicionales, aferrada a un pasado que los latinoamericanos cuestionaron. Las transformaciones y cambios habían modificado la religión católica en Latinoamérica: se canceló la obra misional y se intervino la vida conventual; se redujo el número de sacerdotes y se eliminó el fuero del clero, además de que en algunos países se expropiaron los bienes eclesiásticos.

En cuanto al idioma, en América se pretendía emancipar la lengua como resultado natural de su emancipación política, por ello se estableció una lucha en contra del monopolio español, resaltando los aportes propios de la nueva realidad histórica:

- La búsqueda renovación del idioma se basó en un nuevo estilo americano (hablado y escrito), producto de más de tres siglos de experiencia, lo que equivalía a una defensa del español americano: Desde mediados del siglo XIX, esto aparece en la obra de Andrés Bello y más adelante con Montalvo, Palma, Darío, González Prada, entre otros.
- La lengua, como lazo de cultura entre los hispanoamericanos, se traducía en el reconocimiento de su renovación permanente y dinámica a partir de tres circunstancias: la apertura mundial latinoamericana, la influencia de nuevos elementos, sobre todo indios, aunque también negros, y por último, el reconocimiento de usos populares en la práctica cotidiana.
- Latinoamérica enfrentó a la tendencia conservadora y pro española que reclamaba la pureza del lenguaje, rechazaba su desarrollo y negaba la incorporación de nuevas palabras, sobre todo en el uso común del lenguaje donde prevalecían diversos neologismos producto de las lenguas nativas.⁵ No podía dejarse de lado el hecho de

⁵ Los neologismos se refieren a los usos gramaticales y fonéticos —entendidos naturalmente como el estudio de la evolución de los sonidos, tomando en cuenta los acontecimientos y transformaciones y no a la fonología que está en la fisiología de los sonidos— en cada país a partir de su circunstancia específica. Véase Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1963.

que las ideas están en la base de la transformación del idioma y Latinoamérica buscaba su propia expresión para construir su identidad.

- El modernismo literario latinoamericano, iniciado en 1882, con la publicación de *Ismaelillo* de Martí y que alcanzó su máxima expresión en la obra de Rubén Darío, se inscribió en esta lucha, en tanto que emprendió la renovación de la lengua.⁶

La reticencia de algunos miembros de la Real Academia de la Lengua al reconocimiento de estas transformaciones, hizo que de 1866 en adelante se hablara de “imperialismo cultural”, porque si bien se reconocía la imposibilidad de una reconquista política, España buscó recuperar su prestigio internacional en una especie de tutelaje cultural.

Habría que apuntar que el problema del idioma se encaró en América a partir de los proyectos de creación de los estados nacionales independientes y al margen de España; por ello, comenzó un proceso de sistematización de “americanismos”: mexicanismos y aztequismos, peruanismos, chilenismos, etcétera.

Tanto en América como en España, ideológica y políticamente, el casticismo, el purismo estaba ligado a las corrientes más reaccionarias y restauradoras. En Latinoamérica, la Real Academia de la Lengua Española tuvo el repudio de intelectuales como Manuel González Prada que rechazó el academicismo identificándolo con españolismo; lo mismo puede decirse de Rubén Darío y aun del propio Ricardo Palma.

Por otro lado, el movimiento pro hispanista en Latinoamérica tuvo entre sus objetivos crear una coalición de naciones de ambos lados del Atlántico, apelando a la idea de la raza española como origen común. Un medio para concretar este planteamiento fue el impulso del comercio de España con las nuevas repúblicas y el fomento de la “yanquifobia” de los latinoamericanos para evitar que el Caribe cayera bajo el dominio estadounidense. El sustento de esta política radicaba en la preservación de los restos del imperio en las Antillas, destacando los orígenes ibéricos que conformaban una comunidad de países, lo cual permitiría el impulso de una política de restauración. Esto posibilitaría a España recuperar de sus potencialidades, y abriría nuevas perspectivas a intelectuales, comerciantes, industriales y otros. Pero el debate se

⁶ Véase, sobre todo, el artículo de Max Enríquez Ureña “Martí, iniciador del modernismo” en *Antología Crítica de José Martí*, México, Editorial Cultura, 1960. Aquí el autor establece que el modernismo fue un movimiento de renovación y de liberación contra el retoricismo, herencia de la escolástica española dominante en la educación y en las letras latinoamericanas de finales del siglo XIX y principios del XX.

mantuvo abierto a la confrontación de distintos puntos de vista sobre diversos temas de interés común.

2.1 El 98 y la cuestión colonial

Carlos Serrano afirma que la Restauración y el colonialismo son las dos caras de una misma moneda o la sustancia y forma de un mismo poder. Esto se puso en evidencia con la crisis de dominación colonial, porque con la pérdida de las Antillas, así como de Filipinas, renació la fragmentación española, poniendo al descubierto la *invertebración* que no era otra cosa que la incapacidad del poder para unificar aspiraciones y reivindicaciones particulares en una perspectiva nacional, desperdiciando la oportunidad de unificar y subordinar todo en un proyecto común.⁷

En cuanto al análisis de las ideas de este fenómeno colonial, vinculado al 98, Serrano afirma que se puede dividir —igual que el proceso histórico— en tres etapas: la guerra de liberación de Cuba y su contraparte española, de defensa del sistema colonial, de 1895 a 1898; la guerra del 98 con Estados Unidos; y finalmente las consecuencias de la derrota y pérdida de los territorios coloniales.⁸

La lucha independentista de Cuba y Puerto Rico desempeñó un papel determinante en la relación de España y América; muchos grupos e intelectuales de los países del continente se solidarizaron con este movimiento y la intelectualidad antillana tuvo plena conciencia latinoamericanista, pese a su condición colonial y de aislamiento, de ahí la propuesta de establecer una confederación (Cuba, Puerto Rico y Dominicana) para liberarse de España y hacer frente a Estados Unidos.

Para España, la cuestión antillana era un problema que se agudizaba, sobre todo por la tentativa cada vez más sólida y permanente de los patriotas cubanos por independizarse; en menor medida, lo mismo ocurría con Puerto Rico, según expresaron algunos intelectuales notables como Eugenio María de Hostos, quien desde 1868 planteó la inevitable separación de la isla con respecto a España, o como Ramón

⁷ Carlos Serrano, “Crisis e ideología en la Restauración” en *España entre dos siglos (1875-1931)*, *Continuidad y cambio*, pp. 181-189.

⁸ Al respecto es interesante el artículo de Antonio Serrano “Impresiones de Ganivet sobre el desastre del 98”, porque establece precisamente las manifestaciones teóricas de este proceso histórico, a partir de la obra de Ganivet.

Emeterio Betances y Alcalá que desde 1870 exhortaba a la conquista de la independencia y expresaba su apoyo a los revolucionarios cubanos.

El producto de la crisis de la sociedad colonial fue el gigantesco auge del independentismo. La primera guerra de la independencia ejerció una enorme influencia sobre la ulterior evolución de la economía y la sociedad en la isla sobre todo en lo que respecta a la integración de elevados números de habitantes de color al movimiento criollo, capa de la población que justificaba su lucha contra España por el fracaso de las aspiraciones reformistas. La guerra aceleró la desintegración de las formas económicas y políticas existentes, si bien no cabe duda de que efectivamente se trató sólo de una aceleración de la evolución inevitable.⁹

Frente a esta situación algunos intelectuales españoles comprendieron que era inevitable la separación y apoyaron las reivindicaciones independentistas de Cuba y Puerto Rico, conscientes de que liquidar la cuestión colonial permitiría a España, por primera vez en su historia, reflexionar sobre sí misma.

Con esta orientación Pi i Margall afirmó el pleno derecho que tenían todos los pueblos a ser libres e independientes, aunque inicialmente para el caso cubano defendió la posibilidad de una real autonomía acorde con su planteamiento federalista; sin embargo, la fuerza de los acontecimientos lo llevó a apoyar la independencia, hecho ya inevitable para ese momento.

En este análisis también puede afirmarse que Ángel Ganivet se refiere a la dominación española en las Antillas con bastante escepticismo, porque advertía ante todo la crisis espiritual que padecía España y su incapacidad para mantener su dominio colonial, remarcando su impotencia como nación imperial frente a la modernidad de las nuevas potencias capitalistas, específicamente frente a Estados Unidos al cual había entregado los resortes de la economía cubana.¹⁰

En 1895 —al inicio de la guerra cubana de independencia— Unamuno opinaba que sería mejor perder la guerra con Cuba, porque ambos países saldrían favorecidos, y señaló incluso que era preferible que Estados Unidos se la arrebatara. Años después, en una carta del 23 de diciembre de 1898 a Pedro Jiménez Ilundain —cuando ya se habían

⁹ Josef Opatrny, *Antecedentes históricos de la Nación Cubana*, Praga, Universidad Carolina Praga, 1996, p. 240.

¹⁰ Ganivet se refiere a la cuestión americana y antillana en sus obras: *Idearium español* y en *El Porvenir de España*.

firmado los tratados de París— expresó que el “desastre nacional” no había siquiera dado un remesón a la conciencia nacional. “Aquí sigue todo mal, en el mismo empantanamiento y la misma postración. Es una modorra de muerte. Las últimas desdichas nacionales no nos han arrancado ningún grito de dolor sincero, ninguna queja que haya resonado vibrante y firme.”¹¹

Para Unamuno, a raíz del desastre del 98, por fin en España se comenzó a hablar de Hispanoamérica, de sus relaciones con la península, aunque advirtió que se hacía desde una perspectiva imperial y reprochando la “ingratitude” de los americanos por buscar su independencia; sin embargo, esto representaba una oportunidad para restablecer las relaciones en nuevos términos.

Tal vez hemos perdido América para mejor ganarla, como deben ganarse los pueblos, mutuamente y comulgando en la cultura.

Quiero en efecto, creer y esperar que la pérdida de las últimas posesiones ultramarinas de la Corona Española sea para España, recogida en su hogar, principio de una nueva vida. Nuestra historia ha sido un sueño y en ninguna parte pudo mejor que aquí brotar el aforismo calderoniano. Después de ocho siglos de reconquista y cuando parecía que íbamos a entrar en vida de paz y de trabajo, el descubrimiento de América, abrió campo a nuestro espíritu de aventuras, y vertimos sangre y alma entre generosidades y rapacidades. Dejamos ahí mucho de nuestro corazón y trajimos todo el oro que pudimos. Como he dicho hace poco en Gijón, fuimos a conquistar tierras con la espada en la diestra y en la izquierda el crucifijo, sólo que cambiamos alguna vez de mano y erigimos en alto la espada, golpeando con el crucifijo, peleando a cristazos. Y lo estamos pagando.¹²

En lo referente a la guerra con Estados Unidos y su efecto en la sociedad, llama la atención la escasez de literatura hispana sobre el desastre del 98, en el momento en que sucedió, salvo en la correspondencia de Valera, Menéndez Pelayo y Galdós, y algunos artículos de Azorín, entre otros. Una vez pasada la lucha militar, los testimonios de protagonistas y testigos presenciales constituyen la nota dominante.¹³

La derrota militar había paralizado aún más a la inteligencia española y cuando reaccionó se dio cuenta de que el problema rebasaba la cuestión militar o la pérdida

¹¹ Miguel de Unamuno, *Epistolario Americano*, p. 53.

¹² *Ibid*, pp. 201 y 202.

¹³ Véase al respecto a José-Carlos Mainer, “Crisis de fin de siglo y literatura” en *Memoria del 98*.

colonial: era el ocaso del imperio y la manifestación de una profunda crisis histórica y estructural que reclamaba una transformación de la sociedad española. El fracaso colonial del 98 fue el fracaso histórico del poder caciquil que al pretender perpetuarse, tras el “desastre”, desvirtuó todas las tentativas de modernización.

Es la época de la literatura del “desastre”, de los males de la patria, que se hace eco de los efectos inmediatos, sobre la conciencia nacional, de la pérdida de los últimos restos de un inmenso imperio ultramarino. Es el momento del regeneracionismo como propuesta de remedio para salir del marasmo provocado por aquellos sucesos, con J. Costa y Macías Picabea y Mallada, este último con años de antelación.¹⁴

Las consecuencias que el “desastre del 98” dejó sentir en España fueron significativas y su impacto duró gran parte del siglo XX. Es a partir de este fenómeno que el pensamiento español profundizó sobre el “problema de España” y descubrió que su decadencia le venía de siglos atrás, desde el momento de su proyección internacional, que le impidió reconocerse a sí misma. Desde este enfoque, la derrota era la posibilidad de un resurgimiento, “el desastre” presentaba la oportunidad de emprender el camino de la modernidad, alejado de las tradiciones monárquicas y de la herencia colonial. Posibilitaba un renacimiento de la cultura española, comparable al del Siglo de Oro. La capacidad y calidad de las creaciones de los intelectuales españoles de este periodo son un hecho distintivo que dejó huella en los distintos ámbitos de la cultura, como la poesía, ensayo, novela, teatro, pintura, filosofía, etc., cuestión que, como se ha señalado, llevó a Manuel Tuñón de Lara a calificarla como la “edad de plata de las letras españolas”.

3. España en la visión latinoamericana

En la compleja realidad de entre siglos, marcada por un nuevo reordenamiento económico internacional, se desarrollaron diversas corrientes de pensamiento como el iberoamericanismo, el hispanoamericanismo, el indoamericanismo y el

¹⁴ Luis Álvarez Gutiérrez, “Historiografía española sobre 1898” en *1898 entre la continuidad y la ruptura*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas, UMich, 1997, p. 46. Este ensayo en buena medida resume lo escrito antes, durante y después del 98.

panamericanismo, entre las que se dio un amplio debate sobre los caminos y perspectivas por los que debía transitar Latinoamérica para construir su futuro.

Dentro del proceso de construcción nacional, como parte de la destrucción de las antiguas instituciones coloniales y la adopción de otras más democráticas, se buscó la instauración de nuevas formas de gobierno y de convivencia; se dio la búsqueda y construcción de su identidad y, como parte de ésta, la explicación de los signos definitorios de su identidad y el establecimiento de sus raíces. Se comenzó por la reconstrucción del pasado prehispánico y por la génesis de esta tradición, aunque dejando de lado la realidad social e histórica del indio, lo que equivalía a ignorar el cimiento de estas jóvenes naciones, visión que complicó el problema de la identidad y la definición que desde esta perspectiva le dio a lo americano, lo mexicano, lo peruano, lo ecuatoriano, lo guatemalteco, etcétera.

Al finalizar el siglo, este proceso y búsqueda permanentes permitieron el replanteamiento integral de las tradiciones nacionales, lo que constituyó un viraje; al lado de lo indígena, empezó a valorarse lo español y, desde luego, lo republicano, producto de casi un siglo de experiencia independiente. Entre los factores que contribuyeron a este replanteamiento se pueden señalar:

El fracaso de los proyectos nacionales, al no cumplir su cometido de construcción nacional, en toda de América Latina a principios del siglo XX, y consecuentemente del positivismo como filosofía e ideología que los animó.

- La creciente alarma de diversos círculos políticos e intelectuales latinoamericanos, por el avance y la amenaza que constituía el imperialismo estadounidense.
- La migración española hacia América, especialmente a Argentina, Uruguay y Cuba, pero también a México.
- La guerra hispano norteamericana del 98 y el declive colonial de España en América.
- Acontecimientos como la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América; el Congreso hispanoamericano de 1900, celebrado en Madrid; la conmemoración del centenario de las Cortes de Cádiz en 1912.

Especial importancia tuvo la profunda crisis finisecular de España, marcada por su derrota en la guerra del 98; la pérdida de sus últimas colonias en América (Cuba y Puerto Rico) y la imposibilidad de una reconquista colonial en el continente, porque propició una nueva actitud hacia sus ex colonias, sobre todo de la intelectualidad.

En estas nuevas circunstancias, en las relaciones intelectuales entre España y América Latina se trataron diversos aspectos: la herencia española, la percepción de la historia y de la situación concreta de España y América Latina y la inserción de lo americano en la cultura española. Literatos, poetas, ensayistas y políticos crearon y difundieron sus obras que, como parte de este movimiento intelectual, se articularon en torno al debate del hispanoamericanismo.

El hispanismo ganó cuando España perdió Cuba. Con Cuba independiente el resto de la América Española podía, sin conflicto de conciencia, plantearse como posible y deseable una relación más estrecha con España. El hispanismo transformado en hispanidad, retomó ímpetu. Ya sin la carga colonial, en ambos lados del Atlántico se dio rienda suelta, básicamente entre las elites a la idea de “mantener unido en lo intemporal aquello que se perdió en lo temporal”, es decir, a sustituir el imperio que fue por una comunidad de tipo cultural, donde ya no se enfatizara la supuesta superioridad de España —que, al fin de cuentas se pretendía moral— respecto de los países americanos, sino la igualdad entre las partes.¹⁵

Desde finales del siglo XIX se registró no sólo la publicación de artículos y ensayos españoles en la prensa latinoamericana; existieron, además, intercambios epistolares y comenzaron a definirse temas específicos. Ya para los años veinte del siglo XX, había el interés particular de dar organicidad a esta relación y estructurar un hispanoamericanismo combatiente y solidario con las luchas y movimientos sociales en España y América Latina.

Con la guerra del 98 se generó, además, un amplio debate sobre la llamada decadencia latina y la superioridad sajona, concepción que tuvo vasta difusión por el ascenso de los países compuestos por esta raza, específicamente los Estados Unidos de Norteamérica. En América Latina la rechazaron, afirmando en cambio la posibilidad del resurgimiento y renovación de lo latino, que agotada en Europa, tenía todas las posibilidades en las jóvenes repúblicas americanas, herederas de la cultura clásica y de países europeos como Francia y España. La raza cósmica es un buen ejemplo de esta perspectiva.

¹⁵ Lorenzo Meyer, *El cactus y el olivo, las relaciones de México y España en el siglo XX*, México, Océano, 2001, p. 69.

El creciente interés por conocer la realidad de ambos lados del Atlántico y tener un acercamiento más orgánico, creó un ambiente de debate donde se pretendía vertebrar un pensamiento hispanoamericano entre los grupos de intelectuales interesados en la problemática nacional de sus respectivos países y al margen de las políticas gubernamentales.

Para los países latinoamericanos, España dejó de ser el enemigo principal, sobre todo porque los viejos proyectos liberales y el positivismo como filosofía habían fracasado en su tentativa de crear modernos países capitalistas acordes al modelo occidental. Además, en este momento Estados Unidos era un peligro real, el nuevo imperio que surgía estableciendo un nuevo sistema colonialista en América Latina.

La retroalimentación de este debate dinámico se observa en la difusión de ideas y propuestas publicadas en periódicos y revistas; en el impulso de sucesos políticos y académicos, sobre todo aquellos ya mencionados en el marco del IV Centenario del Descubrimiento de América, el Congreso de americanistas de 1900 y el centenario de las Cortes de Cádiz en 1912; en actividades intelectuales y académicas que difundieron ideas y posiciones diversas, mostrando el interés, tanto de españoles como de latinoamericanos, por construir relaciones sobre nuevas bases, como quedó inscrito en las actas del Congreso Conmemorativo del IV Centenario del Descubrimiento de América, en 1892 en Huelva (sur de España), aunque en este caso sus resultados no lo reflejaran.

Estas relaciones no estuvieron exentas de obstáculos y contradicciones; de visiones opuestas entre los actores, como la pretensión de un nuevo dominio, ahora en el terreno cultural, por parte de los españoles, o el reconocimiento de los latinoamericanos de que era París y no Madrid el centro cultural. Francia constituía en ese momento el referente más importante de la cultura occidental y, en cambio, España era considerada con escasos valores.

Ante estos fenómenos se fueron delineando las distintas posiciones relativas a la formación de un pensamiento hispanoamericano, sentando las bases para una visión más integral de la historia y cultura latinoamericanas. Diversos grupos en Madrid, Buenos Aires, Lima, entre otros, asumieron la tarea de impulsar la celebración de un congreso hispanoamericano, que daría organicidad a este planteamiento.

Abunda la literatura sobre las fuentes que registran el intercambio de ideas tras un objetivo común. La correspondencia entre quienes participaron en esta polémica da luces sobre los pasos que se dieron y los nexos que se fueron creando, la intensidad de

los diversos puntos de vista y el proceso de creación intelectual, aspectos fundamentales para reconstruir el ambiente intelectual y la historia de las ideas de una determinada época.

En el intercambio epistolar de destacados intelectuales, como Rubén Darío, Miguel de Unamuno y Ricardo Palma —representantes de toda una época— se encuentran comentarios sobre las fuentes que tuvieron para la creación de sus obras. El intercambio de ideas sobre la problemática contemporánea, las reseñas de sus artículos y crítica de sus obras mostraron la disposición y capacidad de cooperación intelectual entre actores comprometidos con el acontecer político y cultural de sus respectivos países y de Hispanoamérica en general.

3.1 Ricardo Palma y Rubén Darío. Su visión crítica de España

La visión del peruano Ricardo Palma y del nicaragüense Rubén Darío sobre España se aprecia en sus obras y en la correspondencia de ambos con Unamuno que cubrió un lapso de 27 años (de 1887 a 1914), periodo fundamental en las relaciones intelectuales hispanoamericanas; el contenido de sus cartas constituye un valioso testimonio de dicho proceso, aunque Darío murió en 1916, Palma en 1919 y Unamuno, el más joven, en 1936.¹⁶

En su momento, los dos latinoamericanos figuraron entre los intelectuales más connotados y reconocidos, que contribuyeron de manera decisiva al impulso de una nueva cultura e influyeron en las generaciones posteriores. Tanto por su poesía como por su prosa constituyen referentes esenciales de las letras y pensamiento latinoamericanos de la época.

Ricardo Palma y Rubén Darío se encontraron en España en 1892; ambos habían acudido a los festejos conmemorativos del IV Centenario del Descubrimiento de América. Se interesaron por el panorama intelectual de la península y sostuvieron un importante diálogo, que muestra, además de su relación de amistad, su interés compartido por las nuevas ideas en Hispanoamérica.

¹⁶ La correspondencia puede consultarse en el archivo de la Casa Museo Unamuno en Salamanca, la obra *Epistolario Americana de Unamuno (1890-1936)* y el *Epistolario de Ricardo Palma*, Lima, Ed. Cultura Antártica, 1949, localizado en la Biblioteca Nacional del Perú.

Según José Carlos Mariátegui, Ricardo Palma y González Prada fueron, en el proceso de la literatura peruana, los dos mayores literatos de la República, con una clara filiación democrática y republicana, acorde al proceso latinoamericano y peruano.¹⁷ Palma se definía a sí mismo como liberal, y consideraba que González Prada expresaba una posición y pensamiento radicales.

A Palma le preocupaba fundamentalmente la afirmación nacional de la literatura y de la cultura, cuestión que desde su perspectiva le permitiría establecer relaciones de igualdad con España y por ello su visión fue crítica. Sus *Tradiciones peruanas* constituyen testimonios de las costumbres, formas de vida de la historia social del Perú, desde la época prehispánica hasta el periodo republicano, aunque se detuvo especialmente en la Colonia; estas tradiciones fueron abordadas con una sátira política que recuerda su ideario americanista.

En cuanto al debate hispanoamericano, además de la correspondencia, es importante su obra *Recuerdos de España*.¹⁸ Aunque como antecedente, desde 1886, en su obra *La Bohemia de mi Tiempo*, al reseñar a la generación literaria peruana del periodo de 1848 a 1860, Palma había establecido que su función fue la de “[...] romper con el amaneramiento de los escritores de la época colonial [...]”, precisando además que el ideal de algunos de sus miembros era el americanismo en la poesía y por ello ubicó su obra en el proceso de la literatura nacional.

Por su parte, Darío fue el poeta hispanoamericano que mayor influencia ejerció en las letras de América y España, como reconoció el propio Unamuno; y pese a criticarle su afrancesamiento y a la afirmación del propio nicaragüense de que “pensaba en francés”, fue reconocido como el poeta de la raza y de América, porque creía en una nueva cultura americana.¹⁹

Desde la perspectiva que abordó la cuestión cultural, algunos de sus poemas y ensayos los dedicó a América y a España, pero también adoptó una clara actitud antiimperialista en un periodo que abarca desde 1897, año en que escribió su artículo

¹⁷ José Carlos Mariátegui, *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, Lima, Amauta, 1978. El ensayo sobre “El proceso de la literatura” distingue tres periodos de la literatura (colonial, cosmopolita y nacional); el periodo cosmopolita es una fase transitoria que asimila simultáneamente las diversas literaturas extranjeras, y el periodo nacional.

¹⁸ Ricardo Palma, en *Tradiciones Peruanas Completas*, Barcelona, Aguilar, 1954.

¹⁹ Al respecto es interesante la obra de Juan Larrea: *Rubén Darío y la nueva cultura americana*, Valencia, Pre textos, 1987.

“El triunfo del Calibán” hasta 1906, como ya se señaló en el capítulo III de este trabajo. En la línea de Rodó y Vasconcelos, Darío partió por criticar las formas materialistas de vida de los yanquis, contraponiendo a lo sajón “el modo de vida de la América Española”, más espiritual y enarbolando lo latino como perspectiva ideal de vida, sin dejar de tener una clara conciencia del desplazamiento de los centros de poder económico, político y cultural. Particularmente sobre el significado de Francia y su cultura afirmó: “Me parece muy explicable que América, como todo el universo pensante, tienda hoy a la luz que viene de París. Antes el foco fue Atenas; y no tengo ningún inconveniente en creer que pueda llegar a serlo Nueva York, o Buenos Aires. Ello es obra de los siglos.”²⁰

A partir de su primer viaje a España en 1892, Darío estuvo muy ligado a este país y sus preocupaciones al respecto se pueden ubicar en otras obras como *España Contemporánea*,²¹ donde expresó extensamente sus opiniones respecto de la cuestión hispanoamericana. En este intercambio de ideas, el eje del debate fue la cuestión de la identidad y la tradición nacional. Desde este enfoque es importante analizar la ubicación de España en la conciencia latinoamericana en las obras Palma y Darío.

3.1.1 Ricardo Palma

En su obra *Recuerdos de España*, Ricardo Palma planteó una visión más orgánica y de conjunto de la problemática política, social e intelectual de España, misma que amplió en su correspondencia y explicitó en el diálogo con sus interlocutores. El libro está estructurado en tres partes: “Notas de viajes”, “Esbozos” y “Neologismos y americanismos”, donde sin duda, como señaló, se encuentra su postura más polémica e importante desde la perspectiva americanista.

En sus “Notas de viajes” destacan las observaciones en el sentido de que en España existía, pese a la monarquía, mayor libertad política que en algunas repúblicas

²⁰ Carta a Unamuno (21/05/1899). Archivo Museo Unamuno, Universidad de Salamanca.

²¹ Rubén Darío, *Obras Selectas*, Madrid, Edimat Libros, 2001.

americanas; a pesar de la gran impresión que le causó Barcelona como ciudad, centro económico y cultural, no dejó de consignar la existencia de mendicidad y pobreza en otras ciudades españolas. Al narrar su paso por La Habana y su relación con intelectuales cubanos vinculados a ideas autonomistas e independentistas, expresó su simpatía por la liberación de la isla.

En los “Esbozos” que hizo sobre los personajes políticos y literarios de España, dejó testimonio de sus nexos y relación con ellos en Madrid. Al reseñar sus obras, reconoció y admiró su producción, al tiempo que señaló el lugar que ocupaba cada uno en el medio cultural, aunque en esta época, algunos, faltos de principios o desilusionados de la política, se integraron plenamente al sistema restauracionista monárquico, lo que demuestran que en muchos de ellos la idea republicana se alejaba cada vez más de la perspectiva política española. Estos esbozos dieron por resultado un cuadro de personajes a los que Palma calificó conforme al lugar que ocupaban en la política y letras españolas de la época. Es la imagen de una generación que va de salida, agotada, cuyo relevo ya estaba en la escena política. Políticos monárquicos como Cánovas, republicanos como Castelar, Pi y Margall, literatos como Zorrilla, Balaguer, Echegaray, entre otros, desfilaron por su pluma, con juicios siempre críticos respecto de la situación política española.

En “Neologismos y americanismos”²², Palma lamentó la poca respuesta de los americanos a la convocatoria de España para celebrar el IV Centenario pero la atribuyó a la “errática política” del gobierno español, aduciendo que en franca hostilidad hacia los países latinoamericanos, España había tardado en reconocer la existencia de las nuevas repúblicas, y sólo lo había hecho ante el convencimiento de su imposibilidad material por reconquistarlas. Por eso para Palma la cosecha del IV Centenario fue negativa. España celebró este centenario con un claro objetivo político: la recuperación de su prestigio internacional como imperio aunque estaba en plena decadencia y su posición en las Antillas y las Filipinas era cada vez más difícil de sostener.

Hacia finales del siglo XIX, Palma distinguió claramente la existencia de tres generaciones de americanos: la de la independencia, con una postura radicalmente antiespañola; la hispanófila, interesada en la tradición e historia de España, interés surgido por su cercanía de la vida colonial y la herencia a las nuevas instituciones

²² Este texto fue publicado como libro de manera independiente en Lima, Perú en 1896, en la imprenta de Carlos Prince.

republicanas. A esta generación le reconoce importantes estudios sobre la lengua castellana: “Los trabajos más serios que sobre la lengua se han escrito en nuestro siglo, son fruto de plumas americanas. Baste nombrar a Bello, Irisarri, Baralt, los Cuervo y, como estilista, a Juan Montalvo.” La nueva generación (la tercera) se había iniciado en el siglo XX, era un tanto indiferente a España, y se nutría de la cultura occidental proveniente de Francia y Alemania.

Palma creía que estos matices generacionales no se oponían a la existencia de lazos sólidos entre España y América, donde desempeñaba un papel fundamental el idioma, por ser portador de cultura y elemento esencial de comunicación; en este aspecto criticó acremente a la Real Academia que había mostrado intransigencia frente a los neologismos y americanismos, sin considerar que eran aceptados y practicados por cincuenta millones de habitantes de las nuevas repúblicas americanas. Naturalmente esto para él era inaceptable, porque no concebía que pudiera darse la independencia política con una subordinación a España en la lengua.

La orientación conservadora y tradicional de la Academia fue una de las razones por las que las fiestas del centenario no contribuyeron a mejorar las relaciones hispanoamericanas, más bien, en opinión de Palma, “se entibieron”, y en oposición a la Academia reclamó: “Hablemos y escribamos en americano; es decir, el lenguaje para el que creamos las voces que estimamos apropiadas a nuestra manera de ser social, a nuestras instituciones democráticas, a nuestra naturaleza física.”

Es importante su posición en esta polémica, porque era un estudioso de las costumbres y tradiciones de la cultura y la dialéctica de su construcción permanente: “Nuestro vocabulario no será para la exportación, pero sí para cincuenta millones de seres en la América Latina. Creamos los vocablos que necesitamos crear, sin pedir a nadie permiso y sin escrúpulos de impropiedad en el término. Como tenemos pabellón propio y moneda propia, seamos también propietarios de nuestro criollo lenguaje.”²³

La importancia histórica de estas afirmaciones en cuanto a la cultura latinoamericana y nacional está en el reconocimiento de la necesidad que tenían de afirmar su identidad los países latinoamericanos y el idioma como una expresión viva de esta identidad. El debate en torno a problemas como el del idioma, fue en su momento, una cuestión fundamental para la identidad latinoamericana.

²³ Ricardo Palma, *op. cit.* p. 1381.

Estos temas fueron recurrentes en la correspondencia de Palma con Darío y Unamuno, además de enunciarlos o ampliarlos. En una carta del 12 de marzo de 1894, dirigida a Darío le comunicó que estaba revisando y terminando su libro sobre España, donde incluiría algunas apreciaciones personales sobre diversos autores españoles, producto de su viaje y de su asistencia a los actos conmemorativos del IV Centenario. Coincidentemente, Darío publicó en Argentina, con el nombre “Los Maestros”, algunos ensayos sobre intelectuales españoles, que después aparecieron en su obra *España Contemporánea*, de la que se hablará más adelante.

En una carta del 1 de mayo del 94, Palma le comunicó que su libro estaba prácticamente terminado, pero que le faltaba un capítulo en el que criticaba a la Academia de la Lengua Española por su rigidez e intransigencia contra los neologismos²⁴ de uso común en América. Aquí introdujo un nuevo tema con visiones antagónicas entre latinoamericanos y españoles, lo que se puede notar cuando afirma:

Estos señores creen que todavía el sol se posa en los dominios de España. Del fondo del capítulo por escribir resultará que para los americanos, el Diccionario no debe ser autoridad, que debemos ser refractarios a toda tiranía, inclusive la del léxico, que no nos conviene ajustar tratados sobre propiedad literaria con España ni con nación alguna de Europa, y que independientes en política, debemos serlo también en literatura.²⁵

Así, dejó asentado que el problema del idioma y la literatura iba más allá de ser una cuestión puramente lingüística, desentrañando su connotación política. En su correspondencia con Unamuno volvió sobre el tema, resaltando su planteamiento relativo a la libertad en el uso del idioma y construcción literaria, es decir, la necesidad de una literatura propia, latinoamericana y peruana. En este planteamiento coincidieron plenamente Darío y los modernistas. Ese año de 1894 empezó a editarse en Barcelona su libro *Tradiciones peruanas*.

²⁴ Como se sabe, un neologismo es un vocablo nuevo en una lengua, inventado, tomado por préstamo o derivación de la misma u otra lengua. En este caso el problema se presentaba porque diversas expresiones usadas comúnmente en países de la zona andina o México provenían del náhuatl o del quechua y otras derivaciones locales del castellano, adoptadas durante el siglo de vida independiente.

²⁵ Ricardo Palma, *Epistolario*, p. 304.

En su correspondencia con Unamuno, al tratar los temas relacionados con España e Hispanoamérica, Palma abordó de nueva cuenta la cuestión del idioma y la función de la Academia. Aquí amplió más sus ideas antagónicas con la política de esta institución, comparándola con la Inquisición, sobre todo porque en las sesiones a las que asistió en 1892, pocos le escucharon y más bien le mostraron una franca actitud hostil. Esta actitud intransigente y excluyente motivó que como acción de protesta se aplazaran tres academias americanas.

Contrastando su posición a la de la Academia, Palma propuso que la tarea de enriquecimiento del idioma fuera labor de los hispanófilos, en lugar de poner obstáculos para incorporar de nuevas palabras: “Lo discreto, lo juicioso es que España, en donde tal vez no excedan los cinco millones los que tiene el castellano como idioma regional, deje de ser intransigente con los cuarenta millones de americanos ¿Qué ganará con que, así como rompimos el yugo político, nos independicemos también del vínculo lingüístico?”²⁶

Como se deduce, para el peruano el problema del idioma se presentaba como parte de la emancipación mental de América, por tanto, representaba la posibilidad de una creación cultural propia, frente a la herencia colonial española. Pero pensaba que España podría ser partícipe de una nueva cultura hispanoamericana, por lo que reclamaba mayor apertura de los miembros de la Academia, considerando que la lengua se enriquecía con la incorporación de estos nuevos elementos.

Estaba convencido de que la influencia de la literatura española en el Perú era menor; señalaba que sólo eran conocidos y leídos Pérez Galdós y Unamuno a quienes se sumaba Blasco Ibáñez y las revistas *La España Moderna*, *La Lectura*, *Blanco y Negro*, *Gente Vieja*, entre otras. En contraposición, advertía la influencia de la literatura y de los autores franceses en la joven generación literaria. Al respecto, conviene mencionar que en el resto de América Latina la situación no era diferente, ni aun en Argentina, donde había más difusión de autores españoles de la época.

3.1.2 Rubén Darío

²⁶ Carta, 20/12/1903. Archivo Museo Unamuno, Universidad de Salamanca, España.

Darío mantuvo un estrecho vínculo con España; entre 1898 y 1900 escribió *España Contemporánea* en la que presentó un cuadro sobre diversos aspectos de la realidad peninsular; en *Tierras Solares* (1904) completó su visión de ese país, enriquecida por su segunda estadía en esas tierras.

En *España Contemporánea*, entre la amplia gama de temas que trató, dio su punto de vista sobre Barcelona y Madrid; la monarquía: el rey, la reina y la aristocracia; la política: los republicanos, los monárquicos; el arte y la literatura, pintura, museos, teatro, poesía y novela; eventos y festividades populares: el carnaval, la Semana Santa, los toros y fiestas campesinas; así como otros temas de corte social como la educación, la mujer, la Real Academia y las relaciones hispanoamericanas. También abordó aspectos relevantes de la historia española que repercutieron en la intelectualidad latinoamericana, como la cuestión del nacionalismo vasco y la fortaleza del catalán. Al igual que Palma, Darío se impresionó con Barcelona, por su arquitectura, su modernidad, su afirmación y demostración de independencia social, y por su movimiento político e intelectual, en contraste con el centralismo de Madrid.

Al analizar el poder de la monarquía, señaló que la crisis de la sociedad española, residía sobre todo, en la fragilidad de este dominio. La decadencia de la Corona, anclada en su falta de visión de futuro, y arraigada en un pasado del que no quería salir, había conducido al país a un hundimiento del que estas fuerzas retardatarias no lo podrían sacar: “No, no puede aguardar nada España de su aristocracia. La salvación, si viene, vendrá del pueblo guiado por su instinto propio, de la parte laboriosa que representa las energías que quedan del espíritu español, libre de políticos logreros y de pastores lobos.”²⁷

En el desarrollo de esta tesis, Darío presentó una visión amplia del estado de la sociedad y la cultura españolas. En cuanto a la situación de los intelectuales, su obra y los medios que hacían posible su difusión, mostró el atraso y pobreza del teatro, la pintura, la crítica, las revistas, los editores y las ediciones. Como contraparte, resaltó con optimismo la presencia de una nueva generación, que con el desastre del 98 constituía un embrión para el resurgimiento futuro de España. En ella destacó a Ángel Ganivet y, desde luego, a Miguel de Unamuno, a quien reconoció con más de un comentario elogioso.

²⁷ Rubén Darío, *op. cit.*, p. 349.

En este contexto, para el poeta, las fuentes de la literatura americana no podían provenir de España, sino de Francia, de París. Las condiciones existentes permitían romper con el colonialismo literario, esto es, superar la dependencia de las letras españolas. En cuanto a la influencia francesa, Darío ponía como ejemplo su caso, haciendo una confesión de parte al decir que pensaba en francés, además de que sus nexos con la literatura gala no eran sólo personales. Sin embargo, advertía que se debía distinguir entre “[...] lo que París tiene de sólido y verdaderamente luminoso, y el *article* de París que fascina a nuestros *snoobs* y bobos de la moda”. Desde su propia obra, reconoció que fue castiza hasta *Azul* (1888) a partir de la cual bebió en fuentes galas.

En su crítica a la literatura española afirmó que era muy poca la que merecía respeto, lamentando que esa poca no fuera conocida en América, porque lo que se difundía era una literatura “ridícula y fofa” proveniente de un elenco de escritores mediocres “[...] hijos de una España que no vale”, que habían propiciado que imperara una “indigencia mental”. Para Darío, en España existía un profundo desconocimiento de la realidad política, social y literaria de América que impedía un acercamiento entre los intelectuales de ambos lados del Atlántico.

En cuanto a la literatura en América Latina, consideraba que existía una que otra tentativa, que permitía hablar en ese momento de una producción intelectual incipiente. Esta literatura reclamaba fuentes nativas de inspiración, de ahí que sobresalieran temas indígenas, coloniales e independentistas y con ello también el replanteamiento de lo español en la historia latinoamericana. Por eso planteó: “Esto no quita que tendamos a la unidad en el espíritu de la raza.”

Aun a partir de estas realidades consideró la posibilidad de que los movimientos gestados en América pudieran influir en la renovación de las letras españolas, así al hablar del modernismo estableció:

En América hemos tenido ese movimiento antes que en la España castellana, por razones clarísimas: desde luego, nuestro inmediato comercio material y espiritual con las distintas naciones del mundo, y principalmente porque existe en la nueva generación americana un inmenso deseo de progreso y un vivo entusiasmo, que constituye su potencialidad mayor, con lo cual poco a poco va triunfando de obstáculos tradicionales, murallas de indiferencia y océanos de mediocracia.²⁸

²⁸ *Ibid.*, p. 319.

Calificó las relaciones entre España y sus ex colonias como precarias y desastrosas, y opinó que la responsabilidad recaía en exclusivamente de España. Propuso que para su restablecimiento había que partir de dos aspectos: el comercial y el de las simpatías nacionales, porque en los procesos de la independencia, entre la metrópoli y las colonias se había producido una aguda disminución del comercio, desplazamiento que permitió ocupar su lugar a otros países europeos: “La influencia española, perdida ya en lo literario, en lo social, en lo artístico, puede hacer algo en lo comercial.”²⁹

Convencido de que era posible crear nuevos y más estrechos vínculos en la producción intelectual, que en América comenzaba a dar sus propios frutos, esperaba de España, sobre todo, un cambio de actitud que no desacreditara a la cultura americana y ahondara en el conocimiento de su historia y realidad.

En su correspondencia con Palma y Unamuno, el poeta reafirmó las apreciaciones consignadas en su obra, es decir, sobre la “indigencia mental de la madre patria”, lo incipiente de la literatura americana y su influencia francesa, y el desconocimiento de la política y literatura americanas en España.

3.1.3 Palma y Darío, iniciadores de un nuevo hispanoamericanismo

Ricardo Palma y Rubén Darío fueron parte de una nueva generación de intelectuales que, desde una perspectiva renovada, replanteó las relaciones culturales entre América y España, estableciendo por primera vez la posibilidad de construir una nueva cultura hispanoamericana sin dependencias y en condiciones de igualdad. Ambos representaron la reacción en contra de la filosofía evolucionista, historicista y racionalista que generó el bienestar material de los países capitalistas, la expansión urbana y la idea infinita y omnipresente del sentido ilimitado del progreso. Con su obra, demostraron que el racionalismo sólo servía para desacreditar la razón. La ciencia dio al hombre una sensación de potencia ilimitada, en relación con el progreso, pero pronto descubriría que era víctima de una fuerza capaz de ser utilizada contra la propia humanidad de manera irracional y que una guerra podía destruir al planeta mismo.

²⁹ *Ibid.* p. 355.

En su oposición a dichas doctrinas, en América Latina donde había un marcado atraso económico, ambos mostraron que impedían enfrentar el reto de construir sus proyectos nacionales y de modernización capitalista. Precisamente a finales del siglo XIX, en América Latina se hacían patentes los fracasos de los proyectos liberales de construcción nacional.

El contexto en que se dio esta polémica muestra una nueva orientación en la cultura. Con exponentes como Darío y Palma, los movimientos regeneracionistas, idealistas, al lado de las nuevas tendencias políticas como el anarquismo y el socialismo (expresados en el auge del movimiento campesino y obrero, tras un nuevo ideario) replantearon su visión de la historia y proyectaron nuevos modelos de construcción nacional. Palma y Darío se inscribieron en esta nueva orientación y propiciaron una fructífera cooperación intelectual. Ambos autores manifestaron una visión antielitista, en Ricardo Palma por la defensa que hizo de los americanismos y neologismos en el idioma, hablados por millones de americanos; en Rubén Darío, por la esperanza manifiesta de la salvación española por medio de su pueblo, por las fuerzas laboriosas poseedoras del espíritu español. La admiración de ambos por el nacionalismo catalán estuvo marcada por una identificación con dos características de esta región: su desarrollo e independencia respecto a Madrid, que para ellos significaba la defensa del idioma catalán como vehículo de afirmación regional. Para América Latina esto reafirmó la posibilidad de un desarrollo propio e ilimitado.

3.2 “La España agónica” en la obra de José Carlos Mariátegui

La realidad económica, política, social, cultural e histórica de España fueron temas de profundo interés para José Carlos Mariátegui, quien entre 1923 y 1930 mantuvo correspondencia con algunos políticos e intelectuales y escribió diversos artículos, publicados en dos revistas limeñas de la época: *Varietades* y *Mundial*, algunos en la revista *Amauta* y uno en *Repertorio Americano* editado en San José de Costa Rica. Consideración aparte merecen los artículos de *Amauta* por diversos autores americanos y españoles sobre literatura, historia, la situación política de España y reseñas de obras de autores hispanos. Destaca la valoración que hizo Mariátegui de la acción y obra de Miguel de Unamuno.

Al abordar el tema de España en relación a su legado a los países que colonizó, Mariátegui partió del análisis de la situación política española del momento, el golpe

militar y la instauración de la dictadura de Primo de Rivera, la actitud de los intelectuales respecto a este régimen y los aspectos históricos en relación de los nexos entre ambos lados del Atlántico. Puso especial atención a la afinidad espiritual entre las tendencias conservadoras y reaccionarias, como opuestas a las democráticas y revolucionarias tanto de España como de América Latina.

El interés y conocimiento de este ideólogo peruano en España residían en la importancia que daba a los nexos históricos existentes entre la península y América, y al intercambio de ideas sobre cuestiones fundamentales como la formación de un pensamiento hispanoamericano y aspectos vinculados a la herencia española en los distintos ámbitos de la vida intelectual y cultural latinoamericana.

Conoció bien las características y creación del fenómeno intelectual español, hizo frecuentes referencias al respecto y, lo que es más importante, retomó algunas de sus categorías como instrumento de análisis de la realidad peruana y latinoamericana, polemizando también con muchas de estas ideas.

De la llamada generación del 98, además de Unamuno llamó su atención la obra de Ramón del Valle-Inclán, de Azorín y Ramiro de Maeztu, intelectuales que en la década de los veinte transitaban caminos diversos y en algunos casos hasta opuestos. Pese a las limitaciones editoriales de la época también estudió la obra de los hombres del 14 como Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Jiménez de Asúa. El análisis de Mariátegui sobre España ofrece una clara idea de la situación que prevalecía en ese país en la tercera década del siglo XX, aunque también de su proceso histórico, cuestión fundamental para el problema de la tradición.

3.2.1 La “agonía” española

El primer aspecto del análisis de Mariátegui sobre España se refiere a la crisis del antiguo régimen. En la tercera década del siglo XX, la península ibérica tenía una economía rezagada con un desarrollo industrial limitado, “embrionario y lánguido”, con amplias zonas donde prevalecía una agricultura de tipo feudal y con una balanza comercial desequilibrada, dado que las importaciones superaban a las exportaciones. Para Mariátegui esta situación era el reflejo de la inexistencia de una burguesía orgánica, vigorosa y revolucionaria, incapaz de afirmarse como clase para desarrollar un proceso revolucionario que condujera a España hacia la modernidad. Por el contrario, lo que había era un desarrollo incipiente de una burguesía que vivía a la sombra de la

monarquía y la aristocracia. Esta clase estaba subordinada a la aristocracia y a la clase feudal terrateniente, esta base sobre la que edificó el régimen de la Restauración Monárquica, donde las viejas y “arteroesclerosas” facciones liberales y conservadoras se alternaban en el gobierno, mediante un sistema “turnista”, con lo cual se pretendía formar un sistema monárquico parlamentario, similar al inglés.

Para Mariátegui este sistema, desde su origen, entrañaba la descomposición del viejo régimen monárquico, porque carecía de cimientos y bases para edificar un país fuerte y vigoroso, insertado en el mundo capitalista y occidental. El “anquilosamiento de la burocracia” impedía además el desarrollo de la débil democracia nacional, con las consecuentes y continuas crisis y desestabilización política en el país.

Entre 1918 y 1923, la presidencia del gobierno español sufrió diez cambios, dirigidos en su mayor parte por los conservadores, sin embargo, el último gobierno a cargo del liberal García Prieto, estuvo apoyado por una coalición parlamentaria de las izquierdas dinásticas: Romanones, Alba y Melquíades Álvarez. Fue la última carta de este ensayo de la “democracia hispana”. Su fracaso dio fin a un régimen monárquico, parlamentario y “turnista”, y con ello sobrevinieron la dictadura de Primo de Rivera y luego la Segunda República.

En este marco, Mariátegui analizó la cuestión de la crisis de la democracia española, planteando que no era exclusiva de España, sino de toda Europa, porque lo dominante en este periodo histórico era la contraposición de las tendencias revolucionarias y el fenómeno fascista; sin embargo, esta crisis de la democracia en la península revestía características particulares, dado que había prevalecido un régimen unitario y monárquico, por lo que la debilidad de la democracia tenía una raíz histórica. Así, para este intelectual el parlamento era un “órgano entorpecido, atrofiado, impotente”, mal aclimatado en España, en el que el proletariado no estaba representado, a diferencia de otros países europeos como Francia. En España este proletariado caminaba bajo las banderas del sindicalismo abstencionista y sorellianista, especialmente en Barcelona, donde se sentía la fuerte influencia del anarquismo.³⁰

Desde esta perspectiva, al situarse los partidos políticos por encima de los intereses de clases, contribuyeron a una lucha de categorías, corporaciones y sindicatos.

³⁰ Todos los artículos sobre el análisis de la situación política española fueron incluidos en *Figuras y Aspectos de la vida mundial* (t. 16, 17 y 18) de sus *Obras completas*.

El régimen estaba cada vez más acosado no sólo por las luchas obreras y campesinas, y los nacionalismos vasco y catalán, sino por las juntas militares.

En su análisis sobre la crisis española, prestó especial atención al papel castrense. Observó cómo con la oficialidad militar nacieron las juntas militares que expresaban la debilidad de régimen y sobre todo del Estado. Las características del ejército, que no era por cierto una institución moderna en cuanto a preparación y recursos, como había quedado demostrado desde la guerra del 98, eran conformarse como una instancia de ascenso social para los jóvenes provenientes de la nobleza y de la burguesía, lo cual ocasionó una “hipertrofia militar”:

El número de oficiales españoles es de veinticinco mil. Se calcula que existe un oficial por cada trece soldados. El sostenimiento de la numerosa burocracia militar ocupada principalmente en la guerra marroquí es una pesada carga fiscal. Los estadistas miraban en este pliego del presupuesto un gasto excesivo y desproporcionado a la capacidad del Estado español. Y esto estimulaba e incitaba a los oficiales a sindicarse y mancomunarse vigilante y estrechamente.³¹

Las juntas militares constituyeron una de las expresiones históricas más peculiares de la decadencia española, donde la oficialidad participó en acciones directas en los momentos decisivos de la historia del país en las primeras décadas del siglo XX hasta desembocar en la dictadura de Franco. La aventura militar en Marruecos estuvo en relación directa con los intereses y privilegios militares; el ejército apoyó esta guerra en la que se mezcló la vieja nostalgia de su antiguo rango en la política europea con la renovada búsqueda de prestigio internacional a costa de graves problemas económicos para su sostenimiento.

El golpe de Estado y la dictadura de Primo de Rivera fueron consecuencia directa de esta función que cumplía el ejército. Para Mariátegui, esta dictadura formaba parte del fenómeno reaccionario común a toda Europa, pero a diferencia del fascismo italiano y el nazismo alemán, movimientos masivos que exaltaban pasiones con sentimiento chauvinistas e imperialistas multitudinarias, especialmente entre la clase media, en oposición al proletariado y a la revolución, la dictadura en España se apoyó en las juntas militares, que contaron con la adhesión de un ínfimo número de intelectuales. Dicho golpe de Estado se dio para combatir a la revolución, y constituyó

³¹ José Carlos Mariátegui, *Figuras y Aspectos de la vida mundial*, t. 16, p. 47.

una contraofensiva de la reacción y de la idea conservadora. Una de sus primeras acciones fue el ataque que desató a la libertad de pensamiento, de cátedra y de prensa: “Este régimen representa una insurrección, un pronunciamiento, un *putsch*. Es un fenómeno reaccionario. No es la revolución sino su antítesis. Es la contrarrevolución. Es la reacción, que, en todos los pueblos, se organiza al son de una música demagógica y subversiva.”³²

La dictadura asumió la defensa del viejo orden social, implantó un gobierno absoluto y autocrático que se planteó como objetivos: triunfar en la guerra con Marruecos, solucionar los problemas económicos y fiscales; reafirmar la unidad española, extirpando las tendencias separatistas; sofocar la agitación revolucionaria y liquidar a los viejos partidos y sus políticos.

Pero en todos y cada uno de estos objetivos fracasó, porque lejos de resolverlos, agravó aún más la situación económica, política y social. Hacia finales de la década de los veinte se agudizó más la crisis. La dictadura había mostrado falta de capacidad y programa para atacar de raíz los problemas sustantivos; además había quedado completamente aislada, porque no sólo se oponían a ella las organizaciones de los trabajadores y la izquierda, sino también los liberales, republicanos, socialistas, la juventud estudiantil, grupos de derecha, de la aristocracia, del ejército, de capitalistas, etcétera. El apoyo que recibió de la monarquía y de Alfonso XIII selló de manera definitiva el destino de la dictadura y la monarquía, porque hacia finales de los veinte, era prácticamente imposible volver al viejo sistema de la restauración monárquica y parlamentaria: “En oposición a su pasado imperialista y ecuménico, España es, dentro de Europa, como todos sabemos, un país bastante clausurado y doméstico. Le falta en su presente lo que le sobró en su pasado: universalismo, internacionalismo.”³³

El golpe de Estado de Sánchez Guerra en Valencia fue el prelude definitivo de la caída de la dictadura, aunque pretendía restaurar la antigua constitución y antiguos partidos, ante el fracaso en la promesa de transformación del régimen político constitucional. Hacia 1930, el panorama político español enfrentaba una disyuntiva: la restitución del viejo sistema monárquico parlamentario, impulsado por Alfonso XIII o la

³² *Ibid.*, pp. 49 y 50.

³³ José Carlos Mariátegui, *Signos y Obras*, Lima, Amauta, 1979, p. 128.

instauración de una nueva república que era el reclamo del Partido Socialista, de los partidos republicanos, de los intelectuales y de las masas trabajadoras. Sin embargo, la vuelta a los viejos partidos turnantes y a la monarquía constitucional, tal como había funcionado antes del golpe militar, era ya una experiencia completamente desgastada, lo que llevó a la instauración de un nuevo régimen republicano.

3.2.2 El fenómeno intelectual

Con la supresión de la libertad de expresión, de cátedra y la conculcación de todos los derechos individuales, gran parte de los intelectuales asumió una actitud de abierta oposición al régimen dictatorial y empezó a incubarse una nueva conciencia pública que reclamaba ante todo democracia, libertad y constitución, entre otros.

Mariátegui destacó la importancia de la intelectualidad en el socavamiento del viejo régimen, con lo que coadyuvó al descrédito de sus políticos y la descalificación de sus métodos. Los intelectuales denunciaron incansablemente la incapacidad del régimen y la corrupción de los partidos turnantes y, sobre todo, la ineptitud de la vieja clase gobernante para adecuarse a la nueva realidad histórica: “[...] condenaban las averiadas facciones liberales, no propugnaban la exhumación de las facciones absolutistas, tradicionalistas. Se declaraban descontentos y quejosos del presente, pero no sentían ninguna nostalgia del pasado.”³⁴

En cuanto a la dictadura de Primo de Rivera, la enfrentaron abiertamente y la sometieron a una dura crítica; pese a la censura que impuso a la prensa (periódicos y revistas) y los ataques a la libertad de pensamiento, la voz de los intelectuales, propugnando la instauración de un nuevo régimen, fue escuchada no sólo al interior de España, sino también en el resto de Europa y América. Desde el exilio, Unamuno y Eduardo Ortega y Gasset publicaron en Endaya, Francia de “Páginas Libres” revista que recogió las más violentas requisitorias en contra de la dictadura de Primo de Rivera.

A partir del reconocimiento que Mariátegui hizo del papel de estos intelectuales en contra del antiguo régimen y de la dictadura, estableció el papel que algunos de ellos habían desempeñado en este marco político y su proyección hispanoamericanista. En su opinión, Miguel de Unamuno era el autor español más conocido y apreciado, que debía la difusión de su obra a su “quijotismo señero, a su genio castizo, a su individualismo áspero y, en general, a los elementos esenciales, intrínsecos de su obra”. Era una de las

³⁴ *Ibid.*, p. 121.

grandes inteligencias de Europa y occidente, su pensamiento era universal porque reflejaba las inquietudes, preocupaciones y actitudes del pensamiento contemporáneo. Además, Unamuno asumió una postura original y novedosa, su “filosofía paradójica y subjetivista” era una filosofía relativista y su pensamiento siempre tuvo un hondo sentido revolucionario.

Según el peruano, Unamuno tenía un perfil muy personal, muy propio y “constituía la expresión del liberalismo absoluto, el último y robusto brote del terco individualismo ibero y la tradición municipal española”. Unamuno asumió ante la vida una actitud original y nueva, con afinidades espirituales con otros escritores europeos; su arte tiende a la creación libre de la ficción. Su manera de pensar es “muy moderna, audaz y cosmopolita.” Su pensamiento e influencia han tenido un hondo sentido revolucionario, por su oposición a la reacción y al despotismo de la inteligencia.

Al hacer una reseña del libro *La agonía del cristianismo*, Mariátegui decía que Unamuno “es un maestro en el arte de animar o reanimar las palabras.” Sobre todo porque recobró la acepción original de la palabra agonía. “Agonía quiere decir lucha. Agoniza aquel que vive luchando; luchando contra la vida misma. Y contra la muerte”.³⁵ Así, Unamuno concebía la vida como lucha, como combate, como agonía: “La agonía ¡Morir de no morir! ¿No es también la angustia de nuestra época, de nuestra civilización? ¿No es ésta también el drama de occidente? ¿Por qué nos parece tan terriblemente actual este grito agónico, esta frase agónica, esta emoción agónica?”³⁶

Refiriéndose a la inteligencia de Unamuno, dijo que era apasionada, demasiado impetuosa, pero al mismo tiempo con un pensamiento visionario.

Unamuno tiene algo de iluminado, de profético. En su pensamiento se descubre siempre alguna vaga pero cierta anticipación del porvenir. Varios años antes de la guerra, cuando el occidente se mecía aún en sus ilusiones positivistas, cuando el espíritu de Sancho parecía regir la historia, don Miguel de Unamuno predicó el evangelio de Don Quijote. Entonces el mundo se creía lejano del quijotismo, de una vuelta al romanticismo. Y el evangelio de Unamuno no fue entendido sino por unos cuantos alucinados, por unos cuantos creyentes. Mas hoy que por los caminos del mundo pasa

³⁵ *Ibid.*, p. 116.

³⁶ *Ibid.*, p. 117.

de nuevo el caballero de la Triste figura, son muchos los que recuerdan que el filósofo de Salamanca anunció su venida.³⁷

No obstante Mariátegui no dejó de señalarle a Unamuno su incorrecta interpretación del marxismo al poner por delante su monotonía materialista, para el Amauta en cambio, lo que había movido al marxismo en la historia era esa “alma agónica” y ese espíritu polémico;³⁸ esta interpretación de lucha y agonía, aplicada por Unamuno al cristianismo, se consustanciaba precisamente con el espíritu del marxismo.

Pese a sus diferencias con el pensamiento de Unamuno, lo consideró un revolucionario, mientras que Ramiro de Maeztu era un reaccionario, no sólo por su adhesión a la dictadura de Primo de Rivera (fue embajador en Costa Rica), sino porque había renegado de su liberalismo para convertirse en apologista de la dictadura. Su trayectoria era el resultado de la exacerbación de las contradicciones entre la reacción y la revolución, la quiebra de la democracia y del liberalismo.

Mariátegui se refirió además a otros autores como Azorín, también conocido en Sudamérica, pero consideró su obra como una continuación de Larra (liberalismo del siglo XIX) que traducía o reflejaba una “España malhumorada, malcontenta, melancólica, aislada de las corrientes espirituales de Europa.”³⁹ Por lo tanto, no reflejaba las emociones de la España del momento, que se debatía en una lucha por su porvenir.

Otro de los intelectuales españoles que admiró Mariátegui fue sin duda Valle-Inclán de quien aplaudía su “arbitrarismo y su espíritu quijotesco”; su obra abarcó diversos géneros como novela, cuento, poesía, teatro y ensayo.

Valle-Inclán es tradicionalista, ultramontano, por oposición a la España jesuíticamente constitucional, burocráticamente dinástica, falsamente liberal de don Alfonso XIII. Es o ha sido carlista; pero no a la manera de don Carlos ni de su líder Vázquez de Mella. Ha sido carlista por sentir en el carlismo algo así como una reivindicación del caballero andante. [...]. Y hoy mismo, interrogado sobre el porvenir del liberalismo por un diario español, ha respondido que un liberalismo iluminado debe hacerse

³⁷ *Idem.*

³⁸ Este aspecto lo desarrolló en su obra *Defensa del Marxismo*, Lima, Amauta, 1978, donde resaltó el sentido heroico y creador del socialismo.

³⁹ *Ibid.*, p. 124.

socialista. El porvenir no será liberal sino socialista. Don Ramón no lo piensa ni como político ni como intelectual; lo siente como artista, lo intuye como hombre de genio. Este hombre de la España negra es el que más cerca está de la España nueva.⁴⁰

Para Mariátegui, lo trascendental de la obra de Valle-Inclán estaba en su compromiso social, en su atracción por los hechos de carácter popular, en su sensibilidad humana y artística. Pero también estaba en la creación de nuevas formas de expresión, en la ruptura del lugar común.

El gesto bizarro, el lenguaje osado, la imaginación aventurera, la sensibilidad genial de Valle-Inclán es, para todos los que estamos siempre dispuestos a mandar al diablo las invitaciones de un hispanismo diplomático y metropolitano, uno de los testimonios más fehacientes de la vitalidad de España que amamos, y de la cual no estamos nunca tan cerca como cuando nos vence la gana de renegar de España, ahítos de sus borbones, infantes, duques, académicos, curas, doctores, alguaciles, bachilleres y cupletistas. Desde el fondo de la historia de España, don Ramón del Valle-Inclán, cenceño y filudo personaje del Greco, manco como Cervantes nos tiende su única mano, generosa e impávida.⁴¹

Valle-Inclán fue el creador del esperpento, un nuevo estilo en la novela, dialogada, con profundo sarcasmo, que era al mismo tiempo una actitud de rebeldía frente a la sociedad, a los falsos valores en la literatura y el arte y a toda injusticia humana.

En cambio la obra de Blasco Ibáñez fue para Mariátegui un artículo de exportación, sobre todo en el primer cuarto del siglo XX, periodo de mayor éxito con novelas como: *La Barraca*, *La catedral*, *Sangre y Arena*, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Sónica la cortesana*, *Mare Nostrum*. Mariátegui le reconoció su oposición y combate a la dictadura de Primo de Rivera, hecho que aminoró un poco la aversión que sintieron algunos intelectuales latinoamericanos por los ataques que Ibáñez había hecho a la Revolución mexicana.

Aunque la obra del valenciano era tan conocida como la de Unamuno y su pensamiento se inscribía dentro del mundo liberal, democrático y republicano,

⁴⁰ José Carlos Mariátegui, *El artista y la época*, Lima, Amauta, 1979, pp. 131 y 132.

⁴¹ *Ibid.*, p. 134.

Mariátegui advirtió en su obra ideas estandarizadas, sin emoción sobre temas como democracia, capitalismo, la Entente, justicia y derecho, la novela realista, la Europa progresista, humanitaria y democrática, etcétera. Además de su admiración hacia la Revolución francesa y los derechos universales del hombre.

En su análisis resaltó la obra de los intelectuales de la llamada generación del 14 como: José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Jiménez de Asúa, los dos últimos por su abierta lucha en contra de la dictadura de Primo de Rivera.

La obra de Ortega y Gasset *La España invertebrada* (actual pero un poco retórica) le interesó porque retrataba nítidamente la crisis de España. Sin embargo, éste fue uno de los autores con cuyas ideas polemizó a menudo, sobre todo cuando Ortega asumió la postura del necesario antipoliticismo de los literatos. “En los periodos tempestuosos de la historia, ningún espíritu sensible a la vida puede colocarse al margen de la política. La política en esos periodos no es una menuda actividad burocrática, sino la gestación y el parto de un nuevo orden social.”⁴²

Mariátegui sostuvo que la inteligencia no puede ser apolítica, sobre todo en una época “principalmente política” y de emoción revolucionaria. Esto le hizo valorar la obra Jiménez de Asúa como uno de los representantes de la inteligencia española que Hispanoamérica más conocía y admiraba; lo presentó como un embajador de la inteligencia ibérica y representante de la España verdadera. En el mismo sentido se expresó de la obra y lucha de Gregorio Marañón.

Jiménez de Asúa, como don Miguel de Unamuno, tan presente y esencial de todo pensamiento que nos conduzca a España, como Gregorio Marañón, pertenece a un tipo de intelectuales que no entienden los deberes de la inteligencia restringida a un plano profesional sino extendidos a la defensa de todos los valores de la civilización que no se reduce ciertamente a la ciencia, la cátedra y el arte. Hombres de sensibilidad exquisita, que reconocen en todo retorno a lo antiguo, en toda recaída en el absolutismo, en política, una agresión a la cultura, a la civilización, agresión que si no es rechazada victoriosamente comprometerá e insidiará el progreso de todas las actividades del espíritu, a comenzar por aquellas que algunos suponen más autónomas.⁴³

⁴² *Ibid*, p. 121.

⁴³ *Ibid*, pp. 132 y 133.

Sin embargo, en la lucha y oposición a la dictadura de estos intelectuales, Mariátegui observó una limitación: representaban un nuevo espíritu, un nuevo pensamiento científico y hasta filosófico, pero no un pensamiento político. “Y una revolución política no puede ser obra sino de un pensamiento político también.”

En cuanto a los vínculos entre España e Iberoamérica y a la tradición española, Mariátegui precisó que la producción intelectual debía ser ubicada en su tiempo, como el caso de la poesía de Jorge Manrique, quien fue un místico medieval, que ignoró tanto la vanidad del presente como la del pasado porque concebía la vida terrenal como preparación para la vida eterna. Igual que Unamuno y Ganivet, el amauta reconocía en la mística la única tradición filosófica genuinamente española.

Desde la visión de Mariátegui, reconocer esta tradición histórica permitiría reconocer también la tradición española y lo que ésta había aportado a los países latinoamericanos. Incluso afirmó que el liberalismo español se actuó en América, ante la incapacidad de ser actuado por la burguesía española, que vivía supeditada a la monarquía y la aristocracia.

Fundadamente piensan algunos hombres de estudio contemporáneos que la revolución liberal burguesa de España se actuó en América, se resolvió en la independencia hispanoamericana. La clase civil, el espíritu burgués, no lograron su plenitud sino en las colonias, debido a las circunstancias económicas e históricas que propiciaban su emancipación.⁴⁴

Por la circunstancia histórica que vivía España, se tendieron puentes de solidaridad y comunicación que permitieron revalorar la tradición española, por eso afirmó que la inteligencia en Hispanoamérica tenía como deberes la solidaridad con la lucha que desarrollaba la intelectualidad española ante una nueva inquisición. “Los iberoamericanos, sobre todo, no creíamos viva a España —viva en la civilización y en el espíritu— sin el testimonio de Unamuno y sin el testimonio de los que, en el castillo de Montjuich o en otra cárcel de esta inquisición marcial, dan fe de que no ha perecido la estirpe de don Quijote.”⁴⁵

No obstante, esta solidaridad y lucha eran el único medio por el cual España podía buscar su continuación en América, en su tradición, en su ciencia y en su

⁴⁴ José Carlos Mariátegui, *Figuras y Aspecto de la Vida Mundial*, t. 16, p. 90.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 73.

literatura y eran los intelectuales comprometidos con la lucha en contra de la dictadura de Primo de Rivera quienes hacían posible estos puentes de comunicación.

Otra cuestión que identificó fue que España, al aferrarse a su política colonialista, y al desconocer un hecho histórico incontrovertible como lo fue la independencia latinoamericana, se quedó paralizada y estancada en el pasado, con lo cual se relegó aún más de las modernas transformaciones de los países de Europa occidental.

La inserción del pensamiento latinoamericano dentro de las nuevas corrientes fuera del ámbito español y el reconocimiento de la crisis posbélica por los intelectuales de estos países les permitiría redescubrir y entender a América. Por eso Mariátegui afirmó que a la América Española le había nacido un alma nueva. Porque el cosmopolitismo conducía al autoctonismo y puso como ejemplo la obra de Rubén Darío, “[...] hijo del trópico como Gómez Carrillo, aunque como gran poeta más americano, menos desarraigado, condensa, reúne y preside este fenómeno a través del cual nuestra América no asimiló tanto a la Sorbona como al boulevard”.⁴⁶

Acorde con su visión de recuperar la tradición nacional de manera integral, los estudios de Mariátegui sobre el Perú y Latinoamérica estuvieron vinculados no sólo a la tradición histórica española, sino además a la situación política y social de la España contemporánea y los vínculos espirituales que unían a los dos lados del Atlántico. Su especial atención a lo producido por intelectuales como Unamuno, Jiménez de Asúa, Gregorio Marañón, Araquistain, y Ortega y Gasset, entre otros, se debió a que reconocía en ellos el nuevo espíritu español y porque ofrecían todas las posibilidades para la vinculación de un nuevo pensamiento hispanoamericano. La solidaridad con el pueblo y la inteligencia española en contra de la dictadura de Primo de Rivera era un medio a través del cual podrían consolidarse esos lazos de unión y el renovado compromiso de caminar en la búsqueda de una sociedad más justa, que insertara a América Latina y a España en el concierto mundial, desempeñando un papel protagónico.

3.3 Los mexicanos y su visión de España

⁴⁶ José Carlos Mariátegui, *Signos y obras*, p. 126.

En los últimos 20 años del siglo XIX, algunos intelectuales mexicanos se interesaron por España y su cultura, con el objetivo de conocer y difundir aspectos de la historia y realidad española en México, así como aspectos de la cultura mexicana en España, para cambiar la visión negativa de la península en este periodo. Si bien su trabajo intelectual se dio a partir de sus investiduras diplomáticas y, por tanto, al servicio de un gobierno, su obra contribuyó significativamente al replanteamiento de lo español.

Si alguna vez para los liberales mexicanos España representó “la noche medieval”, al final del siglo —cuando los liberales ya se habían transformado en los nuevos conservadores—, la antigua metrópoli ya no significaba ningún peligro ni desafío político y sí, en cambio, una cierta posibilidad de cohesión e identidad útil para enfrentar el peligro del futuro: el estadounidense.⁴⁷

Manuel Payno y Justo Sierra fueron un puente entre aquellos que renegaron abiertamente de la tradición española y las nuevas corrientes de pensamiento que la plantearon en una perspectiva distinta. A partir de la Revolución mexicana y sobre todo en la década de los veinte destacan las obras de Martín Luis Guzmán y Alfonso Reyes, entre las más significativas.

Algunos intelectuales actuaron en el marco del gobierno y la dictadura de Porfirio Díaz (1878-1910), quien desde su ascenso al poder postuló que iba a pacificar el país, como parte del programa liberal que se había iniciado desde la República Restaurada; a impulsar el progreso económico para transformar al país, a conducirlo hacia la “modernidad” y a establecer las libertades políticas, siempre que no afectara a los dos elementos anteriores y cuando el pueblo estuviera capacitado para “ser democrático”.⁴⁸

Como se sabe, la pacificación se convirtió en un arma para castigar “el bandolerismo”, las “correrías de los apaches” pero, sobre todo, para reprimir de manera cruenta las rebeliones indígenas en contra del despojo de sus tierras por parte de los grandes terratenientes, en particular el pueblo yaqui en Sonora y con los mayas en Yucatán.

⁴⁷ Lorenzo Meyer, *op. cit.*, p. 70.

⁴⁸ Este argumento fue repetido para las sucesivas reelecciones de Díaz. Incluso Francisco Bulnes, en la Segunda Convención Liberal, en junio de 1903, presentó la reelección “[...] como acto nacional, indispensable y honroso para el pueblo mexicano.”

El progreso económico sólo se dio para una minoría ligada al capital extranjero, que llegó a controlar el 90% del capital invertido en la minería, la electricidad, la banca y el petróleo. Se tendió una gigantesca red ferroviaria que unió entre sí a varias ciudades, se construyeron grandes edificios y teatros; se duplicó la población, crecieron las ciudades y los servicios, pero como contraparte estaban la miseria del campesino, las tiendas de rayas de los peones en las haciendas y, en general, el aumento de la explotación y opresión brutal hacia el pueblo, conformando la otra cara de esta “modernidad”.

Las libertades políticas fueron letra muerta, pues el gobierno de Díaz se caracterizó por su autoritarismo, especialmente implacable con la prensa crítica y todo signo de oposición a su régimen. Tanto el porfiriato en México como la Restauración en España constituyeron respuestas de los grupos del viejo poder para perpetuar sus privilegios. El reacomodo de las antiguas clases tradicionales y su vinculación con los nuevos grupos económicos estuvieron representados precisamente en ambos sistemas políticos. De esta manera, hicieron frente a la inestabilidad política generada por las nuevas condiciones internacionales y, sobre todo, por los grupos económicos emergentes, ligados a los intereses del capital financiero mundial.

3.3.1 Relaciones diplomáticas

Las relaciones diplomáticas entre ambos países se restablecieron a partir de 1871 y, hasta 1910, se puede afirmar que fueron “estables y por tanto normales”, con tensiones “menores”, resueltas por medio de la concertación. España dejó de lado su pretensión de una reconquista americana o de ejercer influencias directas en sus ex colonias; y México, por su parte, desarrolló una política de “reconciliación” con su ex metrópoli.⁴⁹

Se resolvió de manera definitiva el problema de la deuda que le reclamaba España a México; en cuanto a la Revolución de independencia cubana, España logró la colaboración del gobierno mexicano en contra de los patriotas cubanos, limitando por

⁴⁹ Aquí puede consultarse entre otras, la obra de Carlos Illades: *Presencia española en la revolución mexicana (1910-1915)*, México, UNAM/Instituto Mora, 1991, que en su primer capítulo se refiere precisamente a las relaciones diplomáticas entre España y México durante el porfiriato; el ensayo de Agustín Sánchez Andrés: “La normalización de las relaciones entre España y México durante el porfiriato (1876-1910)”, en *Historia Mexicana* XLVIII: 4, 1999, pp. 731- 766; además la recopilación de Manuel Mino Grijalva, *Tres Aspectos de la presencia española en México durante el porfiriato: relaciones económicas, comercial y población*, México, el Colegio de México, 1981.

ejemplo el uso del territorio para la organización y apoyo de su lucha. Frente a la guerra del 98, el gobierno mexicano mantuvo una política de neutralidad (como todos los gobiernos latinoamericanos), pero de ninguna manera de hostilidad hacia España. Finalmente, otro factor que contribuyó a esta “cordialidad” en las relaciones fueron los intereses económicos de la colonia española en México, en general ligados al gobierno nacional y que impulsaron en alguna medida las relaciones comerciales entre los dos países, que eran poco significativas. Por ello, en términos generales, el nivel las relaciones diplomáticas y oficiales entre ambos países fue favorable, e incluso en el ámbito cultural se promovieron con interés. Con esta orientación, la legación mexicana estuvo integrada por intelectuales sobresalientes de la época.

Con el inicio de la Revolución mexicana y hasta 1930, las relaciones cambiaron radicalmente y puede afirmarse que se transformaron en un constante desencuentro, sobre todo por la errática política española con respecto a los acontecimientos históricos mexicanos, y donde desempeñó un papel importante la colonia española vinculada a los grupos de poder que se vieron afectados por las huestes revolucionarias, cuestión que planteó nuevos problemas que tardarían en solucionarse.

La Revolución mexicana de 1910-1920, significó no sólo un problema para la buena marcha de los negocios españoles en México, sino que la lucha impulsó el desarrollo del sentimiento nacionalista. Inevitablemente, la agudización de éste, tuvo como uno de sus blancos favoritos, de nuevo, a individuos, agrupaciones, actividades y símbolos españoles. La respuesta a esas señales de hostilidad por parte de los mexicanos no pudo ser directa —simplemente no tenían los recursos para ello—, pero el gobierno y la comunidad españoles decidieron apostar sistemáticamente a favor de la contrarrevolución.”⁵⁰

En lo tocante al pensamiento y la cultura, en México también se puede hablar de una significativa producción intelectual que provenía del viejo liberalismo reformista de Payno, Altamirano y Riva Palacio, entre otros; el cientificismo, en el que se incluye el positivismo comtiano, el evolucionismo de Spencer y el biologismo de Haeckel;⁵¹ el

⁵⁰ Meyer, Lorenzo, p. 248. A la misma conclusión llega Óscar Flores en su obra *El gobierno de su Majestad Alfonso XIII ante la Revolución Mexicana*, Monterrey, Senado de la República, 2001.

⁵¹ Al referirse a las corrientes de pensamiento a finales del siglo XIX y principios del XX en México, Abelardo Villegas establece que se les puede ubicar en dos sentidos: “[...] la influencia del pensamiento de Augusto Comte en México, ya que la filosofía de Comte es la que estrictamente puede ser denominada positivismo.”, y “[...] toda suerte de doctrinas que exaltaron el valor de la ciencia, y

liberalismo crítico que luego devino anarquismo, y que tuvo como exponentes a Ricardo Flores Magón y el círculo regeneracionista; el modernismo expresado fundamentalmente en los poetas Gutiérrez Nájera y Díaz Mirón, así como las primeras manifestaciones del socialismo.⁵² Todo esto influyó en la intensidad y calidad de las relaciones entre intelectuales y en la visión de los mexicanos respecto a España y consecuentemente en el intercambio cultural y político de la época entre ambos países.

3.3.2 Visión mexicana

La expansión del positivismo mexicano y latinoamericano en la segunda mitad del siglo XIX fue posible porque dio sustento ideológico, sobre la base de un orden racional y moderno, al proceso de formación del Estado y la Nación, operando en función de las diversas exigencias y demandas de dichos proyectos impulsados por las clases dominantes, con lo cual surgió nítidamente el planteamiento de la “cuestión nacional”.

El positivismo ofreció un instrumental teórico y una visión para interpretar el pasado nacional, además de explicar los problemas más acuciantes del país. Desde *Oración cívica* (16 de septiembre de 1867) de Gabino Barreda, que explicó la historia mexicana a partir de la ley de los tres estadios de Comte, hasta la obra de Justo Sierra y de otros intelectuales, se ofreció y se construyó, de manera perseverante, una visión del pasado mexicano. Incluso se llegó a concebir al positivismo como el instrumento idóneo para la emancipación mental de América.⁵³

Este fenómeno ideológico coincidió con la incorporación de América Latina al mercado capitalista mundial. El progreso y desarrollo científico, la educación laica y el paternalismo del saber fueron los medios de que se valió la oligarquía para implantar su proyecto y sus vincularse con el mercado mundial dominado por Inglaterra y con el creciente poder yanqui, más cercano de México.

principalmente el darwinismo y evolucionismo de Spencer que, desde luego, tiene parentescos conceptuales con la filosofía de Comte.” *Positivismo y porfirismo*, México, SepSetentas, 1972, p. 5.

⁵² Existe una amplia bibliografía para el caso mexicano, pero una de las obras que permite una visión global del periodo es el libro de Abelardo Villegas, *Autognosis. El pensamiento mexicano en el siglo XX*, que es una reflexión sobre el significado del ser mexicano y, por tanto, aparece como la historia de una gran controversia y confrontación de visiones diversas de este problema del ser nacional.

⁵³ Bajo la divisa de libertad, orden y progreso, el positivismo se asentó en tierras mexicanas como filosofía del porvenir en donde, de este triple lema se estableció “la libertad como medio; el orden como base y el progreso como fin,” perfectamente compatible con el programa liberal y porfirista.

En México, el positivismo de inspiración comtiana articuló una serie de categorías que legitimaron la presencia de un Estado fuertemente centralizado. Éste fue el caso de Justo Sierra que criticó el idealismo de la constitución de 1857 y justificó la dictadura de Porfirio Díaz, al que calificó de “hombre extraordinario”, comparándolo con Washington, Lincoln, Bismarck y Juárez.⁵⁴

La corriente científicista prevaleciente durante el porfiriato tuvo un marcado carácter racista, no sólo por la visión paternalista respecto de las imposibilidades democráticas del pueblo, al que ubicaba como falto de madurez y en minusvalía, sino por considerar sobre todo a los indígenas como una raza degenerada, sin posibilidades de emancipación. Aunque es cierto también que algunos intelectuales que se adhirieron al positivismo adoptaron una postura antiimperialista, como Andrés Molina Enríquez que en su obra *Los Grandes problemas nacionales* (1908) concilió el científicismo con el antiimperialismo.

La pretendida “paz y progreso social” porfiristas desencadenaron la Revolución mexicana, y generaron además una reacción antipositivista, que se expresó a partir del Ateneo de la Juventud en 1910.⁵⁵ En esta polémica se opusieron al positivismo elementos idealistas, culturalistas y hasta cristianos; algunos intelectuales rompieron con el antiguo régimen, se sumaron al proceso revolucionario y tuvieron un papel relevante en los primeros gobiernos posrevolucionarios, donde plasmaron sus ideas y proyectos; esto se evidenció sobre todo en la obra educativa impulsada por Vasconcelos y en la producción intelectual de Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán.

Otro factor de este replanteamiento en las relaciones intelectuales entre España y México fue la migración española hacia América en este periodo. Se sabe que de 1880 a 1930 hubo una gran oleada de españoles hacia América y que los principales países receptores fueron Argentina, Cuba, Estados Unidos, Brasil y Uruguay. México también impulsó un proceso de colonización de extranjeros, como forma de impulsar el desarrollo económico y de crear riquezas. De la cantidad de migrantes que arribaron al país, la más significativa fue la española, que ocupó el primer lugar de residentes

⁵⁴ Véase específicamente su obra *Evolución política del pueblo mexicano*, donde dedica una parte a analizar el papel de Porfirio Díaz en la historia mexicana.

⁵⁵ Las conferencias del Ateneo de la Juventud en 1910, conmemorativas del centenario de la independencia de México, constituyen una ruptura pública de la nueva generación con respecto a los “científicos”; también fueron expresión de las nuevas preocupaciones y temas como el hispanoamericanismo y lo mexicano.

extranjeros. Algunos datos que aporta la investigación histórica ilustran el crecimiento de esta migración.

Según Juan de Dios Bojórquez, en 1887 había sólo 9553 ciudadanos españoles en México (7578 hombres y 1980 mujeres); en 1900 esta cifra se había duplicado y hasta 1910 continuó constante. Los censos de 1895 y 1900 arrojaron, respectivamente: 13727 y 16278. La mayor afluencia se observó de 1900 a 1910, probablemente atraída por la paz porfiriana. En la época revolucionaria descendió esta migración y se volvió a incrementar hasta la década de los veinte.⁵⁶

En cuanto al sexo, la cantidad de mujeres migrantes constituyó siempre un porcentaje poco significativo. Según Dolores Pla, en 1898 sólo era el 19.35 por ciento.⁵⁷ Hacen falta estudios que expliquen la aportación cultural de la población española en México y de las mujeres en particular. En el periodo estudiado, esta colonia estuvo ligada económicamente a los intereses del gobierno de Díaz y, según Payno, ocupaba un papel preponderante en sectores como el azúcar, el aguardiente, las tiendas de abarrotes, panaderías e incluso en la banca y otros negocios con inversión de grandes cantidades de capital.⁵⁸

Así, en la guerra del 98, las manifestaciones en la prensa mexicana revelaron un abanico de posturas sobre el conflicto: desde el apoyo a los patriotas cubanos, la simpatía hacia los estadounidenses o una inclinación pro española (reflejada en el periódico *Correo Español*) hasta la pregonada “neutralidad” del gobierno mexicano.

Con relación a la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América, el Congreso Hispanoamericano de 1900 y la conmemoración del centenario de las Cortes de Cádiz en 1912, hay testimonios y obras de intelectuales mexicanos respecto a su significado. Los esfuerzos de la Corona española por reconquistar un papel preponderante, buscando recuperar su presencia internacional, con un cierto liderazgo “espiritual y cultural” en los países hispanoamericanos tuvieron poca relevancia, porque en el ámbito oficial, la mayoría de los gobiernos latinoamericanos se plegaron a los designios estadounidenses.

⁵⁶ Juan de Dios Bojórquez, *La Inmigración Española en México*, México, Crisol, 1932.

⁵⁷ Dolores Pla Brugat, “Españoles en México (1895-1980). Un recuento” en *Secuencia*, núm. 24, sep.-dic. de 1992, pp. 107-120.

⁵⁸ Payno en 1889 habla de la colonia española en México como la más numerosa y rica, compuesta sobre todo por asturianos, montañeses y en segundo orden por andaluces y castellanos.

En México, a finales de este periodo, se propició un profundo replanteamiento de los proyectos de construcción nacional, criticando los viejos esquemas positivistas y liberales que no podían dar respuestas a la nueva problemática que enfrentaba el país, contraponiendo un proyecto de nación para sustituir al viejo aparato estatal del porfiriato.

3.3.3 Los intelectuales mexicanos frente a España

Durante el gobierno de Porfirio Díaz se promovió de manera oficial un acercamiento con España; destacados intelectuales mexicanos vivieron en la península, en su mayoría cumpliendo funciones diplomáticas, situación que les permitió conocer la realidad española del momento, su historia, su cultura y, consecuentemente, iniciar relaciones con la intelectualidad española. Como parte de este interés oficial, promovieron y difundieron la cultura mexicana, a fin de que los españoles se actualizaran sobre México y, al mismo tiempo, difundieron aspectos de la realidad española entre los mexicanos, lo que propició una visión más objetiva y racional de ambas partes.⁵⁹ Uno de los factores que ahondaba las diferencias entre ambos países era el desconocimiento mutuo, producto de las miradas contrapuestas y la negación mutua, desarrolladas a lo largo del siglo XIX, sobre todo a partir de la Independencia. Entre los intelectuales que residieron en España y contribuyeron a revalorar la cultura española en México, sobresalieron:

- Ignacio Manuel Altamirano (destacado político liberal de la época reformista). En 1889 fue nombrado Cónsul General en España con residencia en Barcelona, donde permaneció un año y posteriormente se trasladó a Francia.
- Vicente Riva Palacio (historiador, político y militar). Embajador de México en Madrid de 1886 a 1896. Fue nombrado presidente del Círculo de Bellas Artes en 1894 y Vicepresidente de la Asociación de Escritores y Artistas desde 1892, nombramiento que conservó hasta su muerte en 1896.
- Juan de Dios Peza (poeta). Segundo secretario de la legación mexicana de 1878 a 1900.

⁵⁹ Desde luego es conveniente mencionar que algunos de estos intelectuales fueron nombrados en misiones diplomáticas como una manera velada de exiliarlos por el peligro que representaban para el régimen, en este caso Vicente Riva Palacio.

- Manuel Payno. En 1882 fue nombrado “agente de colonización” en Europa; en 1886, cónsul en Santander y luego, Cónsul General en Barcelona, donde vivió hasta 1891.
- Justo Sierra. Representante mexicano ante el Congreso Hispano-Americano de 1900; regresó a España en 1912 como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del gobierno de Madero; asistió como Delegado Especial al Congreso Conmemorativo del Centenario del las Cortes de Cádiz, donde dio el discurso de apertura.
- Francisco de Icaza. Secretario de la legación mexicana a partir de 1900; vivió en Madrid hasta la década de los veinte.
- Alfonso Reyes. Vivió en España de 1915 a 1924. En 1919 fue designado secretario de la comisión mexicana Francisco del Paso y Troncoso; en 1920 fue nombrado segundo secretario de la legación mexicana y en 1922, encargado de negocios de la misma.
- Enrique González Martínez (poeta). Ministro de México en España a partir de 1926.
- Martín Luis Guzmán (escritor, novelista y cronista de la Revolución Mexicana). Vivió en Madrid en 1915 y nuevamente volvió a España en 1924, en calidad de refugiado, perseguido por el apoyo que dio a la rebelión de Adolfo de la Huerta en 1923, donde permaneció hasta 1936.⁶⁰

Estos intelectuales pertenecieron a distintas generaciones y a diversas posiciones ideológicas; en sus planteamientos expresaron en gran medida la evolución histórica del país, y por lo tanto, una vertiente de la historia de las ideas en México. Así, Altamirano y Riva Palacio que representaron al liberalismo de la época de la Reforma; los poetas Juan de Dios Peza y Amado Nervo se enmarcan dentro del modernismo y Justo Sierra, dentro del positivismo.

Manuel Payno y Justo Sierra impulsaron las relaciones con España y contribuyeron al hispanoamericanismo de la época, promovido por la península. La fuerza que empezó a tomar esta corriente estuvo en correspondencia con la promoción

⁶⁰ Una visión amplia en las relaciones de México con España es la obra de Héctor Perea, quien explica precisamente la presencia de mexicanos en España y su influencia en el ámbito político, cultural y literario. Perea analiza, cómo los nexos con la Segunda República y posteriormente con el exilio fueron posibles gracias a la activa comunicación e intercambio de ideas y opiniones desde finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX.

del panamericanismo, por parte de Estados Unidos, y con la necesidad de oponer a esta expansión una Latinoamérica unida, acorde con el proyecto bolivariano y martiano, entre otros. En este contexto incide y se ubica el hispanoamericanismo oficial y tanto Payno como Sierra son, sin duda, representativos de México, por su afamada trayectoria intelectual reconocida en Latinoamérica y España, y por su preocupación por conocer e investigar la situación nacional y mundial.

Manuel Payno

El caso de Manuel Payno es singular, su célebre novela *Los Bandidos de Río Frío*, fue escrita y editada en Barcelona y, en gran parte de sus obras abordó aspectos de la historia y situación de España, mediante un análisis comparativo con la problemática de México. Esto tuvo que ver primero, con la Reforma y la intervención francesa y luego, con las nuevas relaciones entre ambos países.

Entre sus obras destacan *La reforma social en España y México; Las cuestiones financieras de México con Inglaterra, Francia y España; Barcelona y México en 1888 y 1889; España en el Cuarto centenario del encuentro de dos mundos*; y su novela *El Hombre de la situación* que merece referencia especial porque aborda la llegada a México de los últimos españoles peninsulares a finales de la época colonial, y cómo sus descendientes criollos ocuparon un lugar prominente en la política de la nueva República independiente. En este caso relata la vida Fulgencio, el personaje principal, desde que se embarcó en Cádiz a los 14 o 15 años, su vida, su trabajo, su enriquecimiento y finalmente de los privilegios durante la República, que lo convirtieron en el “hombre de la situación”.⁶¹ En esta novela se aprecia la manera en que los privilegios de determinados grupos continuaron en plena época independiente.

En sus apuntes históricos, *La reforma social en España y México*, escrita en 1861, Payno explicó el movimiento de secularización de los bienes eclesiásticos, sobre todo a partir de las reformas borbónicas de Carlos III, con la expulsión de los jesuitas y la expropiación de sus bienes, las reformas aprobadas durante las Cortes de Cádiz y las implementadas en México durante el siglo XIX, principalmente las Leyes de Reforma.

⁶¹ Manuel Payno, *El hombre de la situación*, México, Porrúa, 1992.

Lo interesante es que ubicó este problema a partir de la Colonia, derivado de la política monárquica española, en la que se presenta de manera concreta, cómo un conjunto de problemas irresueltos continuó en la independencia y siguió vigente en la formación del nuevo país.

En *Barcelona y México en 1888 y 1889*, Payno se planteó como objetivo “hablar un poco de México y un poco de Cataluña y Barcelona”, recalcando los aspectos que podrían reconciliar la historia de estos pueblos para crear nuevas relaciones de cooperación e intercambio cultural; por ello, destacó el papel España y el General Prim durante la intervención francesa, cuando se negó a participar en la aventura militar en contra de México. En seguida exaltó la figura de Juárez y los liberales, por su defensa de México en contra de esta intervención.

Otro aspecto que llama la atención es que Payno resaltó el papel fundamentalmente positivo de los catalanes (Prim era catalán, casado además con una dama de origen mexicano) en su relación con México y América, señalando que nunca formaron parte de la conquista. Además, dio una visión amplia y bien documentada sobre Barcelona: la ciudad antigua y la moderna, sus calles, edificios, comercio, desarrollo histórico, su gente y sus instituciones. Presentó la historia de España y el papel relevante de Cataluña en todos los sucesos históricos y significativos de la península. Mención especial le merecieron la educación y la cultura, como lo denota la descripción del archivo histórico y el Ateneo de Barcelona, así como la estructura de la universidad.

Payno advirtió con claridad las peculiaridades de la lengua catalana, de su cultura, sus privilegios y formas propias de gobierno, forjados a través del tiempo, lo que daba una base sólida a las ideas nacionalistas desde finales del siglo XIX hasta principios del XX; esto se manifestaba en el esmerado cultivo de la literatura e historia catalanas.

Dígase, pues, lo que se quiera en pro o en contra, mi convicción personal es que la lengua catalana es un idioma como el castellano, que se formó poco más o menos en la misma época, teniendo por base el dialecto que hablaban los primeros emigrantes catalanes y que con el transcurso del tiempo se ha enriquecido con palabras castellanas por el frecuente trato con otras provincias de España, y con palabras francesas por ser fronterizo de la Gaula.⁶²

⁶² Manuel Payno, *Barcelona y México en 1888 y 1889*, Barcelona, Tipo-litografía de Espasa y Compañía, 1889, p. 257.

El anexo incluido en su libro, es un texto del Sr. Yxart sobre el proceso catalán, que muestra de manera elocuente cómo la restauración de la lengua, desde la década de los treinta del siglo XIX, trajo consigo el involucrar “[...] todos los problemas que interesan a un pueblo, todos los sentimientos que le dan vida.” Payno dejó claro que por este proceso de construcción, la Barcelona de fines del siglo XIX fue un centro económico y comercial clave en España, que aumentó su importancia con la Exposición Universal con una duración de seis meses durante 1888.

Justo Sierra

Para Abelardo Villegas, Sierra representó un eslabón fundamental entre el porfirismo y la Revolución mexicana, y lo consideró un “caudillo cultural, en el mismo sentido en que Krauze considera que lo fueron algunas de las figuras destacadas de la Revolución. Se trata de personajes que viven una “tensión moral” que ha existido entre cultura y poder.”⁶³

Naturalmente Justo Sierra fue un gran conocedor de la cultura e historia españolas; en sus obras hay numerosas referencias al proceso histórico, sus políticos e intelectuales. Hizo referencia específica al significado de las relaciones hispanoamericanas e hispano-mexicanas.

En sus escritos sobre la historia de México abordó diversos aspectos de la trascendencia histórica de España en la formación de la nacionalidad mexicana. En cuanto a las relaciones hispano-mexicanas tienen relevancia su discurso *España y América* en el Congreso Hispanoamericano de Madrid de 1900; y la conferencia que impartió ese mismo año en el Ateneo de Madrid, con el título de *Lecciones de historia mexicana*, donde habló de la significación de España en la historia de América y de México; sus estudios críticos sobre Castelar, Prim y Cánovas estuvieron en esta línea; lo mismo que el discurso que preparó para el Congreso conmemorativo del centenario de las Cortes de Cádiz en 1912.

⁶³ Abelardo Villegas, “Prólogo” a la obra de Justo Sierra, *Evolución del pueblo mexicano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992.

El primer discurso arriba mencionado, que dio en nombre de todos los pueblos latinoamericanos que asistieron al congreso, es fundamental para el tema aquí tratado.⁶⁴ Asumió la defensa de la independencia americana como resultado de la opresión y la tiranía, así como de las ansias de soberanía y libertad. Muchas de estas ideas provenían de la propia España y citó como ejemplo la idea de autonomía promovida por las Cortes de Cádiz en 1812. Esto no negaba lo español, pero afirmó que sólo con libertad era posible reconocernos solidarios con la historia española, origen de la genealogía americana.

Para Sierra, los periodos de decadencia latina constituyen momentos de transformación; en ellos surgen elementos de vida nueva, que marcan derroteros novedosos y lazos de solidaridad universal, y 1900 era precisamente una de estas coyunturas. Cuando habló de latinidad, se refería a la familia que opera a través de la lengua, con determinadas aptitudes, tendencias, espíritus e ideales que permiten pensar a esta comunidad compartiendo rasgos comunes. Para el caso latinoamericano, retomó la fórmula monroista de “América para los americanos”, pero con la connotación de solidaridad en torno al resguardo de la independencia de las repúblicas, principio que posibilitaría nuevas relaciones con Europa y por supuesto con España.

Trataremos de que la famosa fórmula “América para los americanos”, fluya toda la substancia que contiene. América para los americanos significará la solidaridad americana para repeler toda tentativa contra nuestra independencia, ya sea interior o exterior a nuestro continente; y como los tiempos han cambiado profundamente, y de los europeos nada tememos y lo queremos todo, luz para nuestro mejoramiento intelectual, capital para nuestro mejoramiento económico, no será ya la nueva doctrina panamericana un arma de un continente contra otro, sino una égida del derecho contra la fuerza; y el principio de “América para los americanos”, tendrá por comentario perpetuo el augusto apotegma de Juárez: “El respeto al derecho ajeno es la paz.”⁶⁵

En sus *Lecciones de historia mexicana*, de ese mismo año (1900), Sierra planteó que la nacionalidad mexicana era producto de la unión de conquistadores y

⁶⁴ Al congreso asistieron representantes de Argentina, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, Honduras, Nicaragua, Paraguay, Perú, El Salvador, Uruguay, Venezuela y, desde luego, México. Estos países estuvieron representados por destacados intelectuales como Lugones, Rubén Darío y Santos Chocano, entre otros.

⁶⁵ Justo Sierra, *Discursos*, México, UNAM, p. 280.

conquistados; el verdadero mexicano era el mestizo. Destacó el papel salvador de los misioneros frente a la opresión y la esclavitud implantada por los conquistadores sobre los indígenas, pero la nacionalidad había tenido un crecimiento irregular por el trato de minusvalía dado a los indígenas a partir de un régimen tutelar. En esta obra, Sierra explicó que el saqueo y explotación de las minas sirvieron para el crecimiento mercantil de las naciones europeas, gracias a la política colonialista y aventurera de España. Para él, la conquista, como fenómeno que transformó radicalmente la vida americana, fue positiva porque “dio una orientación superior a la conciencia indígena y preparó el desenvolvimiento de su intelecto.” Entre los factores que hicieron posible la Independencia de México, Sierra estableció los siguientes:

- La educación en manos de los jesuitas —quienes ejercieron gran influencia intelectual—, con un sistema moral especial afincado sobre bases teológicas y literarias. Esta educación arraigó el concepto de que el español era un usurpador, promoviendo la conciencia de la falta de equidad y libertad, orientando esta inconformidad especialmente contra los virreyes y otros representantes de la autoridad del rey en Nueva España. Fue bajo la influencia de la Ilustración que surgió la crítica y ruptura con las viejas creencias, que habían dado base al dominio espiritual de España desde la conquista.
- La obra de Hidalgo (apóstol e iniciador del movimiento de independencia) que propuso la regeneración de la raza indígena, mientras que Morelos convirtió en principio absoluto la independencia por la exacerbación de las contradicciones. También señaló que los masones, quienes profesaban ideas constitucionales, fueron parte de otros grupos que contribuyeron a este proceso.

En su revisión de la historia mexicana, este autor planteó que, con la instauración de la República, se produjo un endeudamiento con el extranjero, surgió el caudillismo militar y se perdió Texas, hecho que trascendió, no sólo el aspecto geopolítico, sino que impidió el desarrollo y progreso que requería el país. Su visión, derivada del positivismo, le impidió analizar con objetividad el porfiriato; con marcado optimismo afirmó que superadas las convulsiones, el proceso de industrialización era ejemplo para otros países hispanoamericanos, lo mismo que la paz y la conducción política del país por parte de Porfirio Díaz.

En su obra destacan además sus comentarios sobre personalidades, intelectuales y políticos españoles; exaltó las figuras de Emilio Castelar, Juan Prim y Antonio

Cánovas del Castillo y su papel en la historia de España, y de sus nexos y apreciaciones sobre México. De Prim hizo énfasis en su oposición a la intervención francesa y su reconocimiento de la legitimidad del gobierno de Juárez; este hecho fue para Sierra un hito fundamental en la reconciliación hispano-mexicana. De Castelar, además de apreciar sus cualidades como orador, parlamentario y poeta, destacó su lucha en contra de la esclavitud, por la autonomía de Cuba y Puerto Rico, por la democracia y por la separación entre el Estado y la Iglesia. A Cánovas del Castillo le reconoció su capacidad y persistencia por establecer un régimen de alternancia en el poder, bajo la autoridad monárquica, de acuerdo con el modelo inglés. Esto coincidía con la circunstancia mexicana, que contaba con un gobierno altamente centralizado y fuerte, donde el poder de Díaz regía de manera absoluta los destinos del país.

Estos planteamientos hispanoamericanistas constituían el punto de partida de un proceso que permitiría conciliar, entre algunos sectores de la intelectualidad mexicana, los valores de la cultura española que habían tenido un papel positivo en la historia de México y que aún perduraban en tierras americanas; el legado positivo abarcaba el humanismo renacentista, la contribución de algunos clérigos al rescate de la historia prehispánica como Sahagún, el autonomismo de las Cortes de Cádiz, así como los nuevos vínculos espirituales con la península, producto de la circunstancia histórica y de la nueva cultura que se estaba produciendo en España, sobre todo en cuanto a su renovación.

Alfonso Reyes

Uno de los intelectuales mexicanos que más se interesó en temas españoles fue Alfonso Reyes. Su vida en Madrid, de 1914 a 1924, dejó honda huella en su formación intelectual, aunque como ocurrió con otros latinoamericanos, Europa le permitió profundizar y en cierta medida redescubrir a México. Su obra sobre España es vasta y abordó diversos ámbitos de la cultura, la sociedad y la historia, todos vinculados con la tradición hispanoamericana.

España fue para Reyes la imagen de algo remoto pero posible; algo necesario y aun ineludible durante diez años dentro de la España misma y mucho tiempo más alejado de ella. En este país terminó el regiomontano de despojarse de sus

miedos de provincia frente a lo extranjero y depuró su estilo ensayístico. Allí finalizó la Visión de Anáhuac (1917) iniciada en Francia y escribió uno de los grandes poemas dramáticos de la lengua española: *Ifigenia cruel* (1923).⁶⁶

Para Reyes, España era una realidad histórica y social a la que había que acercarse a través del mundo cultural y social, por ello su libro *Cartones de Madrid* (1917) es en realidad una serie de estampas que retrata el mundo en el que se insertó, donde sobresalen la descripción de la mendicidad en Madrid y el movimiento intelectual. Al insertarse en éste, llamó su atención la obra de Giner de los Ríos, *La Residencia de Estudiantes*, semillero de formación intelectual. Alfonso Reyes plasma la problemática social hispana: la decadencia, por un lado, y el renacimiento, el movimiento político del pueblo, por el otro.

Este autor prestó especial atención al fenómeno de los nacionalismos vasco y catalán, que para ese momento habían cobrado una fuerza inusitada y formaban parte del “Problema de España” que esperaba solución. Con la derrota del 98, se dio cuenta, además, del escepticismo imperante que obstaculizaba las relaciones con Hispanoamérica.

Le interesaron sobremanera las relaciones intelectuales entre España y América porque el proceso histórico de estas dos realidades estaba estrechamente vinculado, al punto de señalar que si Azorín se interesara más por las cosas de América, “Su mismo entendimiento de España se robustecería.”⁶⁷ En esta misma orientación resaltó la influencia de América y específicamente de México en la obra de Ramón del Valle-Inclán, pues las fuentes de donde bebió estaban claramente contenidas en la *Sonata de estío*, *La lámpara maravillosa*, *La pipa de Kif* y en “los esperpentos”. Y ni qué decir de *Tirano Banderas*: “Hay muchos que aman a América en su bienestar y en su sonrisa. Valle-Inclán resiste la prueba de la verdadera simpatía americana: a él lo que de América le enamora es aquella vitalidad patética, aquella cólera, aquella combatividad, aquella inmensa afirmación de dolor, aquel hombrearse con la muerte.”⁶⁸

La obra de Reyes sobre España es vasta como se ha dicho más arriba, y “[...] será un cúmulo de paisajes que van de lo llano y aun desértico —como el estilo de

⁶⁶ Héctor Perea, *op. cit.*, pp. 319 y 320.

⁶⁷ Alfonso Reyes, *Tertulia de Madrid*, México, Espasa Calpe, 1950, p. 32.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 75.

algunos de sus escritores— a lo caudaloso, a la leyenda, encubierta por una misteriosa luz de atardecer.”⁶⁹; pero la dirección de sus observaciones está precisamente donde se entrecruzan historias y vidas que permitirían dar un nuevo impulso al hispanoamericanismo y hermanar el destino de los pueblos.

3.3.4 Contenido y eje del debate intelectual

A fin de analizar el campo y la realidad concreta de cada país, desde la perspectiva de la historia de las ideas que sustentaron las relaciones hispano-mexicanas y las posiciones que se fueron articulando en este debate, el primer paso es definir los ejes del discurso en los proyectos nacionales en México y el sentido que dieron a la revaloración de la tradición española. Cabe anotar que las relaciones intelectuales que se analizarán fueron promovidas de manera oficial y dentro del ámbito diplomático. En ellas desempeñó un papel fundamental el problema antillano que entrañaba, por un lado, el proceso revolucionario cubano y, por el otro, el avance del imperialismo estadounidense y su evidente interés por la isla. México, por su cercanía geográfica con Estados Unidos y Cuba, trató de evitar una situación que comprometiera su soberanía.

Esta conflictiva situación evidenció el escaso conocimiento de España sobre la realidad mexicana, y viceversa, lo que motivó la necesidad de un profundo estudio e investigación por parte de intelectuales de ambos países. Es sobresaliente la atención de Manuel Payno al problema, su insistencia por conocer y explicar aspectos de la historia y de la sociedad española para difundirlas en México, al tiempo de su interés porque el pueblo español tuviera una idea más clara de la historia y cultura mexicanas, en especial del progreso de los últimos 20 años, es decir, a partir de la República Restaurada con el gobierno de Juárez.⁷⁰

Un aspecto de la realidad española que llamó la atención de muchos intelectuales mexicanos fue la cuestión de los nacionalismos. Payno estudió y expuso la situación de Cataluña e insertó como apéndice de su obra *Barcelona y México*, la visión

⁶⁹ Héctor Perea, *España en la palabra de Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 32.

⁷⁰ Héctor Perea habla de una nueva forma de relación intercontinental a partir de la intervención francesa en México y de la Primera República en España.

del nacionalismo catalán por parte del Sr. Yxart; Justo Sierra también escribió sobre Barcelona en sus crónicas de viajes por España y, posteriormente, Alfonso Reyes mostró su interés por la cuestión vasca en su correspondencia con Unamuno, quien lo remitió a fuentes locales para profundizar en el tema. En la obra de estos intelectuales, Barcelona apareció como una ciudad a la par de Madrid y como un centro cultural fundamental de la península, especialmente por su desarrollo económico y su producción intelectual y editorial que permitió la publicación de obras tan importantes como *México a través de los Siglos* dirigida por Vicente Riva Palacio.

Otro tema fundamental en la revaloración de la tradición española para los proyectos nacionales de México y Latinoamérica fue la distinción entre la “herencia colonial” como factor negativo dentro del proceso histórico mexicano y la reivindicación de otros aspectos positivos que habían contribuido al desarrollo y progreso del país. Pese a que esta distinción apareció nítidamente en la obra de Mariátegui a finales de los años veinte, en los autores mexicanos mencionados ya se apuntan elementos para establecer dicha distinción.

La herencia colonial abarcaba la conquista, la colonización, el saqueo, la explotación, la opresión, el racismo, etc., en tanto que la herencia española positiva se enraizaba en las corrientes humanistas que habían alimentado el proceso de colonización, entre las que destacaron el Padre Las Casas, y Tata Vasco por su defensa de la población indígena contra de la opresión de los conquistadores y encomenderos. En ella también fue tangible el esfuerzo de los primeros frailes y religiosos por preservar los recuerdos históricos y las tradiciones orales que daban continuidad a la historia y cultura de indígenas, donde la obra de Fray Bernardino de Sahagún merece especial mención; asimismo, las tradiciones autonomistas de las cortes de Cádiz de 1812 y, desde luego, las tradiciones democráticas de los gobiernos municipales en los diversos pueblos españoles.

Otro aspecto de esta tradición fue la reivindicación de figuras históricas relevantes para ambos países, que constituyeron un elemento esencial en la reconciliación entre los pueblos: Francisco Javier Mina en la independencia mexicana, quien también luchó en contra de la intervención francesa en España y el General Prim, quien combatió la intervención francesa en México, y fue además un personaje político importante en el periodo de la primera República Española.

En este intercambio, destacaron fenómenos históricos y culturales como el problema de la conquista y colonización que propiciaron la imposición de una lengua y

una religión, a partir de lo cual tuvieron un desenvolvimiento independiente. Lo mismo puede decirse del sincretismo y la religiosidad popular latinoamericana, que contiene elementos de catolicismo y de las religiones nativas de los pueblos americanos autóctonos y, por supuesto, de las producciones artísticas y literarias de los grandes creadores mexicanos y latinoamericanos.

4. La nueva visión en España sobre América Latina

Por lo que hace a España, ésta se planteó la necesidad de recobrar su antiguo prestigio internacional, actuando en el nivel de las relaciones diplomáticas, políticas y culturales para restablecer nexos con las nuevas repúblicas latinoamericanas.

Algunos sectores dieron un viraje en su visión de América Latina, sobre todo a partir de los fenómenos señalados como: la migración de las provincias gallegas y vascongadas que propició un vínculo de comunicación transoceánica, la comunidad de la lengua española, las relaciones derivadas del comercio, algunas manifestaciones diplomáticas (como la Unión Iberoamericana celebrada en 1900 en Madrid) y la tendencia hacia una cultura común en el campo intelectual.

Diversos intelectuales españoles contribuyeron al debate en torno a la cuestión hispanoamericana. Un antecedente excepcional es la obra de Pedro Pruneda: *Historia de la Guerra de México, desde 1861 a 1867*, que constituyó un alegato a favor de México en contra de la intervención Francesa y en pro de la democracia y la libertad americanas, en contra de los viejos gobiernos monárquicos europeos. Entre quienes que tuvieron una significativa presencia en México en el último cuarto del siglo XIX, estuvo precisamente el ya mencionado Emilio Castelar, quien fue colaborador del *Monitor Republicano*; sus artículos aparecían con una periodicidad mensual, lo que le permitió ser uno de los intelectuales españoles más conocidos y apreciados por la intelectualidad mexicana.

Ya con el nuevo siglo, sobresalió Unamuno, cuyo padre fue un indiano que estuvo en tierras mexicanas. Las experiencias y conocimientos que recibió desde temprana edad, lo motivaron a escribir el artículo “Mi primera visión de México”, publicado en la *Revista Moderna de México* y preparó además un prólogo a los poemas de Amado Nervo; a esto se suma la correspondencia que mantuvo con diversos intelectuales de América Latina como Rubén Darío, Ricardo Palma y Alfonso Reyes, donde revela su visión y preocupaciones sobre la región.

Valle-Inclán realizó dos viajes a México, el primero en 1892-1893 en el que fue redactor del *Veracruzano Libre* y colaborador del *Universal*; la segunda ocasión fue en la posrevolución, en 1921, invitado por Álvaro Obregón. Dos de sus novelas: *Sonata de Estío*, (1903) y *Tirano Banderas* (1926) recrean la realidad mexicana. También se nutrió de la profunda amistad con el pintor mexicano Diego Rivera, comprometido con el movimiento social y uno de los mayores exponentes del muralismo en México.

Luis Araquistain se interesó y escribió a favor de la Revolución mexicana; un caso contrario fue el de Blasco Ibáñez sobre este mismo fenómeno. Por su parte, José Ortega y Gasset viajó por Argentina, Chile y Uruguay, países que le merecieron una opinión favorable respecto a su futuro. Estas menciones no agotan los nombres de otros intelectuales y políticos españoles que mostraron inquietud respecto a la problemática contemporánea latinoamericana. En conjunto, sus mayores vínculos se dieron con Argentina, Chile, Uruguay, Cuba y, en menor medida, con México.

Buenos Aires vivía una vida cultural floreciente, el suplemento literario del periódico porteño *La Nación* publicó artículos sobre las tendencias literarias y artísticas de España, así como originales de escritores hispanos como Ortega y Gasset, Unamuno, Gregorio Marañón, Américo Castro, Enrique Díez Canedo y Ramón Gómez de la Serna, además de Benito Pérez Galdós que fue diputado por Puerto Rico en 1885 y colaborador en la prensa de Buenos Aires.

4.1 Miguel de Unamuno

Fue uno de los más importantes pensadores españoles, con una clara filiación hispanoamericanista, y con una orientación definida hacia el estudio y la crítica de los problemas políticos y sociales. Al analizar su nutrida correspondencia y sus escritos sobre España y América que fueron reproducidos en la prensa Argentina y la de otros países de la región, puede afirmarse que fue uno de los grandes maestros de las juventudes latinoamericanas, ya que contribuyó a la renovación de las relaciones intelectuales a ambos lados del Atlántico. El contenido de su correspondencia se ubica en el marco de su libro *En torno al casticismo* (1895) obra fundamental dentro de la historiografía sobre el “problema de España” —al lado de *Idearium Español* de Ángel Ganivet, otro de los trabajos fundamentales al respecto.⁷¹ En esa obra, Unamuno hizo

⁷¹ Como se señaló, más adelante Unamuno mantuvo interés por las cuestiones americanas a lo largo de

un diagnóstico sumamente desalentador de su país, en especial en el último capítulo “Sobre el marasmo actual de España”, que es una de las visiones más críticas de su tiempo. Coincidió plenamente con las opiniones que Palma y Darío tenían respecto de España.

Para explicar la crisis española señaló: la miseria espiritual, la paralización de la sociedad, una tendencia a la disociación, así como marasmo y anemia mental; sintetizó la caracterización que hizo de España en esta frase: “Nuestra sociedad es la vieja y castiza familia patriarcal extendida”⁷² que expresaba el atraso económico, político, social y cultural de la España de fines del siglo XIX. Frente a esta situación planteó como salida su tesis de la regeneración, sosteniendo que para salir de tal estado de cosas, España debería “regenerarse”, empezando por descubrirse a sí misma y europeizarse para retomar la senda del progreso y construir una nación moderna.

Conocer su punto de vista permite comprender la razón de su acercamiento a los intelectuales latinoamericanos que partían de una base común en sus observaciones respecto de España y América.

Unamuno fue un profundo conocedor de la obra de los intelectuales latinoamericanos como se aprecia en su carta a Ricardo Palma (29 de octubre de 1903), donde le hizo saber que conocía sus *Tradiciones peruanas* (que había sido editada en Barcelona desde 1894). Uno de los aspectos que más llamó su atención fue la cuestión del idioma —que también interesaba a Palma— y de la función que debía cumplir la Academia: “El pecado original de la Academia es aspirar a ser una autoridad que define lo que es bueno y lo que es malo, y no una corporación que investigue el lenguaje”, y en cuanto al idioma: “No riqueza sino fecundidad hay que pedirle. Un idioma no tiene tantas o cuántas voces sino todas las que hagan falta, siempre que las forme uno con arreglo a su índole propia y al modo de composición y derivación normal.”⁷³ La importancia de esta carta radica en su tratamiento del tema; luego de poner diversos ejemplos de palabras y sus derivaciones, estableció las fuentes que podrían nutrir la lengua: “Tres son, pues, las fuentes de enriquecimiento: 1º La analogía o formación de nuevos derivados al modo de los ya existentes. 2º Los dialectos y hablas populares, en

toda su vida, indagando permanentemente sobre la cultura y la literatura.

⁷² Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo*, p. 140.

⁷³ Miguel de Unamuno, *Correspondencia Americana (1890-1936)*, p. 170. Esta selección realizada por Laureano Robles muestra el interés de Unamuno por América y el contenido e intensidad de su relación hispanoamericana.

cuanto no se aparten de la índole general del idioma y 3º La generalización de términos técnicos.”

En otra carta, del 18 de abril de 1904, insistió de nuevo sobre el tema y manifestó plenamente su acuerdo con la crítica de Palma a la Academia, a la que según Unamuno se le hacía cada vez menos caso y a la que calificó como una corporación conservadora y reaccionaria; puso énfasis en considerar que en la propia España no existía un inventario de la lengua española, y que más de cuatro mil voces no figuraban en el diccionario.

En casi todo su *Epistolario Americano*, Unamuno planteó su interés por el movimiento literario de cada uno de los países de lengua española, afirmando que de donde más conocimiento tenía era de Argentina y Venezuela, aunque con el paso de los años se relacionó con intelectuales de Chile, Perú, Colombia, México, Bolivia, entre otros.

La correspondencia de Unamuno con Darío fue vasta y abordó diversos temas, pero para el análisis de las relaciones intelectuales hispanoamericanas son importantes la literatura hispanoamericana y su influencia francesa, así como su postura sobre la propia literatura española. En cuanto a su interés por conocer lo americano, señaló frecuentemente su necesidad de estudiar mejor y de manera más profunda la realidad hispanoamericana, y pidió información de obras y creadores: “No es sólo literatura gauchesca lo que yo quisiera nos viniese de América, y bien lo indicaba en la *Época*. Me gustaría ver pintados los afanes del estanciero, la labor de colonización, la fiebre del negocio, etc.”⁷⁴ También afirmó: “Lo americano me interesa cada día más. Es una lástima que aquí se conozca tan mal la producción americana, sobre todo la sólida y fuerte. Poco hay de ésta; pero lo que hay es bueno de verdad.”⁷⁵

De la literatura americana, la que menos conoció fue la mexicana, aunque estaba al tanto de la poesía de Neruo y más tarde mantuvo una activa correspondencia con Alfonso Reyes y otros intelectuales mexicanos; en su relación con la intelectualidad de Argentina, Chile, Venezuela o Perú, México ocupó un segundo plano. Caracterizó a la literatura latinoamericana como incipiente, nueva y germinal, por su desarrollo acorde a la trayectoria histórica general y a la construcción de la cultura e identidad nacional propia de cada país. Vista desde la perspectiva del clasicismo, en el valor de la

⁷⁴ *Ibid.*, p. 58.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 71.

simplificación Unamuno vio incipientismo, y estableció que sus problemas eran de desarrollo, pero era evidente una propuesta germinal, diferente a la literatura española, que acusaba signos decadentistas.

[...] creo que los hispanoamericanos se ven, por la fuerza de las cosas, obligados a anhelos y vislumbres, a tentativas y rebuscas, pero que difícilmente llegarán a un arte definitivo, es decir clásico. Lo cual no es un inconveniente ni mucho menos. No es el suyo decadentismo, ni aun cuando lo parece; es incipientismo. No es un ocaso, es una aurora; pero como no rompe el día, el poco observador puede creer que ha muerto el día y se acerca la noche.⁷⁶

También captó en ella una animación diferente, el perfil de una fisonomía propia que ya se dibujaba en las letras latinoamericanas:

Cada día me interesa más lo americano; todo lo turbio que hay allí, y no es poco, es turbio de fermentación. Aspiran, siquiera, a ser otros, que es lo mismo que aspirar a ser más ellos mismos cada vez; su divisa es ¡excélsior! Aquí [en España] nos mata la satisfacción de nuestra salud gañanesca. Podemos decir que no somos desequilibrados como los pedruscos.”⁷⁷

Unamuno mostró rechazo al predominio de la influencia francesa en la cultura; cuando criticó a Darío por su afrancesamiento, a no dudarlo hubiera preferido una mayor influencia alemana en la obra del poeta, como se daba en España en ese periodo, así como la exaltación de lo nativo en la poética modernista, cuestión que planteó en su correspondencia de manera explícita: “Sí le diré que en usted prefiero lo nativo, lo de abolengo, lo que de un modo o de otro puede ahijarse con viejos orígenes indígenas a lo que haya podido tomar de esa Francia que es tan poco simpática y aun de esta mi querida España.” Insistió en esta postura e hizo patente su incompreensión de que París ejerciera una gran atracción en los latinoamericanos, y no Madrid que para él era “[...] el centro de los pueblos de la lengua española, y por mucho que exageremos (yo el primero) nuestra incultura, al fin y al cabo en español escribimos, y los que piensan en

⁷⁶ *Ibid.*, p. 59.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 71.

español son los que, ante todo, han de nutrirse de la savia espiritual de nuestros escritores. Y sólo mediante ellos los demás.”⁷⁸

No aceptaba que la cultura francesa pudiera contribuir al enriquecimiento de la literatura, así, señaló que ningún poeta francés le producía honda impresión, que leía más a los ingleses o alemanes; no obstante, reconocía algunos valores de la cultura francesa como Heredia, Richepin, Verlaine y Mallarmé, entre otros. Aceptó, sin embargo, el letargo de la literatura española, precisando que esta situación le impedía irradiar e influir decisivamente en Hispanoamérica. El achatamiento “[...] es la sombra de codicia, unida a la falta de ambición, lo que a peor nos trae en España.”⁷⁹

Pese a reconocer la miseria espiritual de España, no entendió la posición de Darío sobre el modernismo que más tarde señaló José Carlos Mariátegui respecto al cosmopolitismo; para ambos, la apertura a otras influencias extranjeras en la literatura latinoamericana representaba una manera de liberarse de la literatura colonial, lo que no significaba distanciamiento de España, sino una nueva relación que se expresara en una mutua influencia.

En el caso de Unamuno, su mérito reside en que como español, desde finales del siglo XIX, sustentó una posición de apertura respecto a las ex colonias en un momento en que España no se resignaba a dejar su estatus de dominio colonial; ya en pleno siglo XX impulsó de manera activa las relaciones con los creadores latinoamericanos, siendo su obra ampliamente conocida, además de impulsar la solidaridad latinoamericana sostenida con el pueblo español en su lucha en contra de la dictadura de Primo de Rivera. Unamuno fue, como bien señaló Mariátegui, uno de los grandes maestros de la juventud hispanoamericana.

4.2 José Ortega y Gasset

Entre 1916 y 1930 José Ortega y Gasset se refirió a América Latina, especialmente a Chile y Argentina, en discursos y ensayos que luego fueron agrupados y publicados bajo el título de *Meditación del Pueblo Joven*.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 61.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 81.

Es conocida la gran impresión que le causó su primer viaje a Argentina en 1916, lo que le permitió señalar algunos problemas de ese país sudamericano. En su intento por alertar la conciencia intelectual, planteó que el argentino era un “hombre a la defensiva” lo que provocó reacciones, incluso violentas, en su contra. Para Ortega, este país fue tema importante de sus proyecciones y orientación de su obra. “Es decir, que yo debo, ni más ni menos, toda una porción de mi vida —situación, emociones, hondas experiencias, pensamientos— a ese país [...] se trata de que debo una parte sustancial de mí mismo, de mi vida, a la Argentina.”⁸⁰

Desde su primera estadía en 1916 tuvo gran éxito; sus conferencias sobre filosofía surtieron un profundo efecto entre académicos y estudiantes, y que contribuyeron para que la intelectualidad argentina asumiera la lucha contra el positivismo dominante. Esta influencia se acentuó durante toda la década de los veinte, con la publicación de la *Revista de Occidente*, ampliamente conocida en América Latina, y de *El tema de nuestro tiempo*, en particular la parte dedicada a “La idea de las generaciones.”⁸¹

En diciembre de 1916 escribía que de Argentina admiraba su heroísmo cereal y ganadero, además la calificó como un pueblo “lleno de afanes, libre de envidias”, resaltando su capacidad de asimilación de razas, lenguas, religión, costumbres y trabajo, sin perder su fisonomía de pueblo criollo y nación con un volumen poroso donde todos tenían cabida. En esto estableció el papel fundamental el Estado: “Porque frente a la idea de nación, que supone centenaria comunidad biológica, significa la idea de Estado un poder imperativo de hacer mantenerse en laboriosa convivencia grupos humanos de sangres diversas y aun antagónicas. Tiene el pueblo criollo el talento de Estado; una potencia específica que acaso no es de orden intelectual.”⁸²

Señaló además cómo el pueblo argentino había podido superar la trayectoria colonial impuesta por España y aprovechar los aluviones migratorios para incrementar su riqueza nacional. Afirmó que la potencialidad de su cultura le permitía ser una raza ascendente, aunque para ello requiriera de una ofensiva intelectual como expresión de

⁸⁰ José Ortega y Gasset, *Meditación del pueblo joven*, Madrid, Espasa-Calpe, 1964, p. 52.

⁸¹ La obra de Tzvi Medin, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994. En sus dos primeros capítulos analiza precisamente la presencia e influencia de Ortega en países como Argentina, Chile, Perú y México.

⁸² José Ortega y Gasset, *op. cit.*, p. 20.

las ideas positivas, y de su vasto repertorio cultural. En eso consistía el deber de las nuevas generaciones, en superar las “viejas filosofías” como el positivismo de Spencer, que aún se cultivaba en la Universidad de Buenos Aires.

En cuanto a “El hombre a la defensiva”, Ortega explica que en realidad lo que pretendía con Argentina era “empujarla hacia sí misma, recluirlo en su inexorable ser”, tomando en cuenta su “gran vitalidad histórica”. Sin embargo, advertía un estancamiento en su desarrollo, una “desmoralización” en la construcción de su porvenir: “En ese sentido, el hombre argentino está desmoralizado y lo está en un momento grave de su historia nacional, cuando —después de dos generaciones en que ha vivido de fuera— tiene que volver a vivir de su propia sustancia en todos los órdenes: económico, político, intelectual.”⁸³

Todavía en 1939, al referirse a Argentina, Ortega hablaba de la existencia de un “pueblo joven de origen colonial”, país en proceso de formación que aún no había llegado a la edad adulta y cuya insuficiencia era un problema de desarrollo. Desde su visión, Argentina tenía posibilidades similares de desarrollo al de los países del norte sajón, precisando que era en este país donde más claramente se percibía la tradición española, porque la indígena era poco significativa y casi inexistente.

En un discurso en 1928 ante el parlamento chileno, advirtió cambios en España y como consecuencia de ello, nuevas perspectivas en las relaciones con Hispanoamérica. De España señaló la existencia de una nueva circunstancia “afanosa y renaciente que, dotada de novísima energía vuelve a estos países de que fue su madre con un gesto distinto, y más joven, de hermana mayor.”⁸⁴ Habló de una España joven y de que volvía a navegar por el “alto mar de la historia”, esto producía cambios y hacía posible nuevas relaciones con las repúblicas latinoamericanas. Ortega llamaba a la resolución de los problemas nacionales, de los destinos de los países, para que los pueblos tuvieran vida histórica como creación indeleble, como perpetuo entrenamiento e insistió en la necesidad de nuevas ideas y de espíritu colectivo.

⁸³ *Ibid.*, p. 55.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 43.

4.3 Luis Araquistain

Fue uno de los intelectuales que intervinieron directamente en torno a la necesidad de estructurar un pensamiento hispanoamericano, pero además fue atento observador de las luchas de los pueblos latinoamericanos por sacudirse del yugo estadounidense, perspectiva desde donde analizó la situación de los países antillanos; asimismo mostró gran entusiasmo por la Revolución mexicana.

Su obra *La agonía de las Antillas* recogió sus observaciones de un viaje a Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y Cuba. En ella sostuvo que la decadencia política y social de estos países se había iniciado por el colonialismo de las potencias europeas y ahora se completaba por el de Estados Unidos de Norteamérica. Araquistain advirtió que tras el desalojo de España en la guerra del 98, Estados Unidos pronto intervendría en otros países pequeños desplazando a otras potencias débiles de Europa. Algunos puntos polémicos en esta obra son: la observación de que los primeros pobladores blancos provenientes de España constituían los gérmenes de nacionalidad y civilización en las Antillas, y que la africanización destruyó este proceso, situación que se dio, a su criterio, especialmente con Francia, Inglaterra, Dinamarca y Holanda. En su denuncia sobre la voracidad yanqui, Araquistain explicó su naturaleza imperialista, pese a ser formalmente una república, y señaló los factores que determinaban este carácter:

Al transformarse su economía nacional en internacional, al no bastarse a sí mismo ni como productor ni como consumidor, porque, de una parte, elabora más productos de los que consume y, de otra, consume más de lo que elabora, debido al enorme crecimiento de su población y a la fabulosa división del trabajo en sus industrias, el imperio norteamericano se ha visto compelido a buscar más allá de sus fronteras mercados para su producción sobrante, materias primas para su producción deficiente y alimentos para su consumo.⁸⁵

Para Araquistain la razón de la tragedia antillana era su ubicación estratégica entre los Estados Unidos y el canal de Panamá, el cual formaba parte de los pasos marítimos importantes y era una de las estaciones navales indispensables para la marina de guerra estadounidense; además de ser un país rico en recursos naturales y materias

⁸⁵ Luis Araquistain, *La agonía Antillana*, Madrid, Espasa-Calpe, 1928, p. 13.

primas como azúcar, café, tabaco, frutas tropicales variadas, etcétera. Esta misma razón se aplicaba al dominio total sobre Puerto Rico y parcial sobre Cuba, así como a la ocupación de las aduanas en República Dominicana y a la ocupación militar permanente en Haití.

La oposición a esta política debía darse por la solidaridad mutua de los pueblos a partir de una fe en el destino propio y común, en un hispanoamericanismo que los uniera para sacudirse de la dominación del imperio; pese a la calamitosa situación prevaleciente en las mencionadas repúblicas, Araquistain remata: “La agonía no es aún la muerte, sino una forma postrera de la lucha por la vida. Hay combate interno en las Antillas. Hay pues esperanza de salvación.”⁸⁶

Su obra *La Revolución Mexicana* ofrece su “interpretación personal” de la historia de México tratando de dar respuesta a la pregunta de ¿qué es México? Y efectivamente, el libro transita por todas las etapas históricas: el desarrollo de las culturas autóctonas, la conquista, la Colonia, la independencia, las tentativas monárquicas con Iturbide y Maximiliano, la intervención francesa y termina en la dictadura de Díaz y la Revolución. En esta “interpretación personal” de hecho existen cuestiones muy discutibles, pero para fines de este trabajo es pertinente la última parte, referida a la trascendencia de la revolución.

Para Araquistain, la médula de la historia es la “contienda milenaria por la conquista de la tierra”; a partir de ese eje se fue estructurando históricamente la pirámide social: primero con los aztecas y después con los españoles; arriba una minoría dominante, abajo el pueblo. La independencia impuso un cambio que no varió esta estructura social, sólo que en esta etapa fueron los criollos y los mestizos quienes arribaron a la cúspide piramidal. “La independencia es el viejo feudalismo azteca y colonial, ahora con etiqueta republicana, Porfirio Díaz continúa la tradición faraónica de Méjico. Es el Moctezuma II del nuevo imperio mejicano, el último Faraón de la moderna estructura piramidal.”⁸⁷

Desde su perspectiva, era sólo con la Revolución que, al proponerse la destrucción de todas las oligarquías, el movimiento adquiriría un carácter más social que político y donde la lucha por la tierra adoptaba un sentido humano, porque daba fundamento a una sociedad de hombres libres y a una nación soberana:

⁸⁶ *Ibid.*, p. 16.

⁸⁷ Luis Araquistain, *La Revolución Mejjicana*, Madrid, Renacimiento, 1928, p. 324.

La Revolución Mejicana, movida por un ardiente anhelo de justicia, es el único remedio posible a la anarquía militarista que, durante el siglo XIX, brota incesantemente del latifundio y de la servidumbre, y es el único cimiento eficaz de Orden en el interior y de la Seguridad en el exterior. La Revolución aspira a hacer de la patria histórica de unos cuantos una Patria para todos. Esa es su gran fuerza, individual, social y nacionalmente.⁸⁸

Para Araquistain lo verdaderamente trascendental era que la Revolución fue una lucha por la afirmación de una personalidad étnica y por una misión histórica. Hizo un recuento de las fuentes históricas del arte mexicano y de los resultados conseguidos a partir de la Revolución, admirando la obra de las Escuelas al Aire Libre y de Diego Rivera a quien calificó de genio.

Este proceso lo ligó directamente con la defensa y construcción de la nacionalidad mexicana con carácter propio, sobre todo porque recogía una larga tradición proveniente de los pueblos mesoamericanos, y enriquecida históricamente durante la Colonia y la Independencia.

La personalidad de Méjico, la de ayer como la de hoy, que tiende a reanudar la tradición precortesiana, es una de las más originales y vigorosas del continente americano, sin excluir los propios Estados Unidos. Al defender su nacionalidad y el derecho de millones de indios, la Revolución mexicana lucha también por la conservación y desenvolvimiento de esa personalidad peculiarísima, de esa rara y hermosa flor del carácter de un pueblo que es uno de los tesoros más singulares y ricos de la historia del mundo.⁸⁹

Al analizar la postura de Araquistain llama la atención ver la manera en que ligó las dos tradiciones en este proceso, al hablar de una cultura indohispánica, como el baluarte y la manifestación más avanzada del hispanoamericanismo, idea defendía y difundía desde tiempo atrás en la prensa española, al igual que algunos intelectuales, sobre todo argentinos y peruanos.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 325.

⁸⁹ *Ibid.*, pp. 344 y 345.

Hemos visto como la revolución mejicana es una honda y larga batalla por un nuevo orden social, sin castas y sin privilegios económicos; por una nacionalidad coherente y celosa de su soberanía, cimentada en la justicia y la eficacia, y por una personalidad histórica riquísima en elementos originales. Pero todavía es algo más: el baluarte más firme de la cultura indohispánica en América, el bastión más avanzado de la hispanoamericanidad.⁹⁰

Resalta el hecho de que para él, la Revolución mexicana era profunda y original, la primera en su género realizada un pueblo hispánico, pues en su opinión España nunca había tenido originalidad política.

En 1920, Blasco Ibáñez había ofrecido una visión contraria de la Revolución mexicana, y calificado a la lucha armada como “[...] diez años de rapiña anárquica que han hecho sufrir a su país. Todo lo han robado, destrozado los gobernantes y sus amigos”⁹¹ y a México como “motivo de deshonra para españoles e hispanoamericanos.”

Blasco Ibáñez fue uno de los escritores más importantes en esta época en España; republicano y antimonárquico, no comprendió la naturaleza histórica y social de la Revolución mexicana; en su análisis privaron prejuicios, una visión moralista y hasta racista de este fenómeno, particularmente cuando sostuvo que la salvación de México radicaba en un gobierno civil y “decente”. “Deseo un Méjico verdaderamente moderno, dirigido por hombres civiles y cultos, de los que han viajado y tienen mentalidad de blanco (subrayado mío).”⁹²

4.4 Nueva visión española

A fines del siglo XIX comenzó a despertarse un interés entre los intelectuales españoles por conocer la realidad social, intelectual e histórica de los países latinoamericanos. La cuestión cubana y portorriqueña desempeñaron, sin duda, un papel central en este interés, porque les permitió primero, repensarse a sí mismos y, luego, proyectarse culturalmente hacia sus ex colonias. En su acercamiento a lo americano partieron por buscar e identificar lo español en tierras americanas, tanto en la poesía como en la

⁹⁰ *Ibid.*, p. 347.

⁹¹ Blasco Ibáñez, *El militarismo mejicano*, Valencia, Prometeo, 1920, p. 2.

⁹² *Ibid.*, p. 34.

literatura y en otras manifestaciones heredadas como el idioma y la religión. En la medida que avanzó el nuevo siglo se interesaron en reconocer lo típicamente americano y hasta reconocieron influencias provenientes de estas jóvenes naciones, especialmente en lo tocante al modernismo. Llamaron vivamente su atención las características de cada país hispanoamericano, y reconocieron las potencialidades en su desarrollo, pero también les atrajeron poderosamente fenómenos de relevancia continental como la Revolución mexicana, a la que se acercaron desde diversos enfoques.

Las relaciones con intelectuales latinoamericanos ocuparon un renglón muy importante, por ser un medio para conocer las obras de estos creadores y analizar la calidad de su producción. El intercambio epistolar, los encuentros personales y el comentario de sus respectivas obras, ensayos y artículos, contribuyeron al debate sobre temas hispanoamericanos, aportando una visión más objetiva de América. Rubén Darío, Ricardo Palma, José Enrique Rodó, José Martí, Alfonso Reyes, José Carlos Mariátegui, Alfredo Palacio, José Ingenieros, entre otros, son sólo algunos de una larga lista de intelectuales latinoamericanos que eran conocidos en España y cuya obra generó sentimientos de simpatía. Mediante estos intelectuales, Latinoamérica reconoció a la España nueva, renovada; la influencia de un nuevo pensamiento español que prolongaba su tradición inserta en Latinoamérica y que enriquecía la visión del porvenir americano.

VI. Reflexiones finales

La investigación sobre la crisis de 1898 y la revaloración de la tradición española en el problema nacional de América Latina ha revelado el papel de las ideas, no sólo en la estructuración de un pensamiento hispanoamericano, sino además en la búsqueda, dentro de la tradición histórica, de aquellos aspectos comunes que identifican a nuestros pueblos, permitiendo una interrelación de mutuas influencias.

Desde esta perspectiva, dentro de la tradición nacional, la identidad es un aspecto fundamental. Se relaciona con valores, símbolos y demás elementos que permiten a un pueblo o nación reconocerse a sí mismo, con un sentimiento de pertenencia a un colectivo o a una comunidad (la nación como comunidad económica, política, geográfica, demográfica, lingüística y cultural).

La identidad se construye históricamente; es, por tanto, un fenómeno cambiante, en el que concurren diversas tradiciones. Los cambios y transformaciones históricas las renuevan, así se tiene que con el ascenso y formación del imperialismo estadounidense y su política expansionista, el pensamiento latinoamericano planteó el rescate de la tradición española para incorporarla en los nuevos proyectos de formación nacional.

A fin de precisar los elementos de esta tradición nacional y latinoamericana es necesario distinguir sus componentes; aunque son múltiples, por las diversas influencias a lo largo de la historia, pueden identificarse con claridad tres grandes vertientes: la indígena, la española y la republicana.

Cuando se nos habla de tradición nacional, necesitamos establecer previamente de qué tradición se trata, porque tenemos una tradición triple. Y porque la tradición tiene siempre un aspecto ideal —que es el fecundo como fermento o impulso de progreso o superación— y un aspecto empírico, que la refleja sin contenerla esencialmente. Y porque la tradición está siempre en crecimiento bajo nuestros ojos, que tan frecuentemente se empeñan en quererla inmóvil y acabada.¹

La crisis de 1898 fue un fenómeno que cambió el curso de la historia mundial, de Latinoamérica y de España. En el ámbito cultural y en el ideológico se configuraron importantes movimientos que reavivaron las relaciones hispanoamericanas y replantearon el papel de la tradición española en los países latinoamericanos. Se

¹ José Carlos Mariátegui, *Peruanicemos al Perú*, p. 123.

reconoció el hecho histórico de que esta tradición española era indiscutible, por tanto, había que estudiarla y analizarla para distinguir sus elementos positivos de aquellos que constituían efectivamente un lastre en la historia de nuestros pueblos.

Así, la conquista, pese a la barbarie con que se realizó, fue un hecho histórico que modificó de tajo el curso del desarrollo autónomo que habían seguido los pueblos y culturas americanos. Impuso su idioma y su religión e insertó a América en la civilización occidental, pero también dio impulso al capitalismo mundial, mediante la formación de un sistema colonial que alimentó a la industria europea, sobre todo con la extracción de la plata.

El sistema colonial asentó en tierras americanas las instituciones económicas, políticas, sociales y culturales españolas. La encomienda, el repartimiento, la minería, la hacienda y los obrajes fueron formas de opresión y explotación para los indígenas, y redujeron de manera dramática su población, al grado de estar en peligro de ser completamente liquidados. Ante la falta de mano de obra indígena, fueron traídos negros como esclavos para mantener este sistema colonial. En esta etapa, la explotación y la opresión se sostuvieron con base en la servidumbre y la esclavitud, relaciones impuestas por el virreinato en tierras americanas. La instauración del virreinato, como institución subordinada y al servicio de la monarquía, materializó la implantación de un régimen extranjero, cuyo aliento provenía del exterior.

Con la Colonia llegaron también las ideas renacentistas y humanistas plasmadas en algunas leyes de protección a las comunidades indígenas, y ejecutadas por eminentes humanistas como Vasco de Quiroga, quien se identificó con el derecho de gentes de los indígenas en Michoacán, así como Fray Bartolomé de las Casas, quien denunció los abusos cometidos por los españoles encomenderos, reivindicando la condición humana de los nativos.

Los criollos, hijos de los peninsulares, pronto comenzaron a reconocerse como americanos y con ello a reclamar su derecho a gobernarse y a decidir su destino; la base de esta demanda estaba en su pertenencia al lugar donde nacieron y a las riquezas que pronto fueron acumulando. La tradición indígena también se desarrolló, pero en condiciones de subordinación y en abierta resistencia contra el saqueo perpetrado por caciques y terratenientes, en reclamo de sus derechos ancestrales. Ambas vertientes sentaron las bases de las primeras manifestaciones del nacionalismo latinoamericano.

La independencia implicó una ruptura y una negación de España; su herencia fue rechazada en bloque, dado que el atraso y la miseria de las nuevas repúblicas se

atribuyeron al sistema colonial, tipificado como un periodo oscuro de la historia de Latinoamérica; dicha orientación conllevó una negación estéril porque establecía que eran pocos los elementos factibles de ser rescatados. Esta postura no tomaba en cuenta que:

Sin duda, una revolución continúa la tradición de un pueblo, en el sentido de que es una energía creadora de cosas e ideas que se incorpora definitivamente en esa tradición enriqueciéndola y acrecentándola. Pero la revolución trae siempre un orden nuevo, que habría sido imposible ayer. La revolución se hace con materiales históricos; pero como diseño y como función corresponde a necesidades y propósitos nuevos.²

La postura del régimen español de no reconocer la independencia americana, y de querer restaurar su antiguo poder a través de intervenciones armadas o promoviendo la instauración de monarquías con príncipes Borbones a la cabeza, fue otro elemento que impidió cualquier acercamiento entre la metrópoli y sus ex colonias, más aún, contribuyó a reforzar la imagen negativa que habían dejado las etapas de la conquista y la Colonia y que predominó después de los procesos independentistas.

Como contraparte, Estados Unidos como nación en ascenso, con un desarrollo material extraordinario y con instituciones políticas vigorosas, hizo que muchos políticos e intelectuales latinoamericanos volvieran su mirada hacia el norte como una posibilidad de construir naciones con base en el modelo estadounidense.

Los cambios y transformaciones del siglo XIX en América Latina propiciaron una profunda reflexión sobre la identidad americana, sus raíces y sus posibilidades futuras, por ello, en la lucha por la emancipación mental de España aparecieron elementos significativos de reflexión sobre el ser continental, pero también nacional. Bajo esta perspectiva, desde mediados del siglo, Andrés Bello llamaba a abandonar el servilismo a la ciencia europea, y a crear una cultura autónoma americana que tuviera correspondencia con la transformación económica, política y social del continente.

No fue sino hasta finales del siglo XIX y principios del XX, en el contexto del 98, que diversos factores permitieron un replanteamiento general del pensamiento latinoamericano en torno a la tradición nacional, con el reconocimiento de la tradición

² José Carlos Mariátegui, *Temas de nuestra América*, p. 93.

española como uno de sus componentes. Entre los factores que revelan el proceso de creación de las ideas, que devino una línea de pensamiento, pueden mencionarse:

- Por una parte, la formación y ascenso del imperialismo, en particular el estadounidense, que afectó directamente al desarrollo independiente de los países latinoamericanos; por la otra, el declive de España como potencia imperial y la pérdida de todas sus colonias en América, que constituyó un cambio en la correlación de fuerzas y estableció las nuevas condiciones para un acercamiento entre España y América Latina.
- La crisis española de entre siglos (XIX y XX) —a la que sobrevino una intensa efervescencia intelectual y cultural y el replanteamiento del “problema de España”— impulsó la revisión de sus relaciones con Hispanoamérica, produciéndose un vigoroso intercambio de ideas en torno al destino común de pueblos que habían tenido lazos durante 300 años de historia.
- El fracaso de los proyectos “civilizatorios” en América Latina y del positivismo como sustento ideológico de las viejas clases terratenientes y oligárquicas de Latinoamérica permitió una ruptura con estas corrientes ideológicas y una renovación intelectual, que incidió directamente en torno a la reflexión del problema nacional y la unidad latinoamericana.
- La solidaridad de las fuerzas democráticas de Latinoamérica con la lucha del pueblo español, en contra de la dictadura de Primo de Rivera, fortaleció de manera notable la posibilidad de una renovación espiritual e intelectual y posibilitó el esfuerzo conjunto por estructurar un pensamiento hispanoamericano, con base en el reconocimiento de lazos históricos, compromisos solidarios y perspectivas comunes con el presente y el porvenir.
- En el ámbito continental, el protagonismo social de los obreros, campesinos, indígenas y estudiantes puso en evidencia el carácter antinacional de los regímenes latinoamericanos, lo mismo que su enfeudamiento hacia los intereses imperialistas, por tanto, se reconocieron como nuevos actores en la lucha nacional y antiimperialista.
- Algunos movimientos nacionales tuvieron un impacto continental que reavivaron de manera intensa las posibilidades de renovación del pensamiento latinoamericano y las posibilidades de transformación social, hacia sociedades

más justas; éste fue el caso de la Revolución mexicana y de la Reforma Universitaria iniciada en Córdoba en 1918, entre otros.

En conjunto, estos elementos sentaron las bases para que los latinoamericanos comprendieran que la herencia española no sólo tenía elementos negativos, y que en la tradición nacional se podían reconocer aspectos de la tradición y la cultura que constituían factores de desarrollo y puntos de intercambio y comunicación con los españoles. En esta orientación, José Carlos Mariátegui estableció la distinción, separando lo que de vino de España en dos vertientes: la colonial y la que Unamuno denominó, “la verdadera tradición española”.

Entre estos elementos positivos destaca el papel histórico de España al insertar a América en la cultura occidental. Pese al aspecto negativo de imposición, fue a través del idioma, la religión y, en general, de la cultura española, que se expresaron las corrientes humanistas y renacentistas primero y, posteriormente, las ideas de la Ilustración y liberales que tomaron la connotación que imprime necesariamente la realidad concreta.

La lucha de los intelectuales españoles por modernizar a España y los vínculos con América, que ellos mismos propiciaron, renovaron esta tradición. Así, la tradición indígena proveniente de los pueblos autóctonos, que se transformó y enriqueció en condiciones de opresión, la propia tradición española que tomó connotaciones particulares en 400 años de historia y, desde luego, la tradición republicana, con hitos fundamentales como la independencia, reforma y revolución, permitieron abordar la cuestión de la tradición nacional con un enfoque integral.

Los movimientos de renovación surgidos a partir del 98 propiciaron, además del debate, cambios en el reconocimiento del “ser latinoamericano”, de su identidad, incorporando esta triple tradición (indígena, española y republicana) que se expresaba en entidades con sello propio, y desde cuyo ser, en el proceso interno de construcción nacional, se había desarrollado en una interacción de afirmación y negación.

La tradición indígena proveniente de los pueblos y culturas autóctonos constituía el cimiento de la formación nacional de cada país, tradición que se había transformado durante la conquista, la Colonia y los casi dos siglos de vida independiente. Así, los pueblos indígenas no sólo habían defendido su cultura, sino que la enriquecieron, a partir de la defensa de su lengua, sus tradiciones y su permanente interrelación y lucha en contra del poder de los conquistadores, colonizadores y sus modernos opresores. Esta

tradición mostró su capacidad de resistencia y entrañaba elementos de proyección hacia el futuro.

La tradición republicana, producto de casi dos siglos de vida independiente, permitió la búsqueda y configuración de peculiaridades propias y específicas, que permitieron a los países latinoamericanos reconocerse, y diferenciarse de los demás, especialmente de España y de Estados Unidos.

En la tradición latinoamericanista, la conquista española unificó el panorama geográfico y cultural de América Latina, lo que posibilitó la lucha común en contra de España en el siglo XIX para lograr la independencia. Dicha lucha común sirvió de base al proyecto americanista de Bolívar, que continuó siendo identificando a lo largo de los siglos XIX y XX. Prevalció la idea de que la condición para lograr la independencia y defenderse del poder extranjero era la unidad latinoamericana y, por tanto, era indispensable establecer una confederación que permitiera interactuar con el mundo y fomentar la cooperación en condiciones de igualdad.

Desde luego, tanto la cultura como la tradición no son fenómenos estables, por el contrario, son dinámicos, cambiantes y se transforman según las condiciones históricas, pero existen ciertas bases que trascienden el tiempo, precisamente a través de la continua renovación y recreación de los imaginarios colectivos.

Ninguna nación puede subsistir sin las bases ideológicas, los elementos simbólicos que la identifiquen y los medios jurídicos que la delimitan. La identidad nacional nace de la búsqueda y el enfrentamiento entre lo nuevo y lo viejo, donde se preserva lo esencial del pasado, de la tradición; además, de la defensa propia y diferenciación con el otro, sobre todo si se trata de un agresor o enemigo potencial que pone en riesgo la integridad nacional. En el caso latinoamericano ha sido un proceso sinuoso que aún no se completa, porque en muchos sentidos la cultura latinoamericana ha sido una cultura defensiva frente al asedio económico, político y cultural de las potencias extranjeras.

Es posible afirmar con José Luis Abellán que el 98 combinó elementos de fuerte repercusión en las relaciones entre España y América Latina, produciéndose lo que este autor ha denominado una “inversión histórico cultural”, es decir, “un inédito” acercamiento entre ambos lados del Atlántico. Esto fue producto de la derrota militar de España frente a Estados Unidos, de la pérdida de sus últimas posesiones coloniales, y de su crisis de fin de siglo como momento culminante de su decadencia, pero también propició un resurgimiento en la medida de su condena a esta tradición muerta. En

América Latina todo lo anterior permitió advertir el peligro de la expansión yanqui, y criticar el positivismo a la par del modelo materialista de vida estadounidense; elementos que derivaron en un replanteamiento del problema nacional y de la unidad continental, y que llevaron al debate la necesidad de recuperar la tradición española como parte de la tradición nacional y latinoamericana.

Los intelectuales españoles criticaron y buscaron respuestas a la problemática de su país por lo que volvieron la mirada a América Latina; en una larga lista, destacaron Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Valle-Inclán, Luis Araquistain, Blasco Ibáñez. Su visión no fue uniforme: pecaban de un marcado eurocentrismo, y, en muchos casos, buscaron lo español como la tabula rasa de la cultura, o bien, veían con disgusto que lo francés prevalecía entre los intelectuales latinoamericanos; no obstante su interés en Latinoamérica generó polémica y puso en el centro del debate el tipo de relaciones que deberían establecer españoles y latinoamericanos, destacando el reclamo de igualdad en estos últimos.

Por su parte, los latinoamericanos reconocieron los aportes hispanos significativos, pero mantuvieron una postura crítica y poco complaciente respecto a la situación política y cultural de España de fines del siglo XIX y principios del XX. Por ello, se puede afirmar que las relaciones de la intelectualidad entre ambos lados del Atlántico estuvieron llenas de contradicciones y conflictos: para América Latina se trataba de entablar vínculos en condiciones de igualdad y, para algunos españoles, de imponer un nuevo tipo de dominio y de sujeción, ahora cultural, dada la imposibilidad del dominio económico, político y militar.

Estas conclusiones corroboran los planteamientos iniciales y los presupuestos de los que partí para realizar esta investigación, hipótesis que se comprueban en el análisis y desarrollo de los capítulos de la tesis. El planteamiento central de que la crisis de 1898 abrió un debate y estableció nuevas relaciones culturales e intelectuales hispanoamericanas, permitió el replanteamiento e incorporación de la tradición española en los proyectos de construcción nacional y en el proyecto bolivariano de unidad continental.

El centenario de la guerra del 98 propició un trabajo importante en círculos académicos de diversos países de Europa y América Latina, que han permitido contar con una producción a la que se suma el resultado de esta investigación, que aporta nuevos conocimientos desde el enfoque de la historia de las ideas y abre nuevas líneas

de investigación que contribuyen al propósito de mantener un trabajo sistemático sobre este tema.

VII. Fuentes

Bibliotecas, archivos y centros de documentación

- Biblioteca Central de la Universidad Nacional Autónoma de México
- Biblioteca Nacional de México
- Biblioteca “Daniel Cosío Villegas” de El Colegio de México
- Biblioteca de la UAM Azcapotzalco
- Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM
- Biblioteca Nacional del Perú
- Biblioteca del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, España
- Biblioteca de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid
- Biblioteca de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid
- Biblioteca Nacional de España
- Archivo de la Casa Museo Unamuno, Universidad de Salamanca
- Biblioteca del Ateneo de Madrid

Libros y artículos

ABELLÁN, JOSÉ LUIS

- *Visión de España en la generación del 98*, Madrid, EMESA, 1968.
- *Historia crítica del pensamiento español* (5 t.), Madrid, Espasa-Calpe, 1982.
- *La idea de América*, Madrid, Ediciones ISTMO, 1972.
- *El 98. Cien años después*, Madrid, Alderabán, 2000.
- *Mito y Cultura*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1971.
- *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- *Sociología del 98*, Barcelona, Ediciones Península, 1973.

- ALCÁNTARA SÁENZ, MANUEL (comp.), *América Latina, Realidades y Perspectivas*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1997.
- ADAMS, WILLI PAUL, *Los Estados Unidos de América*, México, Siglo XXI Editores, 1977.
- ALBERTI, RAFAEL, *La arboleda perdida*, Barcelona, Bruguera, 1982.
- ALBONICO, ALDO Y SCOCOZZA, ANTONIO (comps.), *La prosa no ficcional en Hispanoamérica y España entre 1870 y 1914*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamérica, 2000.
- ANDERLE, ADAM, MARTÍN GONZÁLEZ, JOSÉ *et al.*, *Europa e Iberoamérica. Cinco siglos de intercambios*, Sevilla, Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos, 1992.
- ANNINO, ANTONIO (comp.), *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*, Zaragoza, Ibercaja, 1994.
- ARAQUISTAIN, LUIS,
- *La Revolución Mejicana*, Madrid, Renacimiento, 1928.
 - *La agonía antillana*, Madrid, Espasa-Calpe, 1928.
- ARANGUREN, JOSÉ LUIS, *Moral y sociedad. La moral española en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1982.
- ARDAO, ARTURO, *América Latina y la latinidad*, México, CCYDEL/UNAM, 1980.
- AROSTEGUI, JULIO, *Miseria y conciencia del campesino castellano*, Madrid, Narcea, 1977.
- AQUINO BOLAÑOS, EMIGDIO,
- *José Carlos Mariátegui y el problema nacional*, México, UDUAL/CCYDEL, 1997.
 - “El 98 y la cuestión nacional en América Latina” en *El Caribe y América Latina, El 98 en la coyuntura imperial*, Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, CSIC y Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, 1999.
 - “José Carlos Mariátegui y el pensamiento de su época”, en *Revista de Indias*, vol., LX, núm., 219, mayo-agosto, 2000, pp. 437-452.
- ARGUEDAS, JOSÉ MARÍA,
- *Formación de una cultura nacional indoamericana*, México, Siglo XXI Editores, 1975.
 - *Indios Mestizos y señores*, Lima, Ed. Horizonte, 1989.

- AULLÓN DE HARO, PEDRO, *Los géneros ensayísticos en el siglo XX*, Madrid, Taurus, 1987.
- AZAÑA, MANUEL, *El problema español*, Alcalá de Henares, Casa del Pueblo, 1911.
- BACHELARD, GASTÓN, *La formación del espíritu científico*, México, Siglo XXI Editores, 1991.
- BARR CHIDSEY, DONALD, *La guerra Hispano-Americana 1896-1898*, Barcelona, Grijalbo, 1973.
- BENÍTEZ TORRES, CÉSAR, “La presencia del Quijote en la Generación del 98”, *Sábado*, suplemento de *unomásuno*, 18 de jul., 1998, pp. 1-3.
- BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE,
- *El militarismo mejicano*, Valencia, Prometeo, 1920.
 - *Artículos sobre Méjico*, México, Talleres linotipográficos, de “El Hogar”, (s/a)
- BOJORQUEZ, JUAN DE DIOS, *La Inmigración Española en México*, México, Crisol, 1932.
- BRAUDEL, FERNAND, *La Identidad de Francia* (3 t.), Barcelona, Gedisa, 1993.
- BUXO REY, MARÍA JESÚS Y CALVO BUEZAS, TOMÁS, *Culturas hispanas en los Estados Unidos de América*, Madrid, Cultura Hispánica, 1990.
- CACHO VIU, VICENTE, *Repensar el noventa y ocho*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- CALVO CARILLA, JOSÉ LUIS, *Quevedo y la generación del 27*, Valencia, 1992.
- CORTÉS ZAVALA, MARÍA TERESA (coord.), *El 98 en la coyuntura imperial*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, Universidad de Puerto Rico, Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, 1998.
- COSTA, JOAQUÍN, *Oligarquía y caciquismo y Colectivismo Agrario*, Madrid, Alianza Editorial, 1973.
- CUEVA, AGUSTÍN, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1986.

DARÍO, RUBÉN,

- *Obras Selectas*, Madrid, Edmat Libros, 2001.
- *Azul, Cantos de vida y esperanza*, México, Porrúa, 1999.

DELGADO MARTÍN, JAIME, *El Reino de Granada ante el nuevo mundo*, Granada, Diputación, 1994.

DEGLER, CARL N. *et al.*, *Historia de los Estados Unidos, La experiencia democrática*, México, Limusa, 1986.

DURÁN, MANUEL, *Ortega, hoy*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1985.

ELGUERO, JOSÉ, *España en los destinos de México (s/e)*, 1929.

ESTRADE, PAUL, *José Martí, los fundamentos en la democracia en Latinoamérica*, Aranjuez, Doce Calles, 2000.

FERNÁNDEZ-COMENZANA, JOSÉ, *Cuadernos de la Prasle, 1939-1940, Memorias semiapócrifas de Manuel Azaña*, Comisión de Cultura, Ayuntamiento de Alcalá de Henares, 1994.

FLORES, ÓSCAR, *El gobierno de su Majestad Alfonso XIII ante la Revolución Mexicana*, Monterrey, Senado de la República, 2001.

FOSTER, GEORGE M., *Cultura y conquista, La herencia española de América*, Jalapa, Universidad Veracruzana, 1962.

FONER, PHILIP S., *La guerra hispano/cubano/americana/y el nacimiento del imperialismo norteamericano 1895-1902 (2 t.)*, Madrid, Akal Editor, 1975.

FUSI, JUAN PABLO Y NIÑO, ANTONIO, *Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Universidad Complutense, 1996.

FUENTES, CARLOS,

- *Machado de la mancha*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- *Cervantes o la crítica de la lectura*, Madrid, Biblioteca de Estudios Cervantinos, 1994.

GANIVET, ÁNGEL,

- *Selección de obras*, Madrid, SAPE, 1986.
- *Cartas finlandesas y hombres del norte*, Madrid, Espasa-Calpe, 1940.

- GAOS, JOSÉ, *Pensamiento de lengua española, Pensamiento español*, México, UNAM, 1990.
- GARCÍA LORCA, FEDERICO, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1963.
- GINER DE LOS RÍOS, FRANCISCO, *Ensayos*, Madrid, Alianza Editorial, 1973.
- GÓMEZ MOLLEDA, MA. DOLORES,
- *Unamuno “agitador de espíritus” y Giner, Correspondencia inédita*, Madrid, Narcea, 1977.
 - *Guerra de ideas y lucha social en Machado*, Narcea, Madrid, 1977.
- GONZÁLEZ ÁLVAREZ, LUIS JOSÉ (comp.), *Filosofía política latinoamericana*, Santa Fe de Bogotá, El Búho, s/f.
- GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO, *Imperialismo y liberación*, México, Siglo XXI Editores, 1986.
- GONZÁLEZ-RIPOLL NAVARRO, MARÍA DOLORES Y GARCÍA MORA, LUIS MIGUEL, *El Caribe en la época de la independencia y las nacionalidades*, Morelia, Alborada Latinoamericana, Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, 1997.
- GONZÁLEZ ORTIZ CRISTINA, ZERMEÑO PADILLA, GUILLERMO *et al.*, *EUA* (9 t.), México, Instituto Dr. José María Luis Mora, 1988.
- GRAMSCI, ANTONIO,
- *Pasado y presente*, México, Juan Pablos editor, 1977.
 - *Cuadernos de la cárcel*, (t. I), México, Era, 1981.
- GUTIÉRREZ ESTEVES, MANUEL Y LEÓN-PORTILLA, MIGUEL (comps.), *De palabra y obra en el nuevo mundo: dos encuentros interétnicos*, Madrid, Siglo XXI Editores-Junta de Extremadura, 1992.
- GUILAINE, LOUIS, *América Latina y el imperialismo americano*, París, Librería de la Vda. de C. Bouret, 1928.
- HABERMAS, HURGEN, *Más allá del Estado Nacional*, Madrid, Editorial Trotta, 2001.
- HALPERIN DONGHI, TULIO, *Hispanoamérica después de la independencia*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

HAROLD YOUNG, FREDERIC, *La filosofía contemporánea en los Estados Unidos de América del Norte 1900- 1950*, México, Cuadernos Americanos, 1965.

HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO,

- *Páginas Escogidas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946.
- *Historia de la cultura en la América hispánica*, México, FCE, 1959.

HEREDIA SORIANO, ANTONIO, *Mundo hispánico-nuevo mundo: visión filosófica*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1995.

HOBBSBAWN, ERIC,

- *La era del imperio 1875-1914*, Barcelona, Grijalbo, 1998.
- *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 2004.

HUBERMAN, LEO, *Nosotros, el pueblo. Una historia socialista de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Palestra, 1965.

IDUARTE, ANDRÉS,

- *Hispanismo e hispanoamericanismo*, México, Joaquín Mortíz, 1983.
- *Martí Escritor*, México, Gobierno del Estado de Tabasco, 1993.

ILLADES, CARLOS,

- *Presencia española en la Revolución Mexicana (1910-1915)*, México, Facultad de Filosofía y Letras UNAM/ Instituto Dr. José María Luis Mora, 1991.
- *México y España durante la Revolución Mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985.

JANSEN, NERINA, *La teoría de las generaciones y el cambio social*, Madrid, Espasa-Calpe, 1997.

LAÍN ENTRALGO, PEDRO, *La generación del noventa y ocho*, México, Espasa-Calpe, 1993.

LENIN, V.I, *Obras Completas*, Madrid, Akal Editor, 1977.

LÓPEZ AUSTIN, ALFREDO Y MILLONES, LUIS, *Dioses del Norte, Dioses del Sur*, México, Era, 2008.

LORENZO SANZ, EUFEMIO, *Proyección histórica de España en sus tres culturas: Castilla y León, América y el Mediterráneo*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, 1993.

LLOSA, JOSÉ GUILLERMO, *Identidad histórica de América Latina*, México, Diana, 1992.

MACHADO, ANTONIO,

- *Prosas dispersas (1893-1936)*, Páginas de Espuma, Madrid, 2001.
- *Poesía*, Bruguera, Barcelona, 1981.

MAC GREGOR, JOSEFINA, *México y España. Del porfiriato a la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992.

MARTÍNEZ RUIZ, JOSÉ (Azorín), *Rivas y Larra*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973.

MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS,

- *Temas de nuestra América*, Lima, Amauta, 1978.
- *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Amauta, 1978.
- *Peruanicemos al Perú*, Lima, Amauta, 1978.
- *Ideología y política*, Lima, Amauta, 1978.
- *El alma matinal*, Lima, Amauta, 1978.
- *Signos y obras*, Lima, Amauta, 1978.
- *Figuras y aspectos de la vida mundial* (3 t.), Lima, Amauta, 1978.
- *El artista y la época*, Lima, Amauta, 1978.

MARTÍ, JOSÉ,

- *Política de Nuestra América*, México, Siglo XXI Editores, 1977.
- *Antología mínima*, (2 t.), La Habana, Ciencias Sociales, 1975.

MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, Imprenta de Maroto e Hijos, 1881.

MEDIN, TZVI, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México, FCE, 1994.

MEYER, LORENZO, *El cactus y el olivo. Las relaciones de México y España en el siglo XX*, México, Océano, 2001.

MINO GRIJALVA, MANUEL (et al.), *Tres aspectos de la presencia española en México durante el porfiriato: relaciones económicas, comerciales y población*, México, El Colegio de México, 1981.

- MIRÓ, CESAR, *Don Ricardo Palma*, Buenos Aires, Losada, 1953.
- MIRÓ QUESADA, FRANCISCO, *Proyección y realización del filosofar latinoamericano*, México, FCE, 1981.
- MOMMSEN, WOLFGANG J., *La época del imperialismo, Europa 1885-1918*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1971.
- MONTOYA ROJAS, RODRIGO, *Voces de la tierra, Reflexiones sobre movimientos indígenas en Bolivia, Ecuador, México y Perú*, Lima, Universidad mayor de San Marcos, 2008.
- MOLINARY, RAMÓN DARÍO, *Puerto Rico ante el 98 visto desde España*, Madrid, Casa de Puerto Rico en España, 1996.
- NARANJO OROVIO, CONSUELO (comp.),
- *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Aranjuez, Doce calles, 1996.
 - y SERRANO CARLOS, *Imágenes e imaginarios nacionales en el ultramar español*, Madrid, CSIC/Casa de Velásquez, 1999.
 - y SANTAMARÍA ANTONIO, “El 98 en América. Últimos resultados y tendencias recientes en la investigación” *Revista de Indias* núm. 215, pp. 203-274.
- OPATRNÝ, JOSEF, *Antecedentes históricos de la formación de la nación cubana*, Praga, Universidad Carolina, 1986.
- OROZCO, JOSÉ LUIS,
- *Henry Adams y la tragedia del poder norteamericano*, México, FCE, 1985.
 - *De teólogos, pragmáticos y geopolíticos*, Barcelona, Gedisa/UNAM, 2001.
 - *El siglo del pragmatismo político*, México, Fontamara/ UNAM, 2004.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ,
- *Misión de la Universidad*, Madrid, Alianza Editorial, 1997.
 - *La rebelión de las masas*, Barcelona, Planeta Agostini, 1995.
 - *Meditación del pueblo joven*, Madrid, Espasa-Calpe, 1964.
 - *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975.
 - *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Espasa-Calpe, 1964.
 - *España invertebrada*, Madrid, Alianza Editorial, 2001.
- ORTEGA SPORTTORNO, JOSÉ, *Los Ortega*, Madrid, Taurus, 2002.

PALMA, RICARDO,

- *Tradiciones Peruanas Completas*, Barcelona, Aguilar, 1954.
- *Neologismos y Americanismos*, Lima, Carlos Prince, 1896.
- *Epistolario*, Lima, Cultura Antártica, 1949.

PANADERO MOYA, MIGUEL Y CZERNY, MIROSLAWA, *América Latina: regiones en transición*, Cuenca, Universidad Castilla-La Mancha, 1991.

PAYNO, MANUEL,

- *El hombre de la situación*, México, Porrúa, 1992.
- *La reforma social en España y México*, México, UNAM /Imprenta Universitaria, 1958.
- *Barcelona y México en 1888 y 1889*, Barcelona, Tipo-Litografía de Espasa y Compañía, 1889.

PEÑA GONZÁLEZ, JOSÉ, *Manuel Azaña: el hombre, el intelectual y el político*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 1991.

PEREA, HÉCTOR, *La rueda del tiempo*, México, Cal y Arena, 1996.

PEREYRA, CARLOS, *El mito de Monroe*, Madrid, América, 1914.

PÉREZ VEJO, TOMÁS, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Oviedo, Ediciones Nobel, 1999.

PI Y MARGALL, FRANCISCO, *Las nacionalidades*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1973.

PONCE, ANÍBAL, *Obras completas* (4 t.), Buenos Aires, Cartago, 1974.

RAMA, ÁNGEL, *Rubén Darío y el modernismo*, Caracas, Alfadil, 1985.

RAMA, CARLOS M.,

- *La crisis española del siglo XX*, México, FCE, 1976.
- *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina, Siglo XIX*, México, FCE, 1982.
- *La imagen de los Estados Unidos en Latino América*, México, SepSetentas, 1975.
- *Nacionalismo e historiografía en América Latina*, Madrid, Tecnos, 1981.
- *La historiografía como conciencia histórica*, Barcelona, Montesinos, 1981.

REYES, ALFONSO,

- *Tertulia de Madrid*, México, Espasa-Calpe, 1950.

- *Correspondencia con Pedro Enríquez Ureña 1907-1914*, México, FCE, 1986
- *España en la obra de Alfonso Reyes*. México, FCE, 1990.

RIBEYRO, DARCY, “La cultura Latinoamericana”, *Ideas en torno a Latinoamérica* (t. I) México, UNAM/UDUAL, 1986.

ROCHABRÚN, GUILLERMO, *Batallas por la teoría*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2007.

RODÓ, JOSÉ ENRIQUE,

- *Ariel-Calibán*, SEP/ UNAM, 1982.
- *Páginas Escogidas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1917.
- *Hombres de América: Montalvo, Bolívar, Rubén Darío*, Barcelona, Cervantes, 1920.
- *El mirador de Próspero*, Montevideo, José María Serrano, 1913.

ROMERO, JOSÉ LUIS, *Situaciones e ideologías en América Latina*, Medellín, Universidad de Antioquía, 2001.

RODRÍGUEZ DÍAZ, MARÍA DEL ROSARIO (coord.),

- *1898 entre la continuidad y la ruptura*, Alborada Latinoamericana, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, 1997.
- “El proyecto geopolítico norteamericano de fin de siglo”, en *El Caribe y América Latina, El 98 en la coyuntura imperial*, t. I, México, UMICH/CSIC/Universidad de Puerto Rico, 1998, pp. 167-1179.

SÁNCHEZ MACGREGOR, JOAQUÍN,

- *Tiempo de Bolívar. Una filosofía de la historia latinoamericana*, México, CCYDEL/Miguel Ángel Porrúa, 1997.
- *Colón y las Casas*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1991.

SERRANO, VICENTE ALBERTO Y SAN LUCIANO, JOSÉ MARÍA, *Azaña*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 1991.

SOLER, RICAURTE, *Idea y cuestión nacional latinoamericana*, México, 1980.

SOLÉ TURA, JORDI Y AJÁ, ELISEO, *Constituciones y periodos constituyentes en España (1808-1936)*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1978.

TERÁN, OSCAR, *América Latina: positivismo y nación*, México, Katún, 1983.

TERRÓN, ELOY, *Sociedad e ideología en los orígenes de la España contemporánea*, Barcelona, Ediciones Península, 1969

TORRES CUEVAS, EDUARDO *et al.*, *Nuestra común historia, Poblamiento y nacionalidad*, Madrid-La Habana, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1993.

TUÑÓN DE LARA, MANUEL,

- *Estudios sobre el siglo XIX español*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1974.
- *Historiografía española contemporánea*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1980.
- *Medio Siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 1984.
- *Variaciones del nivel de vida en España*, Madrid, Ediciones Península, 1965.
- *Metodología de la historia social de España*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1984.
- *Luchas obreras y campesinas en la Andalucía del siglo XX, Jaén (1917-1920), Sevilla (1930- 1932)*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1978.

TZITSIKAS, HELENE, *El pensamiento español (1898-1899)*, México, De Andrea, 1967.

UDUAL, *Ideas en torno de Latinoamérica (2 t.)*, México, UDUAL/ UNAM, 1986.

UNAMUNO, MIGUEL DE,

- *En torno al casticismo*, Madrid, Alianza editorial, 2000.
- *La agonía del cristianismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975.
- *Epistolario americano (1890-1936)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996.
- *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana*, Buenos Aires, Espasa- Calpe, 1947.
- *Del sentimiento trágico de la vida*, México, Espasa-Calpe, 1982.
- *Vida de Don Quijote y de Sancho*, Madrid, Espasa-Calpe, 1961.
- *Andanzas y visiones españolas*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1948.

VALLE-INCLÁN, RAMÓN DEL,

- *Tirano Banderas*, México, Espasa-Calpe, 1993.
- *Sonata de Estío*, México, Espasa-Calpe, 1994.

VILAR, PIERRE, *Pensar la Historia*, México, Instituto Mora, 1995.

VILLEGAS, ABELARDO,

- *La filosofía en la historia política de México*, México, Pomarca, 1966.
- *Democracia y dictadura*, México, UNAM, 1987.
- *La filosofía de lo mexicano*, México, UNAM, 1988.
- *El Pensamiento mexicano en el siglo XX*, México, FCE, 1993.
- *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano*, México, Siglo XXI Editores, 1972.
- *Positivismo y porfirismo*, México, SepSetentas, 1972.
- *Violencia y racionalidad*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1985.

ZEA, LEOPOLDO,

- *El pensamiento latinoamericano*, México, Ariel, 1976.
- *América Latina, Historia y destino, Homenaje a Leopoldo Zea* (2 t.), México, UNAM, 1992.
- *El Problema de la identidad latinoamericana*, México, CCYDEL/UNAM, 1985.

Revistas

- *Amauta*, núms. 1-32.
- *Revista de Indias*, núms. 215, 218 y 219.
- *Secuencia*, núm. 24.
- *Cuadernos Americanos*, núm. 72.
- *Hispania*, núm. 56.
- *Revista de hispanismo filosófico*, núm. 4.
- *Revista Iberoamericana*, núms. 184-185.
- *La Jornada Semanal*, 1990-1993.
- *Historia Mexicana*, vol., XVIII, núm. 4, 1999.